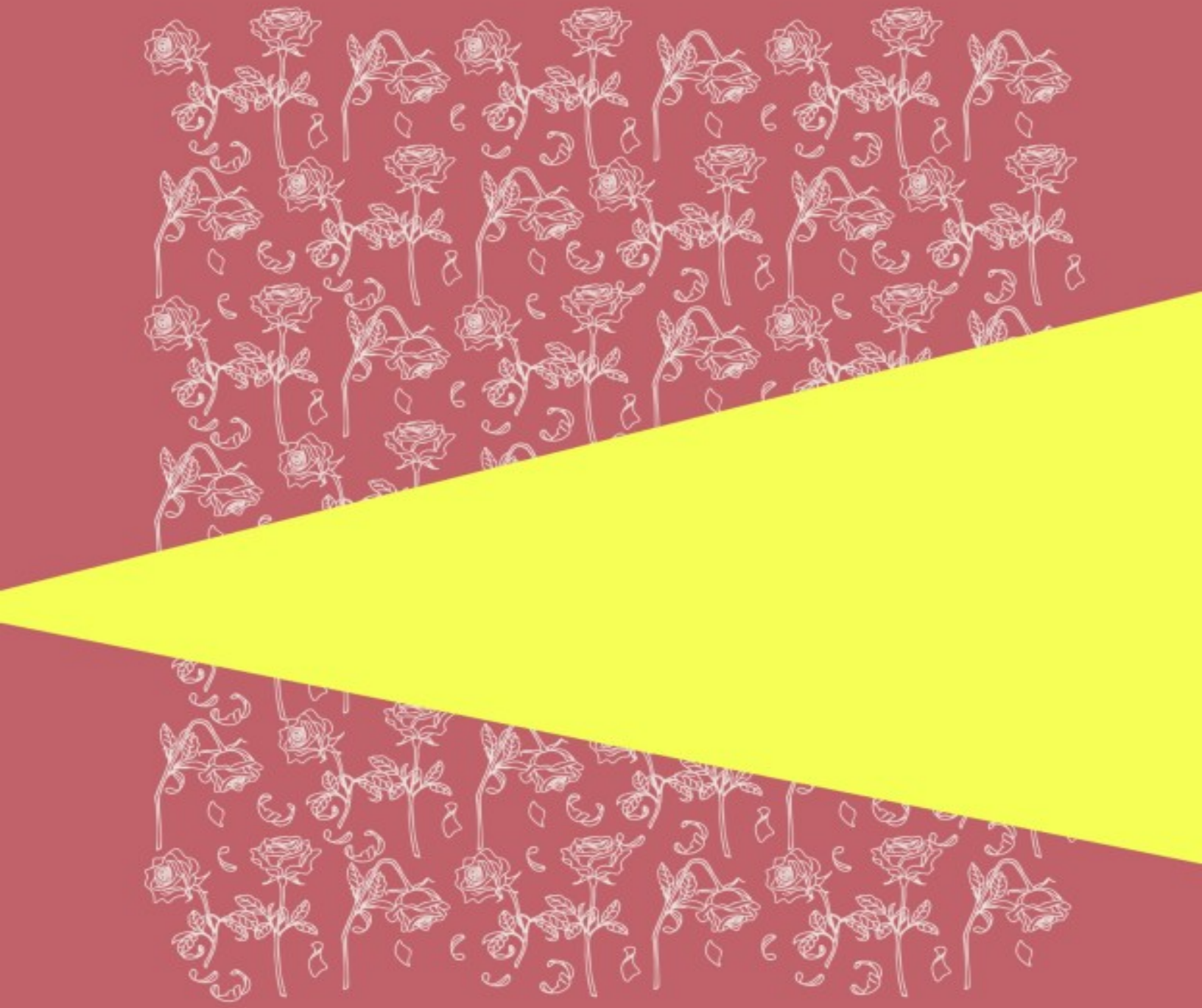
ERAN HERMANAS

DOROTHY WHIPPLE



TRADUCCIÓN DE JOSÉ C. VALES

LA AUTORA

Dorothy Whipple (de soltera Dorothy Stirrup) nació en Blackburn (condado de Lancashire, Inglaterra) en 1893. Hija de un arquitecto local, pasó una infancia feliz junto a sus siete hermanos. Sin embargo, el estallido de la Gran Guerra le puso punto y final con la muerte de George Owen, su mejor amigo. Durante tres años trabajó como secretaria de Henry Whipple, un inspector de educación, viudo y veinticuatro años mayor que ella, con el que se casó en 1917. El matrimonio se instaló en Nottingham, donde Dorothy empezó a escribir sus novelas, que obtuvieron un éxito inmediato. Dos de ellas, *They Knew Mr. Knight* (1934) y ERAN HERMANAS (1943), fueron adaptadas al cine. Después de publicar su última novela, *Alguien distante* (1953), Whipple regresó a su Blackburn natal, donde murió en 1966.

EL TRADUCTOR

José C. Vales (Zamora, 1965), filólogo, escritor y traductor. Es autor de varias obras de ficción y en 2015 fue galardonado con el Premio Nadal por la novela *Cabaret Biarritz*. Entre sus últimos trabajos se encuentra el ensayo de lingüística teórica *Enseñar a hablar a un monstruo* (2022). Como traductor, cuenta en su haber más de medio centenar de obras publicadas, entre las que destacan clásicos de Mary W. Shelley, Charles Dickens, Jane Austen, Elizabeth Barrett Browning, Lord Byron o Wilkie Collins, entre otros muchos. También ha traducido ensayo lingüístico, cultural y político. Actualmente imparte clases de literatura, lingüística y retórica en la Escuela de Cinematografía y del Audiovisual de la Comunidad de Madrid (ECAM).

ERAN HERMANAS

Primera edición: mayo de 2025

Título original: *They Were Sisters*

© Judith Eldergill, 1943

© de la traducción: José C. Vales

© de esta edición:

Trotalibros Editorial

C/ Ciutat de Consuegra 10, 3.º 3.ª

AD500 Andorra la Vella, Andorra

hola@trotalibros.com

www.trotalibros.com



Govern d'Andorra

Editado con la colaboración del Govern d'Andorra

ISBN: 978-99920-76-94-1

Depósito legal: AND.88-2025

Maquetación y diseño interior: Klapp

Corrección: Marisa Muñoz

Diseño de la colección y cubierta: Klapp

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

DOROTHY WHIPPLE

ERAN HERMANAS

TRADUCCIÓN DE JOSÉ C. VALES

PITEAS · 37

Trotalibros
EDITORIAL

CAPÍTULO UNO

Lucy sonrió cuando leyó la carta de Vera a la hora del desayuno. Vera iba a llegar al mismo tiempo que Charlotte y podrían estar las tres juntas. Una vez más, como en los buenos tiempos, volverían a estar juntas. Debía decírselo con tacto a William. Lo miró entreviéndolo entre los destellos del mantel y los cubiertos de aquel sol matinal de septiembre. ¿Debería decírselo ya o más tarde?

William estaba enfrascado en la lectura del periódico que tenía doblado junto al plato. Estaba inclinado sobre el diario, comiendo gachas descuidadamente, salpicándose la corbata, como siempre. Él también sabía que se estaba manchando la corbata, porque de vez en cuando, con gesto ausente, se sacudía con la mano libre la corbata, restregándose el emplasto en la tela y haciéndose la ilusión de que se lo estaba quitando. Aquello era una concesión a Lucy. A él no le importaba nada la corbata, pero sabía que a Lucy sí, y ella sintió un leve atisbo de orgullo. Después de once años de matrimonio, aún se sentía complacida en lo más íntimo ante cualquier prueba que revelara su influencia sobre William, porque la influencia de otras personas en William era menor de lo que cualquiera podría imaginar. Si William no hacía las cosas a su

manera, que era lo habitual, las hacía al gusto de Lucy; pero nunca, si podía evitarlo, las hacía por dar gusto a los demás.

Esta peculiaridad le había acarreado, antaño, frecuentes problemas en el seno del Consejo de Educación, donde ejercía como inspector de Ciencia y Tecnología en varios condados. Sin embargo, por esas fechas, se había establecido una tregua entre las autoridades y él. El tiempo había demostrado que William —si bien en opinión del Consejo era un tipo raro— podía considerarse sin embargo un servidor extraordinariamente eficiente e infatigable. Así que ahora el Consejo, en general, le dejaba hacer a William lo que quisiera.

Siguiendo la costumbre de las esposas, Lucy decidió que no le diría nada ni de las salpicaduras en su corbata ni de la inminente visita de sus dos hermanas. Decidió que debía abstenerse de lanzar una reprimenda por el asunto de la corbata. Pero cuando William, encorvándose cada vez más sobre el periódico, dejó caer las gachas en la leche del tazón y se salpicó generosamente buena parte del chaleco, Lucy no pudo evitar un refunfuño de desaprobación. Entonces, William, sin apartar la vista del periódico, se restregó la corbata durante algo más de medio minuto.

Lucy apartó la mirada para no reírse a carcajadas y molestarlo. Dejó que siguiera leyendo. Ahora sus pensamientos volaron hacia sus hermanas, a ese futuro inmediato en el que volvería a verlas y a aquel pasado que compartió con ellas.

Sentada a la mesa del desayuno en su vetusta casita de campo, convertida en una mujer adulta, rondando los cuarenta, Lucy rememoró su antiguo «hogar», cuando intentaba organizar aquella casa caótica en la que nadie llegaba a tiempo para las comidas, salvo

su padre y ella misma, en la que siempre estaba sonando un piano, en la que una apenas podía encontrar una sala o un rincón para leer, suponiendo que hubiera tiempo para leer, que no lo había. En cualquier caso, no lo había para Lucy, porque al caer la noche, cuando por fin se terminaba el ajetreo del día y podía dedicarle una hora a un libro, por lo general se veía obligada a escuchar a su padre.

Hacia las nueve y media de la noche, al señor Field le gustaba dejar a un lado el periódico, aferrarse a las solapas de su chaqueta, estirar las piernas y, como decían sus hijas, ponerse a hablar largo y tendido. El caso es que a las nueve y media allí no quedaba nunca nadie, excepto Lucy; Charlotte y Vera se largaban sin el menor escrúpulo, y los chicos siempre estaban fuera; pero Lucy creía que su padre debía de sentirse muy solo desde la muerte de su madre, así que se quedaba a escuchar.

Recordaba cuando era su madre la que solía escucharlo, si es que a eso se le podía llamar «escuchar». Ella se sentaba allí con la labor, sin prestarle atención en realidad, sonriendo a cualquiera que entrara en la salita, agradeciendo todas las interrupciones, conversando con su marido con gestos y asentimientos, pero sin atreverse en ningún momento a ir más allá de un «¿Sí, querido?» cuando su marido se detenía, para animarlo a hablar de nuevo. Era una situación curiosa, porque si ella no lo escuchaba, tampoco es que él le hablara a ella. Simplemente, hablaba. Necesitaba hablar. Se revitalizaba parloteando y, después de hablar, era un hombre nuevo, reanimado, dispuesto a afrontar un día más las turbulencias profesionales —era abogado— y de la vida familiar.

Pero Lucy no contaba con los recursos de su madre para defenderse. Ella sí que le prestaba atención, con su juvenil amabilidad y la mirada prendida de sus labios. El señor Field hablaba del Gobierno y del estado del país, que según él, siempre era malo. Hablaba de la cantidad de dinero que le costaba mantener la casa; a Lucy le daba la impresión de que siempre estaban al borde de la bancarrota. Pero, sobre todo, hablaba de la necesidad, que ella compartía con su padre, de mantener a los chicos en el camino recto y vigilar continuamente a las chicas. Había una cierta propensión a la rebeldía o la debilidad en la familia.

—Por parte de tu madre, ya me entiendes —decía—. No por la mía. Mi familia, Lucy, es y siempre ha sido gente íntegra, recta y temerosa de Dios.

Lo eran. No se podía negar. Pero, por desgracia, nadie quería ser como ellos. La familia de su padre era digna y sin encanto; la de su madre era encantadora pero indigna, o casi, según su padre. Lucy estaba con sus hermanos y hermanas a la hora de admirar a la familia de su madre y de burlarse de la de su padre, pero cuando la responsabilidad del hogar recayó sobre ella, comprendió lo que quería decir su padre. Entonces vio los peligros.

Era inevitable que los viera con Harry y Aubrey rondando por la casa. Harry era el mayor de la familia, dos años mayor que ella, pero tenía el mismo sentido de la responsabilidad que una mosca. En Lucy, ese sentido de la responsabilidad se agudizó a medida que fueron creciendo sus hermanas. No había necesidad de que su padre le señalara los peligros de la desorganización familiar y del mal ejemplo de los chicos. Lo vio bastante claro. Pero el señor Field no podía evitar señalarlos, incluso los más evidentes. Al parlotear sobre

el carácter de sus hijos, él disminuía su responsabilidad particular y aumentaba la de Lucy. Tras escucharlo, Lucy se sentía cada vez más angustiada y agobiada.

Cuando su madre murió de repente por la gripe, Lucy tenía dieciocho años y acababa de dejar el colegio, donde había permanecido tanto tiempo como la dejaron, porque no quería quedarse simplemente en casa y ayudar con las tareas del hogar. A Lucy le gustaba la tranquilidad, hacer las cosas a su manera y leer todo lo posible, y eso era imposible en casa. Se había trazado un plan para sí misma: había convencido a su padre, contra su voluntad, de que le cediera una sala sin uso en su edificio de oficinas, y allí se instaló para estudiar y conseguir una beca en Oxford. Pero su madre murió y Lucy, desconsolada, lo abandonó todo para zambullirse en la organización de un hogar compuesto por su padre, Harry, ella misma, Aubrey, Jack, Charlotte y Vera, sus dos hermanas pequeñas que por aquel entonces tenían trece y once años de edad.

Mirando atrás en el tiempo, Lucy no sabía cómo se las pudo arreglar; lo más probable es que no se las arreglara. De alguna forma incomprensible, consiguieron salir adelante. Cuando en 1914 estalló la guerra, aunque siempre estaban nerviosos por la suerte que correrían Harry y Aubrey en Francia, había más tranquilidad en casa. Guerra en el extranjero y paz en casa, pensaba Lucy. Luego, Harry y Aubrey regresaron y trajeron el caos con ellos.

El señor Field había enviado a todos sus hijos a estudiar Derecho con el fin de poder elegir a un socio entre ellos y poner a los otros dos en el camino de convertirse —eso esperaba— en funcionarios municipales. Hacía mucho tiempo ya que había elegido como socio

en su despacho a Jack, el más joven, que era también su favorito y el más dispuesto. Pero cuando los dos mayores volvieron a casa de la guerra, afirmaron entre risas que el Derecho no era para ellos. Dijeron que buscarían algo menos tedioso. Mientras tanto, contaban con los subsidios económicos del gobierno por sus servicios militares.

—Ahora vamos a pasarlo bien —dijeron, y compraron un coche para llevar a las chicas a las carreras y a los bailes.

En esa época Charlotte tenía veintiún años y era bastante guapa, pero Vera, con diecinueve, era una preciosidad. Era esbelta, pálida, con el pelo rubio ceniza, ojos de un azul oscuro, y pestañas largas y negras. Había algo en la cara de Vera que te emocionaba. No cuando estaba alegre y se comportaba como la reina del lugar, como solía, sino cuando estaba leyendo a la luz de una lámpara, o cuando dormía, o cuando pensaba que estaba sola.

Puede que no fuera más que el efecto del delicado perfil de su mejilla, o la sombra de sus pestañas, pero en esas ocasiones parecía que en la encantadora y descarada Vera habitaba alguien perdido, una persona que buscaba algo, que quería algo inexistente, algo indefinido, pero que le faltaba, y Lucy tenía que reprimir un fuerte deseo de preguntarle qué era para poder consolarla. No se lo preguntaba, porque sabía que Vera nunca se lo diría. Aunque lo supiera, nunca se lo diría, y era probable que ni siquiera lo supiera, pensaba Lucy. Su rostro tenía un perfil tan encantador que lo que expresaba parecía más fascinante y relevante que las expresiones de otras caras más comunes. «Cuando tengo una inquietud, yo parezco preocupada», pensaba Lucy, «pero Vera parece afectada por todas las penas del mundo, aunque probablemente sea por lo mismo».

A menudo se enfadaba con Vera, porque la desconcertaba y la avergonzaba. Vera mentía cuando le convenía. No tenía reparos en perseguir lo que quería sin importarle en absoluto lo que les ocurriera a los demás. Se mostraba despreciativa con su padre, y se burlaba de él, imitándolo con una arrogancia despiadada. Hacía cosas que conseguían estremecer a Lucy. Por ejemplo, cuando las visitaba la anciana señora Parker, que estaba sorda, Vera hacía comentarios muy groseros, segura de que no la oía.

—Contadme de qué os reís, queridas —dijo la señora Parker en una ocasión—. A mí también me gusta reírme y, bueno, ya sabéis, una no encuentra mucho de lo que reírse cuando es vieja y sorda.

Vera se sonrojó entonces, y Lucy se alegró al verlo.

Vera era insolente y atrevida. Entraba en un salón de baile como si no hubiera nadie allí y salía del restaurante de un hotel con el mismo descaro. La familia, por decisión tácita, la dejaba ir delante cuando iban a algún sitio, y se colocaban ordenadamente detrás de la estrella.

La gente —y no solo los hombres, sino las mujeres jóvenes y viejas, y los niños— quedaba hechizada y subyugada con una intensísima admiración por dondequiera que iba. El correo le llevaba cartas apasionadas, con ofrecimientos de todo tipo; el chico de los vecinos le estuvo regalando sus tesoros durante años: huevos de pájaro, los *Viajes de Mungo Park*,[1] su mejor tirachinas, cajas de bombones, frascos de perfume comprados con sus primeros ahorros. Si aquel chico no hubiera muerto en la guerra, Lucy pensaba que Vera podría haber acabado casándose con él. El caso es que, al final, despreciaba a todos los demás.

—Menudo idiota... —decía, tirando en la mesa del desayuno la carta en la que un pobre desgraciado declaraba sus angustias amorosas y quedaban expuestas a la vista de cualquiera.

«Yo pensé que...», podía leer una casi sin querer. «No entiendo...», «Tú me dijiste que...», «¿Por qué?».

Y cuando la doncella anunciaba la visita de un admirador, Vera decía:

—¿Por qué lo dejas entrar? Lucy, tendrás que atenderlo. O Charlotte. No pienso verlo.

La mayoría de los hombres se veían sometidos a una humilde adoración por Vera, pero había hombres a los que no les gustaba verse sometidos por el amor y no soportaban sentirse humillados. Los admiradores de Charlotte eran ese tipo de hombres y Geoffrey Leigh era uno de ellos. A Geoffrey le gustaba ser el centro de atención, el alma de la fiesta. Empezó intentando llamar la atención de Vera, pero cuando descubrió que le iba a ser imposible conseguirla, intentó cautivar a Charlotte, y tuvo éxito.

Charlotte era más cariñosa que Vera, más amable, más ingenua y más afectuosa. Tenía el pelo más rubio, y los ojos más azules y más grandes. En aquel entonces era una joven muy alegre, con un entusiasmo infantil, y parecía mucho más joven, a pesar de ser dos años mayor que Vera. Una de sus cualidades más apreciables era que nunca tuvo celos, en absoluto, de su preciosa hermana.

Lucy suponía que aquella cierta animadversión de sus hermanas era el peaje que tenía que pagar por ser la mayor, por ser la «autoridad», por ser a quien se le pedía permiso cuando sus hermanas eran niñas, por ser la jueza en la limpieza de las uñas y el color más adecuado de las cintas del pelo, pero a menudo sentía una

hostilidad hiriente en sus hermanas cuando fueron creciendo. Las dos pequeñas dejaban de hablar cuando ella entraba en la sala donde se encontraban, o se lanzaban miradas furtivas, como diciendo «Cuidado». A veces le mentían, a instancias de Vera, lo sabía. Casi podía oír cómo Vera le decía a Charlotte:

—Esto no tiene nada que ver con ella.

Le ocultaban cosas y la engañaban como si fuera su madre o su padre. Conseguían que llorara en la almohada por la noche, porque las quería con todo su corazón. Ellas eran su responsabilidad, su angustia y su felicidad.

A veces, cuando no había muchachos jóvenes rondando por la casa y Harry y Aubrey estaban fuera, las tres hermanas eran felices estando juntas, más felices que en ningún otro momento. Había una confianza absoluta entre ellas. En esos momentos, Vera de repente revelaba cosas que había decidido no contarle a Lucy. Aclaraban malentendidos, lo resolvían todo. Vera empezaba con sus imitaciones y las tres se partían de risa. Encendían el gramófono, lanzaban al aire las zapatillas de una patada y bailaban como locas por todas las habitaciones, dando vueltas unas alrededor de las otras cuando se encontraban en el pasillo, con la mirada brillante, el pelo al viento y sonriendo, sonriendo todo el rato.

Lucy no se quedaba fuera entonces. Lucy tenía un encanto especial, pero necesitaba sentirse segura para que se notara. Cuando se derribaban todas las barreras, ese encanto operaba en las otras dos. Se derrumbaban en los sillones, agotadas después de bailar, y entonces podía dejarlas embelesadas, contándoles lo que estaba leyendo. En la cama, por la noche, leía todo lo que caía en sus manos sobre Napoleón, las Brontë, Juana de Arco, la reina María de

Escocia o Byron. Podía sacar a sus hermanas de su mundo infantil y llevarlas a otro, un mundo de grandeza, soledad y genialidad. En esos momentos, cuando ellas le contaban lo que albergaban en sus corazones y ella les contaba lo que había en el suyo, las hermanas eran absolutamente felices estando juntas y las tres se sentían unidas por un profundo cariño. Si al menos hubieran tenido más momentos como aquellos... pensaba Lucy. Pero las chicas se veían arrastradas por las corrientes de su imprudente juventud. Y se iban alejando cada vez más las unas de las otras. En aquellos tiempos, después de la guerra, las chicas siempre tenían algún sitio al que ir.

La mayoría de las veces Lucy también salía, pero cuando iba con ellas y con los chicos, se sentía más como una chaperona que como parte del grupo. Tenía veintisiete años y parecía mayor. Se sentía vacía y fuera del mundo, y debía parecer ambas cosas, pensaba, recordando cómo era entonces, casi siempre con una chaqueta y una falda de tweed, y ataviada con un sombrero vulgar de la misma tela. Decían que era un sombrero «a prueba de tormentas», aunque ahora, desayunando frente a su marido, William, no tenía ni la menor idea de por qué se ponía un sombrero a prueba de tormentas para ir a bailar.

Solía tener bastantes problemas con el pelo, que era castaño oscuro, no rubio como el de sus hermanas. Ellas estuvieron entre las primeras que llevaron el pelo al estilo *bob*,[2] y les quedaba perfecto, pero Lucy era demasiado tímida para cortárselo así. Pensaba que no le sentaría bien. Años después se lo cortó y descubrió que le sentaba tan bien como a sus hermanas.

Pero en aquel entonces llevaba el pelo recogido en un moño, que a menudo se desmadejaba porque normalmente esperaba hasta el

último minuto para arreglarse. Mientras ella se hacía el moño y se sujetaba el sombrero, el coche esperaba en el camino de entrada de la casa, con Harry haciendo sonar el claxon con furia y con todas las caras risueñas mirando hacia la ventana de su habitación.

Un día, «el día del baile de Vera», Lucy bajó corriendo, cogió unos guantes al azar de la mesa del vestíbulo y se subió al coche. Estaba acalorada y alterada por las prisas, y cuando alguien le dijo: «Has tardado mil años», ella contestó enojada: «La verdad es que no tengo tiempo para nada».

Siempre era arriesgado decir cosas así delante de Vera. Siempre saltaba.

—¿Y por qué vienes? —preguntó.

Lucy volvió el rostro para ocultar las lágrimas de rabia y rencor que asomaban en sus ojos. Estaba cansada de aquello, se dijo, cansada, muy cansada. No quería ocuparse de la casa ni de sus hermanas, pero no había nadie más disponible, así que tenía que hacerlo. Ellos daban por sentado que todo lo que hacía Lucy era porque tenía que hacerlo, pero cuando iban a divertirse, no la querían con ellos. Le estuvo hirviendo la sangre durante todo el camino hasta Blackpool, adonde pensaban ir aquella tarde; los amigos de Harry y de Aubrey iban detrás, en otros coches.

En aquella época todo el mundo iba a bailar. Dondequiera que fueras a pasar el día, tenías que bailar. Si ibas a Londres a pasar un par de días solo, tenías que pasar las dos tardes bailando. Era algo que afectaba a todo el mundo. Los jóvenes Fields siempre estaban bailando en la buhardilla. Mucho después de que el pobre señor Field se hubiera ido a la cama, el hombre tenía que aguantar el tap tap tap de los pies encima de su cabeza y la música del gramófono

durante toda la noche. A pesar de los abundantes refrigerios que les proporcionaba Lucy, las criadas bajaban a la cocina por la mañana y descubrían que se habían cocinado grandes cantidades de beicon y huevos antes del amanecer. Las criadas se despedían con frecuencia, aduciendo que no soportaban aquellas fiestas.

Aquel día, cuando fueron a Blackpool, alguien sugirió que, para divertirse de verdad, no deberían ir al *thé dansant* de un hotel, sino al Tower Ballroom.[3] Allí fueron, y Lucy se sentó en la oscuridad, bajo la balconada de palcos, mirando cómo bailaban los otros. Vera y Charlotte salieron volando a la pista con sus acompañantes. Lucy se sintió como una gallina viendo cómo se lanzaban al agua los dos cisnes que ella misma había criado.

Al principio, cuando empezó a ir a las fiestas, nadie le pedía baile. Los jóvenes pensaban que era mucho mayor de lo que en realidad era, se sentían atemorizados por ella y poderosamente atraídos por sus hermanas. Harry y Aubrey siempre estaban demasiado ocupados intentando tontear con otras chicas como para prestarle ninguna atención, así que se quedaba sentada aparte, como el patito feo.

A veces le hacía compañía Brian Sargent, que no bailaba muy bien. Era demasiado grande para bailar: era un joven alto, robusto y apuesto que observaba las payasadas de los otros jóvenes con una mirada solemne. Era natural de la ciudad de Trenton, en el centro de Inglaterra, pero había hecho de la casa de su tía en Sefton su cuartel general cuando estaba en el norte, cosa que ocurría con frecuencia, trabajando para la próspera firma de contabilidad de su padre.[4]

A Brian le gustaba la poesía. Al menos, solía llevar un libro de versos en el bolsillo, aunque Lucy no sabía con seguridad si a Brian le gustaba la poesía de verdad o si pensaba que debería gustarle. En cualquier caso, dadas las circunstancias, le agradecía que al menos pareciera que le gustaba. Lucy se sentía más cómoda con Brian que con cualquiera de los otros jóvenes. Pensaba que podrían haber hablado si Brian hubiera sido capaz de apartar su mirada de Vera durante un par de segundos al menos, pero eso nunca ocurrió. Brian no quería hablar de poesía ni de nada con Lucy cuando podía estar mirando a Vera. Así que se sentaba allí, sin decir ni pío, y jamás pensó —como hacían todos los demás— en pedirle a Lucy que bailara.

Después de pasar dos o tres tardes así, Lucy se puso un par de zapatos planos de trabajo para demostrar que estaba allí, pero que no tenía ninguna intención de bailar. Cuando por azar recordaban cómo debían comportarse o se daban cuenta de repente de que Lucy también era una chica, los jóvenes acababan pidiéndole baile; entonces ella sonreía con gesto hierático, señalaba sus zapatos y decía:

—Gracias, pero no puedo bailar con estos zapatos.

Estaba segura de que los jóvenes se sentían aliviados y ella podía seguir con la mirada clavada en quienes bailaban en la sala.

Aquella tarde en el Tower, sintió que le hervía la sangre. Estaba enfadada con Vera, dolida, furiosa. Había en el ambiente un fuerte nerviosismo latente que Lucy sentía, pero que no compartió. Quería llorar, allí sentada en el lujoso sofá, mirando cómo bailaban los demás. Al fin y al cabo, a ella también le encantaba bailar y no era

tan mayor. Con veintisiete años, no era tan mayor como para no querer bailar.

La pista se despejó tras un vals y sus hermanas volvieron al lugar donde ella esperaba, debajo de la balconada de los palcos. Unos instantes después, la orquesta empezó a tocar una canción que al parecer nadie conocía. Nadie salió a la pista, hasta que de repente Vera y Tony Carter se apartaron del resto y empezaron a bailar. Todos los miraban, fascinados. Nadie más saltó a la pista de baile.

Lucy sabía que habían bailado mucho juntos y aquel debía de ser un baile que ya habían practicado. Eran una pareja perfecta, pero nadie se fijaba mucho en Tony. Era Vera la que atraía todas las miradas. Lucy nunca olvidó el aspecto que tenía ese día. En adelante, y durante mucho tiempo, aquel día fue conocido como «el día del baile de Vera». En aquella enorme y brillante pista de baile, Vera bailó como arrebatada en una especie de éxtasis, con aquella antigua expresión adorable en su rostro, con aquel vestido negro de gasa flotando en torno a su cuerpo como si fuera humo. Cuando se separó de Tony Carter al acabar el baile, sonriendo al volver el gesto, con un brazo extendido, las yemas de sus dedos remolonearon en los dedos de su compañero, y cuando se giró para mirarlo de nuevo, fue como si dos amantes que se hubieran separado se volvieran a encontrar. Incluso los chicos estaban muy serios, observándola, y Lucy, mirando de reojo a Brian, vio que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Cuando cesó la música y los bailarines flotaron en el aire hasta detenerse, se produjo un silencio. Entonces, la misma orquesta inició un aplauso. Tony y Vera, cogidos de la mano, se deslizaron por la pista y regresaron con los demás. Vera se sentó con Lucy, y Lucy

apretó la mano de su hermana. ¿Quién no podría perdonar a alguien tan adorable? Si ella quería que la perdonaras, no podías negarte. La admiración embargaba el corazón de la admiradora y de la admirada. Lucy, mirando con ojos resplandecientes a Vera, olvidó sus resentimientos y disfrutó de la fiesta como nunca.

Pero fue después de aquella tarde cuando pareció desatarse el caos generalizado.

Para empezar, Vera anunció que se iba a ir de casa y que se iba a convertir en bailarina en Londres; en las Grosvenor Galleries o algún sitio así, dijo. Tony Carter le había dicho que se lo pasaría en grande. Él iba con frecuencia a Londres y se ocuparía de todo. Lucy estaba espantada y aterrorizada. Sabía que su padre nunca lo permitiría, pero se temía que Vera, sencillamente, se iría. Lucy se cansó de discutir con ella e intentar persuadirla. Cada mañana, en cuanto se despertaba, corría a la habitación de las chicas para ver si Vera aún seguía allí; sospechaba que acabaría huyendo cualquier día en mitad de la noche.

Por otra parte, Geoffrey Leigh ahora siempre andaba por casa, trastornándolo todo. Geoffrey Leigh venía de Londres y era representante de Bancroft's, la enorme empresa de productos químicos. Desde el momento en el que entró en el bar del George, aquel hombre procedente de un mundo distinto y más amplio congregó a su alrededor a todos los jóvenes del pueblo. Era delgado, moreno, cetrino, con los movimientos de un mono nervioso. Harry y Aubrey lo adoptaron y se lo llevaron a casa. A las chicas les gustaba y, si se lo proponía, era aún más loco e irresponsable que ellas. La capacidad de resistencia de Geoffrey fue lo que se granjeó la admiración de todos los jóvenes. Tras una noche en el George, por

ejemplo, cuando todos decidieron hacer el gamberro y escalar las farolas y colgarse de las barras laterales para ver quién aguantaba cinco minutos, Geoffrey se mantuvo allí colgado un siglo. Podía superar a cualquiera. Superó incluso la paciencia de todos. Lo dejaron allí colgado, pero les hacía gracia despertarse muchas horas después en sus camas y pensar que el bueno de Geoff probablemente seguía allí colgado, balanceándose en la barra.[5] Ese tipo de cosas hacía que Geoffrey simpatizara con los chicos, aunque Lucy nunca entendió por qué. Cuando lo comentaba, los chicos se enfadaban.

—Dios mío, ¡se está volviendo igual que la tía Phoebe! —decían.

La tía Phoebe, no hará falta recalcarlo, era de la familia paterna: una mujer muy digna, pero aburridísima. A Lucy le decían muchas veces, cuando mostraba su desaprobación por algo que hacían los chicos o las chicas, que se estaba volviendo como la tía Phoebe, y se lo decían tantas veces que empezaba a pensar que debía de ser cierto.

Los chicos, aunque no podían impresionar a Lucy con las hazañas de Leigh, estaban seguros de que tenían en Charlotte a una oyente especialmente atenta. Charlotte pensaba que Geoffrey era maravilloso. Al principio lo dijo bien claro, deslumbrada por aquel hombre, pero cuando vio que sus hermanas no eran muy favorables, se calló y se encerró como una ostra. Empezó a apartarse de ellas y a unirse a él.

A Geoffrey Leigh no le gustaba el apartamento donde vivía. Prefería con mucho la casa de los Field, donde había comodidad, buena comida, una compañía animada y muchísima gente a la que gastar bromas pesadas. O estaba tan exaltado y eufórico que todo el

mundo, salvo Charlotte y los chicos, lo encontraban agotador, o se quedaba en silencio y deprimido. No tardó en quedar claro que Charlotte era muy sensible a los cambios de humor de Geoffrey. Sus hermanas estaban asombradas al ver cómo ella se quedaba pendiente de sus miradas de aquella manera. Se sonrojaba, sonreía, parecía nerviosa o enloquecida, dependiendo todo del comportamiento de Geoffrey.

—Esa no es manera de comportarse con él —le dijo Vera a Lucy con desprecio—. Si le demuestra que le gusta, se aprovechará de ella. Será una idiota si tiene algo con él, Lucy.

—Sí, todo lo que dices está muy bien —respondió Lucy con preocupación—, ¿pero cómo podemos impedírselo?

A eso no hubo respuesta.

Un día tras otro, Geoffrey se presentaba en casa, y noche tras noche, cuando todos los demás se habían ido a la cama, los chicos se quedaban con Geoffrey y sacaban una botella de whisky. Lucy, un ama de casa preocupada, cogió la costumbre de mantenerse despierta hasta altas horas, cuando Geoffrey, dando un enorme portazo, se iba a su casa y sus hermanos subían a la cama tambaleándose. Luego, helada, cansada y furiosa, bajaba al salón para comprobar que todo estuviera en orden. Una vez, un cigarrillo había hecho un agujero en la alfombra; otra vez, habían derramado un vaso de whisky en una mesa encerada; y otra, habían dejado las luces encendidas. Así que Lucy pensaba que era mejor bajar y comprobarlo todo.

Entonces, una noche, cuando bajaba las escaleras, se encontró con su padre en el rellano. No lo había visto levantado a media noche desde que era una cría, y se quedó sorprendida al ver lo viejo que

parecía, con aquel cuello largo y flaco, y aquellos tobillos flacos y larguiruchos.

—Esto ha ido ya demasiado lejos, Lucy —dijo, con un gesto de implacable severidad: era curioso cómo le hablaban todos, como si ella fuera responsable de todo—. Tienen que irse —añadió.

—¿Quiénes? —preguntó Lucy, sorprendida.

—Tus hermanos —contestó el señor Field—. No puedo hacer nada con ellos. Deben irse.

—Pero... ¿dónde? —titubeó Lucy.

—Donde quieran —respondió su padre, volviendo a su habitación—. Pero que se vayan.

Ellos se tomaron la decisión de su padre con tranquilidad.

—Pues perfecto, nos vamos —dijeron—. Aquí no hay nada que hacer.

Y con una gran suma de dinero cada uno y sin perder el ánimo, se fueron a Canadá.

Aunque Lucy los quería mucho y lloró al verlos marchar, como sus hermanas, al final confirmó que las cosas serían mucho más fáciles en casa. Era como si una gran ventolera hubiera estado soplando durante mucho tiempo y, de repente, hubiera cesado. Durante algún tiempo, aquella calma pareció incluso poco natural.

Pero la ansiedad pronto empezó a angustiar a Lucy de nuevo. No era Vera quien le preocupaba esta vez. Vera había abandonado su proyecto de irse a bailar a Londres; ahora estaba ensayando con ahínco con su música favorita. De vez en cuando, Vera se retiraba del mundo con toda solemnidad para entregarse a días en los que bailaba y bailaba sin cesar, y esta era una de esas épocas. Era Charlotte quien le preocupaba ahora a Lucy.

Los chicos se habían ido, pero Geoffrey Leigh aún seguía yendo por casa, y era evidente que Charlotte estaba cada día más enamorada de él.

—¿Qué demonios ve en él? —seguía preguntándose Vera.

Lucy no podía contestarle. Desconcertadas e inermes, las hermanas no podían sino ver cómo Charlotte se iba apartando de ellas. Cuando no estaba con Geoffrey, a Charlotte le gustaba estar sola. Y si la encontraban en algún sitio con expresión ausente, ella se levantaba y se iba para seguir con sus ensoñaciones.

Un día, después de comer, cuando las hermanas ya se levantaban de la mesa antes de ir cada una a ocuparse de sus tareas, Geoffrey entró en el salón de improviso por la ventana francesa del jardín. Se marchaba, les dijo. Se iba de Sefton. Lo trasladaban a una zona mucho más grande. Tres condados. Se acabó lo de estar mendigando pedidos, añadió exultante. En el futuro supervisaría a los comerciales y dirigiría todo el negocio sin moverse de la oficina. Y su oficina podría estar, y muy probablemente estaría, en su propia casa.

—Estoy harto de pensiones —dijo—. Me compraré una casa.

Era un buen ascenso, o eso parecía, para un hombre tan joven. Era evidente que su empresa lo tenía en buena consideración, aunque Lucy y Vera no podían siquiera imaginar por qué. Dado que se iba a marchar, pensaron, y no volverían a verlo, tanto Lucy como Vera podían ser bastante cariñosas y lo felicitaron por su nuevo trabajo. Pero Charlotte se puso roja, y luego blanca, y empezó a tartamudear su felicitación. Sus hermanas vieron que había sufrido una conmoción y que estaba intentando reponerse a duras penas.

Lucy esperaba que Geoffrey se marchara, pero estaba encantado consigo mismo y no tenía ninguna prisa. Empezó a balancearse en sus zapatos, junto a la chimenea, haciendo tintinear unas monedas en los bolsillos, y sonriendo ampliamente.

—Ojalá estuvieran aquí Harry y Aubrey —dijo—, ¡demonios, cómo lo celebraríamos!

Sus ojos brillaban al pensar lo que habrían hecho. Las hermanas lo miraron con frialdad, pero Charlotte lo miraba con todo su amor en la mirada.

Por fin se fue. Dejó a Charlotte abandonada a su angustia. Durante días no volvieron a saber de él. Aunque Vera y Lucy estaban tan indignadas como aliviadas, tuvieron que ver a Charlotte deambular por la casa, con la cara blanca y los ojos enrojecidos, sin atreverse a decir nada.

—Espero no enamorarme nunca, no digo más —sentenció Vera.

—Ojalá pudiera hacer algo por ella —dijo Lucy.

Y lo decía tan a menudo que Vera acabó hartándose y le contestó exasperada:

—Sabes que no puedes hacer nada, así que cállate.

Otro día, Geoffrey volvió, entrando por la ventana francesa del jardín tan de repente como antes, y Charlotte no tuvo tiempo para huir. Tuvo que quedarse donde estaba, con la prueba de lo que había estado sufriendo claramente reflejada en su cara. Se quedó junto a la chimenea y, después de dedicarle una tímida sonrisa, apartó la cara, olvidando que se reflejaba en el espejo. Todos se reflejaron en el espejo con marco dorado que colgaba en la vieja chimenea de mármol blanco que se arqueaba a una altura tremenda hasta el techo. Todos estaban allí, reunidos entre los dos candelabros que

había a cada lado de la repisa de la chimenea: Charlotte, con sus párpados enrojecidos y azorados; Vera, con su encantador perfil y mirando con aire gélido a Geoffrey; Lucy, con su expresión de angustia; y al otro lado, en la distancia, ensombrecido en las profundidades picadas del viejo cristal, Geoffrey, mirándose a sí mismo, sonriendo como si estuviera gastando una broma pesada. Y eso era lo que estaba haciendo.

Las hermanas de Charlotte se acercaron a ella cuando entró, interponiéndose entre ella y el hombre al que detestaban, pero a una palabra suya, la joven las abandonó y se fue con él al salón matinal. Allí, resultó que aquella era una de sus mejores bromas pesadas. En todo momento había tenido la intención de hacerle una proposición a Charlotte, al parecer, pero pensó que sería gracioso hacerle pensar que no iba a hacerlo. ¡Cómo se rio cuando se lo dijo!, y cómo se rio ella también, llorando de nuevo y secándose los ojos enrojecidos.

Todo había sido una broma, le contó Charlotte a sus hermanas, riendo y llorando de nuevo cuando Geoffrey se fue. ¿Y no le había salido a la perfección?, sollozaba Charlotte. Ella se lo había tomado completamente en serio. ¿No era muy propio de él?, preguntaba.

—Sí —respondió Vera con repentina vehemencia y entre dientes —. Sí: muy propio de él. Nadie salvo Geoffrey Leigh podría hacer algo semejante. ¿Y estás tan encaprichada que no puedes verlo? ¿No ves lo que te espera si eres tan tonta como para casarte con él? Si te quedara un mínimo de sentido común, Charlotte, correrías hasta el fin del mundo para apartarte de él.

—¡Basta!

Vera, sorprendida, se detuvo. Charlotte se puso el pañuelo en el cinturón con el aire de quien ya no lo necesita, como si hubiera acabado de mostrar sus sentimientos, felices o tristes, a sus hermanas. Con la cara bañada en lágrimas, se inclinó en la silla para acercarse a sus hermanas.

—Si cualquiera de vosotras —dijo— vuelve a decirme algo sobre Geoffrey, no me volverá a ver jamás cuando salga de esta casa. Os lo advierto. Cuando me case con él, me iré lejos de aquí y ni siquiera os escribiré. Así que guardaos las opiniones para vosotras. No significan nada para mí, porque lo amo.

Ante semejante furia, Vera y Lucy se callaron. Charlotte las silenció. Nunca se atrevieron a decir de nuevo lo que pensaban de él.

Ni siquiera en la boda. Aunque, por supuesto, ya habría sido demasiado tarde entonces.

La boda de Charlotte fue un acontecimiento que nadie en la familia podía recordar sin avergonzarse. «De todos los asuntos vergonzosos de la familia...»; así comenzaban los pensamientos de Lucy cada vez que salía el tema. La boda tuvo lugar en junio y se instaló una carpa en el césped, lo cual empeoró las cosas, pensó Lucy después, porque todo fue muy público. La gente que pasaba por el camino se subía al muro del jardín para ver qué era todo aquel ruido. Geoffrey y sus amigos consideraron que aquel día era una ocasión propicia para hacer bromas a gran escala. Geoffrey había gastado muchas bromas pesadas a sus amigos, y ahora ellos iban a vengarse, o a intentarlo. El ingenio de Geoffrey para conseguir que las bromas se volvieran contra sus amigos era infinito. La novia, pálida en su pálido tul, entre el satén y el jazmín, no

contaba para nada, y casi se la ignoró en medio del tumulto. Tenía que apartarse continuamente para que no la atropellasen.

Al principio, durante el desayuno, a los invitados les parecía gracioso, pero poco a poco fueron cansándose. Intentaban reírse, pero sus risas sonaban forzadas y al final desaparecieron por completo. El pobre señor Field intentó llevarse a los invitados de más edad a otra parte del jardín para que no fueran testigos de lo que le parecían unas payasadas absolutamente vergonzosas. La rama de su familia, las tías y los primos, se mantuvieron apartados con un gesto de sombría desaprobación, asombrándose de que Joseph no hubiera sido capaz de encontrar para su hija algo mejor.

El señor Field recurrió a Jack.

—¿Puedes parar esto, Jack? Es vergonzoso.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Jack—. Están todos borrachos.

—En lo que a mal gusto se refiere —dijo Vera con un gélido desprecio, paseando con Brian Sargent—, jamás he visto nada igual.

Al final llegó el momento en el que Charlotte tenía que cambiarse y ponerse el vestido de la despedida: sus hermanas la acompañaron a las habitaciones de arriba, cargando con aquellas inmensas cantidades de tul y la cola del vestido de novia. Estaba temblando cuando le quitaron el vestido de novia. Se quedó allí quieta, en enaguas, apretándose los bracitos contra el pecho, como si tuviera frío, esperando que le alcanzaran el vestido de la despedida. Sonreía todo el rato, con un gesto forzado que desgarraba el corazón de sus hermanas. Pero no se atrevieron a decirle nada. Se quedaron las tres muy calladas, mientras Geoffrey y su padrino andaban haciendo el tonto en la habitación de al lado.

A Lucy le temblaban los dedos mientras le abrochaba el vestido a Charlotte por detrás, y Vera apretaba los labios mientras se ocupaba de la maleta de su hermana.

—Tus nuevas polveras están en el bolsillo, no las olvides.

—Los zapatos —dijo Charlotte, inclinándose para calzárselos—. Ya estoy lista. —Pero se detuvo un instante en la puerta antes de abrirla cuando iba a salir, y luego se dispuso a enfrentarse con la gente de nuevo.

Ella bajó primero, pero un instante después Geoffrey bajó deslizándose por la barandilla de la escalera tras ella. Su aparición fue la señal para que se desatara un ataque concertado de sus amigos. Lo cogieron, lo llevaron con las piernas y los brazos abiertos por todo el jardín, lo tumbaron en la hierba y luego procedieron a quitarle los zapatos y —para el espanto general— también los calcetines. Al ver los blanquecinos pies del novio pataleando en el aire, un escalofrío recorrió el grupo de invitados. Dos damas ultrasensibles se abrazaron, afectadas por una conmoción inaudita. Charlotte, después de dudar sobre lo que debía hacer y mirando de reojo al grupo de jóvenes que peleaba en el jardín, se metió en el coche, donde afortunadamente casi permaneció oculta a las miradas de la gente. De repente, Geoffrey se liberó y corrió hacia el vehículo, dejando los zapatos y los calcetines en manos de sus amigos. Se subió al coche, dio un portazo y encendió el motor.

—¡Toma! ¡No puedes irte sin los calcetines y los zapatos, idiota! —gritaban sus amigos, llevándolos en alto.

—¡Ah!, ¿no? —gritó Geoffrey, y aceleró para salir disparado por el camino hasta la carretera. Los invitados vitorearon sin

entusiasmo y les dijeron adiós con la mano, pero Charlotte no se volvió a mirar.

—Y esto es solo el principio —dijo Vera con gesto sombrío.

CAPÍTULO DOS

I

Aquella misma noche, cuando todo el mundo se había ido ya y empezaban a desmontar la carpa, que parecía retorcerse y moverse de un modo grotesco como un elefante atado al atardecer, las dos hermanas solteras se quedaron solas, en silencio, y Vera dijo con voz melancólica:

—Creo que me voy a comprometer con Brian.

—¡Vera! —Lucy se levantó con un respingo, ruborizándose de sorpresa y placer—. ¿Te lo ha pedido?

—Muchas veces —respondió Vera sin ninguna emoción—. Pero creo que ahora le diré que sí.

—Oh, querida, me alegro mucho... —dijo Lucy, corriendo a darle un beso.

Vera recibió los besos. Lucy era la única que estaba radiante.

—Me encanta Brian —añadió Lucy, sentándose en el brazo del sillón de Vera—. Es tan sensato... Todo lo contrario que Geoffrey, y te adora, Vera.

—Sí —dijo Vera con indiferencia—. Creo que está bien —añadió —. Creo que estaré bien con él.

—Oh, estoy segura de que así será, querida... —exclamó Lucy, con lágrimas en los ojos—. Esto es un tremendo alivio para mí,

después de lo que ha pasado hoy. Al menos una de vosotras estará a salvo —dijo la pobre Lucy.

—No se me ocurre nada más seguro que Brian —contestó Vera.

Lucy estaba tan aliviada con aquel compromiso que, hasta que no se fue a la cama y se quedó sola para pensar, no se dio cuenta de que ahora se quedaría sola en la casa sin sus hermanas. Su educación le había resultado extraordinariamente larga y complicada, pero había concluido muy pronto. Habían sido un problema y una angustia para ella, pero también un inmenso placer. Era como una persona que tiene una obra de arte en la que ha estado trabajando mucho tiempo y se la arrebatan de repente de las manos: una obra que se ve obligada a dejar inacabada y que ha resultado ser algo distinto por completo a lo que pretendía. Temía quedarse sola en casa con Jack y con su padre. Ahora le daba la impresión de que su vida no tenía sentido. Sus hermanas le habían dado sentido a su vida. Habían sido como sus hijas al principio, y como queridas compañeras luego. Los intereses de sus hermanas habían sido los suyos; y se preguntaba si en adelante podría tener algún objetivo particular que no fuera el de ellas. Nunca había tenido tiempo de plantearse un objetivo; la habían tenido muy ocupada. Estuvo llorando aquella noche, presagiando un futuro que parecía vacío sin ellas.

No sabía que William Moore, hasta ese momento un perfecto desconocido, ya estaba en camino. Al cabo de un mes lo conoció en una fiesta de tenis:[6] era el tipo más raro, pensó, con el que se había cruzado en la vida. Raro, pero extrañamente atractivo (para ella, en cualquier caso). Aquella tarde, Lucy sonrió al verlo sentado en medio de la incesante cháchara de la fiesta, tan indiferente como un

canto rodado en medio de un torrente. Pero era una indiferencia teñida de buen humor; sonreía para sí mismo, disfrutando al sol y enfrascado en sus propios pensamientos, sin necesidad de mantener ninguna conversación con nadie. De vez en cuando se levantaba y jugaba un punto de tenis con gran vigor y placer. Jugó dos veces con Lucy y esta pensó que no había causado más impresión en aquel hombre tan poco impresionable que cualquier otra joven. Pero estaba equivocada.

En primavera, poco después de que Vera se casara con Brian Sargent y se fueran a Trenton, Lucy se casó con William, que ya había sido trasladado al interior. La familia se fue yendo de la vieja casa como la nieve se deshace en el tejado, dejando a Jack solo en la vivienda, ya que Joseph Field murió ese mismo año. Las tres hermanas vivían ahora en lugares distantes: Lucy en un pueblo, en Underwood; Charlotte en el norte, en Denborough; y Vera en Trenton, una ciudad del interior.

Tras el matrimonio, Lucy atravesó un extraño periodo de restauración y recuperación: se quedaba siempre dormida, por las tardes y por las noches.

—Lo siento mucho, William —decía disculpándose—. Me temo que he vuelto a quedarme dormida.

Él solo sonreía y pasaba otra página de su libro. Tras las interminables peroratas de su padre, el agradable silencio de William era un bálsamo para Lucy. Poco a poco fue recomponiéndose. Llegó a tener un aspecto mucho mejor del que había tenido desde la infancia. William se había casado con una mujer joven y cansada que, según decían, se había marchitado de forma un tanto prematura; pero no tardó en encontrarse con una

esposa preciosa. Tan guapa que sus hermanas, después de no haberla visto durante un tiempo, lanzaron exclamaciones de asombro ante lo mucho que había mejorado su aspecto y el cambio que había dado, en general. Ahora Lucy ofrecía un aspecto de serenidad que, recordando aquellas angustias bastante pejigueras de los viejos tiempos, sorprendió a sus hermanas.

—Supongo que no podrás decirles que la mejoría se debe esencialmente a tenerlas bien lejos —comentó William con aire cáustico.

Era cáustico cuando se trataba de la familia de Lucy. Echando la vista atrás, le disgustaba la responsabilidad con que la habían cargado a una edad tan temprana.

—Un ama de llaves lo habría podido hacer igual de bien —decía.

—Oh, no —protestaba Lucy, espantada—. ¡No se podía dejar a las niñas en manos de un ama de llaves!

—¿Acaso hiciste tú más de lo que habría hecho un ama de llaves? —preguntaba su marido.

William no se andaba con rodeos a la hora de decir la verdad; no andaba con tapujos. Eran lentejas: o las tomabas o las dejabas.

—Oh, William —solía protestar Lucy—. Creo que hice más por ellas que un ama de llaves. O eso espero... —decía.

—Charlotte se casó con Leigh a pesar de tus súplicas, ¿no? —le preguntó William en cierta ocasión.

—Sí, pero a Vera le fue bien —se defendió Lucy.

William no dijo nada.

—A Vera le fue bien, William —repitió Lucy.

—Depende de lo que entiendas por «bien» —respondió William crípticamente.

—Brian es muy bueno —dijo Lucy.

William no respondió nada, y Lucy dejó que la conversación decayera porque no tenía ningún sentido seguir con aquello. William no le daría la razón, lo sabía. A veces resultaba bastante incómodo verse obligada a afrontar la realidad que proponía William.

Al casarse, Lucy había llegado a buen puerto en más de un sentido. Dejó atrás el ajetreo de una casa turbulenta en Sefton para residir en una casa tranquila y propia, donde solo debía ocuparse de William; salió de las aglomeraciones de la ciudad manufacturera para instalarse en la aldea de Underwood; dejó las colinas oscuras y ondulantes, y la lluvia helada del norte por la calidez, la comodidad y la reconfortante vida en la campiña inglesa. Además, vivir en la casa en la que vivía y en la precisa situación en la que estaba... a Lucy a veces le parecía demasiado bueno para ser verdad.

Vivían en una pequeña casita antigua, de piedra, que tenía marcada la fecha de «1612» encima de la puerta y pizarras de Colley Weston[7] en el tejado. Todo el jardín estaba en la parte trasera, con un huerto en un lado, donde Lucy y William criaban abejas y gallinas. En la parte delantera de la casa no había más verde que dos franjas de césped a cada lado del camino enlosado, pero eso era todo lo que se necesitaba, porque la casa estaba perfectamente situada —o eso era lo que pensaba Lucy—, con un pequeño prado que la alejaba del resto del pueblo, la iglesia a la izquierda y, justo delante, las verjas —aunque no las principales— de la Gran Mansión. Al otro lado de esa verja estaba el parque forestal, donde ramoneaban ciervos moteados, y aún más allá estaba la mansión, de una antigua belleza clásica, sin rastro de vida en sus mágicos patios y terrazas.

Lucy, a la que se le permitía el acceso libre a la finca arbolada, igual que al resto del pueblo, sentía una placentera tristeza en la Mansión. Era tan encantadora y estaba tan abandonada... y Lucy se preguntaba qué sería de ella. La «familia» pasaba por allí tal vez un par de veces al año, y a veces ni siquiera eso. Se decía que les resultaba más barato vivir en su casa de Londres. El parque arbolado y la Mansión, los infinitos caminos desiertos, los pequeños venados, tenían una belleza olvidada, cautivadora, irreal. Todo el escenario era como el telón pintado de un teatro, y daba la impresión de que enseguida se enrollaría y desaparecería para revelar el desolador juego de la vida que se desarrollaba tras él. Después de deambular por el parque, Lucy volvía a casa, dando gracias a Dios por tener una casa pequeña que podría salvarse, con seguridad, de los cambios que amenazaban con producirse.

Lucy y William no tenían hijos. Lucy a veces pensaba que la vida parecía decidida a mantenerla como una espectadora. Había asistido a los placeres de la juventud sin participar de ellos. Y asistía a la maternidad a través de sus hermanas.

Charlotte mantuvo la inminente llegada de su primer hijo en secreto. No dijo nada casi hasta el último momento. «Por cierto», le escribió a Lucy, «voy a tener un hijo el próximo mes». Lucy, todo ternura y preocupación, segura de que Charlotte la necesitaría, cogió el primer tren a Denborough, donde encontró a Charlotte muy nerviosa, y no por su propia situación, sino por el efecto que podría tener en Geoffrey.

—Espero que esto no le moleste —decía. Lucy la miró asombrada —. Geoffrey odia las enfermedades —explicó Charlotte ante el mudo comentario de Lucy.

—¿Incluso las de otras personas? —Lucy no pudo evitar aquella pregunta cáustica.

—Oh, sí —respondió Charlotte con toda seriedad.

Le contó a Lucy que había estado enferma y fatal todo el tiempo. Muchas veces ni siquiera había sido capaz de salir con Geoffrey cuando él se lo había pedido, dijo, y miró a Lucy como si fuera una cosa terrible.

Lucy volvió a casa silenciosamente preocupada, pero cuando volvió a Denborough tras el nacimiento del bebé, una niña, se encontró a una Charlotte radiante. A Geoffrey le gustaba la niña, así que todo iba bien.

Charlotte tenía ya tres niños para cuando Vera telefoneó para dar la noticia de su primer embarazo:

—Me temo que voy a tener un hijo —dijo en una llamada desde Trenton a Underwood—. Ay, qué engorro. Íbamos a viajar a Cannes. Tenía toda la ropa preparada.

—Pero... ¿estás bien, querida? —preguntó Lucy preocupadísima —. ¿Quieres que vaya?

—Bueno, hasta ahora estoy bien —contestó Vera—. Pero supongo que pronto tendré un aspecto tan horrible que no querré ver a nadie. Puedes venir entonces, querida. Por supuesto, Brian está encantado. Le digo que no estaría tan encantado si fuera a tenerlo él.

Cuando Lucy fue a Trenton, más adelante, Vera no hizo más que suspirar y desear que pasara pronto. Lucy le decía una y otra vez lo feliz que sería cuando naciera el bebé.

—Ojalá pudiera creerte —le decía Vera—. La gente solo me pregunta si no estoy emocionada. Pero no. Sé que debería estarlo,

pero no lo estoy. —Miraba a Lucy enfadada, como si le estuvieran arrebatando algo que tenía derecho a esperar.

Sin embargo, cuando Lucy volvió tras el nacimiento del bebé, una niña llamada Sarah, se encontró a una Vera radiante. No por la niña, aunque la niña le hacía gracia, sino por haber recuperado la salud y la belleza. Se pasaba el día recibiendo visitas, sentada en la cama, luciendo los *negligés* más encantadores y con la habitación rebosante de flores. El único engorro, le dijo a Lucy, era que la madre de Brian y su hermana Gertrude iban a verla todos los días.

—Antes podía mantenerlas a raya y verlas solo una vez a la semana, pero ahora se presentan aquí todos los días. Por supuesto, a quien vienen a ver es a la niña, no a mí, así que le voy a decir a una niñera que la lleve a la habitación del bebé cuando vengan y así puedan despacharse a gusto allí. La vieja señora Sargent se empeña en decirnos constantemente lo que tenemos que hacer. Y no hace más que decirnos lo que hizo ella cuando Gertrude era un bebé. ¡Hace cuarenta años!

En cualquier caso, para sus hermanas, la maternidad apenas podía considerarse la experiencia conmovedora y emocionante que Lucy había imaginado. Sin embargo, albergaba la secreta convicción de que para ella sí lo habría sido.

De todos modos, no tuvo muchas oportunidades de convertirse en una tía muy querida. Veía muy poco a los hijos de sus hermanas. Geoffrey no era muy partidario de las visitas de sus cuñadas. Las hijas de Vera, excepto por sus ocasionales apariciones en el salón, siempre estaban con las niñeras. Lucy estaba encantada de que Charlotte viniera con su última hija; hacía casi dos años desde que Lucy la había visto por última vez. Lucy a veces intentaba descubrir

si a William le importaba, como a ella, no haber tenido hijos, pero no lo consiguió. Nunca se quejó ni lo lamentó.

—Estamos muy bien como estamos —decía.

Era verdad. Lucy era tan feliz que algunas veces pensaba que no debería serlo tanto.

—Siento que vivo una vida egoísta. Me siento culpable —decía a veces.

—Eso es porque hiciste lo que los demás querían durante tanto tiempo que ahora que puedes hacer lo que te apetece sientes que no deberías hacerlo. Debes aprender a disfrutar de lo que haces, mi niña, y a no lamentarlo tampoco. Hoy en día nunca se sabe cuánto tiempo podrás vivir una vida tranquila, así que lo mejor es que la aproveches al máximo.

Sentados el uno frente al otro en la mesa del desayuno, Lucy había viajado varios años atrás en el tiempo y William había avanzado desde las gachas al beicon y ahora había hecho una parada en la mermelada. Le gustaba la mermelada y, distraído, casi había vaciado el platillo, de modo que no había dejado casi nada para ella. William no era en absoluto un buen marido convencional, rebosante de pequeñas atenciones. Él dejaba que su mujer se las arreglara sola, y no veía por qué no debería hacerlo. A veces, como ahora, ella creía que su marido necesitaba una reprimenda.

—William —le dijo, y tuvo que esperar a que su esposo levantara la cabeza del periódico—. ¿Te importa si pruebo un poco de mermelada? —Y señaló con una mirada acusadora el platillo casi vacío.

William lo miró también y sonrió.

—Tan poco como quieras —respondió, pasándole la mermelada y volviendo a su periódico.

Lucy se echó a reír y rebañó lo poco que quedaba. Podría haber pedido a la cocina que le trajeran más si hubiera querido. Él lo sabía. Su actitud era razonable, pero las hermanas de Lucy lo habrían mirado con un gesto de desaprobación.

Era el momento de decirle lo de las chicas. No era que no le cayeran bien, sino que no le gustaban las visitas. Le gustaba tener a Lucy y la casa para él solo. Le gustaba su sillón junto a la chimenea, y le gustaba leer tranquilamente y en paz teniendo a Lucy enfrente por las noches. Cuando venían sus hermanas no podía hacerlo. Hablaban. Tenía que coger su libro e irse a otra sala, donde las sillas no eran tan cómodas, y sentarse allí sin Lucy. Las oleadas de charlatanería y de risas que llegaban desde el salón lo distraían. ¡Y cómo se reían! A veces se sentía algo celoso de que Lucy pudiera reírse de aquella manera con sus hermanas y sin él. Siempre se apresuraba a dejar solas a las hermanas, como para dejar claro que él sabía que era eso lo que querían. Querían que no estorbara, y lo daba a entender, y deseaba que vieran que se apresuraba a cumplir sus deseos. Sobreactuaba, en opinión de Lucy, y eso la enfadaba. Las chicas nunca vieron a William como realmente era, y lo lamentaba. No es que él las viera como eran de verdad, tampoco. Era una lástima, pensaba Lucy, que nunca pudiera reunir a las tres personas que más quería en el mundo.

—Vera va a venir también cuando venga Charlotte —dijo de repente.

—Oh —contestó William. Había empezado a fruncir el ceño, pero enseguida adoptó un gesto impasible. Apartó el periódico y se

retiró un poco con la silla—. Así que la casa va a estar bastante llena... —añadió, alcanzando los zapatos—, porque Charlotte va a traer a... comosellame.

—¿Te refieres a Judith? —preguntó Lucy, con un gesto de reproche otra vez. De verdad: William debería intentar recordar los nombres de los hijos de sus hermanas. No eran tantos.

—Supongo que sí —respondió William—. Bueno, tal vez sea mejor que la otra.

—¿Te refieres a Margaret? ¿No te gustaba Margaret?

—Oh, no parecía una niña. Me gusta que los niños tengan un poco de carácter.

—Puede que resulte difícil tener carácter viviendo con Geoffrey —dijo Lucy.

—Es posible que tengas razón —admitió William—. Pero ahora tengo que irme. Adiós. —Le dio un beso apresurado pero afectuoso, se asomó debajo de la mesa para darle una caricia a Cora, la perra labradora dorada que siempre se tumbaba a los pies de Lucy, independientemente de donde los pusiera, y después se dirigió a la puerta—. No vendré a casa a comer.

—Oh, William —protestó Lucy—. ¡No me lo habías dicho!

—Se me olvidó —contestó William, y salió.

Para cuando Lucy fue tras él con Cora, su marido ya estaba en el coche y se alejaba diciéndole adiós con la mano.

—Muy bien —dijo Lucy—. Pues adiós.

En zapatillas, se dispuso a pasear a Cora hasta el gran árbol del prado, la cancela de la iglesia, la verja del parque y un poco más allá por el camino. No había cancela en el jardín: Cora podía salir a dar un paseo cuando quisiera. Pero, aunque el mundo estaba a su

disposición, no lo disfrutaba si no estaba con sus amos. Cuando quería recordarles que había que ir a dar un paseo, ocupaba su sitio en el césped delante de la casa, apoyaba la nariz entre las patas, y clavaba sus ojos ambarinos en la puerta. De vez en cuando, durante lo que a veces se convertía en una larga espera, dejaba escapar un profundo suspiro o golpeaba la hierba con la cola, pero nunca apartaba la mirada de la puerta. Cuando por fin salía alguien, corría en busca de un palo, correteaba como una loca por la hierba bajo los árboles, gemía de nerviosismo e impaciencia, encontraba uno, lo lanzaba al aire, lo dejaba caer, fingía que no podía cogerlo, lo cogía, se lo llevaba a Lucy o a William para que lo vieran, lo dejaba a un lado y se disponía a dar el preceptivo paseo.

Pero después del desayuno, Cora sabía que no había necesidad de semejante espectáculo. Con dignidad canina, esperaba su paseo habitual.

La mañana era dorada y apacible, con la quietud del otoño. Al otro lado de la verja del parque, los árboles se desperezaban y se veían pequeños ciervos en los claros del bosque. «Parecen sacados del Arca de Noé», pensó Lucy.

Sentía el calor del sol en la cara y en la mano el calor de la piedra del murete que había delante de la casa. Le habría gustado quedarse allí fuera a disfrutar de aquella bendita calidez y de la luz que cada día iba menguando poco a poco. Pero debía entrar y decirle a Janet que iba a venir Vera y también Charlotte. Otra persona a la que había que decírselo: otra persona a la que no le gustaban las visitas.

En la cocina, Janet estaba inclinada sobre el fregadero, lavando las cosas del desayuno. Vista por la espalda, con aquella robusta figura y el vestido azul cruzado por las cintas blancas del delantal, las

piernas fornidas y el pequeño moño apretado, Janet parecía aún más inflexible de lo habitual, y Lucy anduvo jugueteando por la cocina esperando su oportunidad. En lo tocante a las visitas, con Janet había que andarse con cuidado.

Janet tenía cuarenta años, era corpulenta, íntegra, con una fidelidad canina, por así decirlo, devota y fiel a Lucy y a William; pero trataba a los extraños con hostilidad, sobre todo si se metían en casa. Janet era buena, pero difícil y, de vez en cuando, se irritaba más de lo tolerable, y Lucy amenazaba con despedirla. Otras veces, Janet amenazaba con despedirse por su cuenta.

—Esta vez sí que se va —le decía Lucy a William.

Pero William se mostraba imperturbable, lo cual enojaba mucho a Lucy. No decía nada. A veces incluso sonreía.

—En un mes, se tiene que ir —repetía Lucy—. No puedo soportarla más. Se acabó.

Janet siempre se mostraba más que dispuesta a marcharse: decía que lo estaba deseando y que llevaba mucho tiempo pensando en cambiar de casa. Pero el día fijado para la despedida, a finales de mes, siempre transcurría sin que ni la señora ni la criada se dieran por enteradas o, si lo sabían, no lo comentaban. Y Janet se quedaba.

Lucy casi siempre sabía cómo «manejar» a Janet. Una de las maneras de lidiar con ella era dejarla hablar. Lucy pensaba que Janet no tenía a nadie con quien hablar a lo largo de todo el día salvo ella. Seguro que tenía necesidad de hablar sobre su propia vida, sobre alguien o sobre algo que le interesara, en vez de estar siempre pendiente de la casa y de las necesidades de su señor y su señora; así que, de la misma manera que había escuchado a su padre, ahora escuchaba a Janet mientras cocinaba o hacía las labores de la casa. Y

así como la perorata reconfortaba a su padre, la perorata reconfortaba a Janet. Hablar sobre uno mismo alivia y reconforta a la mayoría de las personas. «Solo las personas excepcionales como William», pensaba Lucy, «no necesitan hablar de sí mismas».

Las peroratas de Janet eran en su mayor parte recuerdos: un triste indicio, pensaba la excesivamente compasiva Lucy. Como si no estuviera pasando nada en la vida de Janet en ese momento, como si lo que estaba ocurriendo en ese momento no fuera a formar parte de la vida de Janet.

—Había un caballero en nuestra iglesia, un sacristán —contaba Janet, después de haber reflexionado sobre el asunto durante años, al parecer—, cuya hija quiso dedicarse a la agricultura. Nadie podía entender por qué una señorita joven y educada con tanta delicadeza iba a acabar ordeñando vacas y limpiando establos.

Al parecer, la vida nunca le había resuelto a Janet el extraño caso de la hija del sacristán, porque se refería a aquel asunto una y otra vez.

También hablaba de sus primos. Todos sus familiares eran primos, al parecer, y no tenía otros más cercanos. Tenía muchísimos, y dispersos por todas partes, y Janet nunca los citaba por el nombre; solo decía «mi primo». Así que, después de cinco años de información constante, Lucy aún no podía distinguir a unos de otros. Apenas se atrevía a preguntar a Janet de qué primo estaba hablando por temor a quedar absolutamente sepultada por el árbol genealógico de Janet. Pero si por casualidad decía «¿Es el primo que vive en Yorkshire?», con seguridad estaba equivocada. «Oh, válgame Dios, ¡no!», exclamaba Janet, sorprendida de que Lucy no se hubiera enterado de nada: «Estoy hablando de mi primo de Mánchester».

Janet desaprobaba todas las visitas, incluso las ocasionales y fortuitas:

—La señora Menganita de Tal está aquí, señora —le anunciaba a Lucy en el jardín—. Y no tengo ni idea de para qué.

Así que, conociéndola, Lucy, que deseaba que todo fuera agradable durante la visita de sus hermanas, dudó antes de comunicarle la noticia. Pero al final se lo dijo:

—Janet... he sabido esta misma mañana que la señora Sargent va a venir también, al mismo tiempo que la señora Leigh con su hija pequeña.

Janet se volvió a medias, sin mirar a la señora, pero en dirección a ella, como si tuviera tortícolis.

—¿Eso significa que habrá tres personas más?

—Sí.

Janet dejó escapar un resoplido nasal, pero ese gesto expresaba todo su disgusto. Volvió a los cacharros. Esa señora Sargent daba un montón de trabajo. Venía de una casa donde la atendían de la mañana a la noche, y esperaba lo mismo en una casa donde solo había un par de manos. Nunca recogía nada. Lo dejaba todo tirado por ahí. Polvos por todo el tocador. La última vez, la madera estuvo blanca durante semanas después de que se marchara.

—Así que tenemos que preparar la habitación pequeña para la señora Sargent —dijo Lucy.

—Supongo que quiere que airee la cama y ventile la habitación —protestó Janet, como si fuera de esperar que le ordenaran aquella insensatez.

—Claro.

—La cama no puede estar húmeda —dijo Janet.

—Hay que airearla —insistió Lucy, y salió de la cocina.

Cuando acabó de fregar, Janet tiró de mala manera el trapo de la cocina.

—Y ahora vamos a disfrutar aireando esa cama... —farfulló cáusticamente.

II

William cogió el coche y llevó a Lucy a la estación del pueblo para recoger a Charlotte, que era la que iba a llegar primero. Lucy estaba muy nerviosa: no dejaba de sonreír. William no estaba muy emocionado, pero procuró que su incomodidad no fuera demasiado evidente. Era su media jornada libre y podría haber estado haciendo algo de provecho y necesario en el jardín, pero tuvo que coger el coche para recoger a Charlotte y la niña, y poco más de una hora después de su llegada a Underwood, tendría que volver a la estación para buscar a Vera. Empezando por su media jornada libre, que Lucy le había arrebatado para dársela a sus hermanas, su esposa se lo daría todo desde ese momento hasta que se fueran. Eso es lo que había hecho siempre y lo que seguiría haciendo, suponía, hasta el final. ¿Pero ellas valoraban ese esfuerzo?, se preguntaba William. Seguro que no.

Dio la vuelta por el espacio semicircular que había delante de la estación y aparcó donde pudo; había varios coches y camiones delante de la entrada. Lucy, sin decir palabra, con las mejillas

ruborizadas y la sonrisa más amplia que antes incluso, salió del coche y desapareció en la sala de espera.

William se quedó allí sentado, perdiéndose poco a poco en el limbo particular de aquellos que esperan en los coches a otras personas. Tenía las manos apoyadas en el volante y las cejas arqueadas con un gesto pensativo. Miraba con aire ausente la colina en la que se apiñaba el pequeño pueblo, rodeada de árboles, y donde se levantaba el magnífico campanario de la iglesia parroquial. De vez en cuando giraba la cabeza y observaba distraídamente a un grupo que se había reunido delante de la estación: eran dos mujeres, con una niñita pálida y rubia de la mano. La niña bostezaba como si hubiera hecho un largo viaje. Cuando una de las mujeres le hizo una seña apremiante, William volvió en sí y salió del coche enseguida. Por un momento, ni siquiera había sido capaz de reconocer a su propia mujer.

—Pensé que te habías quedado dormido —dijo Lucy.

Esa era otra de las cosas de estas visitas, pensó; Lucy a menudo se enfadaba un poco con él.

—¿Qué tal, Charlotte? —dijo él, dándole un beso en la mejilla. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla a la niña también.

—Saluda al tío William —animó Charlotte a su hija.

—¿Cómo está, tío William? —preguntó la niña muy obediente, sin una sonrisa, levantando sus ojos azules.

Charlotte parecía más pálida y delgada de lo habitual, pensó William, sujetando la puerta del coche para que entrara. Las hermanas se sentaron en la parte de atrás. A Judith le pidieron que se sentara en la parte de delante, junto a su tío.

William emprendió la marcha. Las hermanas hablaban, pero él estaba seguro de que aún no habían roto el hielo. Ese hielo siempre le resultaba una cosa extraña; Charlotte y Vera venían cargadas con ese hielo. Para Lucy, eso representaba la reaparición de la antigua hostilidad, la hostilidad de las dos crías que no querían que la mayor ni siquiera supiera lo que habían estado haciendo. La verdad era que Charlotte y Vera habían cambiado mucho, como cambiamos todos. La vida estaba haciendo mella en ellas y cambiándolas, pero Lucy, que ignoraba todo o casi todo de sus vidas, parecía asombrada por los resultados. Tenía que adivinarlo todo. Siempre tenía que pasar un tiempo antes de que las hermanas volvieran a sentirse unidas.

—¿Y qué tal está Geoffrey? —preguntó Lucy educadamente.

—Ah, muy bien —dijo Charlotte, sin dar más explicaciones.

—¿Y Margaret? ¿Y Stephen?

Se mezclaban sus voces. «Claro, no podía dejar a Judith...». «Oh, ¿y por qué ibas a hacerlo...? Nos encanta que venga...». «Pone un poco de los nervios a Geoffrey... Ya sabes, estando siempre metido en casa...».

William conducía en silencio. Salieron del pueblo y Judith levantó la barbilla y miró el paisaje del exterior. Llevaba puestos un par de diminutos guantes de piel, las manos entrelazadas en el regazo. A William le hizo mucha gracia el tamaño de aquellos guantes y sonrió para sí mismo.

—Me gusta sentarme delante —sentenció de repente Judith.

—¿Ah, sí? —murmuró William

—Se pueden ver cosas —dijo la niña.

—¿No se ven cosas detrás?

—Oh, no... —respondió con toda seriedad—. No se ve nada salvo a los que llevas delante. Stephen y yo solo vemos la nuca de mamá y papá, o la nuca de papá y Margaret. Claro que Stephen es más alto que yo. Puede ver la parte de arriba de las cosas.

—Pero os turnaréis para ir delante, ¿no? —preguntó William.

—Oh, no —contestó la niña, negando con la cabeza—. Stephen y yo no vamos con papá delante. Va Margaret.

—Vaya... —dijo William, con cierta malicia interesado en esta vertiente de Geoffrey como padre—. Ya estamos —anunció, aparcando delante de la casa. Judith la observó atónita.

—¿Aquí es donde vive la tía Lucy?

—Sal, cariño, sal... —la apremió su madre.

Judith obedeció.

—¿He estado aquí antes? —preguntó, y se giró hacia ellos con gesto inquisitivo.

Los mayores estaban demasiado ocupados sacando las bolsas y las maletas para responder, así que la niña se quedó mirando con un profundo placer la casa, las verjas del parque, la iglesia, los árboles... Dio unos pasos hasta el césped y observó todo aquello con atención.

—¿De quién es este césped? ¿Es de todos?

Nadie le contestó, pero ella tampoco esperaba una respuesta. Su vida estaba llena de preguntas sin contestar.

—Vamos, adelante, Judith —le dijo Lucy con una sonrisa.

—Por las escaleras directamente, Judith —ordenó su madre—. Ya tendrás tiempo de sobra para mirarlo todo más adelante. Siempre se queda mirando todo así —le explicó a Lucy—. No puedes con ella. Eso es lo que le molesta a Geoffrey.

—¡Qué escalerita tan pequeña! —exclamó Judith con gran interés—. No te pasaría nada si te cayeras por aquí, ¿verdad? No te harías daño, ¿verdad?

—Por aquí —indicó Lucy, llevándolas a la habitación que iban a compartir—. ¿En qué cama vas a dormir, Judith? ¿Esta, junto a la ventana?

—¿Voy a dormir aquí con mamá?

—Sí.

Judith se quedó inmóvil. Y luego se sonrojó de placer y alivio. Después empezó a ir de un lado a otro como loca, delimitando su territorio.

—¿Puedo poner mi camisón debajo de la almohada? ¿Puedo poner a Angela en mi cama para que se sepa que es la mía? ¿Puedo sacar ya a Angela, mamá? Seguro que está apretujadísima en la maleta. ¿Puedes sacarla, mamá, por favor?

—Dame un minuto, cariño —suplicó Charlotte, llevándose la mano a la cabeza como si le doliera.

—¿Saco yo a Angela? ¿Dónde está? —preguntó Lucy.

—En la maleta azul, si no te importa...

Lucy liberó a Angela, una beldad descolorida con pelo rubio más bien ralo, una falda de ballet rosa y aplastada, y unas piernas flácidas. Judith la recibió con entusiasmo y la aplastó contra la almohada, que lentamente recuperó su forma y expulsó a la muñeca. Judith, que tenía prisa, la volvió a colocar y corrió hacia la ventana antes de que Angela volviera a caerse.

—¿Adónde se va por esas verjas? ¡Oh, mira aquellas cositas bajo los árboles, los animalitos moteados! ¡Oh, mira, mamá, mira, mira...!

—Cariño, no armes tanto escándalo. Se pone muy gritona... —explicó Charlotte—. Eso es lo que le molesta a Geoffrey.

—No importa el ruido que haga aquí, ya lo sabes... —dijo Lucy en voz baja, por si podía parecer que estaba interfiriendo en la disciplina materna—. Nos gusta. Para nosotros es un cambio.

—Sí, pero yo no puedo soportarlo mucho —continuó Charlotte con gesto de agotamiento.

—Pareces muy cansada, cariño —dijo Lucy.

—Lo estoy, bastante —admitió Charlotte.

—Tienes que procurar descansar bien. Me encargaré de Judith todo lo que pueda. Me encantará hacerlo.

Charlotte sonrió con gesto débil ante semejante entusiasmo. Cuidar de los niños siempre les parece divertido a aquellos que nunca lo han hecho.

—Vamos, Judith —dijo, cogiendo una toalla—. Al baño, por favor.

—Ya sé lo que son —murmuró Judith, hablando sola y apartándose a regañadientes de la ventana—. Son ciervos. Como en los cuentos de hadas. Son ciervos.

Una expresión de asombro y alegría se dibujó en su rostro y Lucy, al verla, recordó su propia infancia. Descubrir que realmente existe algo, como por ejemplo los pequeños cervatillos, sobre lo que has leído o, en el caso de Judith, sobre lo que le habían leído, y camina por el mundo y puede contemplarse... bueno, eso era un descubrimiento maravilloso. La mano de Lucy se detuvo con cariño en la cabeza de Judith cuando fue indicando a sus invitadas dónde estaba el baño.

—Oh... déjame olerlo... — suplicó Judith, acercándose enseguida a la palangana en busca del jabón—. Oooh, qué maravilla... — Sujetó la pastilla nueva de jabón con las dos manos, disfrutando de la suave dureza y de su forma, absorta en su placer.

—Cuando hayas acabado de mirar el jabón —dijo su madre, haciendo un esfuerzo por hablar con naturalidad—, nos ocuparemos de lavarnos.

Judith miró inquisitivamente a su madre y soltó el jabón. Lucy se apresuró a bajar para ver si el té ya estaba en la mesa; estaba segura de que Charlotte necesitaba una taza de té.

La niña bajó las escaleras dando saltitos, con la cara lavada y el pelo brillante. Sacó la silla que habían dispuesto para ella en la mesa, la escaló, se sentó, se quedó pensativa y por fin anunció:

—La silla está fría. Y además... —añadió asintiendo al resto—, pica.

—Oh, son esos viejos rellenos de crin de caballo —dijo Lucy, reprochándose semejante descuido, y William cogió un cojín.

Lucy se percató del cuidado con que cogió a la niña y le puso el cojín en la silla. También se dio cuenta de cómo, a la vez, acariciaba el sedoso pelo de Judith antes de volver a sentarse. «Después de todo, sí que le importa», pensó Lucy, con una punzada de emoción.

Pero el placer de ver a Judith disipó enseguida cualquier otra impresión. Era raro y conmovedor ver rasgos de ambas hermanas reproducidos en el rostro de la niña, aunque solo se podían apreciar de una manera fugaz, porque estaba claro que Judith era una persona distinta. Tenía una barbilla pequeña y firme, muy particular, deliciosamente cuadrada en la base, y sus ojos eran diferentes, no tan apagados como los de Vera y más grandes que los

de Charlotte. Tenía los ojos grises y luminosos. Era muy rubia, con un resplandor infantil puro y singular, y con aquella melenita hasta los hombros que se combaba hacia fuera en las puntas, con las mangas abullonadas, los calcetines blancos y unas zapatillas con hebilla por el tobillo, y con un aire a Alicia en el País de las Maravillas que le encantaba a Lucy, que de hecho apenas podía dejar de mirarla.

Judith comió galletas que, según le dijeron, se las habían hecho especialmente para ella, adornadas con cerezas. Estaban muy buenas, pensó, y comió varias. Mientras merendaba, miró a su alrededor asimilándolo todo: las ventanas con celosía que daban al huerto, donde colgaban manzanas entre las hojas de los árboles que se empezaban a poner coloradas; los amplios asientos de las ventanas, a los cuales habría sido muy agradable subirse, pensó; aunque, igual que papá, seguro que la tía Lucy sería muy quisquillosa con la pintura de esos alféizares. Le dio otro mordisco a una galleta y miró bajo la mesa, donde estaba Cora, que era un perro encantador, pensó. Judith sonrió como si todo le gustara y, al mirar al tío William, se sintió impulsada a decirle algo más que también le gustaba mucho:

—Voy a dormir en la habitación de mamá —explicó con una sonrisa tímida tras la galleta.

—Es la hora de ir a buscar a Vera —dijo Lucy enseguida—. Charlotte, no vengas. Déjame llevarme a Judith y tú descansa hasta que volvamos.

Pero Charlotte contestó que ni hablar y partieron todos juntos, porque era impensable dejar a Judith con la cascarrabias de Janet. Volvieron con el coche a la estación; Charlotte y Lucy, con Judith de

la mano, desaparecieron en el vestíbulo y William regresó a su limbo como en la ocasión anterior.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Charlotte, que volvió repentinamente a la vida en el andén. Su cara reflejaba la misma alegre expectación que cuando era niña—. Hace casi dos años que no veo a Vera.

Se quedaron mirando las vías mientras Judith pasaba entre ellas, una y otra vez, jugando a su juego particular. El tren apareció por la curva.

—Ya está ahí —dijo Lucy con los ojos brillantes.

Cogió a Judith de la mano, recordando que la tía Phoebe siempre solía hacer lo mismo con ella, e insistía en que la iba a atropellar el tren.

El tren, como un monstruo poderoso y amable que se prestaba a las actividades de los pequeños seres humanos, se detuvo con su imponente pulmón de vapor junto al andén.

Sus laterales se abrieron de repente y de allí empezó a salir gente cargada con maletas y paquetes, luchando para abrirse paso desde los compartimentos, tropezando con los mozos de la estación y con otras personas que iban en dirección contraria. Charlotte y Lucy se quedaron atrapadas en la confusión general. No podían ver a Vera por ninguna parte. Iban de un lado a otro, oteando por encima de las cabezas, sorteando bultos y personas.

—¿La ves? ¿Es esa...? No. ¿Dónde estará? Espero que haya venido...

Judith, en la zona inferior del tumulto, iba pegada a su tía como un pequeño remolque. La gente le golpeaba el sombrero y

amenazaba con arrebatárselo. Al final, se lo sujetó con una mano y siguió de la mano de su tía con la cabeza baja, sin ver nada.

En un extremo del tren, cuando la mayoría de los pasajeros ya se habían dispersado, se abrió una puerta del vagón de primera clase y de allí se apeó Vera, sin nada en las manos. El jefe de estación se apresuró a recibirla, haciendo señas a un mozo para que fuera a recoger el equipaje. Vera, sonriendo, caminó hacia sus hermanas con su elegancia inimitable. Estaba tan adorable como siempre, pensó Lucy... ¡y cuánto le gustaba dejar todo el equipaje en el compartimento! Nada de ansiedad, nada de preocupaciones: siempre estaba segura de que habría alguien esperándola y atendiéndola, y así era. Lucy y Charlotte, con Judith entre ambas, corrieron hacia su hermana.

—¿Qué tal? —dijo Vera.

Las hermanas se dieron dos besos. Judith miraba atenta hacia arriba. No recordaba haber visto a esa tía antes. Parecía encantadora, y llevaba flores, lirios del valle. Judith no sabía cuánto costaba llevar lirios del valle en septiembre. Vera se inclinó para darle un beso y Judith inspiró profundamente el aire que la rodeaba.

—Oooh, qué maravilla —dijo.

—¡Qué niña tan graciosa! —apuntó Vera, con una curiosidad distante.

Lucy se rio y volvió a coger a Judith de la mano. Era evidente que a Judith le gustaban los olores agradables.

Las tres hermanas aparecieron en la puerta principal de la estación.

«¡Qué buenos tiempos habrán vivido!», pensó William al verlas, mientras salía del coche. Todo el mundo se había ido ya. Con un

aspecto un tanto desaliñado —le pareció a Lucy—, su marido se acercó para saludar a Vera. «Cuánto besuqueo», pensó. La acompañó hasta el coche; William dio por hecho que debía ir a su lado, aunque habría preferido llevar a la niña en el asiento del acompañante. Acomodó a las otras, supervisó que llevaran el equipaje de Vera al coche, se subió y partieron.

Estaba un poco aturdido con el parloteo femenino. Sin embargo, todo parecía bastante artificial. «Las mujeres hablan para no tener que decir nada», pensó. «Los hombres guardan silencio. Bueno, ambos métodos funcionan, supongo», concluyó.

—¿Y cómo está Brian? —preguntó Lucy. Otra vez. En el mismo tono.

—Oh —dijo Vera, levantando las cejas—, igual que siempre.

Hablaba como si el pobre hombre sufriera alguna enfermedad crónica, pensó William.

Llegaron a casa otra vez, y Judith se limitó a seguir a los adultos al interior. Estaba fascinada con su guapísima tía. La observaba con verdadero interés, pero de tanto en tanto, cuando Vera se reía, un leve reflejo de su risa se dibujaba en el gesto de Judith. Las hermanas subieron las escaleras y Judith fue detrás. Lucy se disculpó por poner a Vera en la habitación pequeña que había encima de la puerta principal.

—Oh, ¿pero tengo que dormir aquí? —preguntó Vera—. ¿No puedo dormir en la habitación de Charlotte? Nos vemos tan poco... Me encantaría estar en la misma habitación, como en los viejos tiempos. Seguro que a Judith no le importará dormir aquí, ¿a que no, cariño? ¿A que vas a tener el detalle de dejar que la tía Vera se quede con mami? ¿A que sí?

Judith se puso muy colorada y se restregó contra la pared.

—No te restriegues contra la pared, cariño —dijo su madre—. No, estoy segura de que no le importará dormir aquí, Vera. Dormirá donde le diga la tía Lucy, ¿a que sí, Judith?

Judith asintió, empujando la mejilla con la lengua y retorciéndola.

—Además, es hora de que se vaya a la cama —explicó Charlotte —. La desvestiré mientras deshaces la maleta, Vera. La verdad es que es mucho mejor que ella se quede aquí. ¡Así no la molestaré cuando me vaya yo a la cama!

Lucy bajó corriendo a la cocina para comprobar que la cena se estaba preparando de forma adecuada. Mientras husmeaba en las cacerolas, sazonaba y removía la comida, se esforzaba por convencer a Janet para que intentara estar de buen humor, y tuvo tanto éxito que Janet comenzó a hablar de sus primos.

—Mi prima no tenía ni idea de que mi primo fuera un hombre tan grande —dijo, poniendo las coles de Bruselas en la sartén.

—¿Ah, sí? —preguntó Lucy, que no sabía si Janet se refería a un hombre grande física o socialmente, pero no tenía tiempo para seguir con la conversación—. Té chino para la señora Sargent, Janet, para desayunar. No lo olvides, ¿de acuerdo? Té indio para la señora Leigh.

Escaleras arriba, Vera, que se estaba vistiendo, reclamó la presencia de Charlotte, y Charlotte acudió enseguida. Lucy se regocijó al escuchar sus voces y sus risas, pero también confiaba en que no tuvieran despierta aún a Judith.

En aquella habitación extraña, Judith mordisqueaba la sábana. Las cortinas cerradas estaban confeccionadas con una tela de color carmesí oscuro; parecía que la luz que entraba fuera fuego. A Judith

no le gustaba el fuego en las ventanas. Si Stephen estuviera en la casa, lo llamaría a gritos y le diría que había fuego en la ventana. Su madre pasó a darle un beso cuando bajó a cenar.

—A dormir, cariño.

—No puedo —dijo Judith.

—Oh, sí, claro que puedes —respondió su madre sin pensar—. Tienes que intentarlo.

Judith apretó los párpados para obedecer a su madre y, también, para mantener alejado el fuego de la ventana. Pero sus párpados temblaban; era difícil mantenerlos cerrados. Los abrió otra vez. Había olvidado su muñeca. Aún estaba en la habitación de su madre. Salió de la cama y fue a por ella.

La habitación, antes ordenada y pulcra, ahora estaba abarrotada con toda la parafernalia de los productos de belleza. El tocador era una jungla de botecitos y frasquitos, había ropa interior de seda esparcida por las sillas y un chal de gasa verde pálido se extendía como un charco en la cama donde estaba Angela. Había un par de zapatillas verde claro con plumas de avestruz. Judith nunca había visto zapatillas con plumas; se agachó y sopló las plumas.

¡Cuántas cosas maravillosas tenía la tía Vera! La habitación olía a ella también; Judith aspiró aquella leve y deliciosa fragancia. La tía Vera era una persona fabulosa, pensó Judith mientras volvía a ponerse de pie, pero había olvidado las flores en el tocador. Judith las cogió y las observó con lástima mientras se deshacían en su mano. Los delicados pétalos estaban estropeados y mustios por culpa del broche de diamantes de la tía Vera. El viaje había sido largo y nadie las había puesto en agua al final. En camisón, Judith se acercó al baño y, asomándose al lavabo, abrió con algún esfuerzo el

grifo de agua fría. Llenó el vaso de lavarse los dientes, puso los lirios dentro y los volvió a dejar en el tocador. Luego cogió su muñeca y regresó a su pequeña habitación. Se tumbó en la cama abrazada a Angela. Poco a poco el incendio de la ventana se fue mitigando y dio paso a la oscuridad. Escuchó voces en el pasillo y pudo oír cómo se cerraba la puerta del salón. Estaba sola. Margaret no estaba en la cama de al lado, ni Stephen en la habitación contigua. Estaba en una cama extraña, en una habitación extraña, en la que nadie entraría durante toda la noche. Le había cedido su sitio junto a su madre a la tía Vera, que era como una princesa y tenía que salirse siempre con la suya.

Las viejas escaleras crujieron cuando los cansados pasos de Janet subieron para abrir las camas. La criada observó el desorden de Vera y, apretando los labios con un gesto de enfado, lo dejó tal cual. Se acercó a la puerta de Judith, y Judith pudo escuchar su respiración. La niña se quedó inmóvil, petrificada, mirando hacia la puerta; poco a poco se abrió y apareció una cara en la puerta entreabierta, se quedó allí un momento y se retiró. Janet volvió a bajar las escaleras.

Lucy subió, sospechando que Janet no había ordenado las cosas de Vera.

—¿Quién hay ahí? —preguntó una vocecilla.

Lucy entró y se inclinó junto a la cama.

—¿Todavía no estás dormida, cariño?

—No —contestó la niña.

—No tendrás miedo de la oscuridad, ¿verdad? —preguntó Lucy.

—No. Tengo seis años —explicó, como si nadie pudiera tener miedo a la oscuridad con esa edad.

—Sí, eres una niña muy mayor... —dijo Lucy.

—Las cortinas ya se han apagado —observó Judith.

Lucy miró hacia la ventana.

—Sí, ¿verdad? —No sabía a lo que se refería la niña, pero pensó que lo mejor era no animarla a seguir hablando.

—Quédate un poco más —le pidió Judith, acurrucándose sobre la mano de Lucy en la almohada.

—Bueno, solo un ratito —accedió Lucy—. Pero sin hablar. Tú cierra los ojos y procura dormir.

—Sí —respondió Judith, y se quedó tan quieta que unos instantes después Lucy pensó que se había quedado dormida y, con cuidado, intentó retirar la mano. Pero al momento Judith insistió—: No te vayas.

—Cariño, tengo que irme —dijo Lucy—. Tía Vera y mamá se estarán preguntando qué estoy haciendo tanto rato aquí arriba y, además, mamá quiere que te duermas, ya lo sabes.

—Pero... ¿puedo dejar encendida una luz? —preguntó Judith incorporándose en la cama.

—¿En casa duermes con una luz encendida?

—No.

—Bueno, la encenderé y luego bajaré y le preguntaré a tu madre si podemos dejarla encendida por esta vez. —Giró el interruptor y dejó a Judith, una figurilla patética, sentada en la cama y esperando el veredicto de los adultos.

Charlotte, sentada con Vera en el salón, no parecía muy predispuesta al sí.

—Nunca ha pedido tener la luz encendida antes. Geoffrey nunca se lo ha permitido a los niños. ¿Por qué quiere tener la luz encendida ahora?

—Porque a lo mejor es la primera vez que duerme sola, ¿no? —preguntó Lucy.

—Bueno, sí, es verdad... —admitió Charlotte—. Déjale una luz encendida entonces, pero que no esté dentro de la habitación o no se dormirá nunca. ¿Puedes poner la lámpara de la mesilla en el pasillo?

—Necesitaré un alargador, pero William puede encargarse de eso —comentó Lucy, y se levantó para solucionarlo.

Volvió al piso de arriba con un vaso de leche caliente y con William; Judith se bebió la leche muy despacio, contenta de haber aplazado la hora de dormir y la oscuridad de la noche.

—Y ahora, cariño, ya tienes luz: te arroparé y te dormirás en un momento —dijo Lucy.

Segura de que Judith ya se había quedado tranquila, Lucy bajó al salón.

Poco después, todo el mundo se fue a la cama. Todos lo hicieron con el mayor sigilo, recordando que había una niña en la casa. Hubo murmullos de un lado para otro, susurros. Charlotte escuchó en la puerta de Judith, no oyó nada y apagó la luz. Inmediatamente, Judith gritó:

—¡Quiero la luz encendida!

—Oh, Judith, ¿no estás dormida todavía? —preguntó Charlotte —. Eso está muy mal, cariño.

Entró en la habitación, le dio un beso, la volvió a arropar, dejó la luz encendida, se fue a su habitación y cerró la puerta. Lucy y William se metieron también en su dormitorio y cerraron la puerta.

Después, ya en la cama, Lucy dejó la lámpara encendida a su lado, degustando el hecho de que por fin ya estaba metida en la cama. Su

misma habitación le resultaba agradable, con sus paredes blancas, su viejo mobiliario familiar, y las cortinas cerradas. La lámpara de la mesilla tenía un tono de coral pálido y derramaba una agradable luz ambiental sobre los cuerpos tendidos de William y Lucy en sus camas. Lucy había tenido un día muy ajetreado y no del todo satisfactorio, y quería meditar un poco las cosas antes de dormir, aunque William pensaba que esa era una mala costumbre.

Era encantador tener a las chicas en casa, pensó, pero Charlotte había llegado más cansada y nerviosa que nunca, y Vera, más implacable. También había notado que ambas guardaban las distancias respecto a ella. Le confesó algo de esto a William.

—Querida —le dijo él—. Te preocupas demasiado por ellas. Déjalas en paz. Charlotte... ¿cuántos años tiene? ¿Treinta y dos? Y Vera tiene casi treinta. Si no pueden organizar sus vidas a esta edad, ¿cuándo lo van a hacer?

—Oh, William —respondió Lucy apesadumbrada—. El rumbo de nuestras vidas depende mucho de las personas con las que vivimos.

—Para las mujeres depende demasiado —dijo William con firmeza—. A eso me refiero cuando hablo de tus hermanas. El marido de una puede no ser lo bastante bueno y el de la otra puede ser demasiado bueno, lo cual es una desgracia para ambas, pero ¿es eso una razón para llegar a la conclusión de que no merece la pena vivir? Hay otras cosas en la vida, ¿no? En todo caso —añadió William, abandonando el tema—, tendrán que arreglárselas. Te preocupas demasiado por ellas. No puedes organizarles sus vidas, así que... ¿por qué te empeñas?

William añadió que no había nadie en el mundo menos inclinado que él a ejercer de guardián de los hermanos.[8]

Lucy, apoyada en el codo, observaba el rostro severo y sarcástico de su marido en silencio. Entonces se inclinó desde su cama hacia él.

—Escúchame una cosa —le dijo—. Eso, sencillamente, no es cierto. Tú te preocupas por lo que te afecta tanto como yo me preocupo por lo que me toca a mí. Tú no puedes soportar que se enseñe ciencia de una manera que consideras equivocada. Y cuando eso pasa, te metes, y protestas, y hablas, y remueves cielo y tierra. Matarías para que se enseñara ciencia correctamente. Así que no me digas que no me preocupe, tramposo.

William pareció sorprendido al verse enfrentado a sus propias incoherencias; así que se refugió en el paternalismo. La ciencia era diferente.

—Buenas noches —murmuró.

—Sí, buenas noches —dijo Lucy con seriedad, y le dio un beso —. Las discusiones siempre terminan cuando vas perdiendo. Sin embargo, te quiero. Buenas noches, querido.

—Buenas noches.

Lucy pensó que su marido no podría decir «querida» o «cariño» aunque le fuera la vida en ello, pero el tono cálido de su voz era suficiente y apagó la luz y se recostó satisfecha con el resultado de la discusión.

Un resplandor se coló por la ranura de la puerta, atenuando la oscuridad. Era la luz del rellano que protegía a Judith. «Iré más tarde y la apagaré», pensó Lucy. «Dormirá mejor a oscuras».

Cuando se despertó y miró el reloj, eran las dos y diez. «Ya debe de estar dormida», pensó, y salió al pasillo. Pero cuando su sombra se deslizó por la puerta de Judith, se oyó una vocecilla:

—Hola.

—Cariño —dijo Lucy, entrando, casi asustada—. ¿Me estás diciendo que no te has dormido todavía?

—No —respondió Judith, mordisqueando la sábana.

La mujer y la niña se miraron fijamente. La pertinacia de aquella cría pálida era más de lo que Lucy podía soportar. Renunció a la sumisión que una tía debe a la autoridad materna.

—¿Quieres venir a mi cama? —le preguntó.

—Oh, sí... —contestó Judith con entusiasmo.

—Vamos, entonces —dijo Lucy.

Lejos de aquella habitación extraña, con la luz del pasillo apagada, segura en la cama de su tía, Judith se quedó dormida en cinco minutos.

«Pobrecita», pensó Lucy con remordimiento; «lo que debe de haber pasado ahí tumbada, y despierta, mientras todos nos íbamos a dormir tan tranquilos. ¿Por qué nadie recuerda lo que significa ser un niño? Tenía miedo de la oscuridad, y fue demasiado valiente para decirlo. Bueno, no volverá a pasar. En esta casa no, desde luego».

Arrinconada y despierta, aunque no le importó, Lucy pasó la noche en el borde de la cama. Por la mañana, con la luz que se filtraba entre las cortinas, contempló la cara de la niña dormida. Se había perdido algo precioso —más, se dijo: algo relevante de verdad — al no haber velado, más que durante un instante, el sueño de un niño. «Todos deberíamos poder recordar cómo éramos al principio. Deberíamos poder conservar algo de esta inocencia, ¿pero cuántos de nosotros lo hacemos? Espero que la vida te trate bien», pensó.

Los niños están siempre a merced de otras personas, a merced completamente de sus padres, y respecto a los padres de esa niña, Lucy despachó al padre como un inútil y evitó criticar a la madre con una cariñosa evasiva: «Charlotte, con un marido diferente, habría sido una madre perfecta», se dijo.

Luego pensó en los hijos de Vera: Meriel, una cría con la cara larga de Brian, no daría ningún problema; pero Sarah era una niña bastante conflictiva y las niñeras llegaban y se iban al poco tiempo, incapaces de soportarla, o poco dispuestas a aguantarla.

Tumbada en la cama, esperando a que fuera la hora de levantarse, los pensamientos de Lucy se remontaron a la última visita que hizo a Trenton, cuando Sarah entró en el salón estando allí los invitados. Meriel solía quedarse siempre en la habitación de los niños, pero Sarah, que era más curiosa, bajaba.

La niñera, que probablemente habría recibido un mordisco en las escaleras, abrió de golpe la puerta, cogió a la niña, y se largó cerrando la puerta de nuevo. Allí plantada, en el gran salón con la luminosa alfombra gris y el brocado de las cortinas, de un amarillo pálido, con multitud de flores por todas partes, y los amigos de Vera dispersos por la estancia, la niña dio unos pasos, una niñita de cuatro años, de aspecto raro, con el pelo oscuro, un rostro afilado y unos peculiares ojos saltones, rasgados en los ángulos exteriores. Con aquellos ojos, observó a los amigos de su madre mientras todos esperaban a ver qué hacía o qué decía. Se divirtieron mucho cuando la cría empezó a decir palabrotas:

—Toma esto, mierda —dijo a modo de introducción, quitándose una cinta molesta del pelo y dándosela al invitado más cercano.

Cuando pronunció la palabra «puta», todos estallaron en carcajadas.

A veces, Sarah no prestaba ninguna atención a las visitas. Una tarde estaba sentada bajo el gran piano de cola con la partitura de la última comedia musical en las rodillas y un montón de otras partituras a su alrededor. Los admiradores de Vera le regalaban todas esas cosas; el salón siempre estaba repleto de flores, cajas de bombones, discos nuevos. Absorta, Sarah estaba allí, debajo del piano, supuestamente cantando una partitura, pasando las páginas como si pudiera leer de verdad las notas y la música, cosa que era evidente que no podía hacer, aunque sorprendentemente acertaba en muchos detalles. Cuando terminó de interpretar un libreto a voz en grito, cogió otra partitura y empezó con ella.

Pero alguien se empezó a reír al verla. Sarah levantó la mirada. Recordó entonces que había gente y vio que todos se estaban riendo o intentando no reírse. Entrecerró aquellos extraños ojos. Lucy se dio cuenta de que los entornaba de rabia. De repente, empezó a chillar y a gritar como un mono. Arrancó las páginas de la partitura por todas partes, buscó más para romperlas, chillando y golpeando los libretos como una loca.

Lucy se levantó y fue a cogerla, pero Vera le hizo un gesto imperativo con la mano e hizo sonar la campanilla.

—Esto ya no tiene ninguna gracia —dijo, y esperó, gélida y encantadora, hasta que apareció la niñera.

—Llévatela —le ordenó, y así fue expulsada la niña, pateando con violencia la cintura almidonada de la mujer.

«El problema son los padres, no los niños», pensó Lucy. Luego sonrió con cierto aire de culpabilidad y se giró para ver a William en

su cama. Si su marido pudiera escuchar sus pensamientos, citaría el dicho sobre los hijos de las solteronas y de las jóvenes solteras.[9]

«En fin, intentaré ser una buena tía... si me dejan», se dijo, y besó la frente increíblemente suave de Judith.

Aunque el beso fue levísimo, la niña se estremeció y Lucy volvió a encogerse en el borde de la cama de nuevo.

—¿Quién está ahí? —preguntó William, cuando se despertó más tarde y se giró confuso hacia la otra cama.

—Soy yo —dijo Judith, sonriéndole—. He pasado la noche en la cama de la tía Lucy y no te has enterado, ¿a que no? ¿Y sabes una cosa? ¿A que vas a dormir esta noche en esa habitación pequeña con fuego en las ventanas? No te importará, ¿verdad? —preguntó persuasivamente—. Porque eres muy viejo ya, ¿no? —Observó a William con profundo interés—. Supongo que eres muy viejo, tío William. Supongo que te morirás pronto, ¿no?

William se echó a reír.

—Oh, no me mates todavía —le rogó—. Aún tiene mucho que correr este viejo perro.

William y Lucy la miraron y no pudieron evitar sonreír a la niña. Su inocente juventud disipó sus preocupaciones de adultos y, por un momento, sus espíritus arrugados y cansados adquirieron la suavidad y la frescura de la niña.

Pero tras un repentino golpe, la puerta se abrió de par en par y entró Janet con el té.

—Buenos días, Janet —dijo Lucy como siempre.

—Buenos días —contestó Janet, apenas sin mover los labios—. Se había visto obligada a hablar con las otras dos mujeres en la habitación de los invitados y no iba a hacerlo otra vez. Tuvo que

decir: «Este es el de China». Y semejante amabilidad podría ser malinterpretada como una invitación a seguir conversando. Decidió que al día siguiente pondría un papel en la tetera para que pudieran averiguar por sí mismas cuál era el té de cada una.

Abrió las cortinas y dejó entrar la luz del día. Lo habitual es que le diera el parte meteorológico: «Está lloviendo» o «Hace una mañana preciosa», pero ese día el sol brillaba sin ningún comentario. Le lanzó una mirada acerba a la niña. ¿Qué demonios quería ahora, fuera de su cama, a esas horas, y molestando a la señora? Eso era lo que iba a estar haciendo todo el día, de la mañana a la noche: nada salvo molestar y dar disgustos hasta que se fueran.

La mirada de Judith siguió con gesto serio los pasos de Janet todo el tiempo que esta permaneció en la habitación. Cuando se fue, dando un portazo, Judith sonrió y volvió a acurrucarse en la cama de su tía. Lucy vio la sonrisa y pensó que a Judith le hacía gracia la actitud arisca de Janet y se alegró de que no le preocupara. Pero Judith sonreía porque no tenía ninguna necesidad de preocuparse por nada. Con la tía Lucy —y con el tío William un poco más allá —, no tenía necesidad de preocuparse por nada. Ellos le proporcionaban algo que era muy raro para aquella niña: un sentimiento de confianza y seguridad. Así que por eso sonreía.

CAPÍTULO TRES

I

El río de aquellas vidas tan diferentes, las experiencias y circunstancias que no habían podido compartir, seguía corriendo sin que hubiera puentes entre las hermanas. Tras el desayuno, Lucy se sorprendió preguntándose —como una anfitriona angustiada con pocos entretenimientos que ofrecer— qué les gustaría hacer a sus visitas. Por un momento llegó a preguntarse cómo había tenido la temeridad de invitarlas. ¿Qué se podía hacer en Underwood? Para ella había muchas cosas, pero para ellas... ¿qué había? No se podía imaginar a Vera, tan moderna, tan acostumbrada a tantas aventuras emocionantes, o a Charlotte, con su espíritu atormentado, deambulando por los caminos extraviados y solitarios del parque. No había nada que hacer, salvo ir al pueblo. En autobús, además, porque William había ido a hacerle una revisión al coche.

Le dijo a Janet que dejara de fregar —cosa que no le gustó a la criada— y ambas subieron al piso de arriba a hacer las camas. Vera y Charlotte, una con cuatro criadas y una niñera cuyos sueldos pagaba la suegra, y la otra con dos criadas, una asistenta diaria, y una institutriz externa, habían olvidado cómo era vivir en una casa en la que uno se hace su propia cama. Así que se quedaron en el jardín mientras Lucy hacía lo que tuviera que hacer.

Era casi como en los viejos tiempos, cuando Lucy salía corriendo y cogía el sombrero en el último momento, y gritaba: «¡Yo me encargo de recoger el pescado!», y se precipitaba detrás de ellas para coger el autobús en la calle.

Los autocares de lujo, con asientos acolchados de dos en dos, aún no habían llegado al pueblo. El autobús de Underwood era un trasto maltrecho y desvencijado en el que los pasajeros viajaban en un lateral, unos frente a otros. Habitualmente siempre había conversaciones y risas, pero aquella mañana, cuando se subió Vera, se hizo el silencio y nadie dijo nada. Semejante beldad resultaba incómoda, como si todos los viajeros se sintieran avergonzados de alguna manera.

Vera y Charlotte se sentaron en un lado; Lucy y Judith en el otro. Volviendo su adorable perfil hacia la ventana, mientras viajaban, mirando a los campos de cereal, Vera dijo con su voz cristalina:

—Me pregunto de qué serán todos estos campos de cosas. Nunca lo sé.

Una conmoción recorrió el autobús, incluida Lucy. ¡«Campos de cosas»! ¡El trigo, la avena, la cebada! ¡Lo importante y lo necesario que era todo aquello! ¡Y ella ni siquiera sabía qué eran! En fin, la gente del autobús, en todas las aldeas y las granjas, y la mayoría de la gente del pueblo al que se dirigían, ¡vivían de, por y gracias a esos campos de cereal! El carácter de sus miradas cambió. Aunque fuera muy bella, es posible que también fuera un poco «corta». Lucy se dio cuenta de repente de que sus hermanas nunca habían vivido en el campo, claro; eso era lo que abría un abismo entre ella y las otras dos.

Sentada entre la gente del campo, las miraba desde el lado contrario del autobús. Tenían el aspecto delicado y refinado de los residentes en las ciudades. También tenían esa leve conciencia de superioridad y desapego. Por supuesto, una tiene que ser un poco displicente en la ciudad, admitió Lucy. Había tanta gente en esos lugares que si una no se protegía con una coraza de distanciamiento y silencio, no podría ni vivir. En el campo había tanto espacio, tantas distancias y tanta callada quietud que era un placer ver y hablar con la gente.

Su mirada se detuvo en los pies de sus hermanas, aquellos piececitos pequeños y costosamente calzados entre los piezancos grandes y gastados de las campesinas. Se miró a sí misma, y sonrió. Allí estaban de nuevo sus zapatones de trabajo vulgares. Siempre los zapatones de trabajo vulgares. Era como si se hubiera quedado para siempre clavada en el mismo sitio con aquellos zapatos, mientras ellas habían seguido su camino y se habían alejado. Bueno, eso no tendría mayor importancia si fueran a verla de vez en cuando.

Judith levantó su cara curiosa y le hizo otra pregunta. Sonriendo, Lucy se inclinó para contestar.

—No molestes a la tía Lucy —dijo Charlotte desde el otro lado del autobús.

—No me molesta —respondió Lucy.

Llegaron al pueblo. Los campesinos andaban por allí con sus polainas y de algunos árboles colgaban mechones de paja. Había cierto ajetreo porque se estaban celebrando unas pequeñas audiencias judiciales y administrativas en la localidad. Las tiendas vendían herramientas para el campo y el jardín, artículos de piel,

magníficos pasteles de cerdo o quesos de untar. Había dos o tres farmacias, una biblioteca de préstamo y un par de salones de té.

—¿Dónde hay una floristería? —preguntó Vera.

—¿Una floristería? —preguntó Lucy—. Nosotros tenemos muchísimas flores en el jardín...

—Da igual —dijo Vera con una actitud un tanto misteriosa—. ¿Dónde hay una floristería?

Fueron a Bennett's y Vera dejó atónitos al propietario y a sus hermanas comprando... no una docena de rosas de invernadero sin abrir, sino tres docenas. Eran para Lucy. En el mundo de Vera, una regalaba flores carísimas y sofisticadas a la anfitriona porque se daba por hecho que no había nada que pudiera necesitar o desear. Se presumía que tenía de todo. Así que una iba y compraba tres docenas de flores o alguna cosa parecida. Vera estaba tan alejada de su hermana que hizo lo que consideraba convencional en su mundo; además, sintió una ligera satisfacción al poder hacer aquello delante de todo el mundo. Cuando supo que la floristería Bennett's no podía llevar el encargo hasta el día siguiente, dejó constancia de su disgusto y dijo con altanería que se las llevaría ella misma. Pero Lucy enseguida se encargó de evitarle esa carga.

Vera quería comprarle algo a Charlotte, «para la pobre Charlotte» —el tonillo lo dejaba traslucir claramente—, para hacerla un poco más feliz.

—¿Qué puedo comprarte, querida? Dime.

—Nada, en absoluto —contestó Charlotte, negando con la cabeza —. No tienes que comprarme nada, muchísimas gracias.

Se miraron la una a la otra a través de un abismo: la una aún disfrutaba comprando cosas, y la otra ya no encontraba ningún

placer en que le compraran nada.

—Bueno, si Charlotte no quiere nada —dijo Vera con tono alegre —, es el turno de Judith.

Judith levantó la mirada, con los ojos abiertos como platos, y la boca anunciando un «Oooh».

—A ver, niña —preguntó Vera con una sonrisa divertida—. ¿Qué quieres?

Judith tenía la cabeza tan inclinada hacia atrás para poder mirar a su tía en las alturas que tuvo que tragar saliva antes de que le fuera posible decir una palabra.

—¿Podrías... puedo pedir un perro?

—¿Te refieres a un perrito de peluche? —preguntó Vera complaciente.

—Oh, no... me refiero a uno de verdad.

Se quedó mirando hacia arriba, con una esperanza anhelante, a los rostros de las tres mujeres. Pero Vera se dio media vuelta riéndose y Charlotte se enfadó:

—Judith, ¿por qué vuelves con eso otra vez? Ya sabes lo que te dijo papá.

La esperanza se disipó del rostro de Judith de inmediato. Agachó la cabeza avergonzada de haber pedido un perrito.

—Vamos, entremos aquí y veamos qué podemos encontrar — sugirió Vera.

Entraron en Gibson's, donde había bicicletas y cochecitos abajo, y muñecos arriba.

—Elige lo que más te guste —dijo Vera—. Y coge algo para Margaret y otra cosa para Stephen también.

—Oh, Vera... —protestó Charlotte—. Estaremos aquí toda la vida.

—No importa —respondió Vera con aire cordial—. ¿Qué otra cosa tenemos que hacer?

Tras la repentina esperanza de poder conseguir un perro, durante unos instantes casi fue imposible contemplar la posibilidad de un juguete. Judith se vio obligada a descender desde aquellas vertiginosas alturas de felicidad imaginada y, al principio, apenas si podía distinguir un juguete de otro: solo eran cosas, y no muy apetecibles. Pero la emoción no tardó en abrirse paso y empezó a correr de un juguete a otro, gritando:

—¿Puedo quedarme este...? ¡Oh, no... este! No... ¡este!

Lucy iba tras ella por la tienda, Vera paseaba sonriendo indiferente, seguida por los ojos saltones de la dependienta. Y Charlotte se sentó junto al mostrador, con la barbilla apoyada en una mano.

Al final Judith se decidió por un juego de lavandería: un balde, un escurridor con rodillos de goma, un tendedero, una cestita y un montón de pinzas pequeñas. Las pinzas fueron las que acabaron de convencerla; eran tan pequeñas que resultaban fascinantes. Para Stephen cogió una pistola de agua porque, además de un perro, era lo que siempre había querido tener. Y para Margaret, una caja de plumillas y lápices. A Margaret, con doce años, ya no le interesaban los juguetes y sus deseos estaban fuera del alcance de lo que pudiera imaginar Judith. Lo único que quería Margaret y de lo que Judith estaba segura era —naturalmente— un perro.

La dependienta se acercó al mostrador con aquellas adquisiciones y Charlotte volvió a la vida.

—Oh, Judith —dijo con abatimiento—. ¿Por qué coges cosas que necesitan agua, cariño? Estoy segura de que papá no le dejará a Stephen utilizar esa pistola de agua, y Stephen se disgustará. No dará más que problemas, lo sabes.

Madre e hija se miraron, considerando el problema.

—Mamá... —suplicó Judith—, es que tiene tantas ganas de una pistola de agua... ¿No podría jugar junto al muro del jardín cuando papá no estuviera en casa?

—Bueno, haz lo que quieras —accedió Charlotte, rindiéndose.

Vera y Lucy se miraron, pero apartaron enseguida la vista para evitar que Charlotte pudiera sorprenderlas. De todos modos, Charlotte pudo observarlo y la expresión de su rostro se endureció.

Salieron de la tienda: Judith iba aferrada a su juego de lavandería, pero ahora parecía un poco dubitativa. ¿Y si no le permitían utilizarlo? ¿Y si su padre le impedía usar el agua? Se quedó un poco atrás y le confió esas inquietudes a su tía Lucy.

—Puedes hacer la colada todos los días que quieras mientras estés aquí —le dijo Lucy.

—Pero quiero seguir haciendo la colada siempre, todos los días, y no puedo hacerla con agua de mentira, ¿no?

—Bueno, yo no me preocuparía por eso ahora —dijo Lucy con una expresión tranquilizadora—. Lava todo lo que puedas aquí y ya veremos qué pasa más adelante.

El rostro de Judith se iluminó. Sonrió mirando su caja de cartón.

—Las pincitas... —murmuró.

—¿No hay más tiendas? ¿No hay más sitios a los que ir? —preguntó Vera—. ¿Esto es todo? —insistió, sonriendo como si aquello fuera divertido.

Su mirada menospreciaba el pueblo. No podría vivir aquí, decía su mirada. Menuda vida, qué aburrida.

En todo caso, Vera causó un revuelo. Vera a menudo causaba revuelo, aunque rara vez se inmutaba. Mientras caminaba por las calles, la gente la miraba, asombrada. La miraban de tal manera que tropezaban unos con otros, se bajaban del bordillo y se daban empujones, mientras la miraban atónitos. El viejo terrateniente Daley, que siempre se paraba a hablar con Lucy, con aquella verborrea pomposa, pasó junto a ella con la boca abierta y admirando a Vera, sin fijarse en Lucy en absoluto, y toda su pomposidad se desvaneció al ver tanta belleza en el pequeño pueblecito.

Cuando entraron en la farmacia para comprar un jabón especial que utilizaba Vera, el señor Carson —un hombre agradable y amable— se ruborizó y empezó a tartamudear mientras le cortaba y le preparaba una tableta, profundamente apenado por no tener una caja llena de jabones.

—Aquí no tenemos mucha demanda —dijo—. Es demasiado caro para el uso diario.

Y, entregándoselo en el mostrador, se atrevió por fin a levantar la mirada —hasta entonces humillada por la vergüenza— y observar a Vera con una ansiedad que a Lucy le recordó que los farmacéuticos también eran hombres, al fin y al cabo. Aquello le permitió ver al señor Carson con otra perspectiva.

Cuando salían del establecimiento del señor Carson, se encontraron con la señora Bonnington.

—Estas son mis hermanas —dijo Lucy, presentándolas.

Durante ese breve encuentro, la señora Bonnington, cuya cara parecía pintada en una pelota de pimpón, estuvo con la boca abierta mirando a Vera y, cuando Lucy se adelantó con la intención de despedirse, la mujer adelantó la mano y sujetó por el brazo a Vera:

—Ha sido un privilegio ver a una mujer tan hermosa —dijo, muy emocionada y, abrumada, se apresuró a entrar en la farmacia.

—Santo Dios —exclamó Vera, sonriendo.

Lucy se percató de que era más tolerante de lo que solía con la admiración que despertaba en los demás; antaño se ponía furiosa, y ahora la aceptaba sonriente como si fuera su deber. Aguantaba la admiración generalizada sin mirar mucho a nadie y con la seguridad de que todo el mundo la miraba a ella.

«¡Qué poder tiene la belleza!», pensó Lucy, maravillada, observado las miradas, el comportamiento de las mujeres que se daban la vuelta y seguían a Vera para poder verla de nuevo. Sus rostros reflejaban envidia o admiración, según el carácter de cada cual; algunas incluso se mofaban de un modo rarísimo. Había una dudosa intensidad en la mirada de la mayoría de los hombres. Lucy llegó a casa con la sensación de haber asistido a un gran enamoramiento colectivo. En cierto sentido, la gente del pueblo las había acosado aquella mañana.

El distanciamiento persistía entre las hermanas. Lucy temía que la visita acabara siendo un fracaso. ¿Qué sentido tenía reunirse si seguían distanciadas de aquella manera? Sentía que las alegrías la separaban de Vera y las penas, de Charlotte.

Vera estaba inquieta:

—Ay, Dios mío... —suspiraba, dando vueltas por la casa.

¿Qué esperaba?, se preguntaba Lucy. ¿Qué estaba esperando siempre? Era una de esas personas que se sienten con derecho a tener más que los demás. Pero con una cara como la suya... tal vez sí tenía ese derecho, pensaba Lucy mientras hacía la salsa de carne —porque Janet se negaba siempre a preparar la salsa cuando había invitados: «Y todavía falta la salsa», decía, como si la salsa fuera la gota que colmaba el vaso—.

Con aquel talante, Vera podía conseguir que quienes la rodeaban se sintieran muy poca cosa, como si admitieran que eran muy aburridos, efectivamente, y no valiera la pena estar con ellos.

A la hora de la comida habló de la vida que llevaba, de las carreras en el hipódromo, de las reuniones, de las fiestas, del champán los domingos por la mañana. Ella y sus amigos se reunían en la casa de alguno de ellos los domingos por la mañana para beber champán.

—Qué momento tan raro para beber champán —dijo Lucy.

—Es el momento en el que más lo necesitas —contestó Vera.

Charlotte apenas hablaba. Parecía preocupada con algo que no podía quitarse de encima.

Después de comer, Judith se echó la siesta debajo del edredón de la cama de su tía Lucy... con la condición de poder llevarse con ella el juego de lavandería. Cuando Lucy, después de arroparlos a los dos y de haber corrido las cortinas, bajó para reunirse con sus hermanas delante de la chimenea del salón, Charlotte se había quedado dormida. Las otras dos se quedaron en silencio para no molestarla y se fueron adormeciendo también. A Vera se le caían los párpados. Lucy mantuvo los ojos abiertos un rato, mirando a sus hermanas, hasta que también se le cerraron. El fuego ardía suave y brillante,

con agradables centelleos y parpadeos. En la mesa auxiliar, el pequeño reloj suizo de Lucy marcaba el paso de los segundos.

Dormían, y en su sueño algo operó para restaurar su antigua relación. Cuando despertaron, se mantuvieron en sus sitios, cómodamente, desperezándose y sonriéndose unas a otras.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Lucy a Charlotte cuando esta abrió los ojos.

—Mmm... —ronroneó Charlotte.

Para alguien que lo viera desde fuera, todo aquello podría carecer de sentido.

—Oh —dijo Vera, bostezando y estirando los brazos—. Es agradable estar aquí.

Muy feliz, Lucy pensó que a partir de ese momento todo sería perfecto.

Se abrió la puerta y apareció Judith, con la parte delantera de su vestido empapada.

—He lavado la ropa de Angela —anunció—. Está tendida.

Cuando vio aquellas tres caras sonrientes, entró en el salón corriendo y riéndose. Le parecía que todos estaban felices juntos. La nube se había disipado y el mundo estaba lleno de luz. Era como en casa, cuando papá estaba de buen humor y durante un rato todo el mundo era libre, amable, y todos podían hacer lo que quisieran.

Cuando William llegó a casa, la charla y las risas se podían escuchar en el salón como antaño. Él se sentó solo en otra sala para leer y al final de una larga velada nocturna se subió a la cama, aunque no era el único. Janet se había retirado, muy cansada, algo antes. No había podido decir ni una palabra sobre sus primos en todo el día.

II

La visita era un éxito tal que Vera, una noche, en el salón, sugirió que deberían prolongarla.

—En vez de irnos el lunes, quedémonos hasta el jueves, Charlotte. ¿Te va bien, Lucy?

—¿Cómo se te ocurre preguntar eso?

—Tengo que estar en casa el jueves para una cena en casa de los Emmerson, pero podría irme el jueves por la mañana. Tú te quedas, claro, ¿no, Charlotte?

—Bueno, me encantaría —titubeó Charlotte—. Pero no sé si debo. Dije que volvería a casa el lunes. No sé si Geoffrey...

—Olvídate de Geoffrey —dijo Vera—. Haz lo que te apetezca.

Charlotte parecía angustiada.

—Quédate, Charlotte —le pidió Lucy—. Te hará bien. Tienes un aspecto muy diferente...

—Me siento diferente —respondió Charlotte—. Pero no sé si debería quedarme. Geoffrey... todo depende de... —no explicó de qué; se calló.

—Llámalo y dile que no volverás a casa hasta el jueves —sugirió Vera.

Charlotte la miró como si no pudiera hacer eso.

—Lo llamaré yo entonces —decidió Vera.

Se levantó y se dirigió a la puerta.

—Oh, yo no sé si... —dijo Charlotte muy nerviosa. Pero estaba tan tranquila en casa de Lucy... estaba durmiendo mucho mejor—. Bueno, inténtalo...

Vera salió y cogió el teléfono del vestíbulo.

—Espero que todo vaya bien —añadió Charlotte.

Un instante después se pudo escuchar la voz de Vera.

—¿Eres tú, Geoffrey? Soy Vera. Sí... —y gritó con voz alta y clara —. ¡Vera! —Su voz decía claramente, a muchas millas de distancia: «A mí no me vas a intimidar»—. Charlotte no va a volver hasta el jueves. Nos quedamos hasta el jueves. Sí. El jueves. Adiós.

—¡Vera! —Charlotte dio un respingo y corrió hacia el vestíbulo —. Esa no es manera de hacer las cosas. Deberías haberle preguntado...

—Demasiado tarde —contestó Vera—. Ya está hecho.

—Pero... ¿qué le pareció? ¿Qué te dijo?

—Poca cosa. Lo dije yo todo.

—¿Pero qué impresión te dio? —insistió Charlotte—. Ojalá supiera si le importaba o no...

—¿Por qué le iba a importar? ¿Qué son tres días? —preguntó Vera con toda tranquilidad. Rodeó a Charlotte con el brazo y la llevó de vuelta al salón.

—No iba a decírselo así, pero parecía furioso —le comentó a Lucy más tarde.

—Espero que no lo pague con ella cuando vuelva a casa —dijo Lucy con inquietud.

—Si no lo paga con ella, lo pagará con cualquier otra cosa. No necesita ni excusas ni razones para actuar así. Ojalá se muera —añadió Vera con vehemencia—. Pero mala hierba nunca muere.

Solo se dedican a destruir a los que viven con ellos. Estoy preocupada por Charlotte. Creo que deberíamos ir a su casa de vez en cuando. Solo para demostrarle a Geoffrey que Charlotte tiene dos hermanas y que más vale que no lo olvide. Tenemos que hacerle saber que sabemos lo que es y lo que está haciendo. Tiene que saber que lo estamos vigilando.

—Me encantaría ir contigo — sugirió Lucy.

Vera era tan despótica, tan segura de su belleza y de su reino, que podía dejarle a ella la tarea de meterse en casa de Charlotte sin que las invitaran, porque no las iban a invitar, puesto que Charlotte nunca invitaba a sus hermanas. A Geoffrey no le gustaba tenerlas en casa. Lucy admitía que a William no le gustaban las visitas tampoco, pero lo que excusaba en William le molestaba ilógicamente en Geoffrey. Así que agradeció la posibilidad de pasar por delante de las narices de Geoffrey, como si dijéramos, detrás de su resplandeciente hermana. También le alegraba muchísimo que Vera «la ayudara a ayudar» a Charlotte, aunque no fue muy explícita sobre cómo lo iban a hacer. Pero cuando una desea con tantas fuerzas ayudar a alguien, con seguridad encontrará la manera, o eso se decía Lucy a sí misma.

Después de tomar la decisión de hacer visitas de control a Denborough, Vera y, en cierta medida, Lucy trataron a Charlotte de un modo más enérgico y alentador, como si todo fuera a irle mucho mejor a partir de ese momento.

Antes incluso de que Vera sugiriera que podían prorrogar la visita, Janet sospechó que algo se estaba tramando para impedir que la estancia de las dos hermanas acabara cuando debía. Como su mal humor había abierto una brecha considerable, si bien temporal,

entre ella y su señora, tuvo que buscar información en otra fuente. Decidió dejar para otro momento la tarea de barrer las escaleras y entró en el baño, donde Judith estaba ocupada en uno de sus eternos días de colada, y Lucy, en su dormitorio, pudo escuchar la conversación.

—¿Y cuándo vas a volver a casa? —preguntó Janet en un tono agrio.

Tras un silencio, Judith contestó:

—Cuando se vaya mamá.

—¿Y cuándo va a ser eso? —insistió Janet.

—No sé —respondió Judith, y un momento después añadió con gran dignidad—: A la tía Lucy le gusta que esté aquí.

—Hum... —protestó Janet, saliendo del baño. Pero enseguida volvió—: A tu tía Lucy le parecerá bien lo que sea, pero se enfadará contigo por derramar toda esa agua por el suelo.

—No —dijo Judith tranquilamente—. No se enfadará. La tía Lucy nunca se enfadará conmigo. Me quiere muchísimo.

Lucy, en su dormitorio, se rio de la sagaz opinión que tenía la niña de ella y no pudo evitar ir al baño, cuando Janet bajó las escaleras para limpiar un poco el agua del suelo y, de paso, asegurarle a la ocupadísima lavandera que no debía hacer mucho caso de las cosas desagradables que decía Janet porque, en realidad, no las decía en serio.

—Tienes que ser siempre amable con Janet, ¿lo serás? —le dijo.

—¿Por qué? —preguntó Judith, levantando la mirada—. ¿Se ha quejado?

—Oh, no... —contestó Lucy entre risas.

A pesar de los días de prórroga, la visita terminó demasiado pronto.

—¿Por qué tengo que volver a casa? —protestó Judith—. ¿Por qué no puedo quedarme aquí?

—Ojalá pudieras, cariño —le dijo Lucy—. Pero no te preocupes. Mamá dice que tal vez te deje venir en Navidad.

—Pero ¿me dejará papá? —preguntó Judith, que sabía quién concedía los permisos en su casa.

—Espero que sí. Iré y se lo preguntaré yo misma —respondió Lucy, percatándose entonces de que dependería de Geoffrey cuánto podría ver a su sobrina.

Resultaba incómodo pensar que tendría que llevarse bien con Geoffrey si quería tener a Judith en Underwood. ¿Cómo iba a conjugar eso con las visitas de inspección familiar? No lo sabía.

El jueves por la mañana las hermanas volvieron a la estación. El tren de Charlotte llegó primero.

—Y recuerda: vamos a ir a verte pronto —dijo Vera al despedirse. Solo era un recordatorio, pero sonó como una amenaza.

—Adiós, cariño —se despidió Lucy, dándole un beso a Judith.

Las lágrimas anegaron sus ojos cuando el tren se las llevó, pero tuvo que parpadear y apartarlas para poder ver a Vera en su compartimento. Allí estaba, sentada, con su preciosa cara mirando por la ventana, con un montón de revistas de moda a su lado y un joven profundamente enamorado en la esquina contraria.

—Adiós, querida —dijo Vera—. Ha sido muy agradable. Me siento cambiada por completo, muy tranquila y en paz, y como si me fuera a portar muy bien, incluso con la madre de Brian, durante mucho tiempo.

Y luego, también ella se fue.

Lucy volvió a casa. William se encontraba fuera y la casa estaba en silencio. Lucy, observando en la distancia la belleza del parque en otoño, entendió por qué los artistas antiguos solían añadir un grupo de personas en los paisajes: para conferir interés a sus cuadros. La escena parecía vacía. Se dio la vuelta y miró el salón: las rosas de Vera aún seguían floreciendo con una perfección aterciopelada y en el sofá había quedado uno de los dibujos de Judith: una casa torcida con unas extrañas criaturas de dos patas que avanzaban por un camino sinuoso.

Sus hermanas se habían ido y su marcha había dejado un hueco en su vida. Se cerraría, ya lo sabía. Al día siguiente, probablemente, se levantaría como siempre, pero en ese momento tenía que sufrir ese estado de melancolía por ausencia conocida como «echar de menos» a una o varias personas. Sus pensamientos se fueron con ellas en el tren mientras regresaban a sus vidas particulares: seres queridos y, según ella, en peligro.

William se habría burlado de sus preocupaciones. Lucy esperaba con impaciencia el final del día cuando su marido regresara a casa, silbando porque tendría la casa para él solo de nuevo y podría volver a burlarse de su mujer a sus anchas.

CAPÍTULO CUATRO

I

En una esquina del vagón, con los ojos cerrados, Charlotte regresaba a casa. Miraba... no afuera, a los paisajes por los que la llevaba el tren, sino en su interior: era una mirada privada a su propia vida.

Cuando se quedaba sola, como ahora en ese largo viaje, o en mitad de la noche, cuando no podía dormir, Charlotte repasaba las cosas, una y otra vez, escenas y conversaciones, siempre relacionadas con Geoffrey. Una interminable película hablada sobre un único tema: se había convertido en un hábito mental. Estaba casi cansada de aquella película privada, como si en realidad se hubiera visto obligada a sentarse delante de la pantalla durante semanas, meses, incluso años, sin descanso. Pero no podía suspender la proyección. A menudo tenía la impresión de que, incluso cuando estaba pensando y hablando de otras cosas, en lo más profundo de su pensamiento se estaba proyectando esa película, constantemente, todo el tiempo. Solo en casa de Lucy, hacia el final de su visita, la película se había detenido. Pero ahora, cerca de casa, volvía a empezar otra vez.

Pensó en el interior de su propia casa. Era ese contraste con la de Lucy lo que percibía con mucha claridad al volver a la suya. Pero su mente consciente había rechazado durante tanto tiempo escuchar

críticas sobre Geoffrey que, como impulsada por un resorte escondido, pasaba por alto la insinuación de que en realidad no le gustaba nada lo que defendía.

Él era el hombre de la casa y la casa era suya. Se lo había cedido todo a Geoffrey, incluso la decoración de la casa, y de nuevo había pasado por alto la sospecha de que había algo de sabor hostelero en el gusto mobiliario de Geoffrey, y que la sala de día —que su marido utilizaba como despacho particular, y era la estancia más utilizada de la casa—, se parecía mucho a un bar, con bebidas siempre presentes en el aparador, con mucho latón, chistes y dichos graciosos grabados a fuego en madera y tarros de tabaco de cerámica, estantes para pipas, palilleros y cerilleros, ceniceros y calendarios, chistes del golfista iracundo, el coronel congestionado y el cura gracioso.[10] Su mirada mental descansó momentánea y desapasionadamente en una mano de bridge enmarcada que había sobre la repisa de la chimenea, pero algo en su interior, aunque siempre lo había ignorado, le decía que era una cosa espantosa y aburrida. No era el tipo de objetos que uno desearía tener delante de las narices toda la vida.

Con la imaginación, subió las escaleras de su casa. En el rellano estaba la gran cúpula de cristal del techo. Geoffrey pensó que era muy bonita cuando compró la casa en Queen's Walk, pero en invierno solía estar negra por la nieve y en verano sucia por el polvo.

Deambulando por su casa, Charlotte se detuvo en el cuarto de los niños. Estaba claro que era una sala pensada para mantener a los niños fuera de la vista y nada más. Charlotte salió de allí corriendo y con el pensamiento llegó a las habitaciones de los criados, una parte de la casa en la que, en realidad ella apenas entraba alguna vez. Al

otro lado de la cocina, por una escalera, se subía a los dos dormitorios de las criadas. Estaban totalmente apartadas del resto de la casa y Charlotte se alegraba de ello porque, cuando Geoffrey armaba escándalos en mitad de la noche, las criadas no podían oírlo. Charlotte siempre estaba en guardia para evitar las miradas chismosas de las criadas y temía lo que pudieran escuchar.

Suspiró y abrió los ojos. No había nadie en el vagón salvo Judith y ella misma. Judith, con la cara y las manos coloradas, y con el pelo rubio colgando en mechones sueltos, señalaba el exterior de la ventana y hablaba sola. Nombraba las formas del humo que salía del tren y se alejaba haciendo volutas por los campos.

—Oh, ¡un ángel! Caballos. Oooh... una bruja...

Era muy buena, pensó su madre complacida. Los tres niños eran muy buenos. Tenían que serlo, dijo su voz interior.

Cerró los ojos y la casa volvió a aparecer en la pantalla. En esa casa, las chimeneas ardían con tanta fuerza, el latón, el cristal y la plata brillaban con tanta intensidad, las flores estaban tan turgentes, las comidas eran tan buenas y las criadas eran tan serviciales como si ella misma hubiera estado en casa. Sabía que la casa estaba tan bien administrada con ella como sin ella.

«Aquí la señora es el señor», le había explicado el ama de llaves a la nueva cocinera. Y la cocinera que se había despedido dijo en su momento: «Una casa no es lugar para un hombre, ni para que esté todo el día dentro». Y había añadido: «Quiero trabajar en un sitio donde el hombre salga a sus negocios y no se quede en casa, ocupándose de los demás».

Geoffrey se ocupaba de la casa; Charlotte no era más que su angustiada subordinada y sufría reprimendas más severas que las

criadas si las cosas no se ajustaban a las exigencias de Geoffrey. Nada le pasaba desapercibido, ni lo más nimio.

—¿Qué es esto? —preguntó, cogiendo una cuchara de la mesa y enseñándosela de manera acusadora a Charlotte. Ella, observando el cubierto con atención, encontró una levísima mota sin brillo.

—Creí que te había dicho que le encargaras a Burton que comprara una gamuza especial para la cubertería —le dijo Geoffrey.

—La compré yo.

—¿Y no te has ocupado de que se utilice? —preguntó en un tono gélido, apretando los labios. Aquella costumbre había formado mil arrugas en torno a su boca—. Supongo que tendré que hablar con ella yo mismo.

Y luego, cuando Burton, la guapa criada, entró en la sala, le dijo:

—Burton, me temo que esta mañana no has utilizado la gamuza de piel para la cubertería.

—Oh, sí, señor. La he utilizado, señor —respondió Burton, apartándose sobresaltada del aparador.

—Bueno, pues utilízala mejor, ¿quieres? ¿Ves esta cuchara? —Se la quitó a Charlotte de la mano y señaló minuciosamente el cuenco del cubierto—. ¿Ves esa mancha?

—Yo no veo nada, señor.

—Mira, chica, mira... —ordenó Geoffrey con una inflexión de voz que parecía una advertencia.

—Creo que ahora puedo ver algo, señor.

—No debería estar ahí, Burton —dijo Geoffrey, entregándole la cuchara—. No debería estar ahí.

Le dio unas palmaditas en el hombro, como si la joven debiera sentirse hundida necesariamente por la reprimenda y él deseara

asegurarle que no era tan grave, al fin y al cabo, y que sería indulgente en tanto en cuanto el grave delito no se volviera a repetir. Estuvo dándole palmaditas a Burton un buen rato. Ella era muy guapa y a él le gustaba que las mujeres fueran guapas, como a menudo le recordaba a su esposa después de comentarle que ella parecía estar envejeciendo. «Perro viejo no aprende trucos nuevos», le decía.

Las criadas siempre estaban del lado de Geoffrey por la simple razón de que si no lo estaban, no se quedaban. O se iban por su cuenta porque no lo aguantaban, o eran despedidas porque era él quien no las soportaba. Las criadas que se quedaban mucho tiempo eran de un solo tipo: mujeres a las que les gustaba tener a un hombre como Geoffrey como señor. Las escenas que montaba añadían interés y emoción a sus vidas, y la exigencia de perfección las mantenía atentas y dispuestas. Bromeaba con ellas, les prestaba atención, las hacía sonrojar y reír, y si alguna vez les soltaba algún improperio, ellas pensaban que era una actitud muy masculina y caballerosa.

Hasta ese momento, en su vida matrimonial, Geoffrey siempre había podido contar con la fidelidad de Charlotte. No se quejaba de él ni lo traicionaba con nadie, ni siquiera con los niños o las criadas que vivían en la casa y que lo veían todo. Geoffrey podía comportarse en público de un modo tan escandaloso e indigno como quisiera cuando iban a casa de sus amigos, cuando sus amigos venían a casa, delante de las criadas, delante de los chicos: Charlotte no decía nada, solo se limitaba a murmurar alguna frase apaciguadora. Lo soportaba todo con una leve sonrisa, pero a costa de un enorme sufrimiento nervioso. Su estado de nervios le

resultaba preocupante: creía que podía derrumbarse y ponerse a llorar desconsoladamente en cualquier momento y hacer el ridículo delante de todos, soltarlo todo y hacerse acreedora de las burlas y las mofas de Geoffrey. En esos momentos, temía por el estado de sus nervios.

La consecuencia de tener tanto que esconder, o de pensar que debía esconderlo, era que vivía aislada. Siempre estaba a la defensiva, defendiendo los restos del naufragio de su vida privada. Se guardaba tanto para sí misma que estaba empezando a guardárselo todo. Se mostraba taciturna, encerrada en sí misma, y eso era lo que más preocupaba a sus hermanas.

Y la pena era que la lealtad de Charlotte se desperdiciaba; era el comportamiento de una ostra, porque el propio Geoffrey lo contaba todo y casi todo el mundo lo sabía. En las fiestas, o cuando tenían visitas en Queen's Walk, Geoffrey a veces pensaba que era divertido contar cómo se comportaba en su hogar, pero la mayoría de las mujeres se volvían a casa dando gracias al cielo por no tener que vivir con aquel hombre. Respecto a los hombres, ya no interesaba tanto a los hombres maduros como había interesado a los jóvenes, y ya no llamaba la atención de los jóvenes porque él mismo ya no era joven. Su manera de divertirse se había quedado anticuada.

Charlotte abrió los ojos y miró a Judith. Tenía la cara más sucia que nunca. «En media hora», pensó Charlotte mirando su reloj, «la lavaré». Hacerlo antes no servirá de nada: se volvería a ensuciar otra vez.

Cerró los ojos. Estando con Lucy, Charlotte había sentido renacer su valor. Pensó que cuando volviera a casa, sería capaz de plantarse

ante Geoffrey y las criadas y enfrentarse a todos. Tenía menos miedo de derrumbarse y estallar en llanto.

«Tengo que tener algún defecto que le permite tratarme como me trata», pensó Charlotte. «Seguro que a Lucy o a Vera no las trataría así».

En Lucy había algo que te inspiraba respeto; nadie le podía gritar a Lucy, ni ofenderla o lanzarle cosas. En casa, antaño, todos estaban acostumbrados a insultarse unos a otros. «Tú eres tonto», se decían los chicos y las chicas más jóvenes. Vera y Charlotte también se llamaban tonta la una a la otra. Pero nunca se escuchó a ninguno de los hermanos llamar tonta a Lucy. Y Charlotte pensaba que ni siquiera Geoffrey sería capaz de hacerlo.

Por lo que se refería a Vera, ella no aguantaría nada. Si Geoffrey intentara tratar a Vera como trataba a Charlotte, se habría largado.

«Así que el problema debo ser yo», pensaba la pobre Charlotte.

Inconscientemente, aún seguía buscando excusas para salvar a Geoffrey. El comportamiento de su marido era, en parte, culpa suya, se decía. Debía mantener la calma, no alterarse tanto cuando él empezaba con sus pendencias, y debía aprovechar los momentos en los que su marido estaba de buen humor y tratar de mantenerlo en ese estado de ánimo.

Luego, claro, estaba el asunto del corazón, pensó Charlotte, que aún confiaba en el corazón de Geoffrey. La dolencia cardiaca que padecía Geoffrey lo desanimaba a hacer ejercicio y, cuando no hacía ejercicio y se quedaba en casa día tras día, sin poner siquiera un pie en el jardín, se ponía de muy mal humor, como era natural, y lo pagaba con todos ellos. Charlotte se decía que debía intentarlo y convencerlo para que llevara una vida más normal. También debía

intentar convencerlo para que visitara a otro médico. El doctor Sands simplemente no había hecho nada para mejorar su dolencia. Seguía diciendo que aquello era indigestión, incluso flatulencias (¡y cómo se enfadaba Geoffrey con esto!). ¡Flatulencias! ¡Una persona tan quisquillosa y exquisita como Geoffrey, acusada de flatulencias! Así que esa fue la última vez que el doctor Sands pasó por casa. En un ataque de pánico, Charlotte lo había hecho llamar porque pensaba que su marido se moría: Geoffrey y el doctor tuvieron una buena trifulca. La consecuencia de todo aquello fue que Geoffrey no quiso volver a verlo, jamás, y Charlotte, las criadas y los niños tenían que soportar sus ataques como podían.

Pero si conseguía convencerlo para que fuera a ver a otro médico, su salud y su temperamento podrían mejorar, y todo podría ser más llevadero en general. Charlotte estaba decidida a volver a empezar desde el principio, comenzando por ella misma. Decidió que procuraría mantenerse tranquila, ser firme, no derrumbarse en el momento en que su marido montara una de sus escenitas.

Pero ¿y si había puesto en peligro ese nuevo y prometedor comienzo al haber tardado tres días más en volver a casa? Puede que Geoffrey estuviera furioso. Por otra parte, puede que no le importara nada en absoluto. Todo dependía del humor que tuviera. Si tenía uno de sus días buenos, puede que hubiera llenado la casa de flores con motivo de su regreso, o puede que hubiera encargado una cena especial y estuviera con Margaret y Stephen en la estación para recibirla. En ese caso, todo sería perfecto y ella podría emprender un nuevo comienzo desde el principio.

No obstante, si tenía un mal día, no estaría en la estación, y el espíritu de Charlotte se estremeció ante la sola idea de lo que

tendrían que aguantar en ese caso. Todo dependía de si Geoffrey estaba en la estación o no. Si estaba, todo iría bien; si no, podía esperar lo peor. Pronto lo sabría. Ahora ya era el momento de lavarle la cara y las manos a Judith.

Cuando regresaron al compartimento del vagón, el tren ya estaba cruzando las afueras de la ciudad. Los edificios se amontonaban, el humo enturbiaba el aire y el cielo se oscurecía. Lejos, en el campo, aún era un día soleado y maravilloso; en cambio en la ciudad la capa de humo propiciaba un atardecer prematuro. Pero al bajarse del tren, Charlotte no se percató de la penumbra más que la mayoría de los viajeros, que corrieron y se apresuraron a sumergirse en la bruma como si fuera su elemento natural, lo cual era perfectamente cierto.

Charlotte dejó que la marea de pasajeros se fuera disipando. Permaneció allí quieta, con Judith de la mano, con el equipaje a los pies, esperando a ver si Geoffrey había ido a buscarla. A pesar del impulso de apresurarse e ir a buscarlo, se quedó donde estaba para que a su marido le fuera más sencillo verla y no tuviera que andar buscándola. Nadie de los que vivían con Geoffrey le causaba la más mínima molestia si podía evitarse.

Charlotte no perdió la esperanza hasta que el andén se quedó completamente vacío. Geoffrey no había ido.

—Pídame un taxi, por favor —le murmuró al mozo de la estación.

—Oh, mamá —dijo Judith, subiendo al coche—, esperaba que Stephen hubiera venido a la estación.

—Oh, calla, cariño... —le pidió Charlotte con ánimo agotado.

Estaba ya anticipando la trifulca inminente, estaba segura de ello. No sabía cuándo se produciría; podía ser tan pronto como entraran en casa, o más tarde, en la cena, o por la noche, o al día siguiente, pero se produciría. Tendría los nervios de punta hasta que todo hubiera pasado.

Judith se sumió en el silencio. Daba por hecho que en casa su madre estaría demasiado cansada como para ocuparse de ella. En casa de la tía Lucy había sido diferente. En casa de la tía Lucy podías hablar con las personas y las personas te contestaban, incluso mamá, pero en casa no era así, y Judith lo tenía asumido.

Miraba por la ventanilla mientras el taxi se alejaba de la parte más populosa de la ciudad, cruzaba las grandes avenidas principales, ascendía una larga cuesta y entraba en Queen's Walk, una carretera amplia y frondosa donde una vez, al parecer, una reina había paseado con sus damas de honor. Un montículo cubierto de hierba, en pleno parque público, era casi todo lo que quedaba del castillo de la reina; a día de hoy solo era un buen tobogán para los niños cuando había nieve. Queen's Walk ahora estaba bordeado por casas construidas en los años ochenta del siglo XIX; no eran muy distinguidas, pero eran robustas, espaciosas, con muchas ventanas saledizas de piedra y parteluces. Los jardines eran sobre todo de césped y laureles, con algunos parterres de flores decorativas con cosas que plantaban y retiraban unos jardineros con pocas ideas, que pasaban por allí de vez en cuando: un jardinero se ocupaba de dos o tres jardines.

—La casa que está junto al buzón —le indicó Charlotte al conductor, y el taxi se detuvo allí. Salió del coche con un suspiro. Era reacia a entrar en casa, a tener que volver a soportar los malos

humores, reacia a entrar incluso aunque su marido estuviera de buen humor.

Stephen y Margaret, con la señorita Cowley detrás de ellos, estaban asomados a la ventana del cuarto de los niños.

—¡Ahí está Stephen! —gritó Judith, saludando con la mano, emocionadísima.

—Chst —protestó Charlotte, frunciendo el ceño como si no se pudiera hacer ningún ruido, ni siquiera en la calle. Quería entrar en la casa sin que la vieran y sin que la oyeran. Pero allí estaba Burton, en la puerta, aunque no parecía que quisiera dispensarle una buena acogida.

—Buenas noches, señora —dijo la doncella, sin mirar a Charlotte.

Al pasar junto a ella y entrar en el vestíbulo, Charlotte percibió de inmediato el ambiente de la casa. La sala de día estaba cerrada. Burton ni siquiera la miró; los niños no se atrevieron a bajar a recibirla. Geoffrey debía de estar en uno de esos días con mal humor.

—¡Mamá! ¡Judith! —Stephen las llamaba desde el piso de arriba, pero solo con susurros apagados—. ¡Subid! ¡Vamos, rápido! —Se atrevió a bajar hasta mitad de las escaleras, pero Margaret se quedó en el rellano de arriba. Si su padre le había dicho que no bajara, ella no bajaba—. ¡Sube, mamá!

—Ya voy —dijo Charlotte, susurrando también.

Se dirigió a las escaleras, pero Judith, subiendo a toda prisa antes que ella, pateando los peldaños con la prisa y la emoción, de repente empezó a exclamar a voz en grito:

—¡Stephen! ¿A que no sabes qué te ha comprado la tía Vera? ¿Qué piensas que te cogí? No lo adivinarás nunca... Te cogí...

La puerta del salón de día se abrió y allí estaba Geoffrey, con su batín y el *foulard* granate que se ponía cuando no pensaba salir.

—Hola, Geoffrey —dijo Charlotte débilmente, enderezándose y suspendiendo el beso que estaba a punto de darle a Stephen.

Allí estaba, delgado, pálido, con el pelo negro liso, peinado sobre la frente, como el autorretrato de Phil May.[11]

—¿A qué demonios viene tanto ruido? —preguntó entre dientes —. ¿Cómo se supone que puedo trabajar con este ajetreo? Será Judith, supongo.

Toda su familia lo miró en silencio. La señorita Cowley se retiró al cuarto de los niños sin decir palabra; prefería evitar problemas.

—Nadie salvo esa mocosa se atrevería a hacer tanto ruido —dijo —. Por lo que a mí respecta, Charlotte, te la puedes llevar de aquí otra vez en cuanto quieras, y te puedes quedar lejos esta vez. Las dos sois completamente superfluas en esta casa. Stephen, apártate de tu madre. Tantos cariñitos y tanto besuqueo me ponen enfermo. Apártate. Y creí que te había dicho que no bajaras —añadió, avanzando por el vestíbulo con gesto amenazador.

Stephen se escabulló escaleras arriba y desapareció.

—¡Señorita Cowley! —gritó Geoffrey, y la señorita Cowley no tuvo más remedio que salir de la habitación de los niños y presentarse en las escaleras—. ¿Por qué diablos no consigue mantener a esos niños en el cuarto? ¿Para qué demonios le pago?

Farfullando avergonzada, la señorita Cowley cogió a Judith de la mano. Pareció animarse al mirar de reojo el reloj de las escaleras. Su jornada laboral casi había terminado, pronto podría largarse de allí y Herbert estaría esperándola junto al buzón de correos. Si no fuera por Herbert, jamás se habría quedado en casa de los Leigh, pero

teniendo a Herbert, no importaba dónde trabajara. «Es solo temporal», decía siempre que le preguntaban por su trabajo. Los niños de los Leigh representaban para ella un salario, un salario que poco a poco se iba convirtiendo en los muebles para la casa en la que por fin acabaría viviendo con Herbert. Cuando tuviera suficiente dinero, lo dejaría. Le habría gustado largarse cuando el señor Leigh le habló de aquella manera, pero aún quería unos cuantos muebles más, así que se tragó su orgullo y se llevó a Judith con el fin de prepararla para la cena.

Charlotte se había dado media vuelta y estaba bajando las escaleras, suponiendo que, ahora que Geoffrey había aparecido, ella debería de pasar a su despacho, pero Geoffrey, con los labios apretados, le dijo de espaldas y por encima del hombro:

—No quiero que nadie me moleste. —Así que Charlotte volvió a subir.

Cuando dejó las cosas en su habitación, fue al cuarto de los niños para saber cómo habían estado esos días. Stephen estaba deseando enseñarle una grúa que había hecho con el mecano. Levantaba una caja de clavos, le contó, sin volcarla.

Margaret estaba inclinada sobre la mesa, con su cabello oscuro colgando delante de la cara. No estaba contenta ese día; su padre estaba de mal humor. Margaret era una cuerda de una extrema sensibilidad, de la que su padre podía obtener la nota que deseara. Había empezado muy pronto. Solía amenazarla cuando la niña no era más que un bebé: le decía que iría y cogería a otra niña. Sus lágrimas le encantaban. Los pucheros de la cría le parecían maravillosos. Ella solía apoyar la cabeza en su hombro y llorar, no haciendo ruido, como un bebé, sino en silencio, como un adulto. Su

padre solía aterrorizarla para sentirla más cerca y tener el gusto de consolarla. Cuando era más pequeña, todas las mañanas la llevaban a la cama de su padre. Él le hacía las mismas bromas una y otra vez porque le gustaba mirarla. Mucho después de que estuviera hastiada, tenía que seguir allí. Se convirtió en una niña con una paciencia completamente antinatural.

Ahora tenía doce años. Iba a una pequeña escuela privada que había un poco más abajo, en Queen's Walk, pero su padre jugaba con sus sentimientos al decirle que pronto tendría que ir a un colegio muy lejos. Cuando estaba de buen humor con ella le decía: «No sé qué haré cuando tengas que ir a un colegio lejano, cielo». Cuando lo ponía de mal humor, le decía: «Bueno, tendré que enviarte muy lejos a un colegio, y ya está». En consecuencia, Margaret vivía aterrorizada por tener que irse muy lejos a un colegio; tenía pesadillas con eso.

Judith irrumpió en el cuarto, intentando zafarse de las manos de la señorita Cowley, para anunciar al fin que le había cogido a Stephen una pistola de agua.

Las mejillas de Stephen se encendieron y sus ojos brillaron.

—¡Una pistola de agua! ¡Fiuuu, Judy! ¿Dónde está?

—En la maleta de mamá. ¿Puedes sacarla, mamá? —En su papel de distribuidora de regalos, Judith tenía un papel destacado, incluso tiránico—. ¿Y puedes traerle a Margaret su caja? ¿Y me puedes traer mi juego de lavandería? ¿Puedes traerlo todo... y los libros que nos ha regalado la tía Lucy y los caramelos del tío William, por favor?

—¡Vaya! —dijo Stephen volviendo a silbar de asombro—. Vamos a verlo...

Pero la doncella Burton les trajo la cena y los tres tuvieron que sacar sus sillas y sentarse a la mesa.

—Mamá, por favor, ve a cogerlos y tráelos, por favor, por favor... —imploraron Stephen y Judith.

Margaret no suplicó por sus plumillas y sus lápices; tenía de sobra con los que le daba su padre. Tenía el corazón encogido al pensar en él, encerrado en su despacho, sin que nadie supiera de él, enfadado y probablemente dolido porque mamá no había querido volver antes con él. Había preferido estar lejos tres días más y daba la impresión de que no quería volver a casa con él en absoluto.

Charlotte regresó con los regalos de los niños, para disgusto de la señorita Cowley, como pudo observar. La interrupción de la cena, dijo la señorita Cowley mirando de reojo el reloj, iba a demorar su encuentro con Herbert.

—Será mejor que papá no la vea —advirtió Charlotte, dándole la pistola de agua a Stephen.

—Ah... —dijo el chico con pesar—. Vale.

Margaret le lanzó una mirada penetrante y muy poco infantil, y Charlotte la vio. Salió del cuarto de los niños. Como siempre que se avecinaba tormenta, estaba inquieta. Se metió en el salón, que estaba en la planta de arriba.

Esa sala no estaba bajo el control de Geoffrey. No tenía ningún interés en el salón y no tenía ninguna intención de perder el tiempo allí. Se lo había dejado a Charlotte y ella apenas lo utilizaba, como si no pudiera interesarle si a él no le interesaba. El salón era melancólico, anodino, con un piano de cola cerrado como un charco oscuro en un rincón. Las cortinas cubrían las ventanas para que la gente de la casa de enfrente, al otro lado de la calle, no pudiera ver

nada. Los libros estaban encerrados en una vitrina con cristal. Los cojines no tenían arrugas, estaban hinchados y rígidos. El reloj no funcionaba.

Había varias fotografías antiguas; una, de las tres hermanas: Lucy estaba tiesa y regordeta, con una blusa azul; Charlotte tenía un aspecto confiado y juvenil; Vera eclipsaba a las otras dos. En otro marco había un retrato de Vera sola. El fotógrafo de Sefton solía pedir permiso de vez en cuando para hacerle retratos a Vera, porque su rostro embellecía y adornaba su estudio. Cuando se exponían los nuevos retratos de Vera en el escaparate, las mujeres entraban para hacerse los suyos, confiando en que tendrían el mismo aspecto que ella. Salían decepcionadas, e incluso furiosas, porque en las fotografías seguían saliendo como eran.

Nadie entraba en el salón, que bien podría haber sido la habitación de Charlotte. Ni siquiera entraba ella, a menos que Geoffrey le impidiera bajar. La prueba del poder de Geoffrey era que la vida de la casa se concentraba en el salón matinal, donde él trabajaba y pasaba el día. Esa sala daba al sur y al jardín. Todos desayunaban allí, y después del desayuno, Geoffrey trabajaba en ese mismo lugar: hacía llamadas de teléfono desde allí, consultaba a sus ayudantes allí. La comida y la cena tenían lugar en el comedor. Cuando se le prohibía entrar en la sala matinal, Charlotte se sentía perdida y como si tuviera que esperar en la puerta hasta que se le permitiera entrar.

Eso era lo que estaba haciendo ahora. Podría haber acompañado a los niños a meterse en la cama y haber dejado que la señorita Cowley fuera a encontrarse con Herbert en vez de que este tuviera que esperarla. Podía haber deshecho ella misma las maletas en vez

de dejarle la tarea a Burton, pero despreció todas las sugerencias que se le ocurrieron. Otras personas podrían hacer y harían esas cosas; ella solo estaba paralizada, inutilizada, esperando la tormenta. No era solo una aprensión nerviosa la que la paralizaba; era como si estuviera esperando para que se elevara una barrera, de modo que pudiera acercarse a Geoffrey, pudiera acceder a él y, así, continuar viviendo.

II

Mientras se cambiaba para la cena, Charlotte dejó el cepillo y se quedó quieta sin hacer nada. Se vio dominada por uno de esos antiguos impulsos de bajar corriendo, rodear con sus brazos a Geoffrey e implorarle que les permitiera ser felices, que les permitiera ser sinceros y cariñosos los unos con los otros, ella y el propio Geoffrey, los niños, las criadas... Todos podrían ser felices juntos: bastaría con que él se lo permitiera. Pero volvió a coger el cepillo. La última vez que bajó corriendo e hizo eso, él se zafó de sus brazos y dijo con asco: «No pretendas engatusarme». Ni una sola vez aquellas súplicas tuvieron éxito. No era un hombre al que una pudiera suplicarle nada. Su mal humor duraba lo que él quería; ninguna súplica ajena podía suavizarlo. De hecho, hacía gala de su resentimiento ante cualquier insinuación de ese tipo que le hicieran y, si le rogaban que se calmase, su enfado duraba aún más. Charlotte siguió vistiéndose.

La señorita Cowley metió a Stephen y a Judith en la cama y se fue. Margaret, cuya hora de irse a la cama se alargaba hasta las ocho y media, seguía sentada en la mesa del cuarto de los niños, intentando leer. En ese rato, mientras Geoffrey preparaba las cartas para el último correo, Margaret habitualmente estaba al servicio de

su padre. Él abría la puerta y la llamaba una y otra vez. «¿Dónde están mis clips, Margaret?». Ella tenía que ordenar y limpiar el escritorio de su padre y estaba orgullosa de saber dónde estaba cada cosa. «Ven y pon sellos a estas cartas, cielo, y luego corre y llévalas al buzón», le gritaba.

Esa noche Margaret estuvo pendiente de la llamada de su padre, aunque sabía que no se produciría. Si al menos abriera la puerta y la llamara, «¡Margaret!», entonces todo podría arreglarse y esos nubarrones que pendían sobre sus cabezas se disiparían. Todo había sido porque su madre regresó a casa tres días después de lo previsto y no debería haberlo hecho. La verdad es que todo era mucho mejor cuando su madre no estaba en casa, se dijo Margaret. Cuando ella estaba en casa, su padre era mucho más cruel. Margaret formuló esa palabra con esfuerzo. Era terrible pensar eso, pero era cierto. Su padre a veces era cruel, incluso con ella, pero daba la impresión de que era su madre la que lo provocaba. Se permitió especular qué pasaría si su madre no estuviera ahí, nunca, jamás. Inclinada sobre la mesa, con el rostro crispado, pensó: «Cualquier cosa, incluso que mamá no estuviera aquí, sería mejor que soportar todos estos fastidios».

El fuego en la chimenea se estaba consumiendo, y el cuarto de los niños parecía menos acogedor con aquella única luz, con el reloj dando su tictac a regañadientes en la repisa. Casi era la hora de irse a la cama. No sabía si bajar a darle las buenas noches a su padre o no. Puede que se enfadara si no lo hacía, pero podría enfadarse mucho más si lo hacía. Transcurrió un buen rato en aquella nerviosa indecisión. Pensó que sería más prudente no bajar, pero tal vez podría sentirse dolido si no lo hacía. Eso fue lo que la decidió.

No podía soportar que su padre se sintiera dolido. En la inocencia de la juventud, atribuía a su padre sus propios pensamientos y sentimientos. Así que bajó.

—Buenas noches, papá —dijo, entrando de puntillas en la estancia: una figura infantil con uniforme colegial y con una expresión de ansiedad muy poco infantil en su rostro.

—Ah, buenas noches —respondió Geoffrey en un tono irascible, y ofreciéndole la mejilla para que le diera un beso—. ¿Para qué demonios vienes a molestarme?

Margaret abandonó sigilosamente la estancia: no había estado tan mal, después de todo...

Por la noche se despertó. Estaban discutiendo otra vez. Podía escuchar sus voces: la de su padre, alta y furiosa; la de su madre, aguda, disculpándose, implorando. Margaret se tapó la cabeza con las mantas, pero luego volvió a retirarlas. Judith no debía escuchar aquello. Observó la cama de la esquina, pero no observó ningún movimiento de Judith. Saltó de la cama para cerrar la puerta y mantener aquellos terribles gritos fuera de su dormitorio, pero se quedó allí, temblando y gimoteando, escuchando la pelea a pesar de sí misma. Oh, ojalá no lo hicieran. Era tan horrible. «Oh, Dios, por favor, que paren, por favor, Dios...».

—¡... y permitir que Vera me llamara por teléfono! —la voz de Geoffrey resonó por el pasillo—. ¡Como si yo necesitara hablar con tus putas hermanas! ¡Ni siquiera tienes agallas para llamar tú misma! ¡Haciendo como si yo fuera un maltratador al que no te atreves a dirigirle la palabra! ¡Te conozco... ahí sentadita, con esa carita pálida y esa sonrisa tuya, consiguiendo que tus hermanas sientan lástima de ti!

—Oh, Geoffrey, para... ¡para! No soporto estas escenas. Mis nervios no pueden aguantarlo más...

—¿Tus nervios? —gritó Geoffrey—. ¿Y los míos, qué? ¡Por favor! ¿Para qué demonios has vuelto a casa? ¿Para qué sirves? ¿No me encargo yo de la casa? ¡Ah, otra vez lloriqueando...! —gruñó asqueado—. Dios mío, no deberías llorar nunca, tienes un aspecto tan...

—Oh, Dios, por favor, que se callen... —gimoteó Margaret, en mitad del pasillo; sin embargo, se sentía irresistiblemente atraída hacia la puerta de la habitación de sus padres.

—¡Fuera de mi cama! —estalló Geoffrey otra vez—. Vete. Fuera. ¿Qué hombre te querría en su cama? ¡No quiero verte por aquí! ¡Fuera de la habitación!

—Geoffrey, ¿cómo voy a irme? —suplicó Charlotte llorando—. ¿Adónde voy a ir? Piensa en los niños...

—Tienes que irte, me da igual. ¡Fuera!

Margaret corrió de vuelta a su habitación, pero miró atrás, sollozando. La luz del pasillo se encendió y vio a su madre salir del dormitorio, con el pelo revuelto y una bata por los hombros. Charlotte cerró con cuidado la puerta al salir y miró desconcertada el pasillo, como si no supiera adónde ir. Luego se dirigió despacio a las escaleras y, un segundo después, la luz volvió a apagarse. Margaret, llorando desconsoladamente, volvió a tientas a la cama. Lo que había visto y oído era demasiado para ella. No podía soportarlo.

Charlotte fue al salón matinal y apoyó la frente contra el borde de la repisa de la chimenea. Sin melodramas, sin vehemencias de

ningún tipo, deseó estar muerta, estar tranquila en alguna parte, estar lejos de todo.

—No sirve de nada intentar empezar de nuevo —se dijo a sí misma—. No quiero. Preferiría que todo acabara.

Temblaba tanto, de frío y náuseas, que acabó derrumbándose en el suelo y apoyando la cabeza en la mesita baja que siempre estaba al lado de la silla de Geoffrey, donde por las noches dejaba su vaso de whisky. Y allí se tumbó, medio desmayada y aterida. Debería hacer algo por sí misma, conseguir algo, pensó levantando la cabeza. Allí estaba el whisky. Echó algo más en el vaso de Geoffrey y se lo bebió de un trago. Bajó por su garganta como fuego, pero la revitalizó. Un calor reparador recorrió sus miembros, y las náuseas se disiparon. Se sirvió más y añadió un poco de soda. Se lo bebió y, un segundo después, aún estaba más acalorada y sus nervios se habían calmado. Si el whisky la ayudaba, bebería, se dijo. Se sirvió un vaso más y se lo bebió.

Levantó su mirada enrojecida hasta el reloj. Faltaban cinco minutos para las dos. Quedaba una larga noche por delante. Echó un vistazo por la estancia y se preguntó qué podría hacer. Se levantó y puso dos sillones juntos, uno frente al otro, y salió al vestíbulo para coger una manta del baúl. El whisky ya estaba empezando a hacerle efecto. Apenas si era capaz de pensar. Y qué alivio, no ser capaz de pensar, se dijo a sí misma, encaramándose a los sillones. «Por esto bebe la gente», pensó, «pobre gente... Tengo que levantarme antes de que Burton baje por la mañana. No debe saber que Geoffrey me ha echado...».

Pero Burton la encontró allí por la mañana, con la luz aún encendida. Ahogando una exclamación, se quedó mirando

asombrada, y luego fue a buscar a la cocinera. Desde la puerta, las dos mujeres observaron con espanto y avidez a la indefensa Charlotte.

—Madre mía, lo que hay que ver... —susurró la cocinera.

—Ha debido de haber una buena esta noche... —musitó Burton —. Nunca había hecho esto, que yo sepa.

—Esto apesta a whisky —dijo la cocinera, olfateando—. Debe de haber estado bebiendo.

—No —contestó Burton—. Siempre huele así por la mañana. Nunca la he visto beber whisky, aunque hay mucho en la casa.

Estuvieron observando a Charlotte todo lo que quisieron, despeinada, pálida, hundida allí entre los dos sillones.

—Es un engorro —se quejó Burton, dejando a un lado el drama del hallazgo y pensando en su trabajo—. No puedo arreglar esta sala. ¿La despierto?

—No, déjala dormir. Pobrecita —dijo la cocinera, mostrando una compasión por la Charlotte dormida que no tenía por ella cuando estaba despierta.

Cuando Charlotte se despertó y escuchó el zumbido de la aspiradora en el comedor, se dio cuenta de que Burton había estado allí y que la había visto. Tumbada en su cama improvisada, pensó en la nueva situación, o en la situación que ingenuamente consideraba como novedosa. Hasta ese momento siempre había sido capaz de convencerse de que las criadas no sabían cómo la trataba Geoffrey, pero ahora ya no podía seguir pensando lo mismo. Burton sabía que la habían echado de la cama y que había tenido que pasar la noche en dos sillones de la sala matinal; ya debía de saber que las cosas iban bastante mal. Charlotte se sintió en evidencia,

avergonzada, obligada a exponerse ante el mundo con algo que deseaba ocultar. Fue la primera grieta, o la primera que estuvo dispuesta a admitir, en su privacidad, en la decencia de su vida marital, y aceptarlo marcaba un punto de inflexión. Durante años había permanecido en ese mismo estado de amor torturado, intentando siempre adaptarse a los deseos de Geoffrey, siempre esperando, siempre poniendo excusas, y sobre todo, siempre guardando las apariencias. Para Charlotte era esencial guardar las apariencias. Tras la fachada de las «apariencias», Charlotte había conseguido mantener hasta ese momento una cierta dignidad personal, pero el hecho de que Burton «lo supiera» abría una brecha en esa fachada, a través de la cual la dignidad de Charlotte empezaba a filtrarse de manera imperceptible.

Burton lo sabía, y si lo sabía Burton, ya lo sabrían la cocinera y la señora Porter, la criada externa. Todas lo sabían y ya no tenía sentido fingir que no había nada que saber, al menos delante de ellas. Y, en cierto sentido, pensaba Charlotte, despertarse en aquellos sillones y levantarse con resaca era un alivio. Al fin y al cabo, era una cosa menos, pensó con un terrible cansancio.

Burton la observó desde la puerta del comedor: Charlotte cruzó el vestíbulo y subió las escaleras. Por fuerza tenía que entrar en el dormitorio para vestirse. Se quedó delante de la puerta, armándose de valor para entrar, pero cuando al final lo hizo, Geoffrey estaba profundamente dormido, en plena posesión de la cama de la que ella había sido expulsada. Seguiría durmiendo hasta media mañana, momento en el que pediría que le subieran el desayuno al dormitorio. Él podía dormir hasta muy tarde y desayunar en la cama siempre que le apetecía, pero ella no se atrevía a hacerlo a

menos que estuviera enferma, y se ponía enferma lo menos posible, porque Geoffrey odiaba que otras personas estuvieran enfermas.

A la hora del desayuno, nadie preguntó dónde estaba Geoffrey o qué había pasado. La cara pálida de Charlotte y sus párpados hinchados lo decían todo. Margaret, lívida y con los ojos cansados también, procuró no mirar a su madre y se fue al colegio con Stephen. La señorita Cowley llegó y se hizo cargo de Judith. La cocinera se afanaba en la cocina para preparar los platos que Geoffrey especificaba siempre a principios de semana. Como no tenía suficientes ocupaciones por sí mismo, había usurpado las que deberían ser de Charlotte. La señora Porter y Burton estaban ocupadas en los dormitorios. La maquinaria del día se puso en marcha. Y Charlotte no era en absoluto necesaria para que funcionara. Podía quedarse o irse, y decidió salir con la esperanza de que el aire puro le aliviara el dolor de cabeza que tenía, debido al whisky, o eso suponía ella.

Pero antes de poder salir tenía que volver a entrar en su dormitorio para coger sus cosas de calle. Sabía que su marido estaba desayunando y temía tener que enfrentarse a él. Ponía las cosas muy difíciles; incluso un pequeño detalle como salir de casa. Era como si siempre tuviera que estar superando obstáculos. Era como una hormiga hostigada por un niño con palitos o piedrecitas: apenas había sorteado una dificultad, le ponían otra en el camino. Al final entró en la habitación. Geoffrey estaba sentado en la cama leyendo el periódico matutino. Charlotte se dio cuenta enseguida de que su marido no pensaba dirigirle la palabra, y eso fue un alivio.

Cuando Geoffrey se presentó a la mesa, a la hora de comer, su talante había cambiado. Ahora era un hombre profundamente

dolido. Tenía los labios apretados y los párpados medio caídos, al tiempo que mantenía los ojos entornados a propósito. Deseaba que los demás vieran que estaba amargamente disgustado. No le dirigió la palabra ni a Charlotte ni a los niños, pero le dijo algo en voz baja a Burton sobre el panorama, como si ellos dos hubieran tenido la mala suerte de tener que ocuparse de un grupo de personas tan desagradecido.

Los niños estaban paralizados. Había días en los que ni siquiera se atrevían a comer apio o manzanas o galletas o cualquier cosa que hiciera el menor ruido en su presencia. Pero hoy no había nada peligroso sobre la mesa y comían en silencio, pero con ganas. Margaret estaba feliz, aunque en secreto. Esa misma mañana le habían dado un papel en una obra de teatro y tenía veinte versos de texto. Le encantaba recitar versos y, de momento, se había olvidado por completo de lo que había pasado durante la noche. Mientras comía, intentaba recordar su texto y decidió que, en cuanto terminara de almorzar, se iría corriendo al cuarto de los niños y volvería a leerlos. La cabeza de Charlotte estaba mucho mejor. Así que también comió con algún apetito. Daba la impresión de que todos, aunque el padre les hubiera impuesto silencio, se habían olvidado de él. Sus víctimas se estaban recomponiendo y Geoffrey no lo iba a tolerar.

Les recordó a la fuerza su presencia al arrojar violentamente la tapa plateada de un plato contra el suelo, de manera que la carne se cayó de los tenedores y los labios se quedaron congelados al borde de los vasos.

—¡Malditos seáis todos! —gritó enfurecido—. ¿Por qué no os comportáis como seres civilizados en la mesa? ¿Qué hacéis ahí en

silencio como bobos, atiborrándoos de comida?

El color se apagó en sus mejillas y, palideciendo, todos lo miraron atónitos.

—No sabíamos que querías que habláramos —dijo Charlotte—. Judith, ¿por dónde fuiste a dar un paseo esta mañana?

«Dios mío...», pensó la señorita Cowley, recogiendo su servilleta de debajo de la mesa, «si Herbert lo viera, no permitiría que siguiera en esta casa ni un minuto más».

Pero se quedaría hasta que hubiera pagado el sofá y los dos sillones del salón. Se animó al pensar que todos sus padecimientos eran por el mobiliario.

—Ponme un whisky con soda, Burton —ordenó Geoffrey en un tono feroz.

Por un momento, Charlotte se estremeció. ¿Notaría que había menos whisky en la botella? Pero su marido ni siquiera la miró. Siempre había whisky de sobra en casa. Siempre se le ofrecía a los hombres que visitaban a Geoffrey. Hacía sus negocios en torno a unas copas de whisky y animaba a sus subalternos a hacer lo mismo. Decía que un vaso de buen whisky escocés solía favorecer que le hicieran sustanciosos pedidos. Decía que no contrataría a un viajante abstemio; la gente pensaba que era un tipo raro. Así pues, el whisky abundaba en la casa y él no notó que ninguna de sus botellas tuviera menos alcohol que la noche anterior.

Se bebió el whisky y Charlotte y los niños, con la señorita Cowley, siguieron hablando civilizadamente porque él les había dicho que lo hicieran. Estaba enfadado. Y, en algún lugar recóndito de su ser, también estaba asustado. Tenía miedo a ser ignorado, de ser apartado del centro de atención. Su madre y su hermana —su

padre había muerto prematuramente— siempre lo habían mimado, habían aplaudido todo lo que hacía y se habían muerto de risa con sus payasadas. Eso tenía que continuar. Estuvo enfurruñado durante toda la comida y después se encerró en el salón matinal, donde trabajaba, y Charlotte ni siquiera intentó ir tras él.

Fue después del té, mientras Charlotte estaba en el gélido salón de arriba y Margaret estaba tan contenta aprendiéndose sus versos en el cuarto de los niños, cuando se escucharon unos extraños jadeos en el vestíbulo. Margaret levantó la mirada y palideció.

—Charlotte... Margaret... que alguien... que alguien me ayude... socorro...

Margaret salió corriendo de la habitación y tropezó con su madre, que también acudía corriendo desde el salón. Burton y la cocinera ya estaban en el vestíbulo, inclinadas sobre Geoffrey, que estaba en el suelo.

—Oh, Geoffrey... —gritó Charlotte, conmovida.

—Papá, papá... —lloraba Margaret.

Stephen, Judith y la señorita Cowley, con los ojos asombrados, se reunieron unos pasos más atrás.

—Geoffrey... —Charlotte estaba de rodillas, sujetándole la cabeza —. ¿Es tu corazón otra vez?

—Sí... sí... —jadeó, retorciéndose.

—Señorita Cowley, tráigame las sales del armario del baño, rápido...

—Desabróchele el cuello, señora —dijo la cocinera.

—Oh —gimió Geoffrey—. Charlotte, Charlotte... el dolor...

—Todo irá bien, querido —lo tranquilizó Charlotte—. Te llevaremos al salón matinal. Burton, ¿le importa...? Ayúdele por ese

lado —pidió a la cocinera—. Geoffrey, ¿puedes poner el brazo por encima de mi cuello?

Con mucho esfuerzo, lo trasladaron al salón matinal y lo depositaron en su sillón.

—Ah... el dolor... el dolor...

—¿Dónde te duele, querido, dónde? —preguntó consternada Charlotte.

—El corazón, por supuesto —gimió.

—Voy a llamar al médico —dijo Charlotte, incorporándose, porque estaba de rodillas junto a su marido.

—No, no lo llames... —exclamó Geoffrey, con un repentino vigor —. Te lo prohíbo. Oh... —se quejó, hundiéndose en el sillón con otro gemido—. Me vas a matar...

—¿Podemos ponerle una cataplasma? —preguntó a la cocinera.

—Sí, señora, esa es una buena idea —respondió y se fue corriendo a prepararla.

—Necesito un masaje en el pecho... —jadeó Geoffrey.

—Oh, sí, querido, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? —Charlotte le desabrochó el chaleco y los botones de la camisa, y masajeó su pecho, inclinada sobre él con cariño.

Margaret le frotaba las manos, colocando su mejilla en ellas, una y otra vez, diciendo:

—Pobre papá, pobre, pobre papá...

Judith permanecía unos pasos más atrás, mirando de vez en cuando por debajo de los brazos de los mayores o por los lados de sus cinturas.

—¿Se va a morir papá esta vez? —le preguntó a la señorita Cowley con verdadero interés.

—No, querida... claro que no —contestó la señorita Cowley enérgicamente.

Como si quisiera desmentirla, Geoffrey dejó escapar un profundo gemido. Se retorció como si tuviera una verdadera indigestión. Tenía la frente empapada de sudor que Charlotte enjugaba con sincera compasión. Las gotas de sudor convencieron a todos de que estaba gravemente enfermo. Frotando sus manos de tal manera que casi ardían, Charlotte se veía agobiada por los remordimientos. El estado de ánimo rebelde inducido por la ingestión de whisky había desaparecido como si jamás hubiese existido. Había regresado al punto en el que siempre había estado: amando, excusando, confiando, y a pesar de la preocupación por Geoffrey, mucho más feliz. No debería haberlo incomodado, se dijo. No se debería haber quedado tres días más en casa de su hermana. Culpó a Lucy y a Vera, que la habían convencido para que se quedara. No sabían qué efecto tenía la ira en el corazón de Geoffrey, no sabían lo mal que estaba del corazón. Si él estaba enfermo, todo se le podía perdonar. Ella tenía todo el derecho a perdonarlo, se dijo para justificarse en una conversación imaginaria con sus hermanas. Podía permitirse el perdonarlo, y eso era un alivio, porque era lo que quería. Se inclinó, lo besó en la frente y siguió frotándole el pecho con más brío que antes.

—Ya es suficiente —dijo Geoffrey con voz débil. Con la cabeza ladeada y con su cuello escuálido al aire, parecía un mártir sufriente con toda la familia alrededor y observándolo con devoción.

—¿Te sientes mejor, querido? —preguntó Charlotte esperanzada.

Él sonrió con un débil gesto y le entregó su mano.

—¿Quieres una taza de té? —le sugirió.

—Creo que me vendría bien... —respondió Geoffrey.

—Iré a prepararlo —dijo Burton, y la cocinera salió del salón tras ella.

Geoffrey giró la cabeza y sonrió a toda su familia.

—Señorita Cowley, llévese a los niños a su cuarto, ¿quiere? —murmuró Charlotte—. El señor Leigh necesita tranquilidad.

—No, Margaret... —dijo Geoffrey.

—Oh, no, papá. Me quedaré... —contestó Margaret con gran alegría.

Lo terrible era que ahora que se encontraba mejor, ella solo quería volver a sus versos. Pero reprimió aquel deseo antinatural y se sentó en el suelo, a los pies de su padre. Cuando Burton trajo el té, Charlotte lo sirvió y, cariñosamente, le ayudó a tomárselo. Luego, como ya estaba mucho mejor, lo dejó solo para ir a vestirse para la cena, y entonces Geoffrey llamó a la cocinera y le pidió que le llevara un poco de bicarbonato sódico.

CAPÍTULO CINCO

I

A la mañana siguiente Geoffrey se declaró perfectamente recuperado. «Bien, bastante bien», dijo, frotándose las manos. Estaba de muy buen humor y tuvo puesto un gorro de lana en la cabeza durante todo el desayuno.

Era sábado. No había colegio y la señorita Cowley no iba a ir a casa, así que después del desayuno, Stephen y Judith se escondieron detrás de los arbustos del jardín con la codiciadísima agua que habían conseguido subrepticiamente del lavadero. Judith sujetó su cuerda de tender entre dos ramas de laurel y el hecho de ver tendido allí el chaleco de Angela, con pinzas, le proporcionó una extraordinaria satisfacción. Era todo pequeñísimo y, sin embargo, era igual que un tendedero de verdad, con ropa real colgada para secarse; el chaleco estaba mojado también y encogía a ojos vistas, sin lugar a dudas. Judith volvió al lavadero de juguete para ocuparse de los tutús de ballet de Angela. Pensó que Angela no había estado tan limpia en su vida como desde que la tía Vera le había comprado el juego de lavandería.

Stephen introdujo el agua en su pistola y disparó a distintos objetivos: las matas de ruibarbo, la carretilla del jardinero, el tronco del arce, y silbaba asombrado por la precisión de su puntería. Los

niños jugaban al sol y estaban absortos y felices, e imaginándose perfectamente seguros porque era sábado por la mañana y su padre no trabajaba en la mesa de la ventana los sábados por la mañana, sino que le daba la espalda al jardín y se sentaba frente a la chimenea a leer los periódicos.

Sin embargo, de repente, la ventana se abrió y se pudo escuchar la voz temida:

—¡Eh! ¡Vosotros dos!

Los dos niños se quedaron paralizados. Stephen arrojó su pistola de agua a unos arbustos a su espalda, y Judith tiró el agua de lavar. Se quedaron quietos mirándose.

El problema en aquella casa era que, aunque algunas alarmas eran falsas, eran tan alarmantes como las que eran reales. Aquella era una falsa alarma, como pudieron comprobar tras el primer susto.

—Vamos, vosotros dos —los llamó su padre—. Voy a llevaros a Merthwaite.[12] Quiero salir en diez minutos.

—Deja las cosas aquí —susurró Stephen.

Judith lanzó una angustiosa mirada al chaleco de Angela. ¿Iba a estar colgando allí todo el día? Pero salió de los arbustos apresuradamente y corrió hacia la casa pisándole los talones a Stephen. Su padre ya estaba en las escaleras, subiendo los peldaños de dos en dos, encantado con su propia agilidad. Al pasar junto a la habitación de los niños, vio a Margaret con la nariz metida en su libro, aunque a ella también le había dicho lo que quería a gritos desde el piso de abajo.

—¡Bueno! —le dijo, entrando en el cuarto—. ¿Qué estás haciendo? —Aquel ceño amenazaba su buen humor.

—Solo estoy echándole el último vistazo a mi papel, papá, y así puedo recitarlo durante todo el día.

—Bueno, déjalo ya —le ordenó, cerrando el libro de golpe—. No te voy a sacar de casa para que estés todo el día farfullando. Voy a sacaros para que os divirtáis, así que recuérdalo. Si yo puedo dejar de trabajar un día, tú también.

—Pero esto no es trabajo —contestó Margaret, ladeando la cabeza con un gesto conciliador.

—No me repliques y ve a prepararte. Diez minutos: si no estás lista, te quedas en casa.

—Eh, tú, Stephen —gritó, saliendo al rellano y lanzando una llave por encima de la barandilla—. Ve a abrir el garaje, y rápido. ¿Dónde tienes los ojos, chico? La llave está debajo del radiador. Voy a bajar en un minuto para sacar el coche. Luego sube y arréglate. Supongo que estarás sucio.

—Estoy segura de que sí —dijo Charlotte, saliendo a toda prisa para ocuparse de Judith.

Diez minutos era muy poco tiempo para que los niños estuvieran tan presentables como deberían para salir con su padre. Ella misma también debería estar impecable. Zapatos con barro, un agujero en un calcetín o un sombrero equivocado podían arruinar el día. Cuando adecentara a los críos, ella tendría que cambiarse de chaqueta y falda, la ropa que se había puesto para ir a la ciudad. Estaba a punto de ir a comprar cuando Geoffrey decidió que iban a ir todos a Merthwaite. Charlotte estaba preocupada por la compra, pero tendría que esperar el momento para comentarlo.

Los niños subían y bajaban las escaleras desesperados, con los ojos desorbitados: sabían que habría problemas si hacían esperar a

su padre. Stephen no podía encontrar sus zapatos de suela gruesa; y Margaret no encontraba sus guantes.

—Mamá, sé que los dejé en el bolsillo de mi abrigo ayer... —entró susurrando en el baño de su madre—. Sé que los tenía...

—¿Qué pasa? —preguntó su padre, entrando también. Se enfadaba muchísimo si los chicos perdían algo, así que Margaret dijo que no era nada y se fue para proseguir su febril búsqueda de los guantes. Para su enorme alivio, los encontró y fue la primera en bajar.

—¡Vamos! —gritó Geoffrey—. Todo el mundo fuera. Voy a sacar el coche, ya os lo advierto.

—Geoffrey, querido —dijo Charlotte tímidamente—. Estoy un poco preocupada. Iba a ir a hacer la compra. Necesitamos beicon y queso...

—Tienes razón —admitió Geoffrey con buen talante—. Iremos a hacer la compra antes.

Después de una salida que recordaba más una huida de un incendio en la casa que una alegre partida para pasar un día en el campo, todos se metieron en el coche; Margaret iba en el asiento delantero, junto a su padre; Charlotte iba detrás, con Stephen y Judith. Cuando pudo recobrar el aliento y el sosiego, Charlotte revisó con mirada angustiada a los niños. Todos estaban bien y ella les sonrió por ir perfectamente dispuestos.

Geoffrey condujo hasta Watson's, la fabulosa tienda de ultramarinos.

—Vamos —dijo saliendo del coche—. Entrad todos.

Los chicos no querían, pero bajaron del coche. A Stephen le resultaba muy desagradable ir a una tienda con su padre, porque su

padre conseguía que fueran el centro de atención y todo el mundo los mirara. Y sabía que a su madre tampoco le gustaba. Ella sonreía todo el rato, pero Stephen sabía que no le gustaba entrar en ningún sitio con su padre. Geoffrey entró en el establecimiento con toda la familia pisándole los talones. De vez en cuando le gustaba hacer desfilar a sus hijos y alardear de ellos. La gente se volvía a mirarlos y a mirarlo a él también. Los chicos tenían caras de niños avispados y guapos, y el estado de tensión en el que vivían les proporcionaba una actitud atenta y alerta.

—Buenos días, Watson —exclamó Geoffrey a voz en grito, dirigiéndose al propietario, que deambulaba por su enorme establecimiento mientras sus empleados atendían a los numerosos clientes.

—Buenos días, señor Leigh, caballero... —saludó el dignísimo tendero con una leve reverencia.

El señor Watson le hizo una seña a Chapple, su encargado, delgado como un rollo de tocino, embutido en un delantal blanco atado a la cintura con cintas, y todos juntos siguieron los pasos de Geoffrey mientras deambulaba por la tienda, inspeccionando una cosa tras otra, con las manos en los bolsillos, haciendo gala de su elegancia y del excelente corte de sus pantalones. Su boca nunca dejaba de moverse, ni sus pies. Era tan consciente de sus pies como un bailarín y daba la impresión de que sus zapatos siempre tenían la suela más delgada y más flexible que la de otros hombres.

Merodeó por la tienda, seguido por el señor Watson y Chapple, Charlotte, Margaret y Stephen, y las miradas de los otros clientes. Judith había ido a encaramarse a un taburete junto a uno de los mostradores repletos de pequeños botecitos. En algunos había

cerezas regordetas como anémonas marinas, en otros pequeños pepinillos, y en otros pececillos pequeños muy apretados y enrollados. Estuvo observando los botecitos, canturreando para sí misma y esperando a que su padre terminara. Con frecuencia ignoraba a su padre y se apartaba, aunque los otros no podían hacer eso. Desde el principio Judith dispuso de una especie de armadura contra él, proporcionada tal vez por la indiferencia que su padre le había dispensado a ella. Margaret, su primera hija, había sido una novedad y un divertimento para Geoffrey; a Stephen, el segundo, no lo había querido; de Judith había pensado: «Señor, otra más...», y la verdad era que no le había prestado la menor atención. Mimaba a Margaret, regañaba a Stephen e ignoraba por completo a Judith, así que la pequeña podía sentarse sola en una silla y podía ahorrarse la pesadez de ir a comprar con su padre.

La tienda estaba llena de gente y Geoffrey caminaba entre los clientes lanzando órdenes a Chapple, que lo iba apuntando todo detrás de él. Al principio, cuando Charlotte encargaba inocentemente jengibre en conserva, guindas en brandy, caviar o pollo en gelatina porque les gustaba a los niños, había desatado unas horribles trifulcas por semejante extravagancia. «Las facturas domésticas eran inconcebibles», dijo. Sin embargo, él mismo siempre encargaba ese tipo de cosas. Le encantaba hacer pedidos fastuosos en la tienda, y eso era lo que estaba haciendo ahora.

—¿Y esto qué es, eh? —preguntó Geoffrey deteniéndose delante de una torre de latas de galletas ordenadas contra una columna.

—Es un nuevo tipo de galletas, señor Leigh —explicó el señor Watson—. Creo que van a ser muy populares. ¿Sería tan amable de probar una?

—Seguro que no valen nada —protestó Geoffrey.

—Son muy buenas, de verdad, señor —insistió Watson con toda seriedad—. Chapple, abre una lata y ofrécele una galleta al caballero.

El hábil Chapple abrió una lata al instante, apartó el papel protector y dejó a la vista la hilera de galletas. Geoffrey, ante las ávidas y envidiosas miradas de sus hijos, cogió una, la probó y dijo con indiferencia:

—No están mal. Póngame una caja.

Avanzó, seguido de su cuadrilla, pero de repente se apartó por un pasillo y cruzó toda la tienda a grandes zancadas. Judith seguía mirando los botes de conservas canturreando, y sintió que la cogían por el hombro. Con un simple movimiento, la bajó del taburete.

—¡Mocosa ridícula: ocupando los asientos de los mayores a tu edad! ¡Deja ahora mismo que esta señora se siente! Le ruego que me disculpe por mi hija —le pidió, haciendo una reverencia a una anciana que acababa de llegar al mostrador.

Judith, con el sombrero torcido, se quedó allí quieta y atónita. La señora también estaba sorprendida.

—No me había visto. Si acabo de llegar... —protestó, enardecida —. ¡Pobre niña! ¡La ha asustado usted, y a mí también! No había ninguna necesidad, ninguna en absoluto. No quiero sentarme. Simplemente vine a dejar mi pedido y ya está —dijo, dejando el papel delante del dependiente—. Ya me voy: puedes volver a sentarte en el taburete, bonita.

Se fue a toda prisa, con el sombrero temblando. Geoffrey notó que había gente mirándolo y sonrió con condescendencia ante las peculiaridades de los ancianos, luego se dio media vuelta y siguió

con su pedido, pero Judith se escondió detrás de una columna. Estaba avergonzada. Todo el mundo lo había visto. Debería haberle ofrecido el asiento a la señora, eso lo sabía. Pero no la había visto. Ruborizada, bajó la mirada y deseó poder salir corriendo de la tienda.

Por fin la familia Leigh salió de la tienda de Watson. Pero no habían acabado. Tenían que ir al establecimiento de Prosser, el pescadero, para comprar una langosta. Geoffrey sabía muchísimo de beicon y queso; y también lo sabía todo de las langostas, así que le costó un buen rato encontrar una que le conviniera. Pero después de mucho rato, casi desesperados, los niños por fin se vieron de camino a Merthwaite y empezaron a animarse un poco.

El coche cruzó a toda velocidad los hermosos campos pelados, sin bosques ni matorral. Amontonándose unas sobre otras, pliegue sobre pliegue, las colinas estaban amarillentas tras el caluroso verano, y las sombras de las nubes descansaban en las lomas. Por las laderas corrían regatillos, encauzados entre muros de piedra deslavazados, y la carretera serpenteaba para evitarlos, haciéndose cada vez más y más profundos hasta llegar al pueblo de Merthwaite. Allí había un río, ancho y somero, con un lecho pedregoso. A cada orilla había explanadas de hierba y, detrás, una hilera de casitas de campo encaladas, unas frente a otras, cada fila a un lado del agua. Había una antigua iglesia de piedra con una torre cuadrada, un puente muy antiguo, y una posada: Los Tres Peces.

Había pececillos y los renacuajos en las charcas de las orillas y unos pontones de piedra que cruzaban la corriente, de modo que aquel río representaba todo lo que podían desear Stephen y Judith, y ambos tragaron saliva por la emoción y la ansiedad cuando se

bajaron del coche, delante de la posada, y escucharon el ruido del agua. ¿Y si su padre tenía algún plan para pasar lo que quedaba de la mañana? ¿Y si no podían bajar al río enseguida? Esperaron, y observaron a su padre. Pero Geoffrey entró en la posada a grandes zancadas y fue recibido con gritos de bienvenida por la gordísima señora Purley, la propietaria.

Los chicos vieron irse a su padre como si no pudieran creerse la suerte que tenían. Se dieron media vuelta y corrieron hacia el agua. Charlotte saludó también a la señora Purley, que estaba sirviéndole una bebida a Geoffrey, y luego salió y se sentó en un banco junto a la pared. Aunque corría el mes de octubre, el sol picaba y Charlotte levantó la cabeza para que le diera en la cara. Era como si el calor y la luz atravesaran sus párpados cerrados y llegaran a lo más profundo de su cerebro. La sangre le corría suavemente por las venas, y estaba relajada, feliz.

Tras una hora perfecta —una consecuencia de la infelicidad de la vida con Geoffrey Leigh era que su familia disfrutaba al máximo los momentos felices—, la señora Purley los llamó para que entraran. Subieron las escaleras para lavarse antes de comer y echaron un vistazo a las habitaciones. Las viejas paredes abombadas estaban encaladas en rosa, las cómodas tenían tiradores blancos de porcelana, los edredones blancos eran gruesos y mullidos, y en cada habitación había una oleografía[13] de la reina Victoria.

—¡Si alguna vez pudiéramos venir aquí de vacaciones...! —suspiró Judith.

Bajaron a comer. Había jamón y huevos, tarta de manzana y crema, pero la señora Purley seguía trayendo más y más cosas: bollitos rellenos, cuajada de limón, pan de grosella... y cuando se

inclinaba sobre la mesa para ir dejando las bandejas casi aplastaba a Judith bajo el peso de sus enormes pechos. Después de la primera vez, Judith se encogía cuando veía a la señora Purley venir con un plato.

—Después de comer —dijo Geoffrey—, escalaremos el Beacon.

Judith y Stephen se miraron. Adiós a la diversión en el río. Pero no protestaron, como habría hecho cualquier otro niño, y Charlotte se lo agradeció en silencio por ser tan juiciosos. Puede que en algún oculto recoveco de su cerebro pensara que era antinatural que los niños fueran juiciosos a esa edad, pero jamás lo admitiría. Era mucho más fácil pensar que eran unos niños buenos y sensatos y, por otra parte, ella daría casi cualquier cosa para que no plantearan problemas de ningún tipo.

Fue una dura ascensión al Beacon, y Charlotte, aunque sonreía continuamente, sentía un fuerte dolor en el pecho y se alegró de poder descansar cuando llegaron a la cima. Geoffrey también se derrumbó en la hierba, aliviado; le temblaban las rodillas y respiraba con dificultad.

«Ya no estoy tan joven como antes», pensó, y no le gustó la idea. Se puso triste. Miró a Charlotte. Era casi tan mayor como él y parecía que estaba contenta. Si él se sentía viejo, ella debería sentirse igual. Charlotte estaba mirando el pueblo del valle, y ahora sonreía de verdad. Ya no estaba agotada. Había sido un buen día. Los niños se habían portado muy bien y Geoffrey había estado de buen humor todo el rato, así que sonrió y disfrutó del viento que apartaba sus cabellos oscuros de las sienes.

—Tienes muchas canas —señaló de repente Geoffrey en tono reprobatorio.

—Oh, ya lo sé... —dijo sorprendida y se tapó la cabeza con las dos manos para ocultar las canas.

Se le habían olvidado. Ojalá su marido no las hubiera visto. Se levantó y bajó la colina tras él. Era capaz de arruinarle cualquier cosa. Estaba siempre a su merced, y lo sabía. Una palabra suya podía cambiar todo el hilo de sus pensamientos. Por la noche, a veces, cuando estaba rezando, si él tropezaba con sus pies y decía «Maldita sea, ¿por qué no quitas los pies de mi camino?», ya no podía seguir rezando. Se levantaba, desarmada e incapaz de pensar en otra cosa que en la desgracia de que su marido le hablara así. Ahora era lo mismo. Sentía que no debería tener canas. Por culpa de sus canas se arruinó toda la felicidad del día.

Geoffrey dijo que no se podían quedar a tomar el té y merendar. Tenían que volver a casa. Se iba a hacer de noche pronto y quería ir al club. Se despidieron de la señora Purley y se metieron en el coche. Judith apoyó la barbilla en la ventanilla bajada, observando el río. Le parecía que siempre estaba huyendo a toda prisa, como si no tuviera derecho a hartarse de algo. El ruido del motor ahogó el murmullo del agua y el coche comenzó a moverse. Pero Geoffrey se detuvo de nuevo cuando vio a dos personas, un hombre y una mujer, que se acercaban cogidos del brazo por el puente. Con una exclamación, salió del coche y se adelantó a grandes zancadas hasta ellos, tendiéndoles la mano.

—Pero bueno, por todos los demonios, ¡quién me iba a decir que te encontraría aquí! —gritó efusivamente.

El hombre parecía sorprendido también, aunque en un sentido bastante diferente; no había ninguna efusión en su sorpresa.

Geoffrey le cogió la mano y la agitó arriba y abajo. Le dio unas buenas palmadas en la espalda y le dijo a la cara:

—Me alegra muchísimo verte. No te había vuelto a ver desde aquel fin de semana que pasamos juntos. Demonios, qué buen rato pasamos... ¿eh? Ah, muy bien, muy bien... —exclamó, tranquilizándolo entre risas—. No diré nada. Ya me voy. *Au revoir.* ¡Espero no haberte incomodado!

Riendo a carcajadas y de buena gana, volvió corriendo al coche, se metió de un salto, dio un portazo para cerrar y emprendió el camino. Charlotte vio los rostros atónitos del hombre y la mujer que se giraban tras ellos.

—Parece que no se acuerda de ti... —observó.

—Por supuesto que no —replicó Geoffrey encantado y divertido —. No lo he visto en mi vida.

Los niños miraron estupefactos a la pareja del puente. Aunque estaban acostumbrados a las bromas ridículas de su padre, aún no las entendían, aún no sabían cuáles eran bromas y cuáles no, hasta que no pasaba un rato. Los tres niños tenían la costumbre de observar los rostros de los adultos cuando hablaban, para ver si los mayores querían decir exactamente lo que estaban diciendo.

De repente, Geoffrey volvió a estallar en carcajadas.

—Parecía que la mujer empezaba a desconfiar, ¿a que sí? Le he metido una abeja en el sombrero, ¿a que sí? Por todos los demonios, ya lo creo... —Y estuvo de un magnífico humor durante todo el camino, hasta que llegaron a casa.

«Hemos pasado un día maravilloso en el campo», le escribió Charlotte a Lucy. «Geoffrey nos llevó a todos a Merthwaite».

—Cuánta amabilidad por su parte —dijo William, mientras leía el periódico.

II

Entonces comenzó un gozoso periodo de libertad para los niños y Charlotte. Uno de los directores de la empresa de Geoffrey, uno de la auténtica familia, escribió para decir que en breve iría de visita a Denborough, y Geoffrey se dispuso de inmediato a prepararlo todo para él. Entonces todo el mundo iba a ver a Geoffrey en su mejor momento. La atención puntillosa y criticona que le dedicaba a la casa, a su mujer y a los niños, también se la dedicaba a su trabajo. Ningún viajante comercial logró engañarlo jamás, y ninguno pudo estafar o robar a la empresa ni un solo penique con él como supervisor. Geoffrey sabía todo lo que hacían sus viajantes y cómo lo hacían, lo cual era poco menos que milagroso, considerando que él rara vez salía de casa. Era bueno, agotadoramente bueno, recopilando pruebas y ordenándolas para componer un todo.

Concentrado, alerta y seguro, se preparó para la visita del director y, para alegría y beneficio de todos, dejó a su familia en paz. Estaba fuera la mayor parte del día. Margaret y Stephen iban al colegio, Judith estudiaba y jugaba con la señorita Cowley, las criadas hacían su trabajo, Charlotte iba a comprar, bordaba, leía y se quedaba sola en el salón matinal. Dormía bien y tenía mucho mejor aspecto.

El señor Cedric Bancroft llegó al hotel en el que Geoffrey le había reservado una habitación, y Geoffrey estaba dispuesto a ofrecer su mejor versión. Amable, encantador pero contenido, meticuloso, bien vestido, se ocupaba siempre de atender a su director. El señor Bancroft fue a cenar a casa de los Leigh y la cena fue tan excelente que se quedó anonadado. Menuda comida en una casa tan pequeña, se dijo maravillado, y casi sin servicio. «Esa gente vive mejor de lo que suponía», pensó. «¡Viven tan bien como yo, incluso!». El conocimiento preciso de todos los asuntos que tenía Geoffrey desde luego le vino muy bien. El señor Bancroft estaba enormemente satisfecho con Geoffrey y, desde el punto de vista del supervisor, tenía todas las razones para estarlo.

Pero el gran jefe volvió a su casa y lo que ocurrió a continuación fue el anticlímax. Geoffrey se desinfló. Había trabajado tanto y se había esforzado tanto que, al final, ya no era capaz de hacer nada más. Estaba desanimado y de mal humor, así que le dijo a Margaret que se quedara en casa para entretenerlo.

Geoffrey ya había hecho eso alguna vez con anterioridad y a la directora del colegio no le gustaba. Se enfadó con Margaret, aunque sin ninguna consecuencia. Margaret no comentó nada en casa; le gustaba el colegio y no quería que la sacaran de allí. Así que una mañana lluviosa de sábado, después de la última ausencia de Margaret en el colegio, la señorita Desmond vio a Charlotte en la calle y se apresuró a ir a su encuentro.

La señorita Desmond era una de esas personas que realmente piensan que una debería ser capaz de decirle cualquier cosa a cualquier persona. Estaba convencida de que, en el fondo, los padres querían sinceramente hacer lo mejor para sus hijos. Pensaba que si

se lo explicaba, ellos lo entenderían y estarían de acuerdo. Toda su actitud se basaba en este principio cándido pero equivocado. El caso es que se apresuró a ir al encuentro de Charlotte y la cogió con firmeza del brazo; Charlotte se asustó.

—Buenos días, señora Leigh —dijo la señorita Desmond con firmeza—. ¿Hacia dónde va? Porque voy con usted. Tenía la intención de ir a verla, pero la casualidad de encontrarla por la calle me ahorrará un viaje. Quiero hablar con usted sobre Margaret.

Una sombra de cautela apareció en la mirada de Charlotte, como siempre que se abordaban asuntos familiares.

—Lamento mucho que Margaret no haya ido al colegio esta semana —se quejó la señorita Desmond, que era tan delgada como un palo de escoba y daba grandes zancadas, de modo que Charlotte siempre iba desacompasada—. La razón que nos dio para justificar su ausencia fue que su padre quería que se quedara en casa. Estas ausencias continuadas en la escuela son muy nocivas para cualquier niño, señora Leigh, y estoy segura de que usted se dará cuenta de ello, pero sobre todo son perjudiciales para Margaret, que es una niña muy nerviosa y necesita tranquilidad y sosiego. Regularidad. «Estabilidad» —dijo la señorita Desmond, complacida por haber dado con la palabra adecuada—. Estabilidad, señora Leigh. Eso es lo más importante para Margaret. Es muy tímida también. Necesita seguridad. Necesita que le muestren que la vida no es tan horrible después de todo, que en cualquier caso, pase lo que pase, uno puede y debe encontrar el valor para enfrentarse a ella. —La señorita Desmond demostraba con enérgicos movimientos de su paraguas cómo debe enfrentarse uno a la vida—. «Aleja el miedo», le digo a Margaret, «y vencerás a César».[14]

El rostro de la señorita Desmond estaba encendido bajo su viejo sombrero, pero la cara de Charlotte no dejaba traslucir ninguna emoción. Le molestaba la manera que tenía aquella mujer de atravesar las defensas de Margaret, a través de las suyas. Le indignaba que una extraña alardeara de conocer tanto la vida familiar de Margaret. No pensaba discutir la timidez de Margaret y la estabilidad de su familia con aquella mujer. El análisis de la señorita Desmond podía aplicarse a la madre igual que a la hija, pero la señorita Desmond no lo sabía y siguió avanzando a trompicones.

—Así que apelo a usted, como madre de Margaret, para que se asegure de que su educación no se vea arruinada por mantenerla alejada del colegio sin ninguna justificación.

—Las ausencias de la escuela de Margaret —dijo Charlotte en un tono gélido, cuando la señorita Desmond se calló— son un asunto que decide y concierne exclusivamente a su padre. Ahora, tengo que entrar a comprar en esta tienda. Buenos días.

La gente —Lucy, Vera, la señorita Desmond— seguía lanzándole un salvavidas a Charlotte, pero ella, obstinadamente ciega frente a la realidad y la experiencia, se aferraba a su pobre tabla de salvación; se aferraba a Geoffrey. Bastaba con que su marido estuviera de buen humor unos cuantos días, o al menos no estuviera de muy mal humor, para que Charlotte cayera adormecida en la sensación de una falsa seguridad. No queriendo o no pudiendo darse cuenta de que jamás iba a poder contar con la confianza de su marido, le contaba cosas que cualquier esposa le contaría con toda tranquilidad a su marido, pero que, en su caso, eran cosas que

hubiera sido mucho más prudente guardarse para ella. Le dijo lo que le había ocurrido con la señorita Desmond.

Al entrar en casa, dejó el paraguas empapado en el guardarropa y subió a su habitación para cambiarse. La casa estaba caliente y había un acogedor olor a comida, nada molesto, sino agradable, el tipo de olor que resulta agradable encontrarse en casa cuando uno llega de la calle aterido por el frío y la lluvia. Los niños estaban tranquilos en su cuarto. Charlotte volvió a bajar, comprobó que la comida aún tardaría unos minutos y fue al salón matinal, donde Geoffrey, a pesar de sus copas de whisky y los periódicos, había estado aburriéndose toda la mañana. En la estancia, con las comodidades de las que se había rodeado, sentado delante de la chimenea, con la mirada atenta, era como una araña en el centro de su trampa, esperando una mosca imprudente. Estaba dispuesto a saltar a la menor oportunidad, pero Charlotte no lo sabía y cayó inocentemente en su telaraña.

—Hace un frío horrible y llueve ahí fuera —dijo, acercándose para calentarse las manos en el fuego.

Lo sabía. Por eso había dejado que fuera ella a hacer la compra. No le había apetecido sacar el coche e ir él con semejante día.

—He visto a la señorita Desmond cerca de la tienda —añadió—. ¿Y qué crees que me ha dicho?

Geoffrey no hizo ningún comentario: sabía que se lo diría sin necesidad de molestarse en animarla a hacerlo.

—Me dijo que estábamos echando a perder la educación de Margaret obligándola a quedarse en casa y no ir a la escuela...

—¿Que dijo qué?

Charlotte lo repitió.

—¿Y qué demonios pretende esa mujer cuestionando lo que hacemos? Lo que hago yo, porque supongo que le dijiste que fui yo quien decidió que Margaret se quedara en casa...

La aclaración era peligrosa. Su enfado iba en aumento. Charlotte lo vio y empezó a tambalearse.

—Por supuesto que no, Geoffrey.

—¿Y por qué no?

—Bueno... yo... yo no quería echarte la culpa de...

—¿Echarme la culpa? ¿A mí? —Geoffrey entrecerró los ojos al mirarla.

—Bueno, ya sabes lo que quiero decir —dijo Charlotte.

—Lo sé muy bien —sentenció Geoffrey, de pie y balanceándose sobre sus tacones y las punteras de los zapatos—. Has dicho que no querías «echarme la culpa». Tú también criticas mis decisiones. Subrepticiamente estás del lado de la señorita, pero no te atreves a decirlo. Eres lo más asqueroso que me he encontrado en mi vida.

—Geoffrey, solo te he dicho lo que me ha dicho la señorita Desmond. Me enfadé con ella...

—Bah, tú eres incapaz de enfadarte. Hace falta tener agallas para enfadarse. Dejaste que esa mujer dijera lo que quiso. Aguantarías que cualquiera te dijera de todo.

Hizo una mueca de burla con la boca y su mirada reflejaba todo su desprecio. El rostro de Charlotte adoptó una expresión lastimera. Se sentía indefensa, acobardada, cuando él la miraba así.

—Geoffrey, no discutamos —le rogó—. Últimamente hemos estado mucho mejor... no empecemos otra vez. Eso me pone enferma. Tengo los nervios fatal. Estoy asustada.

—Tú siempre estás asustada. Vives en un estado crónico de angustia. Eres como aquella perra spaniel que tuvimos. Se arrastraba por el suelo cada vez que me veía. Dios mío, aquel perro me ponía enfermo. No pude remediarlo, y por eso me libré de él...

—Cualquiera diría que te gustaría librarte de mí —dijo Charlotte, con lágrimas en los ojos—. Pero no te preocupes. Vas a matarme de todos modos.

—¡Oh, por el amor de Dios...! —gritó Geoffrey—. No empieces a lloriquear otra vez. No soporto verte cuando lloras. ¡Mírate! ¡Mírate!

—Lo sé... —admitió Charlotte, mordiéndose los labios temblorosos—. Lo sé. Lo único que espero es que algún día no me importe lo que digas o lo que hagas. Algún día no me importará... no me importará...

Los niños, que bajaban al oír el gong que anunciaba que la cena estaba lista, se quedaron petrificados en las escaleras. Burton les hizo una seña desde el comedor.

—Venid aquí —los llamó con toda seriedad, como si fueran ellos los que se estaban peleando—. Os serviré la comida.

Cerró la puerta para que no se escucharan los gritos de la otra sala. Margaret, con aspecto enfermizo, dijo que no tenía ganas de comer.

—Bueno, será mejor que comas... —advirtió Burton—, o tu padre se dará cuenta.

La puerta del salón matinal golpeó violentamente el marco, la puerta del comedor se abrió de par en par, se volvió a cerrar de golpe y Geoffrey se sentó a la mesa con un gesto feroz en la cara. Sus hijos se inclinaron sobre sus platos sin mirarlo. Con el transcurso de los minutos, Stephen empezó a estar preocupadísimo porque su

madre no aparecía. Engulló de mala gana un poco más de carne, pero, incapaz de soportar más la ausencia de su madre, se levantó de la silla y se encaminó a la puerta.

—¿Te he dado permiso para que te levantes de la mesa? —le gritó su padre—. ¿Adónde vas?

—A buscar a mamá.

—Vuelve a tu silla —le ordenó su padre—. Cara de nenita —añadió con desprecio—. Eres más una niña que un niño.

En la sala de al lado, Charlotte estaba sollozando en el sillón que Geoffrey había ocupado toda la mañana. Una vez que empezaba a llorar, no podía parar. No hacía más que repetirse que debería ir a comer al salón. Debía hacerlo, por los niños. Unas pocas semanas antes había quedado en evidencia delante de Burton cuando la descubrió durmiendo en esa sala por la mañana, ahora se iba a presentar hundida delante de los niños. Tenía que controlarse, pero cómo deseaba rendirse y acabar con todo. Todo era inútil. Su vida con Geoffrey no era más que un castillo de naipes; ella se dedicaba a levantarlo y él seguía derribándolo. Su mandíbula temblaba como si estuviera aterida de frío. Se cubrió la cara con las manos. La comida terminaría sin ella si no acudía pronto. Su mirada se detuvo en la botella de whisky que había en una mesita baja y alargó la mano para cogerla. Era el camino más rápido. El whisky lo había conseguido antes, y volvería a ayudarla. Se sirvió una buena cantidad y se la bebió. El temblor de su mandíbula menguó. Tras un segundo vaso, se quedó quieta. En algún momento debía experimentar consigo misma para averiguar exactamente qué cantidad era suficiente. Pero ese día tenía prisa. Volvió a beber.

La comida casi había terminado cuando ella entró en el comedor. Geoffrey ni la miró, pero los ojos atónitos de los niños siguieron sus pasos cuando avanzó por la sala y ocupó su lugar en un extremo de la mesa, volviendo hacia ellos su rostro desolado, con los labios hinchados y los ojos enrojecidos. Burton la miró con disimulo desde el aparador y pensó: «Dios nos proteja». Nadie la había visto con ese aspecto jamás.

Stephen se levantó para ir a consolarla, pero se quedó de pie, desconcertado, y volvió a sentarse. El rostro de su madre ya era incapaz de proporcionarle ni consuelo ni ayuda; daba la impresión de que su madre ni siquiera se daba cuenta de que él estaba allí. Apoyó un codo en la mesa y se cubrió los ojos con la mano mientras intentaba seguir comiendo con la otra. Judith tenía la cuchara a medio camino, y el pudin que no podía tragar se apelmazaba en su mejilla cuando miraba con los ojos muy abiertos a unos y a otros. Margaret, después de una mirada aterrorizada a su madre, mantuvo los ojos clavados en su padre. ¿Qué había hecho? ¿Qué le había dicho a su madre para que viniera a la mesa en ese estado? ¿Habían vuelto a pelearse?

Cuando por fin Geoffrey decidió mirar a Charlotte, también se sorprendió. Por primera vez su rostro lo dejó sin palabras. «Por Dios», pensó, «tiene un aspecto horrible». Sintió algo parecido al asombro, no por ella, sino por el efecto que su ira causaba en ella. En lo más siniestro de su alma, sintió el orgullo del dominio sobre otro ser humano. En lo más recóndito de su mente, el razonamiento era que debía ser un hombre importante si lo que hacía tenía unas consecuencias tan terribles.

Pero en cierto sentido se sentía avergonzado y, cuando acabó con las tostadas y el queso, le hizo una seña a Margaret y salió del comedor.

—Vamos al cine, cielo —susurró con aire conspirador, y pocos momentos después salieron de casa.

En cuanto su padre salió de la estancia, Stephen acudió al lado de su madre.

—¿Se enfadó papá contigo? —preguntó al final.

—En realidad, no, cariño —dijo Charlotte, haciendo un esfuerzo por contestarle—. Ha sido un malentendido.

La cabeza le palpitaba de una manera insoportable. Tendría que tomarse una aspirina. Tenía que tomar whisky para librarse de los efectos de una pelea doméstica y una aspirina para librarse de los efectos del whisky. No podía ser muy bueno, pero daba igual, pensó. «Lo importante es que aguantes».

Mandó a los niños a jugar al jardín y fue a tumbarse en el sofá del salón. No volvería a salir hasta la hora de la cena. Cuando bajó, en ese momento, había una carta en la mesita del vestíbulo, esperando para que la enviaran al correo. Iba dirigida a la señorita Desmond y Charlotte imaginó que contenía la información sobre Margaret. Su mente, como una criatura torpe por culpa del sueño, prefirió no tener que pensar en el tema. «No puedo evitarlo», se dijo, «¿qué le voy a hacer?».

Katherine Mansfield escribió un cuento sobre un hombre que, por torturar a una mosca, dejaba caer sobre ella una gota de tinta, una y otra vez, una y otra vez. Y una y otra vez la mosca conseguía librarse de la tinta, secaba las alas, se limpiaba, se recuperaba, volvía a tener deseos de vivir, incluso se mostraba alegre, pero lo único que

conseguía es que el hombre volviera a dejar caer otra gota de tinta encima. Al final, la mosca ya dejaba de luchar; su resistencia se había quebrado.[15] Charlotte era como esa mosca. Su resistencia había durado mucho, trece años, pero había llegado a su final. Ya no quería luchar más.

El comportamiento de Geoffrey era cíclico. Montaba una escena violentísima y aterrorizaba a su familia. Luego sufría un ataque y reunía a toda la familia en torno a él. Luego hacía gala de un magnífico temperamento y los llevaba de excursión. Luego se mostraba indiferente durante algún tiempo, hasta que, aburrido por la inactividad e irascible por falta de actividad física, provocaba otra discusión y el ciclo volvía a empezar de nuevo.

No pasó mucho tiempo antes de que Geoffrey sufriera otro ataque y, en apariencia, todo sucedió como de costumbre. Cuando pidió ayuda a su familia, gimiendo, desde el vestíbulo, Charlotte corrió a ayudarlo casi tan rápidamente como siempre. Se produjo la misma escena de esfuerzos para llevarlo hasta la sala matinal. La cocinera y Burton también colaboraron. Pero Charlotte se descubrió pensando que sería mucho más conveniente que su marido se desplomara en la habitación y no fuera. Y aunque le secó la frente, y le cogió la mano, y se ocupaba de él, ya no había nada del antiguo arrepentimiento culpable ni del cariñoso perdón de antaño. De repente admitió que, en realidad, ya no creía en aquellos ataques. Pero fingió que se había creído ese y, durante mucho tiempo, otros parecidos, porque eso resultaba más cómodo y porque se pondría furioso si sospechaba que su mujer le había descubierto el juego. Así que dejó que la farsa continuara. Charlotte, la que había tardado tanto en crecer, la que siempre era una cría, se había hecho adulta.

¡Pero a qué precio! A algunas personas no les gusta ver la realidad: no pueden soportarla.

Aunque no se creyó aquel ataque, la dejó agotada de todos modos. Le dolía el pecho del esfuerzo de tener que levantar a Geoffrey y de ir corriendo de un lado para otro y de darle friegas y de todo aquello. A la hora de cenar estaba muerta de cansancio y pidió que le pusieran vino en vez del agua de costumbre.

—Tu ataque me ha alterado muchísimo —le dijo a Geoffrey, y él, dispuesto a mostrarse generoso por una causa tan loable, le pidió a Burton que le llenara de nuevo el vaso.

«No necesitas beber whisky», se dijo Charlotte encantada: «cualquier cosa valdrá».

CAPÍTULO SEIS

I

Eue idea de Vera: cuando estuvieron las tres juntas en Underwood, dijo que ella y Lucy realizarían visitas periódicas a casa de Charlotte, en Queen's Walk, para recordarle a Geoffrey que Charlotte tenía dos hermanas con las que podía contar, dos personas que estarían pendientes y que sabían lo que estaba haciendo. Así que, en diciembre, Lucy escribió a Vera para preguntarle cuándo deberían ir. Durante algún tiempo no obtuvo respuesta; a menudo pasaban semanas enteras antes de que Vera se decidiera a escribir. Pero una noche sonó el teléfono en el vestíbulo de Underwood y Lucy dejó el libro que estaba leyendo y fue a cogerlo. Al levantar el auricular, escuchó la voz de Vera.

—Ah, ¡hola, Vera! —gritó, radiante de alegría.

A Vera le encantaba llamar por teléfono. Charlotte no era muy dada a telefonear. Y Lucy no utilizaba el teléfono a menos que fuera una urgencia. Pero Vera utilizaba el teléfono para ahorrarse el engorro de escribir una carta.

—¿Estás bien? ¿Estáis bien todos? —exclamó Lucy.

—¡Oh, sí! —dijo la voz de Vera en la lejanía, como si estuvieran todo lo bien que cabría esperar—. Sobre lo de ir a casa de Charlotte, Lucy...

—¿Sí? —Con el teléfono en la oreja, la mirada de Lucy se entretuvo en el aligustre silvestre que tenía en el jarrón blanco, con sus hojas estrechas y las bayas negras y brillantísimas.

—Creo que lo mejor será que solo vayas tú esta vez —dijo Vera —. No puedo ausentarme de aquí en este momento. Tengo mucho que hacer en esta época del año... bailes, cenas, fiestas, todo tipo de cosas. Además... —Vera puso sobre el tapete entonces su mejor carta—, están los niños...

—Sí —admitió Lucy, que no podía rebatir ese argumento—. Pero no tenemos prisa ninguna. Puedo esperarte.

—No, no me esperes. No sé cuándo podré ir. Ve tú ahora. Quizás pueda ir la próxima vez.

—Muy bien —respondió Lucy, distante en más de un sentido. Vera era muy proclive a echarse atrás.

—Bueno —añadió Vera con energía—, ¿y qué haces?

—Estaba leyendo.

Vera se echó a reír de buena gana.

—Ratón de biblioteca. ¿Vais a hacer algo especial en Navidad?

—No, estaremos solos William y yo.

—No parece un plan muy divertido —dijo Vera.

—Lo será —contestó Lucy.

—¿Qué tiempo tenéis por ahí? —preguntó Vera.

—Hace mucho frío y hay luna llena.

—Hummm —dijo Vera con un escalofrío—. ¿Qué es ese ruido que se oye? Como un aullido intermitente...

—Es el búho. Caza por aquí —le explicó Lucy, poniéndose más comunicativa, que era lo que Vera pretendía—. Está así toda la noche. Escucha, voy a abrir la ventana... —Lucy abrió de golpe la

ventana con una mano y sujetó el auricular con la otra, dirigiéndolo hacia el exterior. El búho volvió a ulular. Lucy pudo verlo: sombrío, imponente, legendario, volando como una sombra a la luz de la luna. Olvidó entonces su enojo con Vera. La grandeza espléndida de la noche invernal la cautivó. Se llevó el auricular a la oreja y cerró la ventana—. ¿Lo has escuchado? —preguntó.

—Diría que sí... —contestó Vera—. Menudo escándalo, ¿cómo podéis dormir?

—Estoy acostumbrada. Deberías colgar ya —dijo Lucy, más preocupada por el dinero de Vera que la propia Vera—. Bueno, iré a ver a Charlotte poco después de Navidad y te diré cómo van las cosas por allí.

—Muy bien —respondió Vera con voz de quien se siente complacido—. Buenas noches, amor.

—Buenas noches, amor —dijo Lucy—. Empleaban esa manera norteña de dirigirse la una a la otra, pero solo lo usaban entre ellas.

—Era Vera —explicó cuando volvió al salón y cogió su libro.

—¿Qué quería? —preguntó William, mirando por encima de sus gafas de pasta.

—Solo era para decirme que no puede ir a casa de Charlotte.

—Nunca me creí que tuviera intención de ir —dijo William, volviendo a su lectura.

—Bueno —replicó Lucy, adoptando un tono a la defensiva—, la verdad es que no importa. Puedo ir yo sola.

—No veo por qué tendrías que ir sola —protestó William—. O por qué tienes que ir, simplemente.

—Da igual —dijo Lucy, ignorando el tema y volviendo a Samuel Butler.[16]

—Por Dios... —se quejó William un poco después—. No me cae bien Geoffrey, pero lo compadezco. Me molestaría mucho que tus hermanas vinieran aquí para ver cómo me comporto.

—Tienes que portarte bien —le respondió Lucy burlona—. Y así no tendrán que venir a comprobarlo.

Se tapó la cara con el libro y empezó a reírse por lo bajo.

William sonrió y se hizo un agradable y amable silencio. La chimenea caldeaba la estancia y las lámparas la iluminaban cálidamente bajo las tulipas de color melocotón. En el exterior, el búho ululaba casi rozando el tejado de la casa en su vuelo.

II

Cuando Charlotte supo que Lucy iba a ir a su casa, hizo unos extraños preparativos... para tratarse de una hermana. Se aprovisionó de whisky y aspirinas. Surgirían problemas durante toda la estancia de Lucy. Geoffrey no soportaba las visitas, y menos las de sus hermanas. Se contenía, más o menos, delante de ellas, pero se desquitaba con Charlotte en privado, y la tensión de ocultar la ira de su marido y de comportarse como si nada fuera mal simplemente la agotaban. Ahora los criados lo sabían todo, y los niños lo sabían también, pero Charlotte estaba decidida a que sus hermanas no lo supieran; así que tomó precauciones. Compró whisky y aspirinas. El whisky era el único licor fuerte que conocía. Era el primero que había probado y se mantenía fiel a él. Con una mezcla de inocencia y de decisión suicida, Charlotte se adentró en el oscuro mundo de la bebida y las drogas.

Era impensable que Charlotte pudiera comprar whisky por su cuenta al educado señor Watson y también era imposible comprarle aspirinas con demasiada frecuencia a Daw, el farmacéutico local, sin que unos y otros se preguntaran qué ocurría en casa. Así que Charlotte bajó a la ciudad, donde nadie la conocía. El farmacéutico al que acudió era un hombre muy amable. Le proporcionó una dosis de algo especial en la farmacia, porque la sensación de clandestinidad y culpabilidad derivada de ese viaje a la ciudad le había provocado palpitaciones y un violento dolor de cabeza. El farmacéutico era tan compasivo que ella le confesó que no podía dormir. Dormía muy mal, dijo de pie, al otro lado del mostrador, con los ojos azules rogando una ayuda que sus labios en ningún caso pidieron. Él le recomendó un preparado que acababa de salir, una cosa que había que tomar con agua caliente, tomándola a sorbos, como una sopa, en la cama, justo antes de dormir. Pero Charlotte lo rechazó. No podía tomar a sorbos nada a última hora, antes de dormir, con Geoffrey al lado. Tenía que ser algo discreto. No podía explicárselo todo al farmacéutico y tuvo dificultades para librarse de la sopa somnífera. Al final, el hombre le dio unas pastillas con la recomendación de ser muy prudente.

—No debería acostumbrarse a este tipo de cosas —le dijo.

—Oh, no, por supuesto que no —le aseguró Charlotte.

Volvió a casa y ocultó las pastillas y el whisky detrás de la vitrina de libros que había en el salón. Nadie las encontraría allí. Tras haberse aprovisionado de estas cosas, igual que una víctima de la malaria se abastece de quinina ante la previsión de un nuevo brote, se sintió fortalecida ante la inminente visita de Lucy.

Después de Navidad, Margaret fue al instituto y, como la señorita Cowley ya se había despedido para casarse con Herbert, Judith fue con ella a la guardería de aquel centro. Durante el último trimestre, Margaret había tenido el corazón dividido entre la lealtad a su padre y el cariño por la directora de su colegio. La señorita Desmond se había portado de un modo amable con ella todo ese tiempo, pero eso solo empeoró las cosas para Margaret, que sufrió todas las angustias de la vergüenza y la timidez. Casi le parte el alma dejar el colegio y, sin embargo, también fue un alivio. Pero el traslado fue malo para ella. Estaba perdida en el instituto; nunca se adaptó, nunca consiguió hacer pie en la inmensa riada de cuatrocientas niñas.

Para Judith fue diferente, porque empezó en la guardería, se acostumbró al lugar y se desenvolvió con facilidad en la escuela. No cabía la menor duda de que Judith tuvo más posibilidades de prosperar desde el principio que su hermana.

Judith entró en el colegio como un pato en el agua. Todas las mañanas, con la mirada emocionada de impaciencia e interés, se ponía en marcha con su grueso sombrero de fieltro marrón y un voluminoso abrigo con cinturón, también marrón. Se sentaba con otras niñas en el autobús y observaba asombrada a aquellas personas que sabían dónde bajar y hacían deberes. Ella iba al colegio solo por las mañanas y regresaba a casa a mediodía, y ya llevaba yendo a la guardería quince días cuando llegó Lucy para quedarse una temporada en la casa de Queen's Walk.

III

Lucy se quedó de nuevo impresionada por la pulcritud con que vestía Geoffrey. Acostumbrada al desaliño de William, se maravillaba ante el esmero del indumentario de Geoffrey. El día que llegó, era un modelo de vestimenta en marrón, con un traje marrón oscuro, una camisa de seda de color tostado, calcetines de seda negra y zapatos marrones sin una mota de polvo en ellos. En el dedo meñique de cada mano llevaba un anillo con una piedra azul; combinaban maravillosamente, en opinión de Lucy. Era un detalle que había incorporado a su indumentaria habitual desde la última vez que lo vio.

Todo en Geoffrey estaba calculado, incluso sus gestos. Tenía la costumbre de entrelazar las manos por delante, a la altura de la cintura, con los codos hacia afuera. Y en cuanto entrelazaba las manos, adelantaba el pie derecho como si fuera la primera posición para bailar. Era inevitable. Nunca fallaba. Otro de sus gestos habituales era meter las manos en los bolsillos del pantalón, inclinarse un poco y enderezarse al momento con una expresión inquisitiva. Eso lo hacía cuando planteaba una pregunta y esperaba pillar en falta al interrogado. La cara de Lucy cuando observaba aquellas posturitas habría hecho reír a su marido. «Pero ¿para qué hace esas jerigonzas?», parecía preguntar con su gesto, mudo pero inconfundible; «¿Por qué se toma tantas molestias?».

Lucy no admiraba a Geoffrey en absoluto; no le caía bien. Pero comprendía el complejo de inferioridad de Charlotte porque, en su compañía, ella misma casi desarrolló uno parecido. Su hermana no

solo sentía que se le debía de estar cayendo el pelo y que no era ni la mitad de inteligente que debería ser, sino que se sentía casi sin inteligencia ninguna. Nada florecía en Charlotte: el viento seco, envenenado y asfixiante de Geoffrey soplaba sobre su alma y lo agostaba todo. En su compañía, Charlotte no solo se sentía rechazada, sino que la consideraba aburrida; lo uno era consecuencia de lo otro para Lucy. Consideraba ridículo que ella, una mujer madura, no tuviera la suficiente conversación para mantener el interés durante una comida, pero así era. Charlotte no ayudaba mucho: se sentaba en un extremo de la mesa, contestaba a Geoffrey, pero no decía nada por su cuenta. Geoffrey, sin embargo, no paraba de hablar.

—Excelente filete, Burton —dijo—. Felicita a la cocinera de mi parte y dile que lo ha hecho de maravilla.

Y Burton sonreía mientras le retiraba el plato.

—Aunque... —añadió Geoffrey, tamborileando con los dedos en la mesa—, me habría gustado tomar algunos champiñones más.

—Creo que la cocinera no tiene más, señor. Creo que esos eran todos —dijo Burton, con el plato en alto, como la famosa miniatura de lady Caroline Lamb.[17]

—Santo Dios, ¿y por qué no? —preguntó Geoffrey, mostrando su disgusto—. Esa mujer es la que hace los pedidos, ¿no es así?

—Sí, señor, pero creo que se le olvidó, señor.

—No debería olvidársele. No la felicite.

—Muy bien, señor.

—Quédate tú la felicitación —dijo Geoffrey, mirando de reojo a la guapa camarera pelirroja desde su silla presidencial.

—Gracias, señor —respondió Burton con recato.

Lucy mantuvo un gesto estudiadamente inexpresivo. Todo aquello era muy bobo, pensó, mirando de reojo a Charlotte, que estaba allí sentada con una leve sonrisa; era su manera de simular que se sumaba a la actitud de su marido, o eso imaginó Lucy.

Tanto Margaret como Stephen comían en el colegio, pero Judith volvía a casa y Lucy estaba encantada con su compañía. Pero incluso con Judith, al estar bajo la maliciosa mirada de Geoffrey, Lucy se sorprendió al verse hablando con la niña como una tía sentenciosa y moralizadora. «¡Qué terribles consecuencias tienen las opiniones y las expectativas ajenas!», pensó. «Espera que yo sea solemne y decorosa, ¡y yo me comporto como tal! No pienso decir ni una palabra en la mesa hoy. Mejor no hablar, porque todo me suena fatal».

Pero mantuviera una conversación moralizadora o no dijera nada, eso no parecía importarle en absoluto a Judith, quien, comiendo a cucharadas una patata o un pudin, dedicaba sonrisas de pura devoción a su tía. Se llevaban muy bien.

Durante la visita, Lucy iba a buscar a mediodía a Judith, que bajaba del autobús al final de la calle. Encontraba un enorme placer al ver a aquella pequeña personita que se alejaba de otras pequeñas personitas y se dirigía a ella corriendo.

La mano de Judith se acoplaba a la de su tía con la mayor naturalidad y, mientras saltaba y brincaba por la acera, le contaba todo lo que había hecho en el colegio.

Los métodos de enseñanza modernos dejaban a Lucy bastante perpleja. Cuando Judith le enseñó un pequeño palito envuelto en hilos de colores y le dijo «He traído mi trabajo de costura», Lucy se quedó desconcertada.

—¿Estás segura de que eso es labor de costura? —le preguntó.

—Oh, claro: es costura —le aseguró Judith con toda formalidad.

En vez de que la tía enseñara a deletrear a la sobrina, era al revés, y Lucy se esforzaba humilde pero infructuosamente en el «Eme... erre... ese» y otros estudios fonéticos.

Pero por la tarde, cuando iban a dar un paseo mientras Charlotte descansaba, Lucy recobraba la ascendencia adulta sobre la niña. Le contaba cuentos, uno tras otro, porque el mundo está lleno de cuentos, y veía en la cara de Judith el arrebatado interés que rara vez había visto en las caras de sus hermanas. Ellas no habían atendido así, siempre habían estado más dispuestas a hacer cualquier cosa que fuera más divertida que escuchar. Sin embargo Judith podía sumirse en un cuento igual que Lucy y ese era otro fuerte vínculo entre ambas.

Judith vino un día diciendo que se tenía que aprender una «obra de poesía» para recitarla en clase, y Lucy le enseñó «La vaca»,[18] de Robert Louis Stevenson. Judith escogía los momentos más raros, y a menudo más inconvenientes, para ensayar y repetir el poema.

«La vaca», exclamaba, lanzándose a la cama de su tía a las siete de la mañana. «A la vaca cariñosa, toda blanca y colorada, yo la quiero con todas mis fuerzas...», recitaba, mientras se metía en la cama y se acurrucaba. El desparpajo de Judith, su despreocupación al meterse en la cama, la malicia infantil de recitarlo mal para molestar y despertar a su tía adormilada, siempre dispuesta a corregirla: todo aquello conseguía que Lucy se encariñara cada vez más con la niña.

«La vaca» había que recitarla a gritos, había que susurrarla, había que cantarla. Pero en una ocasión, cuando Judith saltó con el poema

en la comida, Geoffrey estalló:

—Por el amor de Dios, cierra la boca y no me obligues a escuchar esa maldita bobada otra vez.

Margaret se habría hundido, Stephen se habría guardado su resentimiento, pero Judith se limitó a lanzar una mirada conspiradora a su tía y en cuanto salieron de casa esa tarde, empezó a gritar «La vaca» a todo pulmón para compensar el hecho de habérselo tenido que guardar dentro durante tanto rato.

«Esa es la actitud», pensó Lucy, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Esa era la actitud para enfrentarse a Geoffrey, la única actitud que podía salvar a cualquiera de aquel hombre.

Salvo por Judith, la visita habría sido un fracaso. Lucy creía que no estaba haciendo nada por su hermana Charlotte quedándose allí. Charlotte estaba tan poco comunicativa como siempre. Parecía alternar entre un nerviosismo violentísimo y una extraña y lánguida apatía, apenas llamativa para alguien que no la hubiera conocido como era antaño.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntaba Lucy con preocupación.

—Normal —decía Charlotte evitando la conversación.

—¿Has ido a ver a un médico últimamente?

—No tenemos médico desde que el doctor Sands se comportó de una manera tan estúpida con la dolencia de corazón de Geoffrey. ¿Por qué debería ir a ver a un médico? No me pasa nada...

Al principio a Lucy se le permitió entrar en el salón matinal y tenía que estar allí con Geoffrey por las noches. Intentaba leer o hablar con Charlotte, pero era muy consciente de que su presencia allí no era bienvenida.

«Me da alergia», le escribió a William. «Para mí, es como los gatos para algunas personas, o el polen para alguien que sufre la fiebre del heno. Estoy segura de que Charlotte es también alérgica a él, aunque en un sentido diferente. Es una persona que, a mí, me irrita profundamente, pero creo que para mi hermana es letal».

Una noche en la que estaban todos sentados en el salón matinal delante de la chimenea, leyendo los periódicos del día —aunque como Geoffrey estaba de muy buen humor no dejaba leer tranquilamente a nadie—, sonó el teléfono.

—¡Dígame! ¡Dígame...! Sí, es aquí. Espere un momento —dijo, sujetando el auricular—. Lucy.

—¿Es para mí? —exclamó Lucy; abrió los ojos incrédula y se le quedó la garganta seca—. Algo le ha pasado a William. Debe de haber tenido un accidente. Algo tiene que haber ocurrido para que alguien llame a estas horas...

—Vamos, vamos... —dijo Geoffrey, poniéndole el teléfono en las manos.

—¿Sí? —contestó Lucy—. ¿Quién es?

—¿Quién es usted? —preguntó aquella voz.

—¿Cómo que quién soy yo? —repitió asombrada Lucy—. Soy Lucy Moore. Creí que quería hablar conmigo. ¿No es así?

—Creo que debe de ser otra de las bromas de Leigh —respondió la voz.

Lucy se dio la vuelta y vio a Geoffrey partiéndose de risa.

—Menudo idiota —dijo Lucy con vehemencia—. Lo siento. Adiós. —Y colgó.

—Dame... —rogó Geoffrey, un poco molesto—. Quería hablar con él...

—Pues llámalo —dijo Lucy cortante.

No podía perdonarle la angustia que sintió cuando escuchó una voz desconocida y se imaginó que iba a decirle que William se había matado con el coche.

Descontento con la acogida que había tenido su broma, quedó más que claro que Geoffrey había dado órdenes para que en adelante no se admitiera a Lucy en el salón matinal. Se encendió una chimenea en el salón de la planta de arriba y las hermanas tuvieron que quedarse allí. El salón estaba helado porque no se utilizaba por culpa de aquel tiempo tan ventoso, así que, para estar calientes, se sentaban cerca del fuego mirando a la nada salvo a la chimenea. Pero Lucy con frecuencia tenía la extraña sensación de que había algo en aquel salón que de alguna manera inquietaba a Charlotte, o que había algo que Charlotte quería hacer y que la presencia de Lucy se lo impedía. Era una sensación incómoda, una sensación desconcertante que Lucy no sabía explicar.

—No quiero molestarte: haz lo que tengas que hacer... —le decía a veces.

Pero Charlotte solo sonreía y decía que no tenía nada que hacer. Por todo ello, Lucy llegó a preguntarse si no era solo Geoffrey, sino también Charlotte, la que quería que se fuera.

De vez en cuando los chicos entraban en el salón, pero enseguida volvían a sus asuntos en el cuarto de los niños. En una ocasión, con la esperanza de que se quedaran, Lucy se puso en pie y dijo:

—¡Vamos a tocar el piano!

—¡Oh, no...! —gritó Charlotte aterrorizada—. Geoffrey está trabajando.

Nunca olvidaban que él estaba en casa, tras la puerta cerrada del salón matinal. Todo estaba organizado para que nada lo molestara. Toda la limpieza con la aspiradora se hacía antes de que empezara a trabajar por la mañana. Los niños siempre entraban en casa sin hacer ruido y subían y bajaban las escaleras con el mayor sigilo. En el vestíbulo, todo el mundo hablaba con susurros. Las cartas comerciales de Geoffrey, los informes o las llamadas de teléfono exigían el silencio que sería necesario para la composición de una obra maestra de música o de literatura, y es probable que nunca se consiguiera. Sin embargo, Lucy se dio cuenta de que, aunque Geoffrey insistía en que se guardara un silencio absoluto durante el día, por la tarde, cuando Margaret y Stephen estaban haciendo los deberes en su habitación, no podían tener la más mínima tranquilidad. Geoffrey llamaba a su hija mil veces y a cada momento desde abajo: «¡Margaret, Margaret!».

—Debe de ser muy difícil para ella hacer los deberes cuando no hacen más que llamarla así —comentó Lucy en el salón.

Charlotte sonrió.

—A Margaret no le importa. Odia los deberes.

—Pero no le irá bien en el colegio si no sigue el ritmo de sus compañeras.

—No le va bien... —dijo Charlotte.

—¡Qué lástima! ¿Qué va a hacer cuando deje el instituto?

—Va a ser la secretaria de Geoffrey.

—Ay, Dios... —exclamó Lucy, incapaz de ocultar su preocupación —. ¿Crees que esa es una buena idea?

Charlotte se encogió de hombros.

—Es lo que ha decidido Geoffrey.

—Creí que en los tiempos que corren los jóvenes decidían por sí mismos —dijo Lucy.

—¿Ah, sí? —preguntó Charlotte.

Aunque íntimamente sorprendida, porque era bastante improbable que la antigua Charlotte destruyera con dos simples y lacónicas palabras cualquier generalización, Lucy tuvo que admitir que su hermana tenía razón. La personalidad adulta, buena o mala, tenía el mismo poder de siempre sobre las mentes jóvenes y maleables que tenían a su merced durante la infancia. ¿Cómo podría ser de otro modo? Incluso en el minúsculo asunto de los deberes, la capacidad de perseverancia y de resistencia de Margaret estaba siendo socavada permanentemente. Era una casa moderna. Los padres eran jóvenes, prósperos, y al parecer los niños lo tenían todo —buenos colegios, amigos, juguetes, lujos de todo tipo—. Sin embargo, la influencia de Geoffrey, en opinión de Lucy, era tan desastrosa como lo fue la del padre de Samuel Butler, el señor Barret de Wimpole Street o cualquier otro padre de la antigua escuela.[19]

—¿No puedes hacer nada? —preguntó Lucy. Vio entonces de nuevo la peligrosa mirada que había aparecido en los ojos de Charlotte aquel día en que, mucho tiempo atrás, Vera le advirtió que no se casara con Geoffrey—. En fin —añadió—, solo pregunto si tú no tienes nada que decir en el futuro de Margaret. Eres su madre.

—Es lo que ambos quieren. Margaret desea con todas sus fuerzas ser la secretaria de Geoffrey.

—Porque él ha querido que sea así. Se puede hacer que los jóvenes quieran cualquier cosa.

—Ahora te estás contradiciendo —dijo Charlotte con una sonrisa —. Hace un momento dijiste que hoy en día los jóvenes decidían

por sí mismos.

Lucy se sonrojó un poco. Charlotte era muy rápida cuando se trataba de defender sus propias debilidades, o su indefensión, o su desesperación, muy rápida para encontrar objeciones y argucias con tal de no admitir cualquiera de esas flaquezas.

Sonó el gong que anunciaba que la mesa estaba puesta. Siempre que iban a llegar a algún punto conflictivo, cada vez que se acercaban al meollo de la cuestión, sonaba el gong, o Geoffrey la llamaba, o entraban los niños. Lucy suspiró. Pero cuando bajaban las escaleras, Charlotte cogió del brazo a su hermana para compensarla por haber desmontado su teoría, y lo apretó con cariño. Al parecer era imposible hablar abiertamente, pero gestos como aquel de vez en cuando les recordaban que eran hermanas y que se querían, y no importaba lo mucho que las circunstancias de sus vidas pudieran separarlas.

La última noche de la estancia de Lucy en casa de Charlotte, todos fueron al teatro. En principio, Lucy había pensado que podrían llevar a los niños, pero Geoffrey se negó a dejarlos ir. Había oído que la función era muy mala, dijo. Pero luego, llegado el momento, de repente anunció que había reservado asientos para todos la noche anterior a la partida de Lucy.[20]

—A modo de celebración —dijo, con maliciosa ambigüedad.

Tenían sitios en la primera fila de la galería, sobre la platea, lo cual ofreció a Geoffrey la oportunidad de dejar caer cerillas y bolitas de papel sobre las cabezas de las personas que había abajo. Lo hacía subrepticiamente, invitando a los niños a reírse. También se puso en pie varias veces sin que fuera necesario, para llamar la atención. Al final, en todo caso, se levantó el telón y él se calmó.

La potente luz del escenario iluminaba las caras de los Leigh y Lucy los observó. Eran la representación de una familia ideal, eso debían parecer, pensó Lucy. Los niños tan guapos, la niña mayor tan maravillosamente apegada a su padre, la madre tan encantadora, el padre tan alegre, tan empeñado en divertirse y divertir a su familia...

Al mirar a Charlotte, Lucy se puso triste. Había querido a Geoffrey con toda su alma. Demasiado. «Una nunca debería amar tanto, ni de esa manera», pensó Lucy. «Es un poco degradante. Una siempre debe conservar algo de sí misma». La supuesta temeridad o insensatez que se atribuía a una parte de la familia había adquirido, en el caso de Charlotte, la forma de un amor desmedido por Geoffrey. Debió de ser terrible amar tanto a un hombre como aquel, y ahora que ya no lo amaba seguía siendo terrible para ella. «No puede soportar haber dejado de amarlo, igual que no podría soportar amarlo», pensó Lucy. «Mi pobre niña».

Miró a Geoffrey. En ese momento se estaba mordiendo las uñas, una de sus manías. Tenía la mirada clavada en el escenario mientras se las mordía con ansiedad, una detrás de otra. De repente, dejó de morderse las uñas y miró a Margaret, ruborizada y feliz a su lado. Le pasó la mano por el pelo, apartándola del disfrute de la obra de teatro para recordarle que él estaba allí. Ella le sonrió y él le cogió una mano y la enlazó con su brazo.

«No los está destruyendo a propósito», pensó Lucy. «No tiene esa intención. Solo está siendo él mismo».

Stephen se apoyó en el brazo de la butaca de su madre, y con frecuencia la miraba para compartir los chistes de la obra con ella,

pero ella casi no los pillaba. No estaba atendiendo. Lucy podía verlo claramente.

Judith, con un vestido rosa pálido ribeteado en azul, estaba sentada en el borde de la butaca, al lado de su tía. El pelo rubio le colgaba hacia delante; sus ojos eran como estrellas. Se podía averiguar lo que estaba pasando en el escenario solo con mirar a Judith. Cuando el hada hacía una reverencia, Judith asentía con la cabeza. Cuando el gato maullaba, la cara de Judith adoptaba una expresión lastimera.

¿Qué sería de todos ellos?, pensó Lucy, con el corazón encogido de amor y ansiedad.

Al día siguiente, regresó a casa. Pasó la mitad del viaje echando de menos a Charlotte y a los niños, sobre todo a Judith. Era todo un lujo poder darle la espalda a Geoffrey, porque ellos no podían. Odiaba dejarlos con él, ¿pero qué otra cosa podía hacer? Ella no se podía quedar; ellos no se podían marchar.

Por desgracia, Lucy estaba empezando a aceptar el hecho de que no podía hacer casi nada por Charlotte. Entendió, mejor que nunca, que Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos. Y no era, como suele entenderse, que Dios solo quiere y puede ayudar a quienes se ayudan a sí mismos. Se podía decir lo mismo de la ayuda humana también. Charlotte no estaba dispuesta a que la ayudaran; se negaba a recibir ayuda. Su actitud desconcertaba y aterrorizaba a Lucy, que procuraba consolarse pensando que, al menos, estaba haciendo algo al decidir que haría todo lo posible por los niños. ¿Pero qué?

Ser tía no es una condición envidiable, pensó. Estás cerca, ves los errores que se cometen, las heridas que se infligen, pero no te

atreves a decir nada. Solo puedes hacer lo que los padres te permiten hacer, que es poquísimo. Por la noche, cuando los pensamientos alzan el vuelo y se inflaman, después de haberse desprendido del lastre diario, Lucy hizo planes para llevarse a Judith de allí, para adoptarla, trasplantarla a un suelo mejor, en el que pudiera crecer y ser feliz... pero el nuevo día le planteó las verdaderas limitaciones prácticas y comprendió que lo único que podría hacer sería pedirle permiso a Geoffrey para que Judith pasara las vacaciones de Semana Santa en Underwood, e incluso eso se le podría negar, porque Geoffrey siempre estaba cambiando de opinión.

Respecto a los otros dos, no había sido aceptada como lo fue con Judith. Margaret era exclusivamente la niña de papá. Sabía que a su tía no le caía bien su padre y no iba a gustarle nadie que no apreciara a su padre. Stephen era un chiquillo muy educado, pero no confiaba en nadie. Él y Judith eran tan buenos amigos como permitía la diferencia de edad, pero no confiaba en los adultos. Adoraba a su madre, pero su actitud hacia ella era extrañamente adulta, protectora más que cómplice.

En definitiva, las posibilidades que Lucy tenía de ayudar a Charlotte y a sus hijos eran limitadas. No parecía que fuera a poder hacer mucho más que estar cerca de ellos, protestando en privado y callando en público. Igual que lo que había pasado con sus hermanas. «Al parecer ese es mi sino en esta vida», pensó. «Qué triste».

La mayoría de la gente se burla de esta idea de ayudar. Incluso William pensaba que no debería meterse en las vidas ajenas. Ella misma se limitaba, por una aversión personal, a inmiscuirse en las

vidas de otros y el temor de que la consideraran una mojigata. La posibilidad de que se burlaran de ella diciendo que era como la tía Phoebe aún ejercía su influencia sobre Lucy.

Sus pensamientos se quedaron en los días anteriores, enredados en los problemas de la casa que acababa de dejar, pero entonces se dio cuenta de que estaba ya a medio camino de casa y esas ideas se disiparon y miraron hacia el futuro con placer y alivio: ¡Ya estaba llegando a casa! Sentada en su rincón del vagón, con un libro en las manos, parecía tranquila, pero en su interior estaba emocionada como una niña que vuelve a casa desde el internado. Sonreía ante la perspectiva de ver a William en la estación.

Allí estaba. En cuanto bajó del tren, vio su figura alta y esbelta que caminaba hacia ella en medio de la noche fría y ventosa.

—Oh, William... —dijo.

—¡Ah, por fin estás aquí! —exclamó su marido, lleno de alegría, y le dio un beso tan afectuoso que le torció el sombrero. Se lanzó a buscar su equipaje con la energía habitual.

—Coja usted eso, mozo. Yo me ocuparé de esto... —ordenó, y salió de la estación tan rápido que Lucy casi tuvo que correr para poder seguirlo.

Cora estaba en la parte de atrás del coche, aullando de amor y emoción. Zarandeó el desafortunado sombrero de Lucy cuando su dueña entró en el vehículo, con su zarpa dura y nerviosa.

—Sí, cariño, sí... ya lo sé... —dijo Lucy—. Estoy tan contenta como tú, pero deja que me siente y estate un poco tranquila.

Cuando Lucy y William se acomodaron en los asientos delanteros y el coche comenzó a moverse, Cora asomó la cabeza entre ellos, apoyando el hocico en el hombro de Lucy. Ya estaba tranquila y no

necesitaba que le prestaran más atención. Estaba tan contenta como ellos; la familia estaba completa otra vez.

—Bueno, ¿qué tal has estado? —preguntó Lucy.

—Oh, muy bien. Un poco solo.

—Bueno —continuó Lucy, halagada—. Me gusta que me eches de menos. ¿Qué tal Janet? ¿Te ha dado de comer adecuadamente?

—Sí. Quizás demasiados *blancmanges* de gelatina y crema, y excesivas pastas secas de galleta.

—¡Pasteles industriales! —exclamó Lucy—. Siempre me está diciendo que probemos esos pasteles industriales empaquetados de la tienda del pueblo, pero yo no quiero, así que ha aprovechado la oportunidad para hacerlo por su cuenta: pobre maridito mío. ¿Qué tal las gallinas?

—Han cumplido con su tarea en la medida que se lo ha permitido el frío. Daftie sigue poniendo huevos en la carbonera.

—Qué fastidio.

Daftie era la gallina preferida de Lucy. Torpe y lenta cuando era pollito, o eso era lo que William había dicho, Daftie había sido criada por la mano de Lucy y ahora era una gallina estupenda. Pero conservaba su personalidad y su idiosincrasia. No comía con las otras gallinas, sino que acudía a la cocina. No frecuentaba los ponederos públicos, sino que, cuando deseaba poner, se acercaba a hurtadillas al cuarto de calderas, donde unos leves aleteos revelaban el hecho de que estaba poniendo un huevo en la carbonera. Ponía el huevo en lo alto del montón de carbón y, delicadamente, con más aleteos, descendía. Pero Lucy no era tan habilidosa con los pies; cuando subía al montón de carbón para coger el huevo, el carbón se desparramaba y, cuando bajaba, arrastraba la mitad del montón con

ella. Y aunque ahora había dicho que era un «fastidio», ya estaba deseando ir a subir el montón de carbón y coger el huevo. Era parte de la tradición hogareña.

—Te compré el libro que querías: las *Cartas de Eloísa*,[21] ¿no? —dijo William.

—Ah, gracias —contestó Lucy emocionada. Un intenso sentimiento de satisfacción la invadió.

—La señora Buckle pasó por casa —le contó William, prosiguiendo con los breves detalles informativos que no significaban nada para nadie, salvo para los que vivían bajo el mismo techo.

—Ay, madre, ¿Julia está en cama otra vez?

El pueblo no había acogido muy bien a los Moore al principio, cuando fueron a vivir a Underwood. Primero pensaron que Lucy era un poquito rara, que caminaba sola demasiado por el parque y, aún más raro, que recogía palos. «No sé yo para qué los querrá», había dicho la señora Lupton en la tienda, con aire suspicaz. «Parece que les va bastante bien». Luego en el pueblo se pensó que Lucy debía ser un poco tacaña, pero como el tiempo lo desmintió, acabaron llegando a la conclusión de que recoger leña no era más que una manía inofensiva suya. Ahora toleraban aquella costumbre; la dejaban. Respecto a William, el hecho de que criara abejas y supiera mucho de apicultura abrió la puerta a todos los apicultores del lugar. Nada une tanto como las abejas.

Poco a poco el pueblo había ido cogiendo la costumbre de ir a pedir ayuda a Lucy. Y la señora Buckle había ido a su casa por eso. Años atrás, la chismosa oficial del pueblo, la señora Mills, había provocado una disputa entre Julia Buckle y su joven novio. Él se fue

a Canadá y, al parecer, se casó allí. Dio la impresión de que Julia se lo tomaba con bastante calma, pero un día se metió en la cama y se negó a levantarse. Nadie podía conseguir que se levantara. El señor párroco fracasó en el intento, el médico fracasó, su madre viuda fracasó, y los amigos y vecinos fracasaron también. Julia permaneció en cama hasta que, una tarde de verano, el pueblo se vio conmocionado por la imagen de Julia tejiendo a la puerta de su casita campestre. La señora Moore lo había conseguido, y se corrió la voz; la convenció de que saliera de la cama y se pusiera a tejer. También le pagaban por lo que tejía y la señora Moore le pidió a todo el mundo en el pueblo que mantuvieran ocupada a Julia. En términos generales, Julia permanecía levantada la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando, cuando los encargos flojeaban, volvía a la cama otra vez. Los amigos de Lucy casi habían llegado a cierta saturación en lo referente a artículos de punto y ya costaba encontrar algo que Julia pudiera tejer. Pero tenía que encontrar algo, se dijo, lo que fuera, cuando al pasar por su casa con el coche vio la luz de la vela de Julia parpadeando bajo el techo de paja y se imaginó a la muchacha allí tendida, apática, de cara a la pared.

El coche giró entonces para entrar en la carretera secundaria y la escena que quedó enmarcada en el parabrisas mezclaba la elegancia de un grabado pintoresco en madera con el sentimentalismo de una postal anticuada de Navidad. La torre de la iglesia se levantaba oscura y cuadrada, los árboles escuálidos alargaban atrevidos su ramas contra el cielo estrellado, las verjas del parque se erguían como centinelas solitarios, pero la casita de los Moore, su hogar, descansaba baja y cómodamente en la tierra, con unas luces brillando tras las celosías de las ventanas conforme a la vieja

tradición. Lucy salió del coche y el aire del campo le pareció maravilloso después de haber estado en la ciudad y en el tren. El reloj de la torre de la iglesia dio las ocho y el sonido fue como el aire, el cielo y los árboles: limpio y claro. Estaba feliz de volver a casa, a la sencillez y la belleza, y a las cosas que no cambian, sobre todo después de haber asistido a los nervios y la inestabilidad de la casa de Queen's Walk. Solo deseaba —lo pensó con un suspiro— poder traerse a Judith con ella.

La puerta de casa se abrió de repente y la cálida luz del vestíbulo iluminó la rotunda figura de Janet.

—Me pareció oír el coche. Permítame que me ocupe de estas cosas, ahora entre y arrímese a la chimenea. Debe de estar muerta de hambre —dijo enfurruñada.

Era estupendo estar en casa.

Nevó un poco durante la noche. Y a la tarde siguiente, cuando Lucy llevó a Cora a dar un paseo por el parque solitario, se topó, en el bosquecillo, con un arbusto pequeño de bayas blanquecinas que acogía un nido diminuto, reseco y abandonado, del año anterior. Cuando Lucy miró dentro, descubrió que no albergaba un huevo, sino unos copos de nieve. Aquel epítome absoluto del invierno le gustó tanto que echó de menos de nuevo a Judith. Era el tipo de cosas que se le deberían enseñar a un niño. Tenía que conseguir traerse a Judith, se dijo.

En Semana Santa lo consiguió. Fue a recogerla y tía y sobrina viajaron a Underwood con gran emoción e incredulidad por haberlo conseguido. Judith estaba emocionada ante la posibilidad de ver los brotes de los sauces y las inflorescencias de los setos, y de recoger las primeras prímulas. En verano volvió y corrió por los campos con

sus vestidos de seda natural moteados de rosa o azul. En los bosques jugaban al escondite, pero Judith era la única que se escondía. Dio instrucciones claras a Lucy sobre las reglas del juego. «Cuando me encuentres, tienes que decir: "Jamás pensé que estarías aquí". Y cuando me busques tienes que ir diciendo: "¿Dónde estará? ¿Dónde podrá estar?"». Un año, por Navidad, cuando volvió a Underwood, tuvo sarampión. Cuando tenía fiebre y Lucy le leía, con voz ronca le suplicaba: «Lee más rápido, más rápido. Lee rápido». Así que Lucy avanzaba por los cuentos de Andersen a toda velocidad mientras la niña febril en cama seguía las palabras y las imágenes, evitando las molestias de la enfermedad con gran determinación.

Y así fue como Judith ocupó un lugar en la casa, y sus tíos y la casa misma se acomodaron también a ella.

Al ir a buscar a Judith y al volver a llevarla a su casa, Lucy se dijo que así podría estar en contacto con Charlotte. Pero eso no fue precisamente así. Una no podía estar en contacto con Charlotte más de lo que se puede estar en contacto con una anémona marina sin que se cierre por completo. Vera escribió dando el visto bueno a las frecuentes visitas de Lucy a Denborough. Por su parte, nunca cumplió su plan de ir por allí de vez en cuando. Nunca encontró la ocasión; siempre tenía muchísimas cosas que hacer. Como Charlotte, sin dar ninguna explicación, había renunciado por completo a visitar a sus hermanas, y Vera siempre estaba demasiado ocupada para salir de viaje, Lucy acabó pensando que, si no fuera por ella, nunca se verían. En cualquier caso, aunque no la invitaran, ella siguió visitándolas, a las dos.

CAPÍTULO SIETE

I

A los niños de los Leigh nunca se les había permitido tener animales. Su padre nunca les había dejado tener ni gatos, ni conejos, ni cobayas ni hámsteres. La única mascota que habían tenido en su vida había sido una oruga lanuda que, aunque resultó divertida al principio (la tenían en una caja de cerillas con hojas de capuchina), poco a poco se volvió completamente insensible y se hizo un capullo. Podían prescindir —y de hecho habían prescindido — de gatos, conejos, cobayas y ratones, pero nunca podrían ser felices sin un perro, de eso estaban seguros. Nunca habían dejado de pedirlo y habían envidiado con desesperación a las personas que tenían uno. Su entretenimiento favorito, cuando se sentaban en la alfombra delante de la chimenea de la habitación de los niños en invierno, o cuando salían a pasear en verano, era hablar del tipo de perro que tendrían, si pudieran tener uno, qué nombre le pondrían, quién lo sacaría y cómo se organizarían los turnos. En su cajón, Stephen tenía una lista de nombres de perro que había confeccionado por su cuenta y que había ido ampliando con el tiempo.

Lucy se quedó atónita cuando Judith, a la que le habían dado seis peniques para gastar en Woolworth's,[22] compró un collar de perro,

un collar verde de perro con una medalla colgada para grabar el nombre.

—Pero... cariño, no tenéis perro —dijo Lucy entre risas.

Judith miró el collar e inclinó la cabeza con tristeza.

—Ya lo sé —contestó.

Lucy se arrepintió de haberse reído. Era evidente que el anhelo de un perro era muy profundo.

En muy raras ocasiones, como mucho dos o tres veces al año, cuando su padre parecía que estaba de muy buen humor, los chicos se aventuraban a plantear de nuevo su ansiada esperanza. Margaret era, como siempre, la encargada de hacerlo. Ella era la que siempre tenía que pedirlo todo.

Un día en el que, sorprendentemente, todo había ido bien, Stephen dijo de repente:

—Vamos a arriesgarnos. Pregúntale, Margaret.

Aterrorizados y con la boca seca, se miraron los unos a los otros: sus corazones latían desbocados ante la renovada esperanza y la emoción.

—Ay, no me atrevo —dijo Margaret, tragando saliva y palideciendo.

—Vamos, inténtalo —continuó Stephen, apremiando a su hermana con vehemencia.

—Oh, Margaret, hazlo, ¡hazlo! ¡Piénsalo! Podría decir que sí. Podría decir que sí... —exclamó Judith, saltando y brincando.

—Calla, Ju. Estate quieta —replicó Stephen—. Vas a arruinar el plan. Vamos, Margaret...

—Oh, si me atreviera...

—Por supuesto que puedes hacerlo —la animó Stephen—. Vamos. Podría decir que sí y entonces ya nunca tendrías que volver a preguntárselo.

Margaret, en silencio, tensa, salió hasta lo alto de la escalera y se quedó allí quieta, escuchando. Tal vez su padre estaba canturreando o silbando abajo. El ambiente aún era favorable. Puede que aquel fuera el momento adecuado... Lanzando una última y desesperada mirada a sus hermanos y tragando saliva, nerviosa, bajó las escaleras.

—Maldita sea tu alma, condenada pedigüeña pertinaz —gritó Geoffrey y su buen humor se volatilizó—. ¿Es que eres incapaz de entender el significado de la palabra «no»? De una vez por todas: ¡no! ¿Lo oyes? NO. Por eso habéis estado haciéndome la pelota todo el día, ¿no?

—Oh, papá, no es eso... —dijo Margaret, con enorme pesar. No podía soportar que su padre pensara que fingía quererlo para conseguir algo de él.

—Bah, pues claro que sí. Ahora, vete. No quiero volver a verte en todo el día.

Era típico de él, como de todos los tiranos domésticos o de cualquier tipo: obligaba a la gente a avergonzarse y luego los despreciaba por avergonzarse.

Margaret volvió despacio con sus hermanos. No tuvo necesidad de contarles lo que había ocurrido. Habían oído los gritos de su padre y eso era suficiente. Ninguno dijo nada. Procuraron evitar que se cruzaran sus miradas y volvieron al cuarto de los niños. Pero durante un buen rato ninguno encontró nada que hacer. Todo había vuelto a perder su interés.

Durante años prosiguió este juego de pedir y rechazar. Entonces, un viernes de primavera por la tarde, cuando Margaret y Stephen estaban terminando sus deberes para el fin de semana y Judith estaba dibujando en el suelo del cuarto, oyeron que su padre entraba en casa y, además, escucharon un sonido insólito. Los tres levantaron la cabeza, se miraron. Se quedaron boquiabiertos. Stephen palideció lentamente, y todos escucharon con atención. Los ruidos eran aullidos, aullidos nerviosos de un cachorro muy pequeño.

Las plumas se cayeron de los dedos de los dos que estaban en la mesa, y Judith se puso en pie. Corrieron hasta la escalera. Se asomaron y escucharon desde lo alto. Más aullidos. Se abrió la puerta del salón matinal y pudieron ver a sus padres mirando al suelo.

Liberados de pronto de la parálisis de la incredulidad, los chicos bajaron corriendo las escaleras.

—¡Papá! —chilló Margaret.

Con un gesto, Geoffrey los hizo retroceder. Allí, en la alfombra verde, había un cachorro barrigón de fox terrier, blanco con manchas marrones y negras.

—¿Es...? —Stephen se aferró al brazo de su padre y levantó la mirada con algo parecido a la angustia—. ¿Es... es nuestro?

No podía soportar mirar al perrito como si no lo fuera, como si fuera solo un perro que habían llevado a casa pero que se iban a volver a llevar. Sin embargo, su padre asintió y Stephen cayó de rodillas sobre el suelo, dando palmaditas en la alfombra.

—Perrito, perrito... —decía con la voz rota.

El cachorro respondió con entusiasmo. Se lanzó arrebatado a las manos de Stephen, a sus rodillas, mordiéndolo todo con sus diminutos dientes afiladísimos, y ladrando como un loco. No se dejó atrapar, se escurrió como una anguila, se alejó corriendo, miró a Stephen de reojo, y volvió de nuevo saltando y ladrando.

—Oh, papá, déjame darte un beso... —le pidió Margaret—. Eres muy bueno.

—Déjame darte un beso a mí también —dijo Judith con fervor.

Judith en muy raras ocasiones le daba un beso a su padre, salvo para darle las buenas noches, pero había que darle las gracias a quien les había regalado el tan deseado perro: había que recompensarlo, así que fue tras su padre hasta el guardarropa dispuesta a darle el beso cuando terminara de quitarse el abrigo. Cuando por fin se inclinó y recibió el agradecimiento, la niña se apresuró a volver con sus hermanos.

Para disgusto suyo, un importante cliente le había regalado a Geoffrey un cachorro esa tarde. «¿Por qué demonios este tipo habrá querido endilgarme un perro», se preguntó. Tenía intención de librarse de él enseguida o regalarlo, pero en el coche le había sobrevenido uno de sus repentinos cambios de opinión y de humor. El cachorro era una cosita divertida y graciosa. Se quedó muy quieto en el asiento delantero, junto a Geoffrey, con el hocico entre las patas. Cada vez que Geoffrey bajaba la mirada y lo observaba, el perrillo levantaba la vista sin mover el hocico, enseñando el blanco de los ojos. Si pretendía que Geoffrey se quedara con él, no podría haber tenido un comportamiento más acertado. Así que lo llevó a casa y ahora estaba contento con el efecto que el regalo había tenido en los niños. Sintió todo el placer de los caprichosos que disfrutan

tanto con el placer de dar como con el placer de negar. Se encaminó al salón matinal y se estiró en su sillón, observando de lejos a los niños y al cachorro jugando en el suelo.

—¡Eh! —exclamó al cabo de unos instantes—. ¿Dónde están mis zapatillas?

Margaret se puso en pie de inmediato.

—Oh, sí, papá... —dijo, corriendo a buscarlas y volviendo con las babuchas rojas de cuero marroquí.

Margaret se arrodilló en el suelo y le desató los cordones de los zapatos a su padre.

Stephen se levantó del suelo también y fue a sentarse junto a su padre. Le perdonó todo a su padre: ahora quería a su padre de todo corazón. El padre se había ganado al hijo para siempre, en el caso de que quisiera conservarlo. Stephen, cándido y feliz, sonrió a su padre. Su gesto resultaba tan encantador que incluso Geoffrey lo percibió y le sorprendió. Pensaba que su hijo era, en términos generales, un crío idiota, siempre colgado de las faldas de su madre.

Charlotte estaba frente a la chimenea, mirándolo todo; pero su reacción a semejante escena no fue lo que habría sido en otro momento. Antaño se habría mostrado tan feliz como los niños, y no porque los críos hubieran conseguido lo que querían, sino porque Geoffrey se hubiera mostrado por una vez generoso y amable. Solía alegrarse muchísimo cuando pensaba en él como un hombre generoso y amable, y cada vez que pensaba eso de él sus esperanzas renacían e imaginaba que siempre seguiría siendo ambas cosas. Pero ya no. Ocurriría algo, antes de que pasara mucho tiempo, lo sabía, y lo que había hecho ese día quedaría destruido para siempre. Los niños no serían felices durante mucho tiempo. Allí estaba

Stephen, perdonando a Geoffrey, agradeciéndole el regalo, queriéndolo como ella solía quererlo... bueno, pensó Charlotte, tendría que olvidarse de todo ese cariño bastante pronto. Geoffrey se encargaría de que lo hiciera.

Y como todos estaban absortos y entusiasmados con el perrito, y no la echarían de menos, pensó que podía subir un rato al salón del piso de arriba. Así que, sonriendo, dijo en un tono alegre y jovial:

—Sí, desde luego es un cachorro encantador y papá ha sido muy bueno al regalároslo.

Pasó por encima de los brazos y las piernas de los niños que seguían jugando en el suelo con el perrito y subió las escaleras.

—¿Qué nombre le podemos poner, papá? —preguntó Stephen.

Quería llamar al cachorro con un nombre que le gustara a su padre, porque quería compartir el perrito con su padre.

—Oh, no lo sé, amiguito... —dijo Geoffrey—. ¿Tú qué piensas?

—Ha llegado a casa un viernes —sugirió Margaret, levantando la mirada, porque estaba en el suelo—. ¿Por qué no lo llamamos Viernes?

—Como Viernes, el hombre de Robinson Crusoe —añadió Judith exultante de alegría, acariciando el suave pelaje del cachorro cuando se estaba quieto.

—Oh —exclamó Stephen con un repentino entusiasmo—. Lo tengo. ¿Y si lo llamamos Crusoe? Ya sabéis, por el perro Crusoe...[23]

—¡Oh, sí, sí...! —gritaron a coro las chicas mostrando su acuerdo incondicional—. ¡Crusoe, Crusoe!

—¿Te gusta ese nombre, papá? —preguntó Stephen.

—Sí, servirá ese, como cualquier otro —dijo Geoffrey—. Y ahora, fuera. Todos, vamos. Llevadlo a vuestro cuarto.

—Oooh, sí —Stephen cogió al cachorro, que le cabía perfectamente en una mano, sentado sobre sus cuartos traseros, con las patas delanteras colgando tranquilamente, y con las orejas tiesas y los ojos brillantes, observando su nuevo mundo con confianza.

—¿Podemos encargarnos de todo lo que necesita, papá? Me refiero a lo de la comida y la cama de dormir y todo eso... —preguntó Stephen.

—Sí, sí —dijo Geoffrey, haciéndoles un gesto para que se fueran —. Haced lo que queráis. Es vuestro.

Todos salieron corriendo de la sala.

—¡Eh, Margaret! —exclamó Geoffrey—. Tráeme el brandy, cielo —le pidió cuando la niña volvió a aparecer por allí—, y ven y cuéntame qué has estado haciendo todo el día.

Tuvo que pasar un buen rato hasta que pudo huir y reunirse con sus hermanos, que se apresuraban a conseguir todo lo necesario para el cachorro, primero una cosa y luego otra: un pocillo para el agua, un plato y un poco de sopa, una manta, una cama... Crusoe corría detrás de ellos y a cada momento alguno tenía que quitarle algo de los dientes. Jamás habían sido tan felices en su vida, y aunque nunca habían pensado en un perro como aquel cuando hablaban del tipo de perro que tendrían si pudieran tener uno, eso era porque, según Stephen, nunca se hubieran imaginado un perro tan perfecto como Crusoe. Las chicas mostraron su acuerdo con vehemencia. Los tres se mondaban de risa cuando Crusoe gruñía: su gruñido era un susto en miniatura. Lo adoraban: «¡Mira, míralo!», se decían unos a otros, «¡Míralo ahora!».

Judith siempre había sido muy consciente de ser la más pequeña, la menos experimentada, pero gracias a Crusoe, de forma

misteriosa, se puso a la altura de los otros dos. En el cariño a Crusoe, estaban a la par, y Judith recibió su parte correspondiente y eso la hizo extraordinariamente feliz cuando Stephen dijo:

—Sabes que tendrás que sacarlo por las tardes, Ju. Llegas a casa antes que nosotros.

—Oh, Stephen —exclamó, solemne ante esa muestra de confianza—. ¿De verdad? Tendré mucho mucho mucho cuidado con él.

—Le haré un arnés —dijo Stephen con superioridad—. Ya sabes cómo son esas cosas...

Tenían mil planes. Reformularon sus vidas: era un ser al que amar, al que proteger, con el que divertirse y a quien contarle cosas. Ya no importaba que las cosas fueran mal en casa o que algo no saliera bien: siempre podían contar con Crusoe. Crusoe fue una liberación para los jóvenes de la familia Leigh.

Judith le escribió una carta a su tía Lucy. Iba encabezada por un dibujo de lo que parecía un diapasón coronado por un cuenco de pudin y un rodillo con cuatro patas al lado, pero en realidad era —o eso supuso Lucy— una representación de Judith llevando a Crusoe de paseo.

> Crusoe se comío la zapatila de papá. Pensemos que papá se efadaría pero Cruso hizo una votlereta por la espalda cuado papá vino a casa y fue divertido que papá se reía así que vamos a conprar zapatilas nuevas por su comlpeaños.

Geoffrey estuvo riéndose con el cachorro durante bastante tiempo, pero luego empezó a reírse cada vez menos. Los niños no dejaban de insistir en lo gracioso que era Crusoe, pero a su padre poco a poco dejó de divertirle, y al invierno siguiente, Stephen, que había encontrado una aliada inesperada en la cocinera, le

encomendó que mantuviera a Crusoe fuera de la vista de su padre por las mañanas. Por supuesto, se podía confiar en que Judith se mantuviera a sí misma y a Crusoe lejos de su padre por las tardes.

Solo hizo falta un par de patadas para que Crusoe aprendiera a apartarse del camino de Geoffrey. Ver que Crusoe se apartaba enseguida de los pies de Geoffrey lo habría delatado ante cualquier observador avispado. Sabía muy bien cuándo no lo querían, pensaba Stephen con orgullo. Su comportamiento demostraba su extrema inteligencia. Aunque una vez cometió un error, cuando en cierta ocasión Geoffrey estalló en ira de repente y sin ningún motivo. Se enfureció y empezó a gritar como un loco, y Crusoe, pensando que sus adorados niños iban a resultar heridos, no solo ladró desesperado, sino que se lanzó a morder los pantalones de Geoffrey. Geoffrey tuvo que dejar de insultar y blasfemar contra su familia para blasfemar e insultar al perro. Le lanzó una patada, pero falló, lo cual lo enrabietó mucho más. Stephen cogió enseguida a Crusoe y lo sacó corriendo del salón.

—Ahí estuviste muy bien, amigo —le dijo en la habitación de los niños—. Pero no debes volver a hacerlo. Nunca. ¿Entiendes? O te meterás, y nos meterás a nosotros, en un tremendo problema.

Crusoe nunca volvió a hacerlo. Cuando Geoffrey empezaba a montar un escándalo, Crusoe se acercaba a la puerta y empezaba a gemir para que lo dejaran salir, por si cedía a la tentación de morder al dueño de la casa.

Geoffrey también estaba molesto por la inalterable desconfianza que Crusoe demostraba hacia él. No importaba que Geoffrey fuera a veces amable y cariñoso: Crusoe no confiaba en él. El comportamiento de Crusoe era un buen indicio del carácter de

Geoffrey. Poco importaba que las personas que rodeaban a Geoffrey lo halagaran: el perro siempre le decía la verdad; y por eso no le gustaba. Al cabo de un año y medio, Crusoe se había convertido en «ese maldito perro vuestro».

—Será mejor que lo quites de mi vista —los amenazaba—. O será peor para él.

A Crusoe le gustaba todo el mundo menos Geoffrey, pero la verdad es que era el perro de Stephen. Desde el principio, el animal había reconocido a Stephen como su dueño natural, y las chicas lo querían tanto que permitieron que conservara esa preferencia y no se mostraron celosas.

Oficialmente, Crusoe dormía en el cuarto de los niños, pero en realidad dormía en la cama de Stephen. A Stephen le hacía muchísima gracia que Crusoe no fuera a su habitación hasta que su padre no hubiera subido las escaleras y hubiera cerrado la puerta de su dormitorio. Alrededor de diez minutos después, casi con precisión de segundos, Crusoe se dirigía a la habitación de Stephen como de puntillas, haciendo el mínimo ruido con las zarpas en la madera, luego saltaba a la cama del chico con un suspiro, daba dos vueltas y se tumbaba. A veces Stephen tenía que meterse la sábana en la boca para ahogar la risa y Crusoe golpeaba el edredón con el rabo como si quisiera compartir la alegría. «¡Imagínate...! ¡Sabe al minuto cuándo tiene que venir!», pensaba Stephen, enamorado de su perro. «Lo sabe todo. No se le escapa nada». Luego sacaba una mano, le daba unas palmaditas a Crusoe y el perro le lamía la mano, y ambos caían dormidos en perfecta compañía.

II

Las vacaciones de los Leigh dependían del capricho de Geoffrey. Algunos veranos no tenían vacaciones; otros pasaban un mes en un hotel muy caro. Ese año, dado que julio y agosto habían quedado atrás, ya no contaban con tener vacaciones. Entonces, su padre anunció que iban a ir a la posada de Merthwaite en la segunda quincena de septiembre, antes de que los chicos volvieran al colegio. Dijo que él solo iría los fines de semana.

Ante esa noticia, las miradas de los niños brillaron con secreta alegría. Estar lejos de su padre, tener unas vacaciones para ellos solos, ir a Merthwaite, donde siempre habían querido ir, ¡y sobre todo llevarse a Crusoe al río! Incluso Margaret se alegraba de ir sin su padre, porque Crusoe se lo pasaría mucho mejor y ellos serían más libres para disfrutar con él. Pero mantuvieron esa alegría en secreto, tanto como pudieron. Siempre pensaron que si exteriorizaban sus esperanzas, algo ocurriría y se arruinarían.

Vivir con Geoffrey era, desde luego, un asunto complicado. Si los niños no hubieran mostrado ninguna alegría por las vacaciones que él les había organizado, los habría reprendido por su ingratitud, pero como dejaron entrever que se alegraban (aunque hubieran preferido no hacerlo), le molestó que se alegraran de irse de vacaciones sin él, sobre todo por Margaret. Casi inconscientemente, buscaba maneras de arruinar la alegría de su familia.

Todo estaba organizado. Stephen y Margaret iban a recorrer unos treinta kilómetros en bicicleta hasta Merthwaite. Judith, que solo

utilizaba la bicicleta de su hermana de vez en cuando y que, de todos modos, ni siquiera llegaba al sillín, iría en el coche con su madre y el equipaje. Su padre las llevaría hasta el pueblo y regresaría enseguida a la ciudad.

El ansiado día de la partida fue acercándose lentamente; era un martes. El lunes, a la hora de comer, como le encantaba decir lo que había y lo que no había que hacer, Geoffrey reiteró que a las dos y media en punto del día siguiente Charlotte, Judith y el equipaje deberían estar en el coche.

Judith, con una sonrisa de puro placer, no pudo evitar añadir:

—Y Crusoe también.

—Ah, Crusoe... —dijo Geoffrey, y se detuvo en su alambicada manera de trinchar la carne—. Crusoe no va. Se queda en casa, con la cocinera y conmigo.

Acababa de pensarlo. Realmente no lo dijo en serio. Era casi una de sus bromas pesadas, pero por desgracia los niños se lo tomaron en serio. Fue la reacción de Stephen la que estuvo a punto de causar un desastre. Stephen se puso rojo de ira y exclamó:

—Por supuesto que Crusoe va.

Geoffrey entornó los ojos y miró a su hijo. Hizo una larga pausa.

—Crusoe no va —dijo.

La comida se quedó sin masticar en sus bocas, los tenedores se quedaron en el aire, los niños miraron atónitos a su padre.

—¿Por qué? —estalló Stephen, casi atragantándose—. ¿Por qué no puede ir?

Geoffrey levantó las cejas.

—No me preguntes por qué —dijo—. A ti te basta con que yo diga que Crusoe no va.

—No, no me basta. ¿Por qué no puede ir? ¿Por qué no?

—Vete de la mesa —ordenó su padre—. No te atrevas a gritarme.

Stephen se apartó de la mesa, pero se quedó de pie en medio del comedor y no dejó de gritar.

—¿Por qué la pagas con Crusoe? ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? No va a soportar estar aquí sin nosotros, va a ser infeliz todos los días, va a estar llorando todo el tiempo y no va a entender por qué lo hemos abandonado aquí... Si él no va, yo tampoco. No voy.

Geoffrey se giró rápidamente y cogió un libro que había en una mesa. Apretó los dientes y se lo lanzó al muchacho furioso, pero Stephen lo esquivó. Geoffrey cogió otro y lo sujetó en el aire.

—¡Fuera! —gritó furioso—. O te tiraré este y esta vez no voy a fallar. ¡Fuera! —Se levantó y amenazó a Stephen para que abandonara el comedor.

—Oh, Geoffrey —dijo Charlotte, con voz cansada.

—Tú no empieces —le advirtió, volviéndose a sentar y respirando con dificultad—. Maldito monicaco —farfulló, cortando su filete—. Desafiarme. Lo que ese crío necesita es una buena paliza, y por Dios que la va a tener. Y esto es todo culpa tuya —acusó furioso a Charlotte—. Lo animas. Lo incitas a que haga eso. Nunca sacaré nada de provecho de ese chico estando tú cerca. Judith, no empieces a lloriquear aquí. Dios, me ponéis enfermo, todos. ¡Todos! Cómo me arrepiento de haberos traído el perro. Todo este alboroto de sensiblerías. El perro no os ha venido bien. Os ha convertido en unos niñatos malcriados. Bueno, está decidido: mañana os vais a Merthwaite y el perro se queda aquí. Y ya está. —Y dio una palmada en la mesa de modo que los vasos y las copas tintinearon.

A Judith se le escapó un sollozo.

—¿Tú también? —exclamó Geoffrey, volviéndose hacia ella—. ¿Tú también? Vete del comedor.

Judith se fue corriendo, con la cara desencajada.

—¿Puedo irme yo también? —preguntó Margaret.

Su padre la miró.

—He terminado —dijo la muchacha.

—Puedes quedarte donde estás —le ordenó Geoffrey—. No voy a dejar que te unas a tu madre y los otros. Quédate donde estás y ponme otro whisky con soda. No quiero tener estas discusiones en las comidas. Me alteran la digestión. Cuando un hombre trabaja como trabajo yo, debería poder tener las comidas en paz, pero, maldita sea, no hay manera de que uno pueda tener un poco de tranquilidad. Soy el único que hace algo de provecho en esta casa y no me dejáis tener ni un poco de tranquilidad...

Y siguió con su perorata. Charlotte se quedó sentada donde estaba, temerosa de provocar otro arrebato aún peor si se movía, pero sus nervios vibraban y chirriaban de un modo insoportable, y todo su ser solo deseaba ver el momento en el que pudiera irse de allí y estar sola, y tomar su nuevo medicamento, que tenía un efecto mucho más rápido que el anterior. Tres de aquellas pastillas y no tardaría en estar bien, y que Geoffrey se enfadara todo lo que quisiera. Aguantó allí, esperando el momento de huir.

La tensión persistió durante el resto del día. Su padre había cambiado tantas veces de opinión que tal vez cambiara también ahora, se decían los niños unos a otros. Puede que al final no quisiera tener a Crusoe rondando por la casa, decían, sentándose en el suelo para rascar la cabeza de Crusoe o cogiéndolo para

restregarlo contra sus caras: era un perrito tan limpio y tan suave que les encantaba hacer eso. Pero llegó el martes y Geoffrey no había cambiado ni de opinión ni de humor, y aunque Charlotte intentó convencerlo, y aunque Stephen —tragándose su orgullo— le pidió disculpas, y aunque lo abrazó por el cuello y Judith volvió a llorar, no se inmutó. Crusoe se quedaría en casa y así aprenderían una lección, les dijo. Y a las dos y media cogió el coche y partió; les ordenó a Margaret y a Stephen que lo siguieran con las bicis inmediatamente.

En la carretera, Margaret esperó con el pie en el pedal.

—Tenemos que ir —dijo, sintiéndose muy desgraciada.

Stephen se dobló sobre la cancela, intentando explicarle la situación a Crusoe, que estaba al otro lado. Crusoe intentó entenderlo, pero no pudo. Allí sentado, era un perro desamparado, con el hocico hacia delante, mirando al suelo o implorando a su amo. Lloraba muy bajito, sin parar.

—Stephen, vamos —apremió Margaret.

Entonces, de repente, Stephen abrió la cancela, cogió al perro y volvió a entrar en la casa. Margaret, con una expresión nerviosa y triste, esperó. Pensó que su hermano habría ido a atar a Crusoe arriba, pero unos instantes después reapareció Stephen con la cocinera detrás, en los peldaños de la entrada a la casa. Llevaba un cesto de paja trenzada, un cesto de pesca, y dentro iba Crusoe, mirando fuera con impaciencia.

—Stephen... ¿no te lo irás a llevar...?

—Sí —respondió Stephen, colgando la cesta en el manillar.

—Stephen, no puedes. De verdad, no puedes. Papá se va a enfadar muchísimo.

—Déjalo —contestó Stephen, apretando los labios. Se montó en la bici y empezó a pedalear, tambaleándose un poco.

—Oh, Stephen —dijo Margaret, pedaleando tras él—. Vamos a meternos en un lío espantoso.

Angustiada y preocupada, emprendió la marcha en bicicleta, con el pelo negro cayéndole sobre la cara. Tenía quince años, una edad en la que la vida de una ya es lo bastante difícil como para añadir otras complicaciones externas. Estaba preocupada por lo que pudiera ocurrir. Seguramente se organizaría otra trifulca terrible. Puede que tuvieran que volver todos a casa otra vez. No es que eso importara, pensó, con una abnegada renuncia a las vacaciones propia de un adulto, si al menos pudieran tener un poco de paz.

Dejaron atrás la ciudad y se adentraron en el campo. Las colinas se alzaban esplendorosas y apacibles en el diáfano sol de septiembre. Cuando llegaron al primer puente, un sencillo tramo de piedra sobre la corriente, Stephen desmontó y apoyó la bici contra el muro.

—Crusoe tiene que estirar las patas —dijo—. No es muy cómodo ir ahí, ¿no, amigo?

El niño y el perro se salieron del camino y entraron en un prado. Margaret se apoyó en el puente y estuvo viendo cómo corrían y se divertían juntos. Crusoe estaba loco de emoción, su miedo a quedarse solo había desaparecido. Regresaron poco a poco y Stephen también se apoyó en el pretil del puente: dejó que Crusoe se recuperara y dejara de jadear. Crusoe había endurecido a Stephen. Se había hecho fuerte para proteger a su perro. Ahora se atrevía a meterse en problemas. Aunque Margaret no sabía qué pensaba Stephen que podía hacer frente a su padre.

Stephen miró las colinas amarillentas, como si estuviera buscando una escapatoria más allá de aquellas lomas.

—Ojalá pudiera escaparme. Con Crusoe —se lamentó—. Ojalá fuera mayor. Ojalá tuviera un poco de dinero. Doce años es una edad tan insignificante. No se puede hacer nada con doce años. Nadie me daría trabajo.

—Tú no puedes hacer ningún trabajo —dijo Margaret—. Así que ¿de qué sirve hablar? Vamos. Sigamos con esto y acabemos cuanto antes.

Ahora ella pedaleaba delante y Stephen iba detrás. Cada vez estaba más y más asustado. Era absolutamente incapaz de imaginar qué haría su padre cuando lo viera y esa incertidumbre se sumaba a su terror. Pero siguió pedaleando y al final el pueblo de Merthwaite apareció en la lejanía. Enseguida vio que no había ningún coche delante de la posada. ¿Qué había ocurrido? Por un momento, descabellado, deseó que su padre hubiera tenido un accidente y no tuviera que volver a verlo. Entonces recordó que su madre y su hermana también habrían estado envueltas en el siniestro. Pedaleó tan rápido como pudo hasta la posada. Judith salió corriendo, con la cara surcada por los regueros de las muchas lágrimas que había derramado por el camino hasta Merthwaite.

—¡Oh...! —gritó, y su expresión cambió para convertirse en una alegría inconcebible—. Oh, Crusoe, cariño. Cariño. Déjame que te saque de ahí. Vamos, ven a beber un poco de agua del río. Oh, Stephen.

—¿Se ha ido papá? —preguntó Stephen, mirando a su alrededor como si no pudiera creer lo que veían sus ojos, como si el alivio fuera demasiado bueno para ser cierto.

—Sí, se fue enseguida. Oh, Stephen, ¿a qué es una suerte que no esté aquí? —jadeó Judith, con Crusoe en brazos.

—No, no es una suerte —dijo Margaret—. Solo se pospone el problema.

Llevó su bicicleta a la parte trasera de la posada.

—Mamá —exclamó Stephen, entrando en su salón—. He traído a Crusoe.

Charlotte se llevó una mano a la cabeza, de la que por fin empezaba a evaporarse aquella extraña sensación de entumecimiento ocasionada por la partida, las lágrimas de Judith y la conducción alocada de Geoffrey.

—Oh, Stephen... —dijo—. ¿Pero qué has hecho? Tu padre se acaba de ir, pero va a volver de inmediato... En cuanto descubra que te has traído a Crusoe, volverá.

Acababa de tomarse sus pastillas y la amable señora Purley acababa de dejar una bandeja con té y algo de comer junto a la ventana abierta. Charlotte esperaba recuperarse en la paz que se respiraba allí tras la partida de Geoffrey, pero ahora la tranquilidad volvía a resquebrajarse.

—Oh, Stephen... —volvió a lamentarse, cubriéndose la cara con las manos.

—Mamá... —dijo el chico—. No podía dejarlo allí. Lo intenté, pero no pude.

—Bueno, sal ahí fuera, querido. Ve y juega con tu perro mientras puedas. Me temo que papá no tardará en volver.

Pero no. No volvió. La tensión no se alivió. La señora Purley se preguntaba qué problema tenían sus huéspedes. Parecía que no estaban disfrutando. No hacían nada salvo deambular por allí. La

madre se sentaba junto a la ventana, los niños merodeaban por el puente, o se sentaban juntos en la hierba, como si no tuvieran vida dentro. Echarán de menos a su padre, pensó la señora Purley.

—No me extraña que no os guste estar de vacaciones sin él —les dijo a los chicos cuando entró con la cena—. Es un hombre tan vital, ¿verdad? Pero no importa. El sábado llega enseguida.

Cuando se fueron a acostar, se alegraron al pensar que, en cualquier caso, no volvería por la noche. Pero la aprensión volvió por la mañana. Al despertar con Crusoe en su cama, Stephen se preguntó qué era lo que le preocupaba... Entonces lo recordó: seguramente su padre se presentaría allí ese mismo día.

Pero no se presentó, y todos los días transcurrieron igual, desperdiciados entre la aprensión y la angustia. Siempre habían querido pasar unas vacaciones en Merthwaite, y ahora que estaban allí, durmiendo en las habitaciones encaladas de rosa, con las ventanas mirando a las colinas y el sonido del agua corriendo toda la noche, allí estaban, pasando las vacaciones que siempre habían deseado con el perro que siempre habían deseado, y no podían disfrutar ni de una cosa ni de la otra. Su padre tenía el poder de convertir sus sueños en pesadillas. El sábado, casi con alivio, Stephen encerró a Crusoe en su habitación y bajó a la calle; se sentó apoyado en la pared y aguardó la inevitable llegada de su padre.

Geoffrey llegó a mediodía. Apenas si lanzó una mirada a su hijo, que se dirigió despacio hacia él, con los ojos clavados en el rostro de su padre. Pero Geoffrey pasó junto a él dedicándole una simple mirada y entró en el bar. Durante el fin de semana, ignoró por completo a Stephen y ni siquiera mencionó al perro. El lunes por la mañana se fue.

Cuando el coche desapareció al doblar la curva de la carretera, Stephen dejó escapar un resoplido de alivio. Estaba radiante. ¡Si ser ignorado era todo...! Dios, eso no le importaba nada, se dijo. Le traía sin cuidado si su padre no volvía a dirigirle la palabra en lo que le quedara de vida. ¡Le importaba un bledo! Estaba eufórico. Llamó a Crusoe y a Judith y corrió hacia el río, y voló sobre los pontones del río con saltos alocados y desiguales. Judith llegó jadeando detrás de él.

—Ay, Stephen... ¿tú crees que todo irá bien? ¿Crees que papá no te castigará?

—Espero que me castigue privándome de su conversación —dijo Stephen, en un tono pedante—. ¡Dios, no tiene ni idea!

Charlotte no era tan optimista. Sabía que Geoffrey era puerilmente vengativo. Sabía, con la nueva lucidez que había conseguido, o quizás siempre lo había sabido sin admitirlo, que trataba a los niños no como niños, sino como iguales. Se esforzaba para vengarse de ellos como si fueran adultos, adversarios del mismo nivel. Pero, por supuesto, los niños no lo eran. No tenían ningún poder, pensaba Charlotte; los pobres niños no tenían ningún poder en absoluto. Ni siquiera tenían el poder que tenían otros niños para herir a sus padres, porque él no los quería... excepto a Margaret.

En todo caso, confiaba en que esta vez dejara a Stephen en paz. Si lo hacía, solo sería porque estuviera preocupado con otra cosa, como ciertamente lo estaba en esta ocasión. Los había enviado fuera de casa por sus propios intereses, pero Charlotte estaba demasiado cansada para intentar averiguar cuáles eran, demasiado cansada incluso para especular sobre ellos.

Aquella última semana, con los niños contentos, el tiempo perfecto, belleza a su alrededor y Geoffrey ausente, Charlotte se recuperó un poco. Intentó tomar menos pastillas, porque pensaba que le estaban haciendo daño al corazón. Su corazón se debatía y daba coletazos como un pez moribundo, se decía, apretándose el pecho con la mano cuando estaba sola. En casa, antes de viajar, se había estado tomando hasta diez pastillas diarias. Eran demasiadas, se decía a sí misma. Debía reducir la dosis.

La señora Purley contribuyó a la recuperación de Charlotte, o eso creía ella, al llevarle una copita de oporto en una bandeja de vez en cuando.

—Anímese un poco —le decía, entrando contenta como un cerdito feliz, enfundada en su bata floreada, con sus ojillos pícaros y alegres bajo un flequillo rizado, una nariz como un hocico, unos bracitos cortos y un cuerpo atocinado de una sola pieza de barbilla para abajo.

—O un vaso de jerez. Mi mejor añejo. Nada de esas cosas modernas y ligeras sin sustancia. Esto es lo que usted necesita —añadía, mirando a Charlotte mientras lo bebía, y lo veía con tanta satisfacción como si lo estuviera bebiendo ella misma.

Charlotte apuraba a sorbitos el oporto y el jerez, confiando en que la hicieran sentir mejor. En aquellos momentos su objetivo era conseguir que pasara el tiempo, ir sobreviviendo jornada tras jornada. Quizás algún día, en el futuro, podría conseguirlo sin necesidad de bebida y pastillas, pero aún no, se decía. Nadie debería esperar que lo hiciera. Y con «nadie» se refería a los restos de su antiguo yo y a Lucy. A pesar de sí misma, a veces se sentía impelida

a medirse de acuerdo con los criterios de Lucy. «Eso debe de ser porque ella me crio», pensaba.

La diferencia entre ellas, suponía, era que Lucy tenía una perspectiva a largo plazo y ella a corto plazo. Lucy decía, citando a no sé quién, que estábamos aquí para perfeccionar nuestras almas, pero Charlotte no pensaba así. Aunque antaño había sido entusiasta, curiosa e ingenua, Charlotte había asimilado la teoría de Geoffrey de que cuando uno se muere, se muere, y ahí se acababa todo. Así que lo mejor era pasar la vida como mejor se pudiera, se decía Charlotte a sí misma.

También estaba el tema de su deber para con los niños. Estaba de acuerdo, pensaba sentada a la ventana y mirando las apacibles colinas, en que efectivamente tenía un deber para con los niños. Cuando se recuperara, cuando estuviera mejor, tenía que plantarse con Geoffrey, por ellos. Pero de momento no estaba en condiciones para hacer eso. Con los nervios de punta, con las palpitaciones en el corazón, con la cabeza a punto de reventar y con el miedo a derrumbarse, no tenía ninguna posibilidad de salir adelante frente a él. Tenía que esperar a sentirse mejor.

Geoffrey volvió otra vez el sábado. El lunes todos iban a regresar a casa; el martes por la mañana los niños empezaban el colegio. A cada momento que pasaba, Stephen se sentía más seguro. Mantuvo a Crusoe fuera del alcance de su padre y el fin de semana transcurrió sin incidentes.

El lunes por la mañana se hicieron las maletas, las bicis se colocaron junto a la pared y el coche se aparcó en la puerta con el motor encendido. La señora Purley estaba en la entrada para despedirlos. Stephen, con una media sonrisa educada y precavida,

esperó con aparente indiferencia a ver cómo se iba su padre con el coche. Crusoe y la cesta estaban en su dormitorio. No quería que ninguno de los dos, ni él ni Crusoe, importunara a su padre y, en cuanto el coche partiera, sacaría a Crusoe, lo montaría en la bici y emprenderían el camino de vuelta.

Pero Geoffrey, haciéndoles una seña a Margaret y a Stephen, les dijo:

—Vosotros dos, salid. Esta vez veré cómo emprendéis el camino.

Stephen se sorprendió un poco al principio, pero luego entró en la posada. Un momento después reapareció con Crusoe en la cesta. Con un movimiento violento, su padre se lo arrebató.

—Aquí tiene el perro que le prometí, señora Purley —dijo, entregándole la cesta.

Stephen se abalanzó, pero su padre lo apartó con el brazo.

—No, ni te atrevas —lo amenazó.

La señora Purley se quedó completamente desconcertada con la cesta y el perro en las manos.

—Eeeh... cuando me contó que me iba a dar un perro, no tenía ni idea de que iba a ser este, señor Leigh. No se me ocurriría quedarme con este, aunque es un perrito precioso. Los niños están muy encariñados con él, no puedo quitárselo, señor.

—Me haría un gran favor, señora Purley, si se quedara con el perro —dijo Geoffrey con frialdad—. Stephen, coge la bicicleta. Iré detrás de vosotros esta vez. Así que, en marcha. ¿No me has oído?

Stephen, haciendo un esfuerzo por hablar, estalló:

—No puedes hacer esto. Crusoe es nuestro perro. No le puedes dar el perro a nadie. Nos quiere a nosotros. Oh, papá... —continuó, con los labios temblorosos—, no volveré a desobedecerte si me

dejas llevarlo a casa. No te deshagas de Crusoe. Déjamelo, papá, y cambiaré. Lo prometo... por favor, por favor...

—Coge tu bicicleta —ordenó su padre—. Señora Purley, por favor, no se preocupe por esto. Stephen sabe perfectamente por qué tiene que dejar el perro. Si usted no se lo queda, señora Purley, puede estar segura de que encontraré otros medios, quizás no tan agradables, de librarme de él. Así que entre, sea una buena mujer, y déjeme a mí los asuntos familiares. —La giró con amabilidad, la empujó con tacto hacia el interior del establecimiento y cerró la puerta.

—Coge la bicicleta —ordenó—. Y no te atrevas a volver a montar escenitas delante de extraños —le dijo entre dientes—. Coge la bicicleta. —Se quedó disfrutando del triunfo delante de Stephen, que lloraba sin hacer ruido, lastimosamente, con la cabeza hundida en el pecho. Judith, en el coche, sollozaba sobre el regazo de su madre. Margaret subió de un salto a la bicicleta y, furiosa, pedaleó por la carretera, con el rostro oculto por el pelo.

—Geoffrey, esto es demasiado... —dijo Charlotte temblando—. No deberías haberles dado a los niños un perro si pensabas quitárselo de este modo tan cruel. Como si nada importara... —añadió, de manera incoherente—. Nuestros corazones, nuestros nervios... los destrozas... por nada...

—Te pediré tu opinión cuando la necesite —replicó Geoffrey—. Coge tu bicicleta, ¿no me has oído? —continuó, agarrando a Stephen por el hombro.

Stephen no podía hacer nada contra él. ¿Qué podía hacer? Se montó en la bicicleta y pedaleó por el camino empedrado. Pasó junto a Margaret. Ella lo llamó, pero él siguió pedaleando furioso.

Geoffrey conducía muy despacio a propósito, justo detrás de él. Charlotte sabía que su marido podía ver que Stephen estaba intentando alejarse del coche como un loco. Pero él seguía pegado a su rueda, dejando que al chico casi le reventara el corazón en su esfuerzo por escapar.

—Oh, Geoffrey —suplicaba Charlotte, casi desesperada. Sus manos temblaban, apoyadas en la cabeza de Judith, que aún estaba refugiada en su regazo.

—Cállate —ordenó Geoffrey—. Es culpa suya. ¿Por qué intenta enfrentarse a mí? ¿Por qué quiere huir del coche?

—Lo vas a atropellar —dijo Charlotte.

—Lo tendrá bien merecido.

—No solo lo vas a matar a él, también me vas a matar a mí —añadió.

—Oh, vamos, cierra el pico —exclamó Geoffrey, manteniéndose a una velocidad moderada, obligando a su hijo a ir delante como una oveja.

—No haces más que hablar de que te voy a matar o de que te vas a morir. La verdad es que no se nota mucho. Creo que te lo has estado pasando muy bien últimamente. Por las cuentas, has estado bebiendo bastante oporto y jerez. ¡Será idiota! Casi consigue que lo atropelle...

En medio del tráfico de la ciudad, Stephen consiguió despistar a su padre. Llegó a casa, tiró la bicicleta en el jardín, subió las escaleras desesperado y se encerró con llave en su dormitorio.

Nadie volvió a verlo aquel día. Las chicas le dejaron un poco de comida a la puerta y susurraron:

—Stephen, Stephen...

Su madre intentó convencerlo para que la dejara entrar, pero no quiso.

CAPÍTULO OCHO

I

A la mañana siguiente, Stephen se habría ido al colegio sin desayunar si Charlotte no lo hubiera visto salir y le hubiera dicho que su padre estaba desayunando en la cama. Entonces fue al comedor con los otros y todos se sentaron alrededor de la mesa, en silencio. Las cucharas se movían torpes, las gachas se atragantaban. Charlotte estaba de su parte. Aunque era una persona adulta, estaba tan indefensa como ellos. ¿Qué podía prometer que pudiera cumplir? ¿Qué consuelo podía ofrecerles? En un momento dado intentó decirles que Crusoe estaría bien con la señora Purley y que lo único que podían hacer era procurar olvidarlo. Pero ellos solo la miraron con sus ojos inflamados por el llanto y en silencio le preguntaron cómo era capaz de decir semejante cosa, y le volvieron la cara disgustados. Se fueron al colegio. «¿Qué pensará la gente», se preguntó Charlotte, «al ver a esos tres niños tristes saliendo por la puerta?».

Regresaron a casa por la tarde y subieron a la habitación de los niños. El vacío del cuarto volvió a dolerles en lo más hondo. Aquella era la hora más feliz de Crusoe y de los niños. El momento en que se reunían de nuevo después de un largo día y podían jugar y hacer locuras juntos.

Pero ahora, al entrar en el cuarto infantil vacío, lo echaron de menos horriblemente, aunque nadie habló de él. Margaret se sentó a la mesa e intentó leer, pero los otros dos, dando vueltas por la estancia, acabaron en la ventana, y se quedaron allí mirando el exterior. No había nada que ver salvo los árboles del camino y la verja de hierro de la cancela. Allí se quedaron, Stephen apoyado en un lateral de la ventana y Judith con la frente apoyada en el cristal. Estaban mirando el enrejado de la entrada y allí no había nada, pero un instante después había algo, algo pequeño, pegado al suelo. Stephen dejó escapar una exclamación muda y clavó los ojos en aquello. Era un perro pequeño intentado meterse por debajo de la cancela, pero se rindió y dio un paso atrás agotado.

—¡Crusoe! —gritó Judith.

—¡Calla! —Stephen sujetó el vestido de su hermana por el pecho, como si quisiera arrancarle la voz.

Margaret se levantó de la mesa de un salto y, con el ímpetu, tiró la silla.

—¡Ha vuelto! —susurró Stephen, con la mismísima vida iluminando su rostro—. Está aquí. Ha hecho el camino solo. Imaginaos... —dijo, hablando con sus hermanas con el rostro transfigurado—. Ha encontrado el camino de regreso a casa corriendo todas esas millas él solo... Quedaos aquí, las dos —y rápidamente se dirigió a la puerta—; que no se entere nadie. Papá no debe saber que ha vuelto. Yo lo cogeré.

Las chicas corrieron hacia la ventana. Vieron a Stephen que se acercaba a la cancela. Vieron cómo se agachaba, cómo cogía con ternura a Crusoe, lo cubría con su chaqueta y corría a meterse de

nuevo en casa. Un instante después ya estaba en la habitación de los niños.

—Cerrad la puerta —dijo, depositando con cuidado a Crusoe en la alfombra.

—¡Oh, Crusoe! —susurraron las chicas, acercándose a él—. Crusoe, eres un chico muy muy listo...

Crusoe, casi inerte, movió un poco la cola.

—¡Ve a por agua!

—Yo voy, yo voy... —pidió Judith.

Crusoe estaba demasiado agotado para beber, así que los niños dejaron caer gotas de agua en la lengua hasta que se recuperó lo suficiente para beber solo. Tras beber, volvió a tumbarse y los niños lamentaron el penoso estado de sus patas heridas. Stephen las lavó con cuidado; el espolón de una pata se había roto y hubo que cortarlo y vendarlo.

—Tendrá que tomar algo de leche antes de que pueda comer —dijo Stephen—. Tengo que ir y decirle a la cocinera que Crusoe ha vuelto y que le prepare algo.

El perro enseguida se levantó, decidido, restablecido. Tenía que comprobar que todo estaba como siempre.

Las chicas se inclinaron sobre Crusoe, con el pelo colgando casi sobre el perro, dedicándole susurros de cariño. Judith estuvo acariciándolo todo el rato, tan feliz de volver a sentir el pelo suave bajo su mano que no podía parar. Pensaba en él recorriendo tantas y tantas millas, solo animado por el amor que les tenía. Era un héroe, pensó, apoyando la cara en la alfombra, junto a la de Crusoe. Dejó de lamerse las patas durante un instante para mirarla a los ojos con sus incondicionales ojos marrones. Tenía el morro agrietado y seco.

—Pronto estarás mejor —lo animó Judith, dándole unas palmaditas. Lo quería tanto que le dolía.

Stephen lo organizó todo y repartió las instrucciones. Había que ocultar a Crusoe en su habitación, de momento, dijo. Hasta que se le ocurriera qué podían hacer. Había que darle tiempo para que se recuperara.

—Puede que tengamos que estar en los caminos otra vez dentro de poco... —murmuró Stephen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Margaret, que no soportaba a los jóvenes heroicos.

—Puede que tenga que huir con él —respondió Stephen.

—No seas tonto —dijo Margaret—. Te cogerían enseguida. Hoy en día, con la policía y la radio y todo eso, no recorrerías ni diez kilómetros.

—Podrías ir a casa de la tía Lucy, Stephen —planteó Judith—. Ella os adoptaría, a ti y a Crusoe. Estoy segura de que lo haría.

—Dices tonterías —exclamó Margaret, harta de ellos. Sois unos críos.

Pero aceptó que Stephen hiciera las cosas a su manera de momento, porque ni ella misma sabía qué otra cosa podría hacerse. Crusoe tendría que estar escondido esa noche y el día siguiente. Cuando llegaran del colegio, entonces, tendrían una reunión y decidirían qué hacer.

Así, Crusoe pasó toda la noche en la cama de Stephen y Stephen, absolutamente feliz, aunque demasiado ocupado en planes descabellados como para poder dormir bien, siempre tuvo un brazo fuera para poder tocarlo. A la mañana siguiente, después de darle

instrucciones precisas a la cocinera —que participaba en el plan—, se fue al colegio.

Por la tarde, las chicas llegaron primero. Cuando Stephen entró corriendo en casa, veinte minutos después, se detuvo en seco al ver a Judith en las escaleras con la cara surcada de suciedad y lágrimas, y con los labios temblando.

—Stephen... —dijo, tragando saliva con angustia—. Stephen...

—¿Qué pasa? —preguntó con vehemencia—. ¡Dime! ¿Qué ha pasado? ¿Es Crusoe?

Judith asintió, luchando por no derramar más lágrimas.

—No está —dijo llorando—. Papá lo encontró. La cocinera dice que estaba llorando en tu habitación. Cree que le dolían mucho las patas, así que entró y papá fue tras ella. Cogió a Crusoe y se lo llevó, pero la cocinera cree que no se lo ha vuelto a llevar a la señora Purley, porque solo estuvo un rato fuera. Está ahí... —Judith señaló con la cabeza el salón matinal.

Stephen fue directo a la puerta, la abrió de par en par y entró.

Geoffrey levantó la mirada en su escritorio.

—¿Qué demonios pretendes entrando de esa manera aquí? —exclamó.

—¿Dónde está Crusoe? —preguntó Stephen, acercándose al frontal del escritorio y plantando las dos manos encima—. ¿Dónde está?

—Fuera.

—¿Dónde está Crusoe? Dímelo. Dime dónde está.

—Tu perro está muerto —dijo Geoffrey, inclinándose hacia delante y hablando con maliciosa lentitud y claridad—. Lo llevé a la

policía esta mañana y lo han sacrificado. Así tal vez ahora entiendas lo que quiero decir cuando digo que debes obedecerme, muchacho.

Stephen se fue poniendo pálido poco a poco y perdió por completo el color, incluso en los labios. Se quedó mirando a su padre fijamente, con los ojos turbios, asimilando la terrible verdad. Crusoe estaba muerto. Después de todo su esfuerzo por volver a casa, su valor, había sido sacrificado. La palabra se clavó en lo más profundo de su alma. Sacrificado. Crusoe... tan alegre, tan cariñoso.

—Y ahora, largo de aquí —le ordenó Geoffrey—. No te quedes ahí mirándome. No era más que un perro, de todos modos —concluyó, sin mucha convicción. Muy a pesar suyo, la mirada de Stephen le incomodaba.

Hay que reconocer que Geoffrey no creía que hubiera hecho nada fuera de lo común al deshacerse del perro. Un perro no era nada para él. No sentía nada por los perros ni por cualquier otro animal. Le habían dado un perro sin pedirlo: no lo quería. Se lo dio a los niños, pero con aquel animal, los niños se habían vuelto ingobernables, así que prescindió de él. El regreso del perro provocó que los niños entraran de nuevo en un círculo de engaños y desafíos, así que se lo llevó a la comisaría de policía y allí lo habían sacrificado sin causarle dolor. Le dijo al hombre de la comisaría que el perro era muy agresivo y que, como tenía hijos pequeños, no podía correr el riesgo de quedárselo. Una mentira de ese tipo no era nada para Geoffrey. Si alguien le hubiera pedido que explicara lo que había hecho, habría dicho que de ninguna manera iba a permitir que un perro arruinara su hogar.

Charlotte, pálida y despeinada, porque había estado tumbada en el sofá del salón, apareció en la puerta. A través de una extraña

neblina, provocada por las pastillas que había tomado, vio a Stephen allí, de pie, con una expresión espantosa en su rostro. Allí, delante de su padre, parecía un niño vulgar, con el pelo alborotado, con las rodillas llenas de heridas y la ropa del colegio arrugada, pero de su rostro se había borrado cualquier rastro del espíritu infantil. Tenía una mirada antigua y enferma, como si de repente hubiera sido consciente de la maldad y la crueldad. Era una mirada aterradora para un niño que mira a su padre, y Charlotte, luchando con la neblina que enturbiaba su pensamiento, fue hacia él con los brazos abiertos.

—Stephen —dijo.

Pero él la apartó y subió para encerrarse en su habitación.

II

Ahora Geoffrey había ido demasiado lejos. Ya no podía hacerles nada peor. Al menos, a Charlotte, a Judith o a Stephen.

Intentó hacer entrar en razón a Margaret, animarla. Utilizó todos los trucos que sabía para sacarle una sonrisa. Pero ella ya era una adulta, madura, comparada con él. Ella sabía que su padre era cruel, insensible al sufrimiento de los demás, pero también sabía que no podía comprender por qué sufrían. Él no sufría. ¿por qué los demás sí? No intentó hacérselo entender. No intentó explicarle lo que le había hecho a Stephen... a todos ellos, pero sobre todo a Stephen. Sabía que no serviría de nada.

—Mira —le dijo un día Geoffrey, cuando, después de colocarla en sus rodillas, ella se desembarazó y se levantó—. Mira, ratoncito —continuó, hablándole como un padre afectuoso dispuesto a conceder todos los caprichos a su niña—. Te diré lo que voy a hacer. Te traeré otro perro.

Ella se apartó de su padre con un estremecimiento.

—Oh, no... papá... no... Por favor, no. Otro perro no, jamás. Jamás.

Apretó los labios. Le había hecho una oferta muy generosa y la había rechazado. Se sintió ofendido en lo más hondo.

Con el tiempo, Margaret lo perdonó. Lo perdonó como una madre perdona a los chicos que le cortan la cabeza a los pájaros o le arrancan las alas a las abejas. Pero su relación había cambiado sutilmente. Él era tan quisquilloso y caprichoso como siempre, pero era él el que intentaba agradarla y no ella quien intentaba agradarlo a él. Margaret hacía todo lo que él le pedía, como siempre, pero su padre intentaba complacerla y siempre se cuidaba de ir demasiado lejos. También siguió con sus supuestos infartos. Ya no tenían ningún efecto sobre Charlotte, pero conseguían que Margaret acudiera a su lado tan rápido como siempre y que se quedara con él.

Judith y Stephen nunca lo perdonaron. Desde aquel momento, su padre fue su enemigo. Stephen lo odiaba con un gélido desprecio que consumía al muchacho, haciéndolo madurar antes de tiempo. Se mantuvo al margen, esperando su momento con paciencia, esperando a ser mayor y estar lo suficientemente preparado para marcharse. Judith evitaba a su padre; pero como siempre lo había evitado, nadie se percató apenas de eso. Nunca permanecía en la misma estancia que él si podía evitarlo. Si él entraba en una sala

donde estaba ella, transcurridos unos instantes ella se iba. Tenía diez años y aquel incidente le dejó una huella indeleble.

Temblando, con la cara blanca y el cuello enrojecido, Charlotte fue a hablar con Geoffrey.

—¿Qué demonios te pasa en el cuello? —preguntó Geoffrey como si fuera una afrenta personal—. Estás horrorosa.

—Geoffrey, no lo aguanto más —respondió Charlotte. Le temblaba incluso la cabeza; podía notarlo, el cuello le palpitaba de una manera horrible.

Su marido la miró.

—Voy a llevar mis cosas a la buhardilla. Dormiré allí —dijo Charlotte.

Él estalló en una de sus sonoras carcajadas.

—Menudo anticlímax... —contestó—. No puedes soportarlo más, así que te vas a dormir a la buhardilla. Duerme donde demonios quieras. ¿A mí qué diablos me importa?

La cocinera se despidió. Dijo que no podía cocinar para un hombre que había sacrificado a un perrito a sangre fría, por no hablar de que le había roto el corazón a un niño.

—Eres más tonta de lo que pensaba —dijo Geoffrey con indiferencia, pagándole y despachándola.

III

Lucy supo todo lo sucedido por Judith, cuando fue a buscarla para

que fuera a pasar las vacaciones de Navidad a Underwood. Judith aún lo tenía todo tan reciente que no pudo más que balbucear unas cuantas palabras cuando las dos se sentaron juntas en el cuarto de los niños y Lucy estaba a punto de leerle los *Tanglewood Tales*[24] porque los nombres griegos aún eran un poco difíciles para que Judith los pudiera leer sola. Mientras escuchaba a la niña, a Lucy se le resbaló el libro de las manos y miró con incrédulo horror los ojos llenos de lágrimas de Judith. Cuando terminó la historia, Lucy no podía articular palabra. ¿Qué podía decir? ¿Qué se podía decir? Solo abrazó fuerte a la niña y decidió, ahora más que nunca, sacarla de allí cuanto antes mientras fuera posible y tanto como fuera posible, y alejarla de aquel hombre con el que era imposible vivir. No se puede vivir con él, se repitió, con el pecho cargado de odio y rabia.

—Lee —dijo Judith, devolviendo el libro a las manos de su tía—. Lee deprisa, tan deprisa como puedas.

Así que Lucy se zambulló en el relato de Perséfone, intentando sustituir el miedo y el horror de la historia de Crusoe —sentimientos que estarían vivos durante años en la mente de la niña, Lucy lo sabía— con imágenes mágicas de la Antigüedad.

Sus sentimientos contra Geoffrey eran tan intensos que le dieron fuerzas para enfrentarse a él; eliminó hasta la menor contención que sentía en su presencia. Ya no le importaba lo que él pudiera pensar de ella al igual que a él no le importaba lo que ella pudiera pensar de él, y exigió que Stephen viajara también a Underwood, como Judith. Geoffrey los dejó ir sin mayores inconvenientes; no los quería, y se alegraba de que no estuvieran en casa. Lucy intentó convencer a Charlotte y a Margaret para que fueran con ella también; las habría sacado de allí si hubiera podido. Pero Charlotte

dijo que aprovecharía la ocasión para descansar mientras los pequeños estaban fuera, y para Margaret era impensable dejar a su padre solo en Navidad. Así que Lucy regresó a Underwood con Judith y Stephen.

Después de aquello, Stephen, como Judith, pasó la mayor parte de sus vacaciones en Underwood. Lo único que podía esperar Lucy es que al menos disfrutara de aquellas visitas. Era un chico misterioso y se comportaba en Underwood más o menos como en su casa; siempre se las arreglaba para escabullirse y estar solo, y cuando estaba en casa, pasaba la mayor parte de su tiempo en la habitación. Cada vez parecía más taciturno, pensaba Lucy, a medida que fueron pasando los periodos de vacaciones. Estaba en una edad difícil, crecía larguirucho y desgarbado, con un mechón de pelo negro que siempre se le caía sobre la frente, y siempre tenía que echárselo para atrás.

—¿No se puede poner una horquilla en ese pelo? —preguntaba William nervioso.

—Venga, no seas como Geoffrey —rogaba Lucy.

—Es que no le interesa nada —se quejaba William.

—Lo que quieres decir es que no sabemos lo que le interesa —apostilló Lucy—. Da igual: no te metas con él. Está aquí para tener lo que no tiene en casa: tranquilidad.

Pero tenía que reconocer que también a ella le costaba entender a Stephen, y se alegró cuando se hizo amigo del hijo del pastor, aunque ambos parecían anormalmente serios para su edad.

Lucy no sabía que Stephen fuera un chico con un propósito muy claro en la vida. Guardaba las distancias y no tenía intención de apegarse demasiado ni a nada ni a nadie. Habían sacrificado a su

perro y su madre no lo quería. Había llegado a la conclusión de que era mejor no preocuparse demasiado por nada. Además, Stephen tenía la sensación de que todo era provisional. Se iba a largar, así que ¿qué le importaba lo que ocurriera aquí? Le iban bien las cosas en el colegio. Nadie tenía nada de qué quejarse. Por lo demás, tenía buenos modales, era educado y atento, pero preocupaba considerablemente a su tía.

—¿Por qué siempre tienes que estar sufriendo por la gente? —le preguntaba William.

—¿Y por qué no debería hacerlo?, dime —contestaba Lucy.

En cualquier caso, Lucy admitía que su deseo de ver a todo el mundo feliz era irrealizable. William también conseguía que pareciera un proyecto absurdo.

—Eres infeliz porque otras personas son infelices, así que nadie es feliz —decía.

—Excepto tú, supongo —contestaba Lucy.

—No, eso es lo peor de todo —respondía—. No puedo ser feliz a menos que tú lo seas.

—¡Así que tú eres igual que yo! —exclamaba Lucy.

—Por supuesto que no. Tú podrías ocupar el papel de Galsworthy en una caricatura de Max Beerbohm.[25] Eres tan compasiva que lamentas que un buzón pase frío cuando nieva.

Lucy sonrió a modo de disculpa y dijo que no podía evitarlo. Seguía intentando convencer a todos los que la rodeaban de que fueran felices; pero siempre había alguien que permanecía obstinadamente al margen. Janet, por ejemplo, cuando los niños estaban en casa. Janet se quejaba tanto y con tanta virulencia como cualquier padre moderno de la duración de las vacaciones.

—No se han acabado de ir y ya están otra vez aquí —se quejaba —. No tengo tiempo ni de darme la vuelta. Lo único que puedo decir es que, con tanto entrar y salir, no respondo de la alfombra de la escalera mucho más tiempo...

—¿Qué quieres decir, Janet, con eso de que no respondes de la alfombra de la escalera? —le preguntó un día Judith, que estaba jugando con una cucharada de harina que había cogido del tarro, aplastándola para que fuera como un helado de seis peniques, aplastándola más después para que fuera de tres peniques, y alisándola un poco más para que fuera de un penique, y cogiendo un poco más para volver a empezar.

—¿Cómo que qué quiero decir? —respondió Janet, enfurruñada desde el fregadero—. Yo qué sé. Quiero decir lo mismo que otras personas, supongo. Cuando digo que no respondo de la alfombra de la escalera está claro, ¿no?

—Pero ¿alguien ha preguntado algo para que no respondas? —dijo Judith con toda seriedad.

—Oh, madre mía de mi vida —exclamó Janet desesperada—. ¡Qué preguntas se hacen en esta casa últimamente! ¡Podrían volver loco a cualquiera! No voy a poder usar esa harina si sigues haciendo eso con ella.

—¿Por qué? —continuó Judith muy interesada.

Pero Janet chasqueó la lengua y no dijo nada más. Habían sido dos preguntas que no había sido capaz de responder, pero si le seguía el juego a aquella niña, habría muchas más; así que cogió el plumero y subió al piso de arriba, suspirando por el día que pudiera tener una charla tranquila y en paz en su cocina. En su opinión, la señora le consentía todo a aquella niña.

Desde luego, Lucy cedió mucho. No solo lo permitía, sino que le encantaba oír a Judith subir y bajar las escaleras, porque era natural que un niño hiciera ruido y Judith no se atrevía a hacerlo en su casa. Le encantaba que anduviera corriendo por la casa y que cantara y que gritara. Se alegraba mucho al haber comprobado que, una vez liberada del peso de Geoffrey, la naturaleza infantil subyacía allí, intacta. No ocurría lo mismo en Stephen o Margaret.

Lucy no pudo convencer a Margaret para que fuera a Underwood. Las relaciones superficiales entre tía y sobrina eran amables, pero Margaret siempre guardaba las distancias. No solo sabía que a Lucy no le gustaba su padre, sino que consideraba que trataba fatal a su madre. Eso solo demostraba, pensaba Margaret con desprecio, que su tía no sabía nada de lo que pasaba en aquella casa. A medida que se hacía mayor, Margaret estaba más molesta con su madre. No ocultaba su intolerancia juvenil hacia los fallos de los adultos. Deberían ser capaces de afrontar los problemas y resolverlos, pensaba la joven. ¿Por qué no lo hacían? Los jóvenes piensan que ser adulto es ser dueño del propio destino. Margaret no sabía que al convertirse en esclava de su padre estaba haciendo lo mismo que había hecho su madre antes que ella.

Pero Lucy lo vio y escribió a Vera.

> Ha dejado la escuela y ahora trabaja como secretaria de su padre. Así puede tiranizarla todo el día, que es lo que hace. Tiene diecisiete años y él hace todo lo posible para impedirle que tenga una vida en la que él no participe y tenga amigos propios. La he escuchado al teléfono cuando alguien le ha pedido salir. Dice: «Espera un minuto», y tapa el teléfono con la mano mientras le pregunta a su padre si la va a necesitar el martes, o el día que sea. Parece como si temiera que él le diga que no, que no la necesita. Se pone nerviosa si tiene que salir. La está haciendo así. Pero él casi nunca le

dice que no la necesita. Le dice: «¿El martes? ¿Cómo voy a saber lo que puede surgir antes del martes? Diles que no lo sabes. Diles que vuelvan a llamarte». Así que nunca puede hacer planes y, lo que es aún peor, no quiere. Cuando, muy de tarde en tarde, van amigos a verla, Geoffrey se sienta con ellos y está presente en todo momento, haciendo gracias. Habría que hacer algo por Margaret antes de que sea demasiado tarde.

Le dijo a Vera que invitara cuanto antes a Margaret para que fuera a Trenton. Vera llevaba años diciendo que le gustaría que Margaret y Judith fueran a verla, pero ahora por fin le envió una invitación definitiva para que las dos fueran a pasar la Semana Santa con ella y, como Geoffrey tenía previsto hacer un viaje particular para entonces, acogió con satisfacción la perspectiva de que Margaret saliera de casa.

Por lo que tocaba a Charlotte, Geoffrey no tenía ningún escrúpulo en tener aventuras con otras mujeres. Consideraba que era Charlotte la que tenía la culpa. No le importaba si ella lo sabía o no, pero se cuidaba mucho de que Margaret lo supiera.

Lucy pensaba que Geoffrey era todo superficialidad, pero estaba equivocada. Había unos extraños y oscuros pozos en su personalidad donde se había ido acumulando el amor por su hija. Era un amor complejo, compuesto de lo mejor y lo peor de su carácter. Parte de ese afecto era ternura y puro placer por su juventud y su belleza encantadora. Otra parte eran celos y egoísmo. Y también era el anhelo de un ideal de pureza, un ideal que albergaba alguien que nunca había tenido la menor inclinación hacia la pureza. Y fue muy lejos en su idea de lo que debía ser la pureza en su hija. Margaret no solo debía ser pura, sino asexual. Su padre no podía soportar la idea de que Margaret pudiera enamorarse y ser amada por un hombre. Procuraba alejarse de

todas esas ideas. Pero todo aquello lo mantuvo en secreto. Aparentemente la trataba con cariño. La mantenía en un permanente estado de gratitud; la joven siempre se estaba recordando a sí misma lo bueno que era su padre para ella. Geoffrey siempre le llevaba regalos. Le gustaba verla bien vestida y le enseñaba cómo hacerlo. Al contrario que Charlotte, que cada vez era más descuidada y negligente con su aspecto personal, Margaret día a día se presentaba mejor vestida y arreglada. Su padre le advertía que jamás debía ser como su madre.

En Semana Santa, cuando Vera invitó a Margaret a visitar Trenton, Geoffrey dijo que debía ir. Con ella lejos de casa, podía salir y pasar una temporada lejos, sin nervios ni ansiedad. No tendría que pasar directamente de la compañía de su amante a la de su joven e inmaculada hija.

CAPÍTULO NUEVE

I

Para Judith todo iba a ser perfecto, pensaba Margaret mientras viajaban. Solo tenía doce años. Pero ella era la mayor y tenía toda la responsabilidad de la visita. Era ella la que tenía que decir y hacer lo correcto. Había estado en Trenton hacía muchos años, pero solo recordaba vagamente una gran mansión llena de criadas y gente que iba a cenar. Tendría que hablar con todos y dar propinas a las criadas, pensó Margaret, poniéndose un poco nerviosa ante la idea. Judith no participaría, porque estaría en la habitación de los niños con Sarah y Meriel, pero ella tendría que estar abajo, con mujeres listísimas y hombres muy guapos. «Ah, preferiría haberme quedado en casa», se dijo. Anhelaba el refugio del salón matinal y la compañía de su padre. Pero el tren la alejaba inexorablemente de ambas cosas.

—Judith.

Judith estaba leyendo *Lo que hizo Katy*.[26] Lucy que era quien le proporcionaba todos los libros, también le había enviado ese. Con el ceño fruncido, su mirada recorría con rapidez los renglones impresos.

—Judith —esta vez sí la oyó, y levantó la mirada—. ¿Tú te acuerdas de la tía Vera? —Se le acababa de ocurrir que sería bastante embarazoso que no pudiera reconocer en la estación a su tía, a quien no había visto desde hacía muchos años.

Mirando por la ventana, con los campos que pasaban a toda velocidad, Judith se lo pensó. Había visto a su tía hacía menos tiempo que Margaret, pero aun así habían transcurrido varios años y no conseguía dar con una imagen precisa en su memoria.

—Supongo que la conoceremos porque será más guapa que todo el mundo —dijo—. Mamá siempre dice que siempre fue guapísima y supongo que todavía lo será. —Volvió a su libro; iba por esa parte tan emocionante en la que los niños juegan a los ríos que corren hacia el océano.

Fue Brian quien se acercó a recibirlas. Cuando se enteró de que Vera no tenía ninguna intención de ir a buscar a sus sobrinas, él dijo que, entonces, tendría que ir él. Y fue lo que dijo exactamente:

—Entonces tendré que ir yo —replicó con voz seria.

—Brian, querido —contestó Vera—. Margaret tiene diecisiete años. Seguro que sabe coger un taxi.

Brian no discutió. Su rostro era impasible. Dio por hecho que su mujer pensaba salir con Ward o con Stewart o con cualquiera que gozara de sus favores en ese momento. Sabía que Vera no dudaría en ignorar a sus dos jóvenes sobrinas por uno de sus hombres.

Así que cuando las viajeras, mirando desconcertadas a su alrededor, fueron recibidas por un hombre muy alto con dos niñas pequeñas, a Judith al menos le costó un momento reaccionar. Levantó la mirada para ver bien la cara de Brian, que parecía estar a una altura enorme desde el suelo. «Es como Gulliver», pensó. «Qué pies tan enormes», pensó, descendiendo con la mirada hasta ellos. «Claro, siendo tan grande, los necesita», admitió. Brian estaba hablando con Margaret y dando órdenes al mozo de estación, así que Judith pudo ocuparse de mirar a sus primas con toda

tranquilidad. La más pequeña, que tenía una cara muy grande, como su padre, observaba sin traslucir ninguna expresión; la mayor, Sarah, parecía enfurruñada. Aunque tenía diez años, y a pesar de sus calcetines y su sombrerito redondo, Sarah tenía un aspecto salvaje con aquellos ojos gris claro y aquellas largas pestañas, y las cejas que se elevaban en los extremos.

—Hola —se atrevió a decir Judith.

—Hola —contestaron sus primas y se escondieron detrás de su padre. Judith se preguntó cómo se llevaría con ellas y, por primera vez, tuvo algunas dudas sobre aquella visita. Margaret, por otro lado, se sintió aliviada al comprobar que su tío era un hombre muy amable. Se las arregló para hacer bastantes comentarios mientras salían de la estación y se dirigían al coche que estaba aparcado enfrente. Sarah se sentó junto al chófer y no prestó atención a nadie, salvo en una ocasión, a medio camino de su casa, cuando se dio la vuelta para mirar detenidamente a Judith.

En las calles el tráfico discurría en un constante ir y venir: subía por un lado y bajaba por el otro. Los autobuses se abalanzaban entre los coches como hipopótamos entre un mar de focas. Las calles adyacentes alimentaban la corriente de la calle principal, arrojando más coches, más camiones, más bicicletas. El coche que transportaba a las hermanas Leigh y a los Sargent ascendió la amplia colina de las afueras de la ciudad hasta que alcanzó la cima, y entonces vieron desde lo alto la ciudad e hileras de farolas que colgaban como collares en todas direcciones. Las carreteras estaban tranquilas ahora y flanqueadas a cada lado por enormes muros como murallas. Al otro lado de esos muros se levantaban grandes casas en jardines ordenados en terrazas.

El coche entró en el patio trasero de una de aquellas casas; no podía entrar por delante porque el jardín descendía abruptamente en escalones y terrazas. Sarah y Meriel salieron y corrieron enseguida hacia la casa, y subieron las escaleras seguramente en dirección al cuarto infantil. «Maleducadas», pensó Judith. Siguió a su tío hasta el vestíbulo y se quedó atónita. Era todo enorme y había muchísimas flores. El vestíbulo era como un gran salón y había una enorme chimenea de piedra con el fuego encendido. Era todo muy diferente al vestíbulo con la moqueta roja de casa y las puertas pintadas de blanco, los platos azules en una estantería y la palmera en un macetero de latón. Se abrió una puerta lejana y apareció Vera. Estaba vestida como para montar a caballo y las jóvenes Leigh pensaron que no la conocían en absoluto.

—Bueno, bueno... —dijo Vera, inclinándose para ofrecer su gélida mejilla primero a Margaret y luego a Judith.

Cuando Judith, tímida, apenas se acercó a su tía para darle un beso, recordó el leve y cautivador perfume de la habitación en Underwood. También se acordó ahora del juego de lavandería y lo divertido que fue. Sonrió a su tía con cariño y Vera le devolvió la sonrisa.

—Menos mal que no fui a buscaros a la estación —se excusó—. Nunca os habría reconocido. Habéis cambiado muchísimo. Vamos, pasad, os enseñaré vuestra habitación.

Sonó un teléfono en alguna parte y apareció una doncella.

—El capitán Ward al teléfono, señora —dijo.

—Oh, ahora no puedo hablar con él —respondió Vera con indiferencia—. Dile que llame más tarde. Rodeó con las manos los

hombros de las chicas y las condujo hacia las escaleras—. Como en una media hora —exclamó cuando la doncella ya se iba.

«Así que no fue con Ward», pensó Brian. «Entonces, ¿con quién?».

Una vez solas en su habitación, las jóvenes Leigh se quedaron emocionadas. Era muy grande y las ventanas daban a las empinadas terrazas del jardín. La alfombra era casi blanca, y las brillantes cretonas eran azules, rosas y amarillas. Pero lo que más les gustó fueron las diminutas flores que parecían esparcidas sobre los edredones. Eran tan reales que parecía como si acabaran de haberlas arrojado allí en ese momento. Y entre las camas había una lámpara con una tulipa rosa salpicada de estrellas plateadas.

—Mira, voy a poder leer toda la noche si quiero —dijo Judith, apagando y encendiendo la luz solo por ver aparecer las estrellas.

—¿Ah, sí? —exclamó Margaret en tono irónico—. Bueno, ¿te importaría lavarte? Tienes que estar lista para cenar en el cuarto de los niños y te quiero fuera de mi vista antes de que empiece a vestirme para la cena.

—Oh, ¿por qué? —protestó Judith—. Hay un montón de sitio aquí para las dos. Me gustaría quedarme aquí hasta la hora de cenar. Esas dos parecen muy desagradables.

—No hay más remedio —dijo Margaret—. Yo lo pasaré bastante peor que tú, delante de toda esa gente. Deja de remolonear y ve a lavarte.

—Tendré que ponerme mi mejor vestido —murmuró Judith—. Esta es de esas casas en las que hay que ponerse los mejores vestidos.

—Por supuesto que no te vas a poner el mejor vestido —replicó Margaret—. Tienes que reservarlo. Nunca sabes qué puede surgir aquí. Rápido. Tengo que cepillarte el pelo.

—Ya me cepillaré yo el pelo.

—No, te lo cepillaré yo, gracias.

Luego, sintiéndose demasiado limpia —porque Margaret había insistido en lavarla después de que ella ya se hubiera lavado—, con su segundo mejor vestido y sus zapatitos de fiesta, Judith se fue a regañadientes en busca del cuarto infantil. Restregándose durante todo el camino contra las paredes, al final llegó a una puerta abierta a través de la cual pudo observar una luminosa habitación vacía pintada de azul, con cortinas azules y un mar de corcho azul en el que había islas, sillas pintadas y una mesa. En un rincón, de espaldas y con sus muslos rechonchos al aire, Meriel estaba inclinada sobre una muñeca a la que estaba metiendo en la cama. En una silla, Sarah se desperezaba junto al fuego.

—Has tardado un siglo —protestó cuando Judith se quedó tímidamente en la puerta—. ¿Qué demonios has estado haciendo?

—Oh, lavándome y eso —contestó Judith. Se acercó al rincón donde estaba Meriel, pero la hermana pequeña enseguida se colocó entre Judith y la cama de su muñeca.

—No toques a Eva —dijo.

—Ah, será mejor que no lo hagas —añadió Sarah—. Se pondrá a llorar como una loca si la tocas.

Judith se acercó a la chimenea y se apoyó en la pantalla alta con decoraciones en latón. Entró entonces una mujer con uniforme de enfermera, con una nariz finísima y dos pequeños mechones de

pelo a cada lado de la cara bajo su gorrito. Traía una bandeja cargada de cosas.

—Bueno, estás aquí, querida —dijo alegremente—. Estamos contentísimas de tenerte en nuestro cuarto, ¿a que sí, niñas?

Las niñas no contestaron.

—Te he traído un buen huevo escalfado, querida, para que te repongas después del viaje. No me atrevo a darte nada más pesado a estas horas de la noche, pero he pensado que con eso y un poco de manzana asada con nata y la leche...

—¡Qué maravilla! —exclamó Judith, que estaba hambrienta.

—¿Y por qué a mí no me das un huevo? —preguntó Sarah, acercándose a mirar la mesa con mala cara.

—Ya sabes que no puedes comer huevos a esta hora de la noche, querida. Te dan pesadillas.

—Mentira. Quiero un huevo.

—No empieces ya, querida —rogó la niñera—. No empieces: es la primera noche de tu prima aquí. Muéstrale lo bien que te portas cuando quieres.

—Quiero un huevo —repitió Sarah. Se sentó a la mesa con su cara pálida y una mirada que amenazaba tormenta. Tenía la encantadora boca de su madre, pero tenía un rictus malhumorado —. Quiero un huevo —repitió.

—Bueno, querida, ¿y cómo voy a impedir después que tengas pesadillas si comes huevos antes de irte a la cama?

—Si no me das un huevo, iré y se lo pediré a la cocinera yo misma —amenazó Sarah, levantándose de la mesa.

—Muy bien, te daré uno —accedió la niñera Gill con un suspiro. No iba a permitir que en la cocina se dijera que no tenía autoridad

con las niñas—. Pero eres una niña muy mala. Puedes empezar a cenar, querida —le dijo a Judith—. No esperes.

Salió del cuarto.

—Vieja boba y estúpida... —dijo Sarah, dándole una patada a la pata de la mesa.

Meriel dejó su muñeca y se acercó a la puerta de la habitación.

—¡Si le vas a dar a Sarah un huevo, yo quiero otro! —gritó, y volvió a entrar.

Sarah emprendía las batallas, pero Meriel sacaba provecho de las victorias.

Mientras comía, Judith no era capaz de decidir qué prima le caía peor.

Después de cenar, cuando la niñera Gill limpió la mesa y se llevó la bandeja, Sarah regresó al sillón junto al fuego y Meriel volvió con su muñeca. Judith, de nuevo junto a la pantalla de la chimenea, deseó estar en su casa. Sarah siguió haciéndole preguntas y refunfuñando con las respuestas. Judith se puso tensa: pensaba que era una desfachatez que una persona que era dos años más pequeña que ella, una simple cría de diez años, se comportara de esa manera con ella.

—¿Tienes alguna amiga? —preguntó Sarah.

—¿Una amiga? Sí: Pamela —contestó Judith.

Sarah observó el fuego en silencio durante unos instantes.

—Ojalá yo tuviera una amiga —dijo con aire melancólico.

«Hum», pensó Judith, «y por el camino que vas, no la tendrás nunca».

Se abrió la puerta y Brian, con un libro en la mano, entró en la habitación. Porque después de que cenaran y antes de que se

sirviera la cena de los mayores, Brian intentaba pasar ese rato con sus hijas. Pensaba que debía verlas un poco todos los días, ya que su madre apenas las veía. En ese rato, les leía en voz alta. No es que a ellas les importara mucho, pero él pensaba que debía hacerlo.

Además, le gustaba leer en voz alta. Solía leerle a Vera. Noche tras noche, cuando estaban recién casados, él le leía y una de sus primeras desilusiones fue cuando ella se echó a reír a carcajadas una noche, en medio de las *Conversaciones* de Goethe[27] y le dijo que la gente que lee en voz alta lo hace por su propio placer, y no para el placer de quienes les escuchan. Se sintió herido en lo más hondo y fue quizás a partir de ese momento cuando él comenzó a apartarse.

Pero aquello no evitó que siguiera leyendo en voz alta. Ahora les leía a sus niñas. En ese momento les estaba leyendo *Los cuentos de así fue*.[28]

—Tengo por costumbre, Judith —le explicó, expulsando a Sarah del sillón y ocupándolo él—, leer a mis hijas un poco a estas horas. Tal vez te apetezca escuchar también.

—Sí, me encantaría —contestó Judith educadamente, aunque habría preferido ponerse a leer *Lo que hizo Katy* por su cuenta. Se sentó en un escabel y se aferró a sus rodillas. Sarah cogió otro escabel y se sentó a su lado.

—Vamos, Meriel... —la llamó su padre.

—Bueno, tendré que coger a Eva —dijo Meriel—, y tiene amoniaco.

—Querrás decir neumonía —corrigió Brian con seriedad.

—La verdad es que no debería salir nunca de la cuna —continuó Meriel enfurruñada.

—Estoy esperando —dijo Brian.

Meriel arropó a su muñeca y se acomodó con ella en una mecedora infantil, junto a su hermana. Cuando Brian comenzó a entonar el «Oh, queridísimos...»,[29] Meriel, arropando las toquillas y rebozos con gesto maternal, empezó a mecerse adelante y atrás diciendo «Chst... chst... chst...». No prestaba ninguna atención a lo que leía su padre. Pero Judith no tardó en quedarse embelesada. Observó a Brian con la mirada atenta que había dirigido a Lucy desde que era muy pequeña, y Brian estaba encantado. Nos pasamos la vida buscando personas con las que compartir nuestros placeres y, cuando a veces encontramos con quién disfrutarlos, la vida adquiere sentido y nos vemos renacer. Brian se sintió renacer en ese momento. Se olvidó de escuchar su propia voz, que le encantaba, y solo buscó el interés de esa niña, por cuya cara pasaban luces y sombras, y preguntas y respuestas a medida que avanzaba en la lectura. «¿Por qué no habré tenido yo una niña como esta?», se preguntó.

El caso es que no la había tenido. No pasó mucho tiempo antes de que Sarah, observando con la mirada perdida en el fuego, empezara a sorberse los mocos.

—Sarah —dijo su padre, apartando el libro para mirarla—, ¿no tienes un pañuelo?

—No.

—Toma el mío —y le dio un pañuelo de tela bien doblado. Ella se lo pasó por la nariz y se lo devolvió.

—Di «gracias, papá».

—Gracias, papá.

—Prosigamos. ¿Por dónde iba...?

Solo Judith lo sabía.

—Excelente —dijo Brian con gesto agradecido. Se acomodó un poco más en el sillón y continuó.

Pero el pañuelo de su padre había distraído a Sarah de alguna ensoñación que, al menos, la había mantenido tranquila. Ahora empezó a mirar a su alrededor. Miró a Meriel, que seguía meciendo a su muñeca como una autómata y diciendo «chst», y mirando a su muñeca con una preocupación que evidentemente le proporcionaba un gran placer.

—Para ya —susurró Sarah de repente.

Meriel se giró, dándole la espalda a su hermana y siguió meciendo a su muñeca y diciéndole que no llorara. Apretando los dientes, Sarah tiró de la punta del arrullo de su hermana y le arrebató la muñeca de las manos. Meriel hizo un movimiento violento, recuperó a Eva y estalló en alaridos:

—Casi me rompe a Eva. ¡Me está provocando! ¡Me está provocando otra vez!

—No te estoy provocando, idiota. Es lo que pretendo hacer y te romperé esa espantosa muñeca si no dejas de acunarla.

Brian dejó caer el libro sobre sus rodillas.

—Son una desgracia —se lamentó—. Una absoluta desgracia. No pueden concentrarse en nada. Sarah, ¿cuántas veces te he dicho que no utilices la palabra «idiota»? Es de lo más inapropiado en labios de una niña. Y además, ¿no sabes que es extraordinariamente grosero causar molestias cuando papá está leyendo? ¿No sabes que es extraordinariamente grosero no prestarle atención?

Sarah suspiró muy hondo. Estaba harta de estar sentada en el escabel, harta de todo. No sabía qué le pasaba, pero algo le pasaba. Nada iba bien, desde luego.

—Y tú, Meriel, no seas tan niña —la reprendió su padre—. Estaos quietas las dos. No sé qué va a pensar vuestra prima de vosotras. ¿Por dónde iba, Judith?

Judith se lo recordó y él siguió leyendo. Meriel siguió acunando a su muñeca. Y Sarah continuó enfurruñada y suspirando.

Solo unos instantes después se abrió la puerta y Vera, vestida para cenar con el vestido negro traslúcido que tanto le gustaba, entró en el cuarto de los niños.

—Hola, niñas. Venía a ver si Judith estaba bien. ¿Estás como en casa, cariño? Estas dos se irán a la cama pronto —dijo, refiriéndose a sus hijas—, pero tú puedes quedarte un poco más levantada y conversar con la niñera, si quieres.

Entró hablando sin reparar en nada: a Brian le habría gustado que, cuando viera que él estaba leyendo, se hubiera llevado un dedo a los labios, hubiera sonreído y se hubiese marchado sin hacer ruido. O, aún mejor, le habría encantado que se sentara con ellos, que hubiera cogido a una de las niñas sobre sus rodillas y también hubiera escuchado lo que él leía. Pero no: allí estaba, comportándose como si su marido no estuviera leyendo nada en absoluto. Brian puso un dedo entre las páginas del libro, lo cerró y esperó con gesto impaciente a que ella terminara. Qué habilidad tenía para molestarlo y ofenderlo, pensó, qué habilidad para demostrar que no pensaba en él en absoluto. ¡Pero qué condenada e irresistiblemente encantadora era! Al mirarla, Brian siempre sentía que se quebraba su firmeza. Fue todo un embrollo, un enorme error y debería haber sido diferente, pero ella no podía... nunca lo había amado, le dijo Vera, jamás podría... Por un momento, desesperado, pensó que

debía tirar el libro al suelo, abandonar y largarse. ¡Para siempre! Pero se quedó sentado donde estaba, esperando.

—Buenas noches, queridas —les estaba diciendo a las niñas mientras les daba un beso.

—¿Va a venir alguien esta noche, mamá? —preguntó Sarah—. ¿Puedo bajar? Déjame...

—Por supuesto que no —contestó Vera, dirigiéndose a la puerta, flotando con su vestido—. Ya sabes lo que te dije después de la última escenita.

Una expresión de vergüenza ensombreció la cara de Sarah. Agachó la cabeza y Judith, aunque le caía muy mal, se sintió incómoda y apenada.

Apareció una criada en la puerta por la que Vera aún no había salido.

—El señor Hope al teléfono, señora —dijo.

—Ya voy —contestó Vera.

Brian continuó con la lectura. Pero apenas había leído dos páginas cuando la niñera Gill entró atropelladamente, mirando el reloj como si fuera un hombre de negocios atareadísimo. Era la madre de Brian la que le pagaba el sueldo y quería que le diera buenos informes a la señora. Cuando él estaba presente, la niñera hacía ostentación de que se ocupaba de ordenar la vida de las niñas al minuto porque sabía que eso era lo que él y su madre querían y esperaban. Volvió a mirar su reloj y permaneció de pie, con ademán respetuoso, esperando.

—Muy bien, Gill —dijo Brian, cerrando el libro con un suspiro—. Supongo que ya es la hora. No hemos leído mucho. Como siempre. Demasiadas interrupciones.

—Ah, claro, señor; es lo que pasa donde hay niños. La verdad, no se pudiera esperar otra cosa.

Brian ponía mala cara con aquellos errores a la hora de hablar, pero no podía hacer nada: su madre le aseguró que era una mujer excelente, aparte de eso, y que era extraordinariamente difícil conseguir a una persona que se quedara mucho tiempo a cargo de Sarah.

Brian dio un beso a las niñas y luego les preguntó:

—¿Le doy un beso a Judith también? —y se inclinó con una expresión amable y tímida. Judith pensó que sería muy agradable tener un padre cariñoso.

—Gracias por ese bonito cuento —dijo.

Él estaba encantado.

—Muy bien —le respondió, dándole unas palmaditas en la cabeza, y luego salió de la habitación de las niñas.

Mediante coacciones, persuasiones y advertencias, las jóvenes Sargent acabaron por encaminarse al baño.

—Puedes venir y hablar con nosotras mientras nos damos un baño —dijo Sarah con arrogancia.

—No, gracias —contestó Judith—. Voy a leer.

—Oh, vamos... —añadió Sarah, ahora con más cordialidad.

—No —repitió Judith—. No quiero.

Clavándole la mirada, Sarah abandonó muy despacio la habitación.

Cuando se marchó, Judith fue corriendo a su habitación para buscar el libro de Katy. Fue genial volver y encontrar el cuarto infantil vacío y con la puerta cerrada. No tenía intención de ponerse cómoda: simplemente se sentó en una silla de madera que había

junto a la pared y abrió el libro. Enredando sus piernas en las patas de la silla, comenzó a leer y se olvidó de las niñerías raras y las primas maleducadas.

Le pareció que no había pasado nada de tiempo antes de que la niñera Gill regresara con las manos moradas y arrugadas por el agua. Parecía una mujer completamente diferente, despreocupada, tranquila, y se quedó delante de la chimenea volviéndose a poner los puños almidonados que había dejado, ordenados, uno dentro del otro, en la repisa.

—Ya está... —dijo con expresión tranquila y sosegada.

La niñera Gill tenía una fuerte tendencia a la tranquilidad, siempre frustrada por sus dos pupilas, quienes, a lo largo del día, no le daban un respiro: ni le permitían estar tranquila ni ellas mismas eran capaces de estar tranquilas. Afortunadamente para la niñera Gill, ahora iban a una pequeña escuela privada. Meriel por las mañanas y Sarah hasta las tres y media de la tarde. No importaba: durante muchas horas a lo largo del día, la niñera Gill tenía que batallar con ellas, y eran verdaderas batallas.

Si los patrones temían que la niñera Gill pudiera despedirse, como habían hecho tantas niñeras antes que ella, la niñera Gill también temía que sus patrones pudieran despedirla. No estaba especializada, como las nuevas niñeras, y ya no era joven; y lo peor de todo, no era capaz de manejar a las niñas. Ella no quería dejar el trabajo y sus patrones no querían que se fuera, pero ninguna de las partes estaba segura de ello, así que unos desconfiaban de los otros y había una gran tolerancia tácita por ambas partes. Al final, cada parte había aguantado más de lo necesario sin romper la relación.

En cualquier caso, cada día era un sufrimiento intentar disimular el hecho de que no podía manejar a las niñas; sobre todo, debía ocultárselo a la señora mayor, a la vieja señora Sargent, que todos los días esperaba una visita de las niñas y de la propia niñera, con un informe sobre la salud y el comportamiento de las jóvenes, así como toda la información interna posible sobre la casa de su hijo. Todo aquello resultaba angustioso durante el día, pero por la noche, cuando las niñas se iban a la cama, la angustia se disipaba y la niñera recuperaba su ansiada tranquilidad. La niñera Gill dejó escapar un largo suspiro de alivio y volvió a la vida, a su vida. Su manera ideal de pasar la vida era estar sentada junto al fuego en absoluta tranquilidad, leyendo las revistas femeninas de dos peniques que le llegaban a casa todas las semanas. Eso era otra cosa a favor de la casa de los Sargent: le pagaban los periódicos (lo hacía también la señora madre del señor). Un periódico de fotos todos los días y dos revistas de dos peniques los viernes.

La prensa femenina le proporcionaba a la niñera Gill un placer extraordinario. Le encantaban los amoríos, aunque ella ya no estaba en edad para amoríos, si es que alguna vez la había tenido. Le encantaban los consejos sobre la maternidad, aunque ella no había tenido hijos y solo se había ocupado de los hijos de los demás. Le encantaban las recetas, aunque nunca tuvo ocasión de preparar o degustar los platos que se describían en las revistas. Al leer, siempre movía los labios al pasar por las palabras: «Verter en una copa pequeña o en un plato elegante, limpiar los bordes con cuidado y servir con un poco de nata». Aquello le proporcionaba a la niñera Gill una encantadora felicidad. En su imaginación había una casa en la que, exactamente como en las revistas de dos peniques, a ella la

amaban con pasión romántica, y tenía un bebé, un horno en la cocina y armarios con estantes llenos de copas de cristal y platos elegantes, y a esa casa imaginaria volvía todas las noches cuando sus problemáticas pupilas ya estaban en la cama. Esa noche, sin embargo, el regreso a la casa de su fantasía tenía que posponerse una hora más.

—Acércate al fuego, querida —le pidió a Judith—. ¿Qué estás haciendo ahí tan lejos?

Con una media sonrisa y sujetando el libro contra las rodillas, Judith se acercó al escabel que había en la alfombra. Katy acababa de tener un espantoso accidente y Judith esperaba que la niñera no le impidiera averiguar de inmediato si todo iba a salir bien. No podría soportar que Katy acabara muriéndose. Pero la jefa de la niñera Gill había dicho que tenían que hablar, así que la niñera Gill se puso a hablar.

—Sarah se ha portado fatal hoy, ¿verdad? —dijo, enhebrando una aguja. Pensó que podría terminar de zurcir algo mientras hablaba—. Pero mañana ya estará bien, probablemente. Aunque es una niña muy difícil. Mira cómo se puso por el huevo. Si no habría ido y le habría traído uno, mira si no habría tirado todos los platos por el suelo, y tu huevo también. Y ya sabes que no se pueden montar escenitas en el cuarto de los niños —explicó la niñera Gill con unos modales muy razonables—. No se puede, la verdad.

—No —respondió Judith.

—Siempre está molestando a su hermana, horrendamente —continuó la niñera Gill, haciendo un remiendo y chasqueando un poco la lengua—. Nunca se llevan bien —exclamó asombrada—. Hermanas no parecen, en absoluto. Vaya, deberías habernos visto a

mi hermana y a mí. Yo y Hattie nos queríamos un mundo las dos, ya lo creo. Siempre íbamos vestidas igual en casa.

Con la aguja suspendida en el aire, la niñera Gill sonrió mirando el fuego pensando en Hattie, y Judith aprovechó la oportunidad para leer unos cuantos renglones más. Pero la voz de la niñera Gill pronto volvió a reclamar su atención.

—Claro, Sarah ha sido muy malcriada —continuó—. No es culpa mía, aunque soy yo quien tiene que aguantarla. Va demasiado al salón. Está con los mayores, y esos jóvenes también la han malcriado y por eso se porta mal aquí, eso es lo que pienso yo. Empero —precisó la niñera Gill—, todo esto se va a acabar, porque no lo sé, pero algo ha pasado... —dijo, bajando la voz y arqueando las cejas para fijarse en el zurcido—. Ocurrió en mi tarde libre: parece que Sarah quiso bajar al salón cuando uno de los amigos de su madre, un caballero, vino de visita, y le habían dicho que no podía bajar, pero Sarah bajó de todos modos antes de que llegara el caballero y se escondió detrás del sofá. Luego empezó a llorar y la encontraron. —La niñera miró de un modo dramático a Judith, pero Judith no sabía por qué. A ella solo le pareció que no era más que un juego de niños: se había escondido detrás del sofá. Miró a la niñera con cara de no comprender lo que decía y la niñera Gill, ante aquella mirada tan inocente, se contuvo y no siguió adelante—. Bueno, da igual —dijo quitándole importancia—. En suma y consecuencia, la cosa es que no la han vuelto a dejar bajar desde entonces, salvo con su hermana y a los postres. Así que ahora está más enfurruñada que nunca, aunque ya se le pasará.

Judith estaba allí sentada deseando leer, pero escuchando educadamente. No podía contribuir mucho a la conversación; no

podía decir más que «sí» o «no», «¿ah, sí?» o «oh», y se alegró mucho cuando la niñera Gill dijo, antes de tiempo, que se podía ir a la cama si quería. Le dio las buenas noches y se fue del cuarto con su libro.

—Qué niña tan curiosa —fue el comentario de la niñera Gill mientras cogía sus revistas. Pero, claro, en su opinión todos los niños eran difíciles.

Judith, aliviada tras haberse librado de toda aquella gente rara por el momento, deambuló por el pasillo. Ahora que no había nadie por allí, que las niñas estaban en la cama y el resto de la gente estaba en la cocina o en el salón, todos ocupados con la cena, pensó que podía echar un vistazo a la casa a placer. Pasó la mano levemente por las puertas cerradas, preguntándose qué habría detrás. Observó aquella alfombra tan mullida bajo sus pies. Se fijó en la preciosa escalinata, amplísima y de madera oscura y brillante, que subía y bajaba. Miró desde arriba el vestíbulo donde el fuego de la enorme chimenea de piedra esparcía un aire cálido y perfumado de flores por toda la casa. Abajo, a través de una puerta abierta, la brillante y dorada luz de una chimenea se extendía sobre una alfombra plateada. Debía de ser el salón, decidió Judith. Por todas partes había muchísimas flores primaverales, narcisos, mimosas y lirios. Allí es donde estaría Margaret esa noche. La cena olía muy bien y daba la impresión de que el salón tendría un aspecto maravilloso, pero Judith no envidiaba a Margaret ni por una cosa ni por la otra. Tener que estar con los mayores le habría arruinado ambas cosas: la cena y el disfrute del salón. No tenía ni idea de por qué su prima Sarah tenía tanto interés en aquello.

Una criada cruzó el vestíbulo y entró en el salón para ver cómo estaba la chimenea. Judith vio cómo se atusaba el pelo delante de un espejo y se tomaba la libertad de coger un bombón de una caja. «Oh», pensó Judith, «no debería». Y vio cómo la doncella se sobresaltaba y engullía deprisa el bombón, porque la puerta se abrió de repente para dejar pasar a un hombre muy joven, que entró sin sombrero, como si estuviera acostumbrado a estar en la casa.

—¿No han terminado de cenar todavía, Birch? —preguntó cuando la criada avanzó hacia él para recibirlo, con una sonrisa y sin indicios de haberse comido un bombón.

—No, señor John, pero no tardarán mucho.

—De acuerdo, esperaré aquí... —dijo el joven, sentándose cerca de la chimenea y cogiendo un periódico.

El teléfono sonó en el vestíbulo —había teléfonos por toda la casa — y Judith oyó cómo la criada decía:

—Sí, señor, la señora Sargent me dijo que le dijera que le encantaría verle esta noche.

«Esta casa es como un hotel», pensó Judith.

Y eso fue justo lo que pensó Brian cuando salió de cenar y se encontró al joven Watson en el vestíbulo, el presagio de lo que estaba por venir.

—Hola, John —lo saludó Vera cordialmente. Le encantaban las visitas, le encantaba estar rodeada de gente. Era, de hecho, esencial para ella.

—Mira, Margaret: este es John Watson, un vecino. Ha venido para rebajar un poco la media de edad, o de lo contrario te podría parecer que éramos todos muy mayores. Supongo que tu padre y tu madre vendrán luego, ¿no, John?

—Sí, claro —respondió el chico, tirando de su pajarita, olvidando que no era una corbata y arrancándosela casi por completo.

Por norma general, no era tímido con los Sargent, pero aquella chica de su edad, con brazos delgados y una abundante melena morena le arrebató toda su seguridad y la miró con tanta vergüenza como ella a él.

—Pasa al salón y toma un café —dijo Vera.

Cuando se cerró la puerta tras ellos, Judith subió corriendo el último tramo de escaleras. Ahora, a la cama y a ver qué le pasaba a Katy. Una lámpara con estrellas y un buen libro: ¡qué maravilla! Tenía la intención de disfrutar de ambas cosas al máximo hasta que subiera Margaret. Pero cuando llegó su hermana, hacia la medianoche, ya llevaba horas durmiendo.

II

Margaret se acercó, un poco aturdida, a mirar a su hermana. Le resultaba extraño encontrar a una persona que tuviera algo que ver con su vida en ese lugar. Había estado en un mundo tan diferente, tan emocionante... Se había alejado tanto de su mundo en un tiempo tan breve... Y, a pesar de todos sus temores, las cosas habían resultado muy sencillas. Toda la velada había sido como el sueño de una fiesta en el que una iba flotando ligera como el aire, probaba una comida deliciosa sin saber lo que era y milagrosamente decía lo apropiado en cada momento. La estancia era también como un

sueño, plateada, con brocados dorados y todos aquellos ramos de flores, las fresias, las lilas y los narcisos... y cuando, de tanto en tanto, se percataba de que ella estaba allí, también parecía formar parte del sueño. Nunca había disfrutado de una velada semejante, pero había pasado tan deprisa... Cuando su tía dijo que ya era casi medianoche y que debía irse a la cama, no se lo podía creer.

—No tengo ni pizca de sueño —protestó, porque deseaba quedarse hasta el final.

Pero Vera, aunque sonrió, fue firme, así que Margaret se retiró a regañadientes y subió a su habitación, donde disfrutó del placer de volver a revivirlo todo de nuevo.

Y aún iban a ocurrir muchas más cosas. El lunes iban a ir todos a las carreras, todos los que habían estado allí esa noche salvo el tío Brian. Él no iba a las carreras, al parecer. Margaret nunca había estado en un hipódromo y su corazón brincaba de emoción ante esa perspectiva. ¡Imagínate: ir a un sitio del que solo sabías por los libros! ¡Seguro que era muy moderno y elegante! Luego, una noche de la semana siguiente iban a ir al teatro. ¡Qué días tan maravillosos iba a disfrutar!, pensó, mientras se quitaba el vestido y recordaba lo aterrorizada que había estado por ir a casa de sus tíos. Cuando ya estaba preparada para meterse en la cama, apagó la lámpara y se acercó a la ventana para ver si podía ver la casa vecina, que había captado su interés porque John Watson vivía allí. Recortada contra el cielo, ligeramente rojizo por culpa de las luces de la ciudad, vio la oscura silueta de la casa elevándose por encima de los jardines. En una mansarda había luz. Tal vez era su habitación.

«No debería estar pensando en él», se dijo con cierto sentimiento de culpa. «A papá no le gustaría...».

¡Papá! Se aferró a las cortinas compulsivamente. Había prometido enviarle una postal en cuanto llegara y lo había olvidado. Aún la tenía en el bolso. La había escrito de camino y aún la tenía allí. Encendió la luz y la sacó. Se quedó con ella en la mano como si fuera la prueba de un olvido fatídico. ¿Qué pensaría su padre? ¿Qué diría? Ella lo sabía muy bien. Diría que la primera vez que se iba de su lado y se olvidaba de él. «¡Oh, no, papá, no...!», protestó. Pero era cierto. Se había olvidado de él. A lo largo de toda la velada no había pensado ni una sola vez en él. Y ahora se vengaba: el simple hecho de pensar en él había borrado de un plumazo todo el placer y la alegría de la velada. Volvió a apagar la luz, pero tardó muchísimo en dormirse. Su padre estaría tan dolido...

Se preocupaba innecesariamente. En esos momentos, Geoffrey había abandonado la casa de Queen's Walk sin decir adónde iba. Había exigido que Margaret le enviara la postal, pero sabía que no iba a estar allí para recibirla.

Abajo, todo el mundo se había ido salvo el capitán Ward. Aún seguía allí, con un codo apoyado en la repisa de la chimenea, mirando a Vera, que estaba tendida en un sillón junto al fuego. Bajo la lámpara del techo, de pie y de espaldas, Brian estaba con el *Times*, aunque ya lo había leído de principio a fin aquella noche. Esperaba que Ward se fuera. Había dejado la puerta completamente abierta para darle una pista. Los otros dos también la dejaron abierta para ver si Brian se daba por enterado. Vera y Ward hablaban con desgana, con grandes pausas y silencios. No decían nada, salvo los cuatro lugares comunes. Una cosa es cierta, pensó Brian, con la mirada clavada en las noticias económicas: Ward no se quedó para eso.

Tras unos minutos, Vera dijo:

—Podrías sentarte aquí, Johnny.

El capitán Ward se sentó. Y poco después, Brian también se sentó. Pensó con aire sombrío que los dos podían jugar a ese juego.

A la una y media se fue el capitán Ward. No había estado ni un momento solo con Vera, pensó Brian mientras, con triste satisfacción, subió a su habitación.

«No solo me aburre mortalmente», pensó Vera mientras subía las escaleras, «sino que hace todo lo posible para que nunca pueda estar con alguien sin aburrirme».

Encendió las luces de su habitación y se miró en el espejo. Cuando la gente decía que era la mujer más adorable en Trenton, sonreía con un gesto de indiferencia. Era muy fácil. ¿Qué competencia tenía? Si viviera en Londres o en Europa, habría sido diferente. Deambuló aburrida por la habitación, bostezando, tocando las cosas. Era como una reina en el exilio que vivía con gente que nunca era lo bastante buena para ella. Sin embargo, no sabía dónde estaba su reino.

CAPÍTULO DIEZ

I

El Domingo de Pascua por la mañana, mientras los amigos de Vera iban llegando a la parte de atrás de la casa, Brian, seguido de las tres niñas pequeñas, bajaba apresuradamente los escalones de la entrada principal. Cuando Vera quería agasajar a sus amigos los domingos por la mañana con champán, Brian cogía a las niñas e iba a visitar a su madre. Así las apartaba de lo que consideraba un espectáculo frívolo, extravagante, por no decir inmoral. Al ausentarse de una manera tan llamativa, también confiaba en que los invitados se dieran cuenta de que desaprobaba esas celebraciones. Pero los invitados no se daban por aludidos. Estaban encantados de que se largara cuando ellos llegaban, y así lo manifestaban. Les amargaba la fiesta, decían.

Margaret, con el joven Watson en la gran ventana con parteluz del salón, le dijo adiós a Judith, y Judith le devolvió el saludo con pesar. No quería visitar a la anciana señora Sargent. Y Sarah tampoco.

—La abuela es una vieja zorra —dijo Sarah, bajando las escaleras.

—Oooh —exclamó Meriel, tapándose la boca con la mano—. Se lo voy a decir. Le voy a decir a la abuela cómo la has llamado.

—Díselo —contestó Sarah sin ningún remordimiento—. Menuda novedad. Siempre lo estás contando todo.

Intentó arrebatarle a Eva, pero Meriel dio un salto y alcanzó a su padre. Gozando de esa seguridad, le hizo un gesto de desprecio a su hermana. Iban a un lugar donde ella era la primera, donde todo lo que decía y hacía era perfecto, y donde Sarah no se atrevía a molestarla.

Lawn Cottage no estaba a más de diez minutos a pie de la mansión Southfield; estaba en otra amplia calle con árboles, pero esta casa era más antigua, baja, de color crema, con aleros de pagoda y verandas que le conferían un aire de imitación chinesco. Había explanadas de césped alrededor, algunos parterres de flores y muchos árboles.

Por el camino de la entrada bajaba a su encuentro una señora mayor con un sombrero negro adornado con enormes lazos. La vieja señora Sargent siempre llevaba el mismo tipo de sombrero. Era muy exigente y puntillosa al respecto y tenía una buena colección. Iba a Londres con su hija Gertrude para que se los hicieran a medida. A veces iba dos y tres veces por un solo sombrero, pero siempre, como señalaba Vera, acababa siendo el mismo sombrero. Nadie podía notar la diferencia y nadie la había podido notar en los últimos veinte años, salvo por el hecho de que, si uno los observaba de cerca, el ribete a veces era de seda gorgorán y en otras ocasiones era de tafetán.

La señora Sargent llevaba el pelo —blanco como la nieve— muy estirado en los lados, pero se alzaba a una altura increíble en la parte superior, y sobre ese cardado iba encaramado el sombrero

como un gran pájaro en un nido inestable. Judith se fijó en que tenía unas mejillas blancas como malvaviscos y los ojos azul claro.

Para ser una anciana, la señora Sargent tenía lo que Vera consideraba unas vanidades impropias de su edad. Sus sombreros eran una de esas vanidades; su edad era otra. Nadie, ni siquiera las niñas, sabían qué edad tenía. Y tenía un miedo que escondía con tanto secretismo como su edad: la aterrorizaban los truenos, pero nadie lo sabía.

La anciana señora Sargent no soportaba a Vera ni nada de lo que hacía. Vera decía que le debería estar agradecida, precisamente por eso. La señora Sargent era una mujer autoritaria y, aunque la fortuna de su marido era suya y podía hacer lo que quisiera con ella —Brian solo había recibido el negocio de su padre—, la vida había huido de Lawn Cottage cuando su marido murió y su hijo se casó. Pero los defectos de Vera le proporcionaban a la señora Sargent motivos de conversación tan interesantes que casi podían compensar lo que había perdido. Gozaba del infinito placer de encontrar defectos a todo, y de inmiscuirse en la vida de Brian y las niñas y compadecerse de ellos. Con Vera, la señora Sargent contaba con una fuente inagotable de conversación y —según Vera— solo el cielo sabía qué habría sido de la señora y de Gertrude sin ella. Por muchas diferencias que tuvieran entre ellas, siempre estaban de acuerdo en la valoración que hacían de Vera. Vera las mantenía unidas. Según Vera, no sabían lo mucho que le debían.

—¿Y quién es esta? —preguntó la señora Sargent, deteniéndose en el camino y señalando con el bastón a Judith.

—Es Judith Leigh, una de las hijas de Charlotte, una niña encantadora —respondió Brian amablemente.

—¿Ah, sí? —dijo la anciana, como si no se lo creyera.

Y no se lo creía. Pensaba que de la familia de Vera no podía salir nada bueno. Una pandilla de locos, decía, olvidando a Lucy, olvidando a Jack, y pensando solo en los chicos inútiles que habían emigrado a Canadá y en la desdichada boda de la otra chica... la madre de esa niña, supuso.

—Y bien, Sarah —dijo—, ¿en qué líos te has metido esta semana?

—No me he metido en ningún lío —contestó Sarah con dignidad —. No he hecho nada.

—Oooooh, ¿de verdad? ¿Y qué me dices... de lo que tú sabes? —intervino Meriel.

Sarah frunció el ceño, pero no persiguió a su hermana, cosa que sí habría hecho en casa.

—¿Dónde está la tía Gertrude? —preguntó Meriel.

—En su cuarto, cariño. Ve a buscarla —dijo complaciente la abuela, y Meriel salió corriendo.

La tía Gertrude siempre tenía caramelos y, mientras los comía, apoyada en las rodillas de su tía, Meriel le dijo:

—¿Sabes cómo ha llamado Sarah a la abuela? La ha llamado una cosa horrible. Una palabra fea espantosa. La ha llamado... —La tía Gertrude dejó escapar un gritito de horror. Así que huyó corriendo.

—Madre mía, madre mía —dijo la anciana señora Sargent observándola—. Ese abrigo es demasiado corto para la niña. Ahora, vosotras dos, id a correr y a jugar por el jardín —añadió con desprecio—. Y tú, hijo mío, entra y toma un vaso de jerez.

Brian tomaba un jerez en casa de su madre, pero no champán en la suya. Insistía en que había una diferencia, aunque cuando Vera le

preguntaba cuál era, él se refugiaba en un digno silencio.

—No veo la diferencia —decía Vera—. Salvo que el champán es chispeante y divertido y el jerez es aburrido y soso, de modo que las bebidas combinan a la perfección con las diferentes compañías en ambos casos.

—¿Me permites recordarte, Vera, que estás hablando de mi madre? —le respondía Brian con mucha seriedad.

—¿Y tú sabes —preguntaba Vera— que siempre sé de antemano lo que vas a decir?

Brian se sentó con su madre en el salón, una estancia de techo bajo, y aún más oscurecida por la veranda chinesca que había tras las ventanas, a través de las cuales podían ver a las dos niñas patilargas que andaban deambulando sin rumbo por la hierba. En el salón, a pesar del fuego, había un ambiente gélido, debido tal vez al brillo de las decoraciones chinescas en las sillas, los biombos y los escabeles, los reflejos del cristal, y los retratos en ceras de niños enmarcados en marcos dorado pálido que colgaban de las paredes. Entre los retratos, había uno de una niña de inquietos ojos azules, tirabuzones rubios y mangas abullonadas: una niña encantadora que, increíblemente, se había convertido en la rígida y convencional anciana que ahora estaba junto al fuego.

—¿Algo interesante en el trabajo esta semana, querido? —le preguntó a su hijo.

—No, creo que no,

Brian era un hombre de negocios prudente, aunque no muy emprendedor. Su padre había consolidado el negocio con una oficina en Nueva York, donde Brian había pasado un par de años antes de su matrimonio. Brian no tenía nada que hacer salvo seguir

la línea marcada por su padre, y eso era lo que hacía. El dinero, sin embargo, estaba en su mayor parte en manos de su madre, porque su padre se lo dejó a ella sin ninguna restricción. Brian solía recordarle a Vera que buena parte de lo que disfrutaba se lo debía a la generosidad de su madre.

—Pues no quiero deberle nada —decía Vera—. ¿Por qué no podemos vivir de nuestro propio dinero? ¿Por qué sigues aceptando esas enormes sumas de dinero de tu madre?

—Le gusta dármelas. ¿A quién más iba a dárselas?

—Pero eso solo depende de su capricho —protestaba Vera.

—Mi madre nunca es caprichosa —replicaba Brian con toda seriedad.

Pero esta cuestión, y otras, ya se habían discutido hacía mucho tiempo. Desde entonces, Vera se había precipitado en la imprudencia que se había ido apoderando de ella. Solía quejarse de que no tenía ni idea del dinero que tenía; una queja bastante estrafalaria, pensaba Lucy, que tenía que saber adónde iba cada penique de su cuenta. Cuando Vera agotaba su saldo bancario, siempre salía más dinero de alguna parte. Había dejado de preguntar de dónde. Y sencillamente ya no le importaba, le dijo a Lucy. Desde luego no iba a hacerle el juego a la vieja señora Sargent solo por el dinero que le sacaba, añadió. De hecho, se estaba portando con la anciana bastante peor de lo que sería normal en otras circunstancias.

La anciana señora Sargent era tan regia a su manera como Vera a la suya. Su actitud era la de una vieja reina viuda que tiene celos de la nueva reina en el trono. Su mayor placer en esos días era escuchar algo negativo sobre la usurpadora, algo que pudiera

justificar la mala opinión que tenía de ella. Pero esa mañana dominical aún no se había enterado de nada malo. Siempre tenía que deducirlo por su cuenta, reunir fragmentos de información de aquí y de allá y componerlos en privado, porque Brian siempre era demasiado leal con su mujer. Como si hubiera alguna necesidad de ser así entre madre e hijo, pensaba la señora Sargent. Debería saber que podía contarle cualquier cosa y todo lo que quisiera. Pero él no lo hacía y ella se quedaba allí sentada, moviendo las manos incesantemente en su regazo sedoso, y pensando que la conversación con su hijo era triste y sosa. En lo más recóndito de su pensamiento, la anciana se preguntaba —aunque nunca lo admitiría— si Brian no sería un poquito pesado, un poco aburrido, y si Vera lo veía así también.

En cualquier caso, la señora Sargent no iba a verse defraudada e iba a disfrutar de algún incidente que animaría su mañana de Sabbath. Se abrió la puerta y entró Gertrude, que la cerró de inmediato tras ella. Era evidente que algo había ocurrido, pero Gertrude no iba a omitir el preceptivo prólogo. (Los Sargent, decía Vera, siempre se escuchan a sí mismos cuando hablan, pensando en lo bien que suenan). Gertrude enlazó las manos y se inclinó sobre la vieja dama.

—Madre, no quiero disgustarte —dijo—. Y no debes disgustarte. Recuerda tu corazón, madre, e intenta no tomarte esto demasiado a pecho. Al fin y al cabo, Sarah no es más que una niña.

Así que... Sarah otra vez. La familia Sargent, rígida y estirada, siempre en sus estancias cerradas con olor a naftalina, siempre tenían que ver cómo Vera y Sarah les rompían las ventanas. Eso las convertía en el enemigo. Pero si esas dos criaturas hermosas y

rebeldes hubieran querido entrar en palacio, comer de sus manos, dejarse acariciar, consentir ser domesticadas, ¡qué orgullosos y felices se habrían sentido los Sargent! Pero, en fin, las cosas eran distintas: la anciana levantó la mirada con un brillo de desagrado en sus pálidos ojos azules.

—¿Qué ocurre, Gertrude?

—Bueno, madre mía... y Brian, también, Meriel es solo una niña pequeña y no sabe lo que me ha dicho, estoy segura. Pero me acabo de enterar de que Sarah, madre mía, le ha dicho a su prima Judith que eres... casi ni lo puedo decir, madre mía... —titubeó Gertrude —. Dijo que eras (preparaos para una conmoción, madre mía), dijo que eras una zorra. Madre mía.

—¡Brian! —La anciana giró la cabeza cargada de sombrero con tanto vigor y virulencia que el sombrero quedó señalando a Gertrude.

—¡Santo cielo! —exclamó Brian, tan conmocionado como su madre podría desear.

—¿Y dónde se supone que ha aprendido esa cría esa palabra atroz? —preguntó la señora Sargent, mientras Gertrude solícitamente le enderezaba el sombrero—. ¿Quién la ha utilizado para referirse a mí? ¿Quién puede ser... sino *una* persona? Es el tipo de palabra que utilizaría Vera, con ese espantoso vocabulario moderno, para referirse a la madre de su marido.

—Madre, estás equivocada —protestó Brian—. Sarah aprende todas esas palabras de los criados. No sabe ni lo que está diciendo. No tiene ni la más ligera idea.

—Dile que entre, Gertrude —dijo la señora Sargent, señalando con el bastón a las niñas que deambulaban por el jardín—. Que

venga aquí.

Gertrude abrió las ventanas francesas.

—Sarah... ¡Sarah! —gritó—. Te llama la abuela.

—Oh, mierda —farfulló Sarah—. Algo va a pasar, ya verás. Ven conmigo, ¿quieres?

Sarah se dirigió a la ventana, y parecía nerviosa muy a pesar suyo. A veces, sus nervios de niña no estaban a la altura de una pelea, a no ser que la provocara ella misma, y temía a su abuela más de lo que ella misma admitiría.

—Ven aquí —ordenó la anciana con ademán severo.

Sarah se acercó, con el ceño fruncido y era muy evidente un ligero brillo en la mirada provocado por la tensión de la emoción. Judith se quedó junto a las grandes ventanas francesas con el corazón latiendo desbocado. Odiaba las peleas. Odiaba que los que ostentaban la autoridad se ensañaran con los pequeños. Esto era casi tan feo como lo que pasaba en casa, pensó. Lo sentía por Sarah, siempre metida en líos.

—Sarah —dijo la señora Sargent, con el sombrero temblando de un modo amenazador—. Acaba de llegar a mis oídos que, hablando de mí, tu abuela, has utilizado una palabra que me ha escandalizado sobremanera.

Sarah, con la mirada clavada en su abuela, tragó saliva.

—Ya veo que sabes de lo que hablo y que lo admites —dijo la anciana—. Me horroriza que conozcas la mera existencia de semejante palabra. Ya pueden decir que solo eres una cría que no sabes lo que significa esa palabra, pero para mí está perfectamente claro, Sarah... —y se inclinó hacia delante con gesto imponente en

su sillón—, que es la peor palabra en la que podrías pensar y la has utilizado para referirte a mí, tu abuela.

Sarah permaneció callada.

—Sé que no serviría de nada si te dijera que eres una niña desagradecida por hablar así de una persona que siempre ha hecho todo lo que estaba en su mano por ti, una persona a la que le debes más de lo que sabrás jamás, porque creo que nadie te cuenta lo que hago por ti y por tu madre y por tu hermana y, en fin, por toda esa casa —dijo la señora, y se detuvo para coger aire—. Pero puede que sirva de algo si te dejo claro el daño que te estás haciendo a ti misma. Tal vez eso te importe, aunque solo sea por eso.

Sarah seguía mirando a su abuela.

—A veces te he oído quejarte de que no tienes amigas —continuó la señora Sargent.

Sarah bajó la mirada. La expresión de humillación y de menosprecio hizo que Judith se sintiera incómoda, y se reflejó en su rostro. «Oh, ¿por qué no le puede decir esto a Sarah en cualquier otro momento?», pensó Judith, resoplando junto a la ventana. «¿Por qué se lo tiene que decir delante de todos?».

—He oído que nadie quiere jugar contigo —dijo la anciana—. Sé que no te quieren. ¿No se te ha ocurrido que es por un comportamiento violento y tu lenguaje asqueroso e impropio de una niña? Ningún niño decente jugará contigo, ni lo dejarán jugar contigo. Nadie te pedirá que vayas a su casa. Si una buena madre te escucha decir semejante palabra, y dirigida además a tu abuela, nunca permitirá que te acerques a sus hijos. En realidad, estaría justificado que se quejara a tu colegio y que exigiera que te expulsaran. No me sorprendería que todo eso ocurriera muy pronto.

Y entonces todos sufriremos la ignominia pública por tu culpa. Espero, Brian —se volvió hacia su hijo con expresión de extrema rigidez—, que le comentes a Vera este incidente y que intentes hacerle entender que los niños no deben escuchar semejante lenguaje. Y ahora puedes llevarte a Sarah —dijo en un tono gélido —. No quiero verla durante bastante tiempo. Meriel puede quedarse a comer, Gertrude.

Sarah se quedó quieta, con la mirada en el suelo. Brian se levantó.

—Será mejor que digas que lo sientes —dijo con un tono distante. Estaba muy enfadado con ella. El incidente había arrojado una luz excesivamente reveladora de lo que ocurría en su casa.

—Lo siento —murmuró Sarah.

Salió de la estancia y Judith fue tras ella. En el camino, extendió una mano y le dio un apretón a Sarah.

—Bah —dijo Sarah, secándose una lágrima—. No me importa. Es una vieja zorra.

II

Si Vera hubiera conocido solo la versión indignada, pero poco imaginativa, de Brian sobre el incidente de aquella mañana, no le habría prestado la menor atención. Pero también escuchó la versión de Judith —a través de Margaret—, y eso despertó una simpatía amable por Sarah y una feroz indignación con Meriel. Cuando Vera reflexionó sobre el episodio acontecido y tuvo tiempo para

conmoverse e indignarse, entonces decidió actuar. Por la tarde, fue a Lawn Cottage.

La señora Sargent se acababa de levantar de su siesta vespertina junto al fuego, en el salón. Abrió lentamente los ojos y vio a Vera avanzando por el camino de la casa. Demasiado guapa, pensó, y ni siquiera estaba medio despierta. Brian habría sido más feliz con alguien más sencillo, todos habríamos sido más felices. Dicen que la belleza es un don, pensó, pero solo acarrea problemas. Solo crea insatisfacción, una especie de melancolía a su alrededor. Deberíamos ser todos bellos, o ninguno. Esto va a ser una batalla, pensó, despertándose del todo, y yo no la ganaré. Las batallas de Vera eran tan breves y virulentas que su suegra nunca tenía tiempo de decir nada antes de que acabaran. Se sentó y procuró enderezar el gran copete de pelo que se había inclinado un poco hacia un lado.

—Buenas tardes, abuela —saludó Vera, irrumpiendo en la estancia. Se inclinó para besar aquella mejilla insustancial. Vera siempre pensaba que era como besar un buñuelo—. ¿Cómo está usted? ¿Cómo está Gertrude? Espero que bien.

—No me hago ilusiones de que hayas venido a preguntar por mi salud —dijo la anciana con una mueca de desagrado.

—No, pero de alguna manera hay que empezar, ¿no? Una pregunta circunstancial a veces rebaja la ira. En realidad, he venido para llevarme a Meriel a casa. Por supuesto, está usted enfadada con Sarah, pero no creo que Meriel deba ser recompensada por contar chismes.

La anciana se encendió.

—Meriel no sabe lo que está diciendo cuando repite una palabra como esa.

—Da igual: sabía que si lo decía, iba a meter a Sarah en un lío —replicó Vera.

—Es una vergüenza —añadió la señora Sargent, cediendo a la ira —. Para alguien. No sé para quién.

—Dígalo, dígalo —propuso Vera con alegre despreocupación—. No lo dude.

—Pues para tus amigos, ese tipo de gente con la que te relacionas y a los que metes en tu casa: Sarah jamás debería haber escuchado una palabra como esa.

—Señora, ¿no se lo está tomando demasiado en serio? —preguntó Vera en un tono muy razonable—. Sarah lo escuchó y le gustó como suena. Muchas palabras que empiezan por «z» son unos improperios estupendos. Alivian el mal humor.

—Pero, bueno, me gustaría saber... —dijo la anciana señora Sargent imprudentemente—. ¿Por qué tendría que aliviar Sarah su mal humor con su abuela?

—Ah —respondió Vera—. Eso es algo que tendrá que averiguar usted. Solo vemos una cara de la moneda. Conocemos nuestra opinión de los niños, pero no conocemos la opinión que los niños tienen de nosotros, salvo en momentos como este. En todo caso, ya me voy, y me llevo a Meriel. Supongo que está arriba, con Gertrude. Yo no me preocuparía mucho por esa palabra —dijo, abriendo la puerta y apoyando la mejilla en el borde—. Después de todo, si se considera sin prejuicios, casi es un cumplido. Quiero decir... en el sentido en el que se utiliza generalmente, querida abuela. Adiós.

Antes de que la señora Sargent hubiera captado en toda su extensión lo que quiso decir su nuera para poder escandalizarse, de nuevo Vera ya se alejaba por el camino con su lloriqueante hija.

Sarah estaba tan contenta de que su madre se hubiera puesto de su parte y de que hubiera ido a Lawn Cottage para dejarlo claro y para sacar de allí a Meriel, que acabó bailando. Cuando la niñera Gill la vio empujando la mesa de la sala infantil hacia la pared, una expresión de alivio y de paz se reflejó en su rostro. Los problemas surgían por todas partes: la anciana señora Sargent, la joven señora Sargent, el señor Sargent, Meriel... «y todos la pagan conmigo», pensaba la niñera Gill, «siempre me la cargo yo». Esperaba que el gran lío fuera el de Sarah, pero si Sarah iba a bailar, todo debía estar bien.

—Ahora vas a ver algo interesante... —le susurró la niñera Gill a Judith cuando Sarah cogió sus zapatillas de ballet del cajón.

Sarah puso un disco en el gramófono de la habitación de los niños y se colocó en mitad de la estancia. Situó los pies en la primera posición y esperó. Su pasión por la danza recibió una buena acogida y se fomentó. Había estado yendo a clases de ballet desde que tenía cuatro años, con las mejores profesoras en una ciudad famosa por sus bailarinas; cuando una compañía de ballet actuaba en el teatro, a ella la llevaban todos los días.

—Dicen que su madre era una bailarina maravillosa —susurró la niñera Gill. Vera se habría molestado por ese «era».

—Sí, me lo contó mamá —dijo Judith, esperando.

La música de *Las sílfides*[30] inundó la estancia de magia y Sarah empezó a bailar con una expresión muy seria. Podría haber estado sola.

Judith, que bailaba en la escuela el *Highland Fling*, el *Hornpipe*[31] y otras danzas que solo requerían una buena resistencia pulmonar y unas piernas ágiles, nunca había visto a nadie bailar así. Abrió la

boca y se quedó mirando a su prima: sus sentimientos hacia Sarah dieron un giro drástico. Puede que se portara mal, ¿pero qué importaba? Era una persona absolutamente extraordinaria y maravillosa. Era como de cuento. Judith se sintió muy pequeña. Ella nunca, nunca podría bailar así. Admiraba el talento de su prima y estaba boquiabierta. Cuando la música y la bailarina concluyeron en silencio, Judith le pidió con fervor:

—Oh, Sarah... ¡baila otra vez!

—Oh, sí... —respondió Sarah—. Voy a bailar.

Sarah cambió el disco y se acercó a la silla donde estaba Judith.

—Esta es la «Danza de los pequeños cisnes» —dijo con seriedad.

—¡Qué título tan bonito! —exclamó Judith.

—Es de *El lago de los cisnes*, de Tchaikovski —explicó Sarah.

—¡El lago de los cisnes! —repitió Judith, paladeando las palabras. Qué cosas tan maravillosas sabía Sarah. Y cosas dificilísimas también; como aquel nombre... Tchais... algo. Judith estaba segura de que jamás sabría decirlo y eso que era dos años mayor; sin embargo, Sarah lo dijo como si fuera una palabra de lo más normal —. *El lago de los cisnes. La danza de los pequeños cisnes* —repitió, mirando a Sarah a los ojos, como si pudiera ver los cisnes allí.

Un violento éxtasis se apoderó de las dos niñas, y se cogieron las manos.

—Ya viene. Ya viene la música... —exclamó Sarah, soltándose las manos—. ¡Tengo que bailar!

—Sí, sí... ¡baila! —la animó Judith—. Se inclinó hacia delante en su silla—. ¿Está helado el lago?

—No lo sé —dijo Sarah sin dejar de bailar.

Aunque estaban orgullosos de ella, los profesores se habrían horrorizado ante las presuntuosas ejecuciones de su alumna. (A menudo decían que era una lástima que Sarah fuera rica, porque los pobres siempre llegan más lejos y se lo toman más en serio). Los adultos podrían haber sonreído ante sus niñerías, pero una niña entendía lo que otra niña estaba intentando hacer y, para Judith, la danza de Sarah era lo que Sarah quería que fuera, y ambas estaban extasiadas.

En el corazón de Judith había empezado a florecer un cariño protector, indulgente e incondicional por su prima. A su manera, sentía por Sarah, en buena medida, lo que Lucy sentía por la madre de Sarah. Y Sarah se dio cuenta, porque algunos días después exclamó:

—Vaya, así que tengo una amiga, ¿no? Te tengo a ti. ¡Qué disgusto para la abuela!

CAPÍTULO ONCE

I

A veces, algunas mañanas, Vera dejaba que los niños estuvieran con ella por la casa durante un rato, y al pasar por la puerta de la habitación de los niños les decía que podían bajar con ella si querían. Sarah solía salir corriendo; donde estaba su madre era donde siempre pasaban cosas. Cuando Judith y Meriel (con Eva) bajaron tras ellas, las encontraron en la sala jardín, donde Vera se disponía a preparar los ramos de flores.

—Hay una cena hoy —anunció Sarah—. Y vamos a bajar. ¿Puedo bailar, mamá? Anda, déjame.

—No, no puedes bailar esta noche —respondió Vera distraída.

Muy malhumorada, Sarah frunció el ceño y cortó de mala manera una rosa con las tijeras.

—¡Oh, no...! —protestó Judith.

—¡Oh, sí! No son tus flores. Tú solo estás de visita —dijo Sarah —. ¿A ti qué te importa lo que hago yo con nuestras flores?

—Como empieces, vuelves al cuarto, Sarah —advirtió su madre, sin reconocerse en su propia hija.

Sarah, enfurruñada y farfullando, se restregó contra el borde de la mesa como un gato enfadado.

Entró Margaret, radiante y ruborizada, con los ojos brillantes.

—Ah, estás aquí, tita... tía Vera.

En el cinturón, el único sitio donde podía guardar algo, tenía la primera nota de un joven. Decía:

¿Puedes salir esta mañana?

Si puedes, te paso a buscar a las 10.30.

JW

Se acercó a la mesa, buscando enseguida a su tía y, echándose el pelo moreno hacia atrás con manos nerviosas, casi susurró:

—¿Te importa si salgo con John Watson, tita Vera... tía Vera?

—No tienes nada que hacer, así que sal y diviértete —contestó Vera.

—Oh, te lo agradezco inmensamente, tía Vera. Muchas gracias. —Se fue corriendo, pero en la puerta se dio media vuelta—. Lo estoy pasando de maravilla, tía —añadió con pasión.

Adoraba a su tía cuando era amable, como esta vez, y se hundía en la miseria cuando la enojaba. La noche anterior, por ejemplo, cuando le dijo delante de toda aquella gente «¡Por el amor de Dios, no me llames tita! ¡Tita!», y se burló de ella en medio de la fiesta, con su vestido de un gris muy pálido, falda de vuelo y un fajín de color cereza. Tenía razón, pensó la gente allí reunida: no deberían llamarla «tita».

—Si tienes que decir algo, di «tía Vera» —concluyó en tono burlón.

Margaret se ruborizó tanto que los ojos se le llenaron de lágrimas, y durante el resto de la noche no se atrevió a dirigirse a su tía en ningún momento, por si acaso se le olvidaba aquella orden. En el dormitorio, le había recalcado a Judith que no debía llamarla «tita» nunca más, pero Judith no entendía por qué.

—A la tita Lucy no le importaría si la llamara tía o tita —dijo con seriedad—. Supongo que a la tita... a la tía Vera, bueno, no le gusta ser tía. Eso es lo que pasa.

Pero, tras haber recordado decir «tía» y no «tita» al pedir permiso para salir con John Watson, Margaret corrió feliz escaleras arriba con su melena al viento. Cada día que pasaba allí, el mundo parecía más brillante, más luminoso, más emocionante, y no había nada por lo que sentir ansiedad o inquietud. A Margaret le asombraba eso. Pero, ay, todo estaba pasando tan deprisa... Ya era jueves y el lunes tendrían que volver. Sin embargo, ella no pensaba mucho en eso. Iba a salir con John y esa noche él iba a asistir a la cena de gala y la fiesta. La vida era tan emocionante que casi no lo podía resistir. Al llegar a la habitación, de repente se lanzó para abrazar la bata que colgaba detrás de la puerta, y la apretó tan fuerte que se puso roja y los ojos se le llenaron de lágrimas. Luego escondió la nota en el bolsillo de su maleta y corrió a prepararse en el tocador, donde empezó a cepillarse el pelo con emocionada furia.

En la sala jardín, Vera estaba amontonando flores en un tablero apoyado en caballetes.

—Estas son para tirar —dijo.

—Pero todavía no están marchitas —observó Judith.

—Oh, sí: ya están feas —protestó Vera, volviendo con las flores frescas.

Judith jugueteó con las flores desechadas. Daba la impresión de que la tita Vera siempre estaba tirando cosas. Parecía que no le daba valor a nada: simplemente lo tiraba y se ocupaba de otras cosas nuevas. Sin embargo, para la tía Lucy, pensó, todo tenía importancia. Parecía que apreciaba más las cosas. No hacía que las

tiendas le enviaran inmensas cantidades de flores: las cogía en el jardín y las arreglaba en ramos mezclados, donde cada flor tenía su lugar especial. La tía Vera nunca habría pasado horas quitándole garrapatas a un erizo, pensó Judith. Cincuenta y siete horribles chupasangres había contado ella mientras la tía Lucy se los quitaba con unas pinzas quirúrgicas del tío William. El pobrecito erizo se estaba muriendo por las garrapatas; estaba tan débil que no podía ni enroscarse. Pero la tía Lucy lo alimentó con leche en la palma de su mano durante tres días, y después de corretear feliz por el césped al anochecer como un perrito, volvió a su vida en el campo, ya curado. Judith se alegraba de que la tía Lucy hiciera ese tipo de cosas: se podía contar con ella siempre para ayudar en lo que fuera. La tita Vera, pensó Judith, probablemente habría dicho: «Agh», y habría dejado morir al erizo.

Se apartó de las flores descartadas y regresó bastante desconsolada a sentarse en el borde de una silla. Sarah se acercó, ofreciéndole un caramelo que mostraba claras señales de que alguien había estado sentado encima mucho tiempo.

—Puedes quedarte esto si quieres —dijo.

—No lo quiero, gracias —dijo Judith.

—Sí, cógelo —la apremió Sarah, apretando el caramelo contra Judith—. Cógelo, por favor.

Casi se había asustado de sí misma cuando se sorprendió hablándole a Judith de una manera tan grosera; estaba aterrorizada ante la posibilidad de perder a su amiga, así que le ofreció el caramelo y le dedicó una encantadora y agónica sonrisa a su prima. Judith, de mala gana, aceptó el caramelo, hizo un poco de sitio en su silla y Sarah se sentó a su lado aliviada.

Se escuchó el ruido de unos tacones en el vestíbulo y al cabo apareció una figura, espantando un poco a Judith, que no había visto nunca a la señora Clarey. Tenía todo el aspecto de un patíbulo con cortinajes negros, y aquel rostro cetrino estaba tan surcado de arrugas que Judith se quedó mirándola atónita. ¿Cómo había llegado a ese estado?, se preguntó Judith, muy dada a preguntarse ingenuamente cómo las personas se volvían tan delgadas, tan gordas, tan viejas o, en fin, tan maltrechas por el tiempo y las preocupaciones. Ni se le pasaba por la imaginación que algún día ella también compartiría ese destino.

—Me han dicho dónde estabas, Vera, así que vine enseguida. ¡Qué maravilla! —dijo la señora Clarey, acercándose a las flores—. Pero, Dios mío, ¡cuánto tienen que costar! Eso es lo peor de ser pobre, que te pasas la vida calculando cuánto cuestan las cosas. No es que no gastara tanto como tú en diversiones, querida, no pienses que te estoy culpando —continuó la señora Clarey, haciendo un gesto displicente con su mano enguantada en negro—. Solo digo que ojalá Dios no me hubiera permitido hacerlo. ¿Para qué sirve todo esto? En nuestro mundo, cada uno da lo que recibe. Ahora ya no puedo divertir a nadie, así que nadie me divierte a mí, salvo tú. A veces creo que deberías tomar nota de mí, querida. Soy una advertencia.

—Cassandra —dijo Vera alegremente, poniendo los jacintos azules entre los rosas—. Cassandra Clarey. Un buen nombre para ti.

—¿Qué quiere decir? Le preguntó Sarah a Judith.

—Un personaje de la antigua Grecia. Profetizaba las desgracias. Nadie la creía, pero decía la verdad —le explicó Judith.

—Madre mía, los niños de ahora lo saben todo —dijo Vera—. Pero ya está: podéis volver a vuestro cuarto.

—Oh, no quiero —protestó Sarah, recostándose en la silla.

—Vamos —la animó Judith, riéndose, cogiéndola por la pechera del vestido. La cara de Sarah se iluminó y ambas se fueron.

—Bueno, ¿y quién va a venir esta noche? —preguntó con entusiasmo la señora Clarey.

—La fiesta es realmente por la novia, Brenda Spencer... Crawford, ya.

—¿Qué tal el marido? No lo he visto todavía.

—Oh, es guapo —dijo Vera.

—Ella es un buen partido, ¿no? Tiene dinero.

—No te sé decir. A él lo han nombrado director de la mina, he oído, pero supongo que no hará mucho más que ir de caza.

—¿Y qué te parece? ¿Se quieren?

—Bueno, no creo que él tenga muchas posibilidades de éxito frente a sus perros, ya sabes.

—Seguro que no. Seguro que aún los tiene metidos en la cama, por lo que la conozco...

—Mal comienzo, si es así —consideró Vera—. El perro de Josefina mordió a Napoleón cuando él intentó meterse en su cama, y mira cómo acabó el matrimonio.

—Deberías contarles eso —dijo la señora Clarey—. ¿Cómo se llama él?

—Brenda lo llama Terry.

—¿Es irlandés?

—Nació allí, creo, pero viene de Sudáfrica. Es de buena familia, creo, pero sin dinero.

—Ah, entonces estaré en buena compañía —dijo la señora Clarey —. Y muchos más se unirán a mí. Hay una conspiración contra las clases medias y altas. Nadie nos defiende. Y no nos defendemos a nosotros mismos. Somos como un rebaño de ovejas entregadas a las tijeras de esquilar sin un balido de protesta. No es que a mí me importe. Yo ya ni tengo lana. En fin, querida, te veré esta noche con el mismo viejo vestido y con una diadema de Woolworth's en mi pelo. Diviértete mientras puedas.

—¿Qué te parecen las flores? —preguntó Vera cuando Brian llegó a casa a última hora de la tarde.

Las mostró con un airoso gesto pero no esperó una respuesta, y él la miró con disgusto. Había tenido la intención de felicitarla por la decoración floral, y eso a pesar del mal día que había tenido y la perspectiva de una noche aún peor. Lo había enviado a comer a casa de su madre porque las criadas tenían mucho que hacer. Y su madre, a lo largo de toda la comida, había insistido en que Vera daba demasiadas fiestas lujosas y demasiado a menudo. Aunque Brian estaba de acuerdo, no lo dijo, y eso no le gustó a la anciana. Él sabía que iba a estar incómodo toda la noche. Odiaba aquellas fiestas en las que nadie preguntaba por él. Todos eran amigos de Vera, gente que no le caía bien, cabezas de chorlito que jamás decían ni una palabra en serio. Vera nunca lo tenía en consideración, ni a él ni sus gustos, pensaba. Bueno, en todo caso, cumpliría con su obligación. Subiría y leería un poco a las niñas en su cuarto. Eso lo tranquilizaría y a las niñas algo les aprovecharía.

Subió las escaleras pero se encontró con que la habitación de las niñas estaba vacía y la niñera Gill estaba leyendo una revista que escondió debajo de un cojín como si hubiera sido *La Vie Parisienne*

en vez de *Home*.[32] Las niñas acabaron apareciendo; estaban descansando porque iban a bajar al salón después de cenar. Brian tampoco aprobaba esa decisión. Deberían estar al margen de esas compañías mundanas. Por Mariel no había que preocuparse, se parecía a él, pero Vera decía que a Sarah le gustaba mucho llamar la atención y que pronto se le subiría a la cabeza.

La casa estaba en silencio y los ocupantes se habían retirado a sus aposentos para estar prestos a disfrutar de la velada en cuanto llegara el momento. Ignorado, olvidado y despreciado, Brian se fue a su vestidor y se encerró con llave. Se sentó en la cama y las patas crujieron de una forma alarmante bajo su peso. Era la cama en la que dormía. Apenas si era un camastro de campamento; había sido una solución temporal, pero había acabado siendo permanente. Ahora, noche tras noche, dejaba caer su enorme cuerpo sobre aquella cama. Sus pies se salían por abajo, ¿pero a quién le importaba? Mirando la cama, los ojos se le llenaron de lágrimas y se puso a llorar.

Desde la infancia, Brian había llorado con mucha facilidad. Cuando, en su noche de bodas, lloró de felicidad, Vera, aunque sorprendida, se conmovió. Pero a su mujer le parecía que él lloraba a menudo por autocompasión, por frustración, por oscuras razones y no soportaba sus lágrimas. Él lloraba sobre su hombro y, al principio, ella lo admitía, mirando por encima de su cabeza con un incrédulo asombro. Pero que un hombre llore... no, ¡que lloriquee!, eso no podía soportarlo. Y poco a poco empezó a sentir que su vida matrimonial iba a convertirse en una pesada carga con un gran niño llorón de otra persona. Eso era lo peor: que era un niño de otra

persona. No tenía nada que ver con él. Desde el punto de vista moral, Vera se lo devolvió a su madre.

Es probable que sus lágrimas fueran la consecuencia de algún profundo problema emocional o represivo, pero Vera no tenía ni ganas ni paciencia para intentar descubrirlo.

Vera no habría elegido a Brian en primera instancia, habría preferido a alguien más seco y duro, pero Lucy pensaba que, dado que le había correspondido en la lotería del matrimonio, debería haber sido más tolerante con él. Al fin y al cabo, Brian era fundamentalmente bueno y amable, así que ¿por qué no dejarle escribir cartas bonitas —pensaba—, leer en voz alta o hablar como un pedante? Vera no veía por qué la gente no podía divertirse con las cosas que les gustaban. Pero no podía soportarlo. Ella se dedicaba a desenmascarar la falsedad y la presunción siempre que se topaba con ellas, y lo hacía con más saña cuando se trataba de su propio marido.

Brian era muy desafortunado. Habría sido igual de infeliz con una mujer que lo adorara que con la que, a pesar de todo, adoraba de todo corazón.

A Brian le encantaba la poesía moderna, pero no la entendía. Los críticos elogiaban a los poetas, y Brian, impresionado y voluntarioso, compraba sus libros y buscaba con pasión lo que suponía que debía estar allí, pero no lo encontraba. En ese mismo sentido, estaba desconcertado con Vera. La comprensión de la poesía estaba simplemente más allá de sus capacidades, igual que Vera estaba fuera de su alcance. Al parecer, ese dolor y esa insatisfacción era lo que le había tocado en la vida. Y así lo sintió cuando se sentó en su cama y se puso a llorar.

«Me iré a América», pensó. «Madre tiene razón. Debería haberme ido hace mucho tiempo».

Durante la comida, su madre había dejado caer que estaba descuidando la rama neoyorquina del negocio y dejándolo en manos de sus socios, sobre todo, porque no se atrevía a dejar sin vigilancia su hogar. Era verdad. Vera probablemente se iría con Ward o uno de sus amigos si él se marchara. Por un momento se preguntó si ella se iría a América con él si se lo pidiera. Pero si se negaba, él se vería obligado a irse a América solo. Y Vera lo despreciaría si no iba porque ella prefería no ir. Se encontraba en un deplorable estado de indecisión. «Lo dejaré para un poco más adelante», pensó al final, secándose los ojos. Se levantó de la cama y deambuló por la habitación, sorbiéndose los mocos, jugueteando con la calderilla del bolsillo de su chaleco, preparándose para la fiesta. Se sorbió los mocos una vez más, y poco a poco sus ojos se despejaron, el rubor desapareció de su nariz y volvió a verse, una vez más, impasible y apuesto.

Justo en la habitación de arriba, las jóvenes hermanas Leigh también se estaban preparando para la fiesta, aunque los preparativos de Judith de momento se encontraban suspendidos. Había que evitar a toda costa que su mejor vestido se arrugara, así que no se lo pondría hasta el último momento; de modo que se había tumbado en la cama, a leer, solo con las enaguas.

Margaret se estaba cepillando el pelo frente al tocador. Se detuvo un instante y se acercó al espejo. Su propia cara le devolvió la mirada: tenía los labios separados, las mejillas sonrojadas, los ojos de un azul oscuro. Su corazón dio uno de aquellos saltos de alegría y continuó cepillándose el pelo.

Margaret, en casa de Vera, era como una criatura que acaba de salir de la crisálida y se encuentra con que tiene alas. Estaba volando asombrada, insegura y extraordinariamente emocionada en un mundo que le parecía deslumbrante. Comparada con este mundo, la sala matinal de su casa era como un barrizal en el fondo de una charca para esa criatura alada. Con la diferencia de que el insecto no recordaría el lodazal que había dejado atrás y Margaret, con sentimiento de culpabilidad, sí recordaba el salón de día donde trabajaba su padre. Seguía intentando apartar de su mente tanto la estancia de su casa como el sentimiento de culpa. Al fin y al cabo, era solo jueves. Tenía hasta el lunes, y cualquier cosa podía ocurrir hasta entonces, porque cada día se presentaba repleto de acontecimientos y emociones.

Enseguida estuvo preparada; se arregló de un modo muy sencillo. Cuanto más vieja es una, más tarda en ofrecer una buena imagen al mundo, pero Margaret era tan joven que no tenía que hacer nada para ponerse más guapa de lo que era. Se cepilló el pelo hasta que quedó reluciente y se colocó una cinta alrededor. Luego se puso el vestido de gasa por la cabeza y, dando una vuelta delante de Judith, le dijo:

—¡Hola!

Judith se sorprendió. En esa habitación, la alegre vitalidad de su hermana la dejaba atónita con bastante frecuencia. Margaret nunca exclamaba «Hola» en casa.

—Abróchame, por favor —le pidió Margaret, dándole la espalda.

Judith tuvo que aplicarse a engarzar ganchos y presillas tan diminutos que casi tenía que buscarlos a tientas entre las finas escápulas de su hermana.

—¡Ah...!, ¡tienes las manos heladas! —protestó Margaret, retorciéndose y riéndose.

Judith empezó a reírse también. Cada vez que enganchaba una presilla, más se reían. Con las risas alocadas de la juventud, amenazaban con ser incapaces de hacer nada, hasta que Margaret se fijó en el reloj y se puso seria.

—Rápido. Me aguanto. Ponte a ello y ciérralos todos —dijo. John iba a llegar pronto y ella quería bajar cuanto antes.

II

Desde el rellano, las niñas observaron por encima de la balaustrada a los invitados que bebían jerez en el vestíbulo. En la habitación, Judith había dicho que estaba segura de que Margaret sería la más guapa de la fiesta, pero ahora que estaba allí, pudo comprobar que no. No se parecía nada a la tía Vera, que lucía esbelta y majestuosa con su vestido dorado. Pero Margaret se lo estaba pasando estupendamente, riéndose y hablando con John Watson.

El tío Brian no parecía estar disfrutando, o eso pensó Judith. Estaba junto al fuego, bebiendo con aire melancólico su pequeña copita.

—Esa es la que se acaba de casar —dijo Sarah, señalando a una mujer—. Es Brenda Spencer.

—¿Ha traído un perro? —preguntó Meriel.

—No, pues claro que no, boba. La gente no lleva perros a las fiestas.

—Esa lo hizo una vez, porque me lo contó mamá. Dijo que seguro que no le importaría a nadie, pero mamá dijo que le importó a todo el mundo.

—Bueno, pues esta vez ha traído a un hombre —concluyó Sarah.

En el vestíbulo, la novia, una joven regordeta con el pelo recogido en la nuca con un moño, le dio su copa de jerez a su marido como si se la estuviera dando a un criado.

—Déjala por ahí —dijo.

Su mala educación se debía a la timidez y a la falta de disciplina por parte de sus cariñosas tías, de las que había estado rodeada desde que murió su madre, poco después de su nacimiento.

Su esbelto marido cumplió con su obligación con toda seriedad. Cuando salió a recibirlo, Vera pensó que Terry Crawford era un joven extraordinariamente agradable. Pero había algo esquivo en él, como si no quisiera abrirse por completo a las personas que estaban con él, como si deseara estar en otro lugar, sin especificar, y Vera reconoció un sentimiento idéntico en sí misma.

Terry Crawford, nacido de padres irlandeses en Sudáfrica, había sido enviado a una escuela pública inglesa cuando tenía catorce años, demasiado tarde para que pudiera olvidar su antigua vida o para adaptarse del todo a la nueva. Se sentía en desventaja porque no era como los demás chicos. Decidió parecerse lo más posible a ellos y lo hizo tan bien que cuando volvió a casa, a los dieciocho años, su padre dijo amargamente que nadie diría que su hijo había estado jamás ni siquiera cerca de Sudáfrica. No pudo establecerse en Rodesia y, al cabo de unos pocos años, regresó a Inglaterra, donde,

después de probar mil cosas y de contraer numerosas deudas, se convirtió en agente del hermano de John Spencer en Devonshire. No había sido capaz de manejar sus propios asuntos, así que tampoco fue ninguna sorpresa que no fuera capaz de organizar los de nadie, y ya se aproximaba una crisis grave cuando se comprometió con la sobrina de su patrón.

Pensó que había encontrado en Brenda a otro espíritu rebelde contra los convencionalismos, pero no. Era solo otra inadaptada. Brenda rehuía la sociedad porque, siendo la única persona joven en un círculo doméstico de ancianos, le parecía que no sería capaz de relacionarse con nadie menor de sesenta años. No se habría hecho amiga de Terry si no lo hubiera conocido en el pequeño círculo familiar de su tío. No había nadie más allí y ella era, como con sus tías, la niña mimada de la casa. Le gustaban los perros y no le gustaban las fiestas, era rica, era una solución. Lo que necesitaba, se dijo Terry, era un arraigo en el país, una esposa, un hogar, un trabajo que le gustara, niños; entonces se asentaría por fin. Así que se casaron y ahora se encontraban embarcados en una sucesión de fiestas de felicitación. Parecía que Terry estuviera soportando más que disfrutando la velada que se había organizado en su honor, pensó Vera, molesta, y se sintió aliviada cuando se anunció la cena.

Al ser los invitados más jóvenes, Margaret y John Watson iban los últimos en el desfile de comensales que pasaban al comedor y, mientras avanzaban, la mano de John encontró y sujetó la de Margaret. Avanzaron arrebatados de emoción, con la respiración entrecortada al sentirse cerca, pero cuando se vieron sentados a la mesa, afortunadamente juntos, tuvieron que soltarse las manos.

Desde el rellano, Sarah seguía llamando entre susurros a cualquier doncella que pasaba por el vestíbulo:

—¿Ya es la hora? ¿Ya es la hora?

Al final, Birch salió del comedor y, mirando hacia arriba, les dijo:

—Ya pueden bajar, señorita Sarah.

Las dos primas corrieron escaleras abajo, y Judith con ellas, tan emocionada como todos. Pero aunque sus primas corrieron para reclamar las golosinas prometidas, ella se detuvo en seco en la puerta. Cuando vio la mesa, con todos los candelabros brillando e iluminando rostros desconocidos, tanta gente riéndose y hablando, no se atrevió a seguir adelante. Estaba oscuro junto a la puerta, y allí se quedó, abrumada por la timidez. Nadie se fijó en ella. Los invitados estaban ocupados los unos con los otros y sus primas se abalanzaron sobre las bandejas de golosinas. A ella se le hicieron horas los minutos que estuvo allí. Al final, avanzó despacio y se internó en el círculo de luz.

Terry Crawford, el único que la vio entrar, se sobresaltó. Era como la aparición de una niña. Miró con curiosidad a aquella cría pálida y rubia, hasta que se dio cuenta de que era muy tímida. Entonces echó la silla hacia atrás para hacerle sitio y le tendió la mano.

—Ven —le dijo, con la primera expresión cariñosa que se había permitido esa noche—. Te estás perdiendo los mejores dulces. Las otras dos están arrasando con ellas a un ritmo vertiginoso.

La acercó con la mano, pero ella estaba rígida por la timidez y se apartó de él.

—La dama se resiste —dijo la señora Clarey, y todos se rieron.

¿Por qué? ¿Qué había hecho ella?, se preguntó Judith. Sintió que tenía las pestañas pegadas a las mejillas y que no podía levantar la

mirada. Terry Crawford cogió algunas golosinas y las dejó en la mesa, delante de ella. Judith las vio y luego lo miró a él. Era amable y estaba sonriendo; tal vez lo había ofendido o había sido un poco maleducada al apartarse de él de aquella forma. Se volvió hacia él un poco arrepentida y apoyó la mano ligeramente en el hombro.

—Ah, parece que empieza a animarse —dijo la señora Clarey de nuevo, y de nuevo la gente empezó a reírse.

Judith los miró, y era la mirada de una niña desconcertada en un mundo de adultos. ¿Qué pasaba? ¿Qué había vuelto a hacer mal?

Terry Crawford le apretó con cariño el brazo.

—No les hagas ni caso —dijo, y acercándose un plato, cogió un pequeño mazapán con forma de manzana que ofrecía sus mejillas sonrosadas en el papel que lo envolvía—. ¿No te parece precioso?

Una sensación de bienestar y ligereza invadió a Judith. La timidez se fue con la misma celeridad que había llegado. Sonrió al ver la manzana de mazapán en la palma de su mano abierta, y después sonrió al caballero.

—No puedo comérmela —dijo—. Es demasiado bonita.

Mientras estaba a su lado, la mirada de Judith estaba a la altura de la de Crawford y hombre y niña se observaron con un interés que era al mismo tiempo serio y sonriente. Judith lo aceptó como amigo y héroe, el que la había salvado de una timidez espantosa, el que lo había solucionado todo. En cuanto a Terry, se sintió invadido por una ternura y una ingenuidad que no había sospechado en sí mismo. Se maravilló ante la pureza de la expresión y la limpia mirada de la niña. ¿Por qué crecían, o por qué crecían como lo hacían, pensó, como la anfitriona, bella e insatisfecha, como Brenda, mimada, vulgar y loca por los perros?

Qué joven tan raro, pensó Vera, que estaba al otro lado. Debe de ser un laberinto de contradicciones. Parecía un héroe de comedia musical, casi con toda seguridad se había casado por dinero y, sin embargo, una niña fue la única que había conseguido que mostrara algún interés por la velada festiva.

Sintió un irresistible deseo de poner fin a aquel *téte-a-téte* entre Terry y la cría, e intentó captar la atención de la invitada de honor, la novia. Pero Brenda... —cómo se parecía a las indias, con esa cara ancha y el pelo peinado con la raya al medio—, Brenda nunca fue de ninguna ayuda para su anfitriona en estos asuntos. Con los codos en la mesa, estuvo hablando de perros con Brian. Dejándola por imposible, Vera se levantó de la mesa.

III

Vera había dicho que después de la fiesta, Margaret tenía que desayunar en la cama, y a Margaret le pareció bien. No es que estuviera cansada: ¿quién puede estar cansada tras una fiesta tan maravillosa? Pero era encantador estar allí tumbada después de que Judith hubiera bajado, y volver a pensar en la fiesta una y otra vez. Aquel celestial momento en el que John le cogió la mano se prolongó durante toda la noche; incluso estando dormida, Margaret vivía en ese instante, vivía en ese momento todavía. Una joven puede alargar ese momento indefinidamente sin que se evapore la intensidad de esa emoción. Margaret sonrió radiante para sí misma, apoyada en la almohada, y cuando entró la criada, también le sonrió radiante. Le habría sonreído a cualquier persona: la vida parecía tan acogedora y apacible... Se sentó para recibir la bandeja y vio que había una carta en ella. Era de su padre.

Vera también estaba desayunando en la cama. Recostada en las almohadas, dio vueltas al té chino. Al repensarla, la fiesta le pareció bastante aburrida.

«Estoy cada vez peor...», pensó. «No me interesa nada. Lucy tiene razón. Vivir sin esfuerzo es la cosa más aburrida del mundo. Pero ¿en qué puedo empezar a esforzarme?». Repasó su existencia y cualquier esfuerzo le parecía innecesario. «Demasiado dinero», consideró, y sin embargo tuvo un escalofrío ante la idea de tener menos. «No», pensó, acomodándose entre sus lujosas almohadas. «Ya no puedo vivir de otra manera».

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, esperando que no fuera Brian.

Margaret entró corriendo con el pelo y la bata flotando en el aire, y una carta en la mano.

—¡Oh, tía Vera! —entró gritando—. Papá dice que tenemos que volver a casa hoy mismo.

Vera recibió la noticia con calma.

—¿Hoy? ¿Por qué?

—Dice que quiere que esté en casa el fin de semana. Dice que he estado fuera demasiado tiempo. Mira... —Le puso la carta en las manos a su tía y observó con angustia su cara mientras la leía. Vera ya había llamado una vez a su madre para decirle que las dos hermanas se quedarían un poco más. ¿Iba a hacer lo mismo otra vez? Margaret había pensado que no debía de haberlo hecho ya en esa ocasión, porque su padre se enfadaría muchísimo, pero... ¿esta vez era diferente? Sencillamente: no podía volver a casa ese día. Irse así... No, seguro que la tía Vera no permitiría que pasara eso.

Vera le devolvió la carta.

—Bueno, parece que os tendréis que ir, ¿no? Al fin y al cabo, ibais a iros el lunes, ¿no? —Sonrió para consolar a Margaret, pero no lamentaba que se fueran. Estaba en tal estado de hastío que la perspectiva de cualquier cambio, aunque fuera mínimo, le parecía un alivio. Había tenido a Margaret pegada a sus faldas todo el tiempo durante todos esos días; veía con buenos ojos la perspectiva de no tenerla encima. Además, era bastante agobiante tener a una joven rondando siempre por ahí. Las jóvenes eran muy entusiastas, y había que tener mucho cuidado con lo que decías y con lo que decían otras personas—. Brian os buscará un tren y enviará un telegrama —dijo. Brian siempre encontraba trenes y se ocupaba de todo. Era lo que los franceses llaman *serviable*, un hombre muy útil y servicial—. ¿Vais a hacer vosotras las maletas? —preguntó—. ¿O le digo a Birch que os ayude?

—Puedo hacerlas yo, gracias —contestó Margaret, dándose la vuelta.

—Siempre puedes volver, ya lo sabes —dijo Vera amablemente.

En el rellano, Margaret titubeó. En el estudio pequeño había un teléfono. ¿La oiría alguien si llamaba a John? Su secreto era tan reciente, apenas era nada, pero no podía imaginar que alguien lo supiera o pensara lo que ella denominaba vagamente «cosas». Pero tenía que decirle que tenía que volver a casa. Alentada por la necesidad, se coló en la pequeña habitación solitaria que Brian utilizaba para estudiar, e incluso para escribir poesía, pero donde ni él ni nadie entraba nunca. Sujetó el teléfono junto a la oreja y sus pupilas se dilataron mientras esperaba.

—¿Dígame? —dijo una voz. Pero no era la de John. Era una criada.

—Hola —jadeó Margaret—. ¿Puedo hablar con el señor John Watson, por favor?

—No le oigo, lo siento.

—¿Puedo hablar con el señor John Watson, por favor? —repitió Margaret un poco más alto.

—El señor John acaba de salir —dijo aquella voz con tono alegre.

—Oh —exclamó Margaret—. Gracias —respondió después de unos instantes de silencio, y luego colgó el teléfono.

CAPÍTULO DOCE

I

El ajetreo del regreso ya se había calmado y Judith se encontraba en el cuarto infantil, con su madre y Stephen, ambos leyendo, antes de irse a la cama. Tenía un libro en las rodillas, pero no estaba leyendo. Estaba pensando en otras cosas. Su casa parecía muy aburrida y silenciosa después de haber estado en la de la tía Vera, y qué mezquina parecía su habitación de los niños comparada con la de Sarah. No había ni una sola cosa bonita o divertida. La alfombra estaba tan raída que ni siquiera se podía adivinar el dibujo, las patas de la mesa tenían tantas rozaduras que habían perdido la pintura, la silla de mimbre era tan vieja que crujía y se desvencijaba cada vez que su madre se movía en ella. ¡Y qué diferente era su madre de la tía Vera! ¡Qué espantosamente diferentes eran!, pensó Judith, asombrada por la comparación. La tía Vera nunca se pondría aquella chaquetilla de terciopelo raído. Mientras la miraba, Judith vio cómo su madre metía con mano temblorosa el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. La mano no acertaba, una y otra vez, con el bolsillo, hasta que al final, inclinándose para mantenerlo abierto con la otra mano, pudo meter el pañuelo. Judith sintió una punzada de miedo.

¿Qué estaban haciendo, los tres, allí sentados, en aquella habitación destartalada, mientras su padre y Margaret estaban

abajo, en la cómoda salita matinal? Los tres habían estado allí sentados durante años, mientras los otros dos estaban abajo, pero por primera vez aquello le llamó la atención a Judith y lo consideró una anomalía. ¿Por qué era así? ¿Cómo se había separado su madre de su padre y cómo había llegado a ocupar Margaret su lugar? ¿Y por qué? ¿Por qué estaban todos separados en esa casa? En casa de tía Vera se había sentido muy cerca de Margaret, pero en cuanto llegaron a casa, todo eso había cambiado y habían vuelto a lo que había sido antes. En cuanto llegaron a su habitación en casa, deshicieron las maletas, y Judith dijo:

—No se parece mucho a nuestra habitación en casa de la tía Vera, ¿no?

Margaret dijo con suma frialdad:

—No hablemos de eso, por favor.

Así la calló y consiguió que no pudiera decir nada más.

Judith miró a su madre, que leía sin ningún interés. Se parecía a su hermano. Él también estaba leyendo, pero de vez en cuando apartaba la vista de su libro como si estuviera pensando profundamente en otra cosa. Judith no sabía qué podría ser. Todo el mundo estaba solo en esa casa, pensó con tristeza. Pensó que ojalá estuviera con su tía Lucy. Solo a ella podría haberle contado todos esos nuevos pensamientos que la angustiaban. La tía Lucy habría sido capaz de explicárselos, o conseguir que se sintiera segura a pesar de ellos. La tía Lucy siempre conseguía que se sintiera segura, de alguna manera, o lo bastante valiente para que no le importara si estaba segura o no.

Abajo, en la sala matinal, Geoffrey había arrimado a Margaret al brazo de su sillón.

—No tendrás que volver a ir si conservas este aspecto, cielo —le dijo—. Aunque me atrevería a decir que has echado de menos tu casita, ¿a que sí? No importa. No te enviaré fuera hasta dentro de mucho tiempo. Tenemos un montón de trabajo que hacer juntos y, además, vas a empezar a jugar al golf. Así podrás jugar conmigo. Y siempre tendré una compañera a mano. Esos amigotes del trabajo que van al club se toman el juego demasiado en serio. No entienden ni una broma. Así que los ignoraremos. Lo he organizado todo para que Walker te dé lecciones y mañana yo mismo voy a ir a comprarte los palos. ¿Ves como papi piensa en su niña cuando está fuera?

Pero la sonrisa de Margaret se desvaneció y el rostro de Geoffrey cambió.

—No será que no querías volver a casa, ¿no? —preguntó con suspicacia.

—Oh, no, papá... —contestó Margaret, sonrojándose—. Claro que habíamos planeado las cosas hasta el lunes, pero si tú me necesitabas, no importa... —concluyó, bajando la mirada y escrutándose los dedos.

Por supuesto que no, pensó Geoffrey.

—Maldita sea, has estado fuera quince días. Montaste un buen lío y protestaste porque tenías que ir. Pensé que te alegrarías cuando te dijera que podías volver.

No le había dicho que *podía* volver. Le había dicho que *debía* volver. E inmediatamente. Pero Margaret aceptó que su actitud debía parecer muy poco racional. Su padre no sabía lo que había ocurrido entre su marcha y su regreso. Y no debía saberlo. Margaret esbozó una cariñosa sonrisa y dijo:

—Juguemos a las cartas. Supongo que no habrás jugado mientras yo he estado fuera.

Geoffrey se tranquilizó por el momento, pero no se dejó despistar. Algo iba mal, algo había ocurrido que la había separado de él. Pocos días después supo lo que era. Margaret estaba recibiendo su primera clase de golf y, mientras ella balanceaba de mala gana su palo en el club, a Queen's Walk llegó el correo y quedó en manos de Geoffrey, como era habitual. Había una carta para Margaret con caligrafía masculina, fechada y sellada en Trenton.

—Ah —dijo Geoffrey—. Aquí está.

Abrió la carta. Abría todas las cartas que llegaban a casa, excepto las de las criadas. Hasta ese momento lo había hecho por mera curiosidad. Jamás había llegado a casa ninguna carta reservada o de gran importancia para un miembro de la familia, desde que él tenía una familia. Hasta ahora. Era una carta que realmente tenía que ver.

—¡Maldito mocoso! —exclamó mientras leía.

Le decía que había sido muy duro enterarse de que se había ido, que quería venir a verla, que quería que le escribiera... «Pienso en ti todo el tiempo». Argh, no quería leer más. Le daba asco. Arrugó la carta, hizo una pelota con ella y la tiró al fuego. Observó con la mirada encendida el papel convertido en cenizas, que ondeó en la llama, como si le hubiera gustado hacerle algo peor que quemarlo. Margaret lo había engañado. No se lo había dicho; nunca se lo habría dicho. Aunque era una cría, estaba actuando como una mujer. Se sintió tan enfermo, tan furioso, y para ser sinceros, tan aterrorizado ante la idea de perderla que se acercó al aparador y se sirvió un trago. Con el vaso en la mano, iba de un lado a otro de la estancia a grandes zancadas, de la ventana a la puerta, con gran

nerviosismo. Andar con esos jueguecitos a los diecisiete años. Ya tendría tiempo dentro de diez años. Diez años, se juró; ni un día antes. Se dijo que había destruido la carta por su bien, y que destruiría las próximas que vinieran, si venían. Aunque era evidente que se trataba de un chico muy joven, era una carta muy boba, ridícula, infantil. Si no veía ningún interés por parte de Margaret, pronto se olvidaría de todo, pensó Geoffrey. Pero si escribía otra vez, tendría noticias, pero no de su amada, sino del padre de su amada. Pensar en el disgusto del muchacho puso a Geoffrey de buen humor. Se sirvió otra copa. Margaret llegaría pronto y él no debía dejar traslucir ni el menor indicio de lo que había ocurrido. Debía estar con el mismo humor de siempre, decidió, y no mostrar ni el más mínimo malestar. Al fin y al cabo, solo era una cría; y debía intentar que siguiera siéndolo, se dijo con firmeza, y no permitir que hiciera esas incursiones peligrosas y asquerosas en la feminidad. No debía volver jamás a casa de Vera: conociendo a Vera, no debería haberla dejado ir, en absoluto. Ese era el tipo de cosas que pasaban en casa de Vera, y ella evidentemente había estado metida en el asunto, porque ese joven mamarracho dijo que fue su tía la que le dio la dirección de Margaret.

La puerta principal se abrió y se cerró. Margaret empezó a subir las escaleras.

—¡Hola! —exclamó, obligándola a detenerse como un perro.

Margaret siempre solía ir directamente a verlo en cuanto llegaba a casa; que ahora no lo hiciera demostraba que algo había cambiado. Entró en la sala, con aspecto cansado y pálida; un comportamiento típico de mujeres, pensó. Geoffrey se quedó de pie en la alfombra de la chimenea escrutándola con la mirada encendida y dura de quien

sabe algo. Al ver esa expresión, cualquiera con una mínima experiencia habría dicho: «Bueno, ¿qué? ¿Qué pasa?». Pero Margaret no tenía experiencia y solo se preguntó por qué la miraría así.

—¿No vas a contarme cómo te ha ido? —dijo enfadado. No podía evitar estar enfadado por cualquier cosa, después de haber leído aquella carta.

—Llegué tarde, papá... —contestó en tono de disculpa. Al fin y al cabo, su padre pensaba que estaba haciendo algo que le agradaba al contratar unas lecciones de golf—. No me ha ido muy bien, me temo, pero Walker es un hombre muy amable, ¿verdad? Y mis palos son preciosos.

—Bueno, tomemos un té, dejemos las cartas para mañana y salgamos a ver una película, ¿de acuerdo? —dijo. Se le acababa de ocurrir ese plan, pero necesitaba dejar de pensar en aquello tanto como ella.

La cara de Margaret se iluminó un poco. Había temido la perspectiva de una noche metida en aquella sala sofocante, intentando no pensar en John y dispuesta a contestar a su padre tan rápido como era obligado siempre.

Escribir a John Watson estaba más allá de lo que Margaret consideraba posible. Había sido un gran esfuerzo llamarlo por teléfono, así que no podía ir tan lejos como para escribirle. Además, no había nada que justificara una carta. Solo se cogieron de la mano: eso le había parecido mucho a ella en su momento, pero puede que no hubiera significado nada... para él. Conocía chicas que se habrían reído a carcajadas ante la idea de conceder la más mínima importancia a ir cogidos de la mano. Habrían pensado que era una

cría simplona. Puede que para él lo fuera. Ella sentía que lo era. Pero le correspondía a él escribir, si quería. Pero ¿lo haría? Se preguntaba eso todo el día y la mayor parte de la noche. Se alegró de poder ir al cine, donde se lo seguiría preguntando sin la tensión nerviosa de que su padre lo sospechara. Por eso su rostro se iluminó y Geoffrey se animó. Se juró que pronto conseguiría que olvidara a aquel sujeto.

—Bueno, tomemos el té —dijo, haciendo sonar la campanilla—. Solos tú y yo. —La presencia de Charlotte solo conseguiría enervarlo; su mujer podía tomar el té arriba, con los otros dos—. Ve y quítate el sombrero, cielo, pero ven y dame un beso primero.

Margaret lo besó obediente.

—Eres mi niña, ¿a que sí? —dijo—. ¿Eh? —preguntó bruscamente cuando vio que su hija no contestaba de inmediato.

—Sí, papá —respondió hastiada—. Por supuesto que sí.

II

Pasaron las semanas y la esperanza de una carta de John Watson se fue desvaneciendo hasta que desapareció por completo. Pero otra esperanza —la juventud es todo esperanza— vino a ocupar su lugar. A medida que fueron aproximándose las vacaciones de verano, Margaret empezó a confiar en que Vera la invitara a volver a Trenton. Empezó a pensar que seguramente lo haría. Eso fue lo que la tía Vera quiso decir —se repetía Margaret— cuando le dijo:

«Siempre puedes volver, ya lo sabes». Y tal vez tuvo intención de invitarla a pasar parte de las vacaciones de verano en Trenton o, de otra manera, no la habría dejado marchar tan deprisa antes de que la visita concluyera. Seguro que era eso, pensó Margaret, animándose. Y si al menos pudiera verlo, todo se solucionaría, lo sabía. Al fin y al cabo, era demasiado esperar que le escribiera. Tenía que contenerse, de momento; eso era. Lo había exagerado todo, demasiado. No es que no hubiera sido nada; era tan solo que *iba a ser algo*. Estaba segura de eso, y si pudiera verlo otra vez, aquella historia maravillosa continuaría.

Así que depositó todas sus esperanzas en Vera y empezó a buscar una carta en cada entrega del correo. Cuando volvía a casa después de haber estado fuera un tiempo, preguntaba:

—¿Has recibido carta, mamá? —Y a veces era más explícita en sus preguntas—: ¿Has recibido carta de la tía Vera?

—No, no escribe muy a menudo —decía Charlotte.

—¿Y tú le has escrito últimamente? —preguntaba Margaret.

—No —contestaba Charlotte—. No puedo decir que le haya escrito.

—¿Y no crees que deberías?

—No —contestaba Charlotte, manifestando la irascibilidad que sentía en esa época cuando alguien intentaba que hiciera algo que no quería hacer.

Al final, fue Margaret quien escribió. Se sentía muy incómoda por hacerlo: escribía a su tía para conseguir algo de ella. Tampoco se lo dijo directamente. Pero le escribió. Cogió a escondidas una hoja del papel troquelado de carta que utilizaba solo su padre. Y escribió:

> Mi querida tía Vera: pensé que hacía mucho tiempo que no sabíamos de ti, así que pensé escribirte...

Le preguntaba que si estaban todos bien, el tío Brian, y Sarah, y Meriel, y todo el mundo... Mordió la punta de la pluma, añadiendo pequeñas noticias de tanto en tanto. Luego lanzó su indirecta, con tanta fuerza como se atrevió:

> Judith va a ir a casa de la tía Lucy en vacaciones, pero Stephen no va a ir esta vez, dice. Yo no creo que vaya a ninguna parte. Papá dice que no puede organizar nada para nosotros este año. A menudo me acuerdo de los días tan bonitos que pasé en Semana Santa con vosotros. Fue la época más bonita que he tenido en mi vida.

Luego la firmó, como

> Tu sobrina que te quiere,
>
> MARGARET

Y la llevó al correo.

Ahora sí que recibiría la invitación. Había escrito solo para que esa invitación llegara. Con todas sus esperanzas puestas en cada entrega del correo, deprimiéndose cuando se iba el cartero, animándose otra vez antes de la siguiente entrega, animándose a pesar de las más amargas decepciones, al final del día, segura de que la carta llegaría al día siguiente, esperaba.

Vera leyó la carta. Entendió que Margaret quería ser invitada de nuevo, pero tenía el verano completo. Sin embargo, sí tuvo intención de escribir a la chica; pensaba decirle que podría volver en cualquier otro momento. Pero no lo hizo.

CAPÍTULO TRECE

I

No llegó ninguna carta de Vera, pero hubo una de Lucy. Lucy había recibido tiempo atrás una misteriosa carta de Stephen en la que le decía que no quería ir a Underwood esas vacaciones. Al menos, no en principio, en todo caso, así que por favor le rogaba que no insistiera, ni siquiera lo invitara, aunque, si quería, podría decirle que fuera más tarde si le apetecía. A pesar de que se quedó un tanto desconcertada, Lucy escribió pidiéndole a Charlotte que llevara a Judith y se quedara ella también un par de semanas. Stephen podría ir más tarde, si quería, dijo. Pero Charlotte le contestó diciendo que no iría. Estaba mejor en casa. Podía descansar mejor cuando los chicos estaban fuera, añadió, olvidando que solo Judith estaría ausente. Como Charlotte, desde que se casó, nunca había dado una razón verdadera de nada, Lucy sacó sus propias conclusiones. La razón era Geoffrey. Cada vez que Lucy iba a la casa de Queen's Walk, encontraba a Charlotte un poco peor. La gente atribuye la decadencia de los demás al tiempo, la edad, las preocupaciones o la enfermedad, pero Lucy no buscaba otra razón para la decadencia de Charlotte: la razón era Geoffrey. Él se bastaba y se sobraba para arruinar la salud y la felicidad de cualquiera. Así que suspiró y

pensó que Charlotte no salía de casa porque Geoffrey no la dejaba; y escribió para decir que iría a recoger a Judith ella misma.

Hizo el largo y agobiante viaje a Denborough y encontró a Charlotte apagada y apática, a Margaret desesperada por algo, a Stephen evasivo, a Geoffrey con su habitual actitud fastidiosa, y solo Judith la recibió de buena gana. La bienvenida de Judith fue lo suficientemente cálida para maquillar cualquier carencia de los otros. Recibió a Lucy como si fuera hija suya, saltó y brincó a su alrededor como un perrillo, dijo que tenía todas sus cosas preparadas en la maleta y preguntó si podían irse ya directamente a Underwood al día siguiente. Lucy esperaba una protesta de Charlotte, pero como no se produjo, le dijo a la niña que podían hacerlo, por supuesto.

Esa noche, cuando se dirigía a su habitación para dormir, vio que había luz en la habitación de Stephen. No había tenido la posibilidad de estar a solas con él en toda la noche para decirle que había hecho lo que le había pedido. Así que llamó a la puerta y cuando él preguntó «¿Quién es», habría entrado, pero encontró la puerta cerrada por dentro. Cuando Lucy dijo quién era, él abrió la puerta. Lucy no había estado en esa habitación desde hacía años, desde que era un niño pequeño, y observó con pena que el collar de Crusoe aún colgaba de un clavo encima de la cajonera. ¿Por qué guardaba un recuerdo tan doloroso, se preguntó Lucy? Durante todo el tiempo que estuvo hablando con él no dejó de pensar lo raro y distante que era ese chico.

—No he dicho nada de que vengas a Underwood, Stephen, porque me pediste que no lo hiciera, pero sabes que puedes venir más adelante. Puedes venir siempre que quieras.

El chico le sonrió. Tenía una sonrisa encantadora, pensó Lucy, como antaño.

—Muchísimas gracias, tía Lucy —dijo, echándose el pelo hacia atrás—. Yo... bueno... Lo recordaré. Es solo que... bueno, tengo otras cosas en este momento.

—Sí, cariño. Haz lo que quieras. —No sabía qué decirle. Se culpaba por no saber cómo entenderlo mejor—. Buenas noches, entonces. —Tuvo que ponerse de puntillas para darle un beso. Ya era más alto que ella. El chico se quedó sonriendo de una manera extraña cuando ella salió de la habitación. «Un chico raro», pensó.

Al día siguiente, Judith y ella tuvieron un viaje asfixiante, pero llegaron a Underwood con el frescor de la última hora de la tarde y ambas suspiraron con placer cuando salieron del coche y se vieron delante de la casita. Apareció Janet para dar una bienvenida contenida a su señora. Si Lucy hubiera vuelto sola, Janet habría armado toda una algarabía; pero como llegó con la niña, Janet tuvo que mostrar su disgusto. Pero Judith saludó con un buenas tardes muy educado y corrió hacia las escaleras, subiendo de dos en dos los peldaños, sin darse por enterada. Había crecido en una casa donde la gente era complicada e inaccesible; su padre, su madre, e incluso Burton, eran personas difíciles; y también Margaret y Stephen ahora. Habría sido inútil intentar hacerlos entrar en razón, así que Judith ni siquiera lo intentaba. En Janet la niña reconoció a otro adulto difícil, así que tampoco intentó congraciarse con ella. William aprobaba esa forma de actuar.

—Esa es la actitud —le decía a Lucy—. Más mujeres así y habría menos malos humos en el mundo.

Pero Lucy, aunque encontraba encantadora aquella dignidad infantil, pensaba que Judith la había adquirido a un coste demasiado elevado.

Cayó la noche, trayendo el frescor a Underwood, pero no a Denborough. El calor era sofocante. Charlotte, después de tomarse sus pastillas, dormía solo hasta las dos en aquellos días. Pasaba una hora bebiendo una copa o dos, o leyendo algo que no exigiera mucha concentración; ya no podía concentrarse. A las tres o a las tres y media tomaba más pastillas y dormía hasta después de las seis.

El calor no cesaba. Charlotte pasaba la mayor parte de su tiempo sentada en la habitación de los niños con la ventana abierta. Allí había silencio y tranquilidad. Nadie pasaba por aquella sala salvo Stephen, y cuando iba, se sentaba a la mesa a leer.

—¿Por qué no quisiste ir a Underwood, cariño? —le preguntó Charlotte un día. De alguna manera había conseguido que su mente turbia se detuviera a pensar en aquel tema—. ¿No te gustaría ir? Aquí hace mucho calor. Estarías mejor allí. Te daré el dinero que necesites.

Charlotte, como sus hermanas, tenía un poco de dinero de su padre. Sin él, habría tenido que rendir cuentas a Geoffrey por lo que gastaba, y eso habría resultado incómodo. Antaño solía gastarlo en ropa, peluquería, manicura, masajes faciales, perfumes, jabones, polvos, cualquier cosa para mantenerse atractiva para Geoffrey. Pero todo eso ya pasó. El dinero ahora lo gastaba en cosas que la ayudaran a defenderse de él. Pero siempre le había dado a Stephen su paga, porque su padre, al parecer, nunca pensó que pudiera

necesitar dinero en ningún caso, y por eso su madre le dijo que le daría el dinero para ir a Underwood si quería.

Stephen se quedó pensando un momento, en silencio.

—De acuerdo, madre —contestó, levantándose de la mesa. Imperceptiblemente había ido dejando de decir el «mamá» y el «papá» de los años infantiles—. Muchas gracias. Es una buena idea.

Un curioso brillo en sus ojos apareció en su mirada, como si el momento que había estado esperando hubiera llegado por fin. Charlotte no se dio cuenta; sus ojos estaban casi siempre acuosos y no veía con claridad ni el otro extremo de la sala.

—¿Te gustaría darme el dinero ahora? —preguntó Stephen—. ¿Voy a por tu bolso?

—Lo tengo aquí, cariño —dijo Charlotte, intentando encontrarlo en un lateral de la silla. Últimamente nunca se separaba de su bolso —. Te daré tres libras. No, te daré cuatro. —Tuvo el impulso de darle todos los billetes de su monedero, pero se contuvo al recordar cuánto costaba lo que compraba para ella. Estaba segura de que el tipo de los callejones traseros de la Estación Central la engañaba. Era un ser espantoso y vicioso; Charlotte pensaba que aquel hombre podría llegar al extremo de chantajearla. Debería ir a buscar sus *cosas* a otra parte, pero sentía un temor nervioso por los sitios desconocidos—. Sí, te daré cuatro libras —repitió, sujetando los billetes con dedos temblorosos, un poco sucios.

Su hijo se acercó para cogerlos y darle las gracias. Se quedó allí de pie, mirándola desde arriba. Esa había sido antaño su madre, joven, dulce, inquieta, sensible. Ahora era una mujer confusa; su cabeza iba lenta, una red de venitas rojas se dibujaban en sus mejillas

pálidas y olía muy fuerte a algo... jerez, pensó Stephen, porque jerez era lo único que él la veía beber.

—Oh, madre... —Stephen se arrodilló a su lado y puso una mano en el respaldo de la silla—. Ojalá pudiera sacarte de todo esto, ojalá pudiera llevarte lejos, madre.

—Has estado diciendo eso desde que eras un niño pequeño —dijo Charlotte, con una sonrisa dudosa.

—Cuando tenga suficiente dinero, vendré a buscarte —continuó el chico.

—Oh, bueno, cariño... —dijo Charlotte—. No sé si quiero irme, la verdad. Podría haberme ido, antes. Pero mientras tú has ido creciendo, yo he ido envejeciendo, ya sabes. Creo que ya solo puedo estar aquí.

—Oh, madre, verte así me mata.

—Bueno, no puedo evitarlo... —dijo Charlotte con uno de sus violentos cambios de humor. Ahora su hijo la había disgustado. Ahora tenía que ir y tomarse otra pastilla. Lo apartó de su lado y salió de la habitación.

II

Llegó septiembre. William volvió a trabajar en la inspección. Los sauces empezaron a dejar caer sus estrechas hojas en el arroyo que corría al fondo del valle. Ya era hora de que Judith volviera a casa y, a regañadientes, se prepararon para el viaje. Lucy había escrito dos

o tres veces a Charlotte para contarle cosas de Judith, pero Charlotte no había contestado. Decía que odiaba escribir cartas. El día anterior a que llegaran a la casa de Queen's Walk, Lucy envió una postal. «Llegaremos a las 4.45, como siempre». Y como siempre, nadie fue a recibirlas y, como siempre, entraron en la casa sin hacer ruido ni causar ningún revuelo. Como siempre, subieron sigilosas las escaleras para no perturbar los asuntos que se estuvieran tratando en el salón matinal. Fueron a saludar a Charlotte, que se encontraba en el cuarto de los niños. Estaba sentada junto a la ventana y giró la cabeza al verlas entrar. Muy despacio, la sorpresa fue inundando su rostro.

—Vaya... pero si eres tú, Lucy.

—Claro —contestó Lucy, dándole un beso—. ¿Quién iba a traer a Judith a casa?

—Pero... ¿dónde está Stephen? —preguntó Charlotte.

—¿Stephen? —repitió Lucy, mirándola asombrada.

—Bueno, ¿no estaba con vosotros? —dijo Charlotte.

—¿Stephen? ¿Con nosotros? —insistió Lucy—. No lo he vuelto a ver en todas las vacaciones.

—Y entonces, ¿dónde está? —preguntó Charlotte, aferrándose al sillón de mimbre. Sintió que un miedo terrible se agitaba en su corazón, y una oleada de temor la sepultó—. ¿Dónde está Stephen? ¡Judith! ¿Tú lo sabes? ¿Te contó algo? ¿Dónde ha ido?

Lucy y Judith la miraron con los ojos asombrados, incapaz de comprender la situación, pero Charlotte, tropezando con la mesa, corrió a la habitación de Stephen. Ellas fueron detrás de Charlotte. Las tres se quedaron mirando atónitas la habitación vacía, con el collar de Crusoe colgando en la pared. Habían quitado el polvo y la

habían barrido, como siempre, pero sin sospechar nada: a nadie se le había ocurrido abrir los cajones. Charlotte empezó a sacarlos, uno detrás de otro.

—Ha dejado una carta... Aquí está —dijo, sacando un sobre cerrado. Las tres se quedaron mirándolo. Iba dirigido a su padre. Cualquier otra madre lo hubiera abierto, pero los viejos hábitos eran demasiado persistentes en Charlotte. Temblando y llorando, bajó las escaleras, y su hermana y su hija fueron tras ella. Entró de golpe en el salón matinal, donde Geoffrey le estaba dictando cartas a Margaret.

—Maldita sea —protestó—. ¿Qué significa esto?

—Abre esto, ábrelo —titubeó Charlotte, poniéndole el sobre en las manos—. Stephen se ha ido. Se ha ido hace mucho. Nunca fue a casa de Lucy. Ábrelo.

Geoffrey abrió con un dedo la pestaña del sobre y sacó una hoja de papel. En silencio, leyó:

> Padre:
>
> Me voy. Podría haber cambiado las cosas en esta casa si hubiera sido mayor. Podría incluso haberte matado. Habría acabado contigo, de cualquier modo. Pero, tal y como están las cosas, me voy porque no hago nada quedándome. Has destrozado a mi madre, Margaret no tiene remedio. Solo queda Judith, y la tía Lucy se ocupará de que no le ocurra nada malo. Me hago a la mar, porque esa me parece la mejor manera de perderme. No me volverás a ver a tu lado jamás. Aunque no creo que vayas a intentarlo, salvo para quedar bien delante de tu empresa, pero he calculado que para cuando recibas esta carta, ya llevaré siete semanas en el mar, quizás más. No me importa lo dura que pueda ser mi vida si me fortalece lo suficiente para volver un día y apalearte hasta que te mueras. Nunca ha habido nadie en esta casa lo suficientemente fuerte para enfrentarse a ti, pero yo lo haré

algún día, créeme. Así que puedes esperar mi regreso los próximos años. Sería una farsa firmar como «tu hijo, que te quiere», como dicen que hacen otros hijos con sus padres. Desearía no tener que firmar como tu hijo en absoluto. Y, de hecho, no lo haré.

STEPHEN

Bajo la atenta mirada de las mujeres, Geoffrey palideció de rabia.

—¿Qué dice? ¿Dónde está? —preguntaba Charlotte con insistencia.

Lucy había alargado la mano para coger la carta, pero Geoffrey, con la cara desencajada, la rasgó con las dos manos. La hizo añicos y la arrojó al fuego, y luego la empujó entre los carbones ardientes con el atizador.

—Este es su final —dijo.

—¿Pero dónde está? —preguntó Charlotte, retorciéndose las manos—. ¿Adónde ha ido?

—Al mar, el muy idiota —respondió Geoffrey, entre dientes—. De grumete, supongo. No sabe lo que le espera. Espero que le hagan pasar un infierno. No pasará mucho tiempo antes de que empiece a lloriquear y a suplicar que lo saquen de allí. Ya verás. Pero no lo sacaré de allí. Él se lo ha buscado y tendrá que asumir las consecuencias. No quiero volver a verlo en mi vida.

—Oh, Geoffrey, Geoffrey —lloró Charlotte, llevándose las manos a la cara. Sollozaba, y las lágrimas se derramaban entre los dedos. La estancia se llenó con el espantoso sonido de sus sollozos.

—¡Oh, por el amor de Dios, lleváosla de aquí! —dijo Geoffrey—. Ese idiota se ha ido. ¿Qué quieres que haga yo? Vamos, largo de aquí, todos, y a ver si puedo tener un poco de tranquilidad. Margaret, acaba ya esas cartas.

Lucy llevó a Charlotte al piso de arriba, a su habitación.

—Oh, Lucy —lloraba Charlotte—. El único que entendía... y se ha ido a la mar. No volverá a casa jamás. No volveré a verlo nunca más. Solo tiene dieciséis años, Lucy. Dieciséis.

—Calla, cariño, calla ahora. Túmbate y déjame que te arrope. Procura tranquilizarte. Te estás haciendo daño y estás asustando a las niñas. Calla ya.

—¡No puedo callarme! ¡No puedo! ¡Podría gritar y no dejar de gritar jamás! —Se apoyó en un codo, con los ojos desorbitados y castañeando los dientes.

—Bueno, escucha, cariño... debes intentar controlarte —dijo Lucy, cogiéndole las manos a su hermana.

—¿Dónde está mi bolso? ¿Dónde está mi bolso? Lo he dejado en el cuarto de los niños.

Charlotte se levantó de la cama.

—Yo te lo traigo... —dijo Lucy, pero Charlotte la sujetó.

—Déjame. No toques mi bolso. Yo lo cojo.

Regresó con él y sacó una cajita.

—Tráeme un poco de agua, ¿quieres, Lucy? —le pidió, sacando tres o cuatro pastillas. Se tumbó en la cama otra vez y subió el edredón—. Estaré bien enseguida —añadió—. Vete, ¿quieres? Solo déjame sola, por favor.

—Vendré dentro de un poco a ver cómo estás —dijo Lucy.

—No, no vengas. No vengas —le pidió Charlotte—. Tengo que dormir ahora.

Suspirando, Lucy la dejó allí. Judith subía las escaleras, llorando como los dibujos infantiles, con los nudillos en los ojos. Lucy fue con ella a la habitación de los niños y la cogió en su regazo.

—Stephen estará bien, cariño —le dijo para calmarla—. Se convertirá en un hombre capaz de enfrentarse a cualquier cosa y, por supuesto, volverá a vernos a todos un día.

—Oh, tía Lucy —lloró Judith—. No me dejes aquí. No te vayas mañana.

—No, cariño. Me quedaré todo lo que pueda —prometió Lucy.

A la mañana siguiente, Lucy fue a enfrentarse al león en su guarida. Fue un error. Geoffrey había tenido lo que él llamaba una mala noche. Es decir, se había desvelado de madrugada y se había visto asaltado por pensamientos que habría despreciado con una copa durante el día. La carta de Stephen seguía enfureciéndolo. Geoffrey no toleraba las críticas. No es que las creyera, pero no las toleraba. Consideraba que todo lo que hacía merecía la aprobación ajena, pero si se topaba con una crítica, el crítico era siempre un maldito idiota que no tenía ni idea de nada. En todo caso, aquella carta lo puso furioso, y en cierto sentido aumentó el amenazador silencio que Geoffrey estaba creando a su alrededor a medida que pasaba el tiempo.

Antaño, cuando era joven, tenía la certeza de que los jóvenes lo admirarían y se reirían con él en los bares, en las oficinas, en las calles o en los teatros, dondequiera que fuera. Pero, con el paso de los años, su público se había ido desvaneciendo, como espectadores aburridos de una obra que ha durado demasiado. Después de sus actuaciones, apenas si se oía a una o dos personas aplaudiendo. Pronto no se escucharía nada. De algún modo leve y difuso, con inquietud, Geoffrey estaba empezando a ser consciente de ello.

Y Stephen era otro de los que se habían ido.

Además, Stephen había puesto a su padre en una situación incómoda con su empresa. Los seres humanos están llenos de incoherencias y Geoffrey no era una excepción. Le encantaba su empresa, sólida, antigua, comercialmente decente, y trabajaba para ella con honestidad y dedicación. Su empresa y su hija encarnaban dos ideales diferentes para Geoffrey; su empresa se ajustaba a su ideal; su hija tendría que hacerlo en el futuro.

Sir Cedric Bancroft, que, como el señor Bancroft, había ido a cenar a su casa hacía muchos años, había escrito hacía poco a Geoffrey para decirle que cuando su hijo acabara sus estudios, la empresa se alegraría mucho de ofrecerle un puesto de trabajo por consideración a su padre. Aquello fue como un decreto real para Geoffrey; aceptó la propuesta con gratitud y entusiasmo, y desde ese día había empezado a prestarle alguna atención a Stephen, a verlo con los ojos de la empresa y a notar, con satisfacción, que era inteligente y presentable. ¡Y luego resultó que ese crío se había echado a la mar y le había dejado aquella carta! Era un sapo difícil de tragar. También era un asunto difícil de explicar. Así que estaba en un momento laboral delicado cuando Lucy entró aquella mañana en el salón matinal después de desayunar.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le pidió.

—Santo Dios, ¿qué pasa ahora? —preguntó con arrogancia—. Ahora estoy muy ocupado. —Sacudió el periódico que estaba leyendo mientras permanecía de espaldas a la chimenea.

—Pensé que no habías empezado a trabajar todavía —dijo Lucy —. Y veo que es así.

—Bueno, adelante —accedió de mala gana—. Puedes decir lo que quieras delante de Margaret.

—Preferiría no hacerlo —respondió Lucy. No era lo que ella fuera a decir, sino lo que pudiera decir él: Lucy no quería que lo oyera Margaret—. Estoy segura de que a ella no le importará si hablo solo contigo, ¿verdad, Margaret?

Margaret se levantó del escritorio y salió del despacho. Tenía los párpados enrojecidos e inflamados; había estado llorando toda la noche por su hermano.

—¿Y bien? —dijo Geoffrey con hostilidad—. Te lo advierto, no me hables de Stephen. No voy a mover ni un dedo para que vuelva.

—No es sobre Stephen —contestó Lucy—. Es sobre Judith. ¿Me dejarías llevarme a Judith a Underwood durante un tiempo? Uno o dos años, o varios, ¿o para siempre? Charlotte no está tan bien como para ocuparse de ella. Y Margaret está muy ocupada aquí contigo, y ahora Stephen se ha ido. Creo que se sentiría un poco sola. Y la tensión en este momento es demasiado para una niña pequeña.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Geoffrey—. La tensión, déjame decirte, la provoca tu querida hermana. Ella es la única que debería ocuparse de Judith y no lo hace. Casi nunca veo a esa cría.

—Entonces no la echarás de menos. Te pido encarecidamente que dejes que me la lleve durante un tiempo. Yo correré con toda la responsabilidad y los gastos.

—Ni lo sueñes, maldita sea —dijo Geoffrey—. ¡Ni se te ocurra, demonios! Ya me conozco tus jueguecitos. Has estado intentando llevarte a Judith desde hace años. No tienes hijos, tú y William, no tenéis hijos... demasiado listos, o demasiado virtuosos, o solo jodidamente estériles para criar, ¿no? Así que intentas llevarte uno de los nuestros. Pero te lo diré de una vez por todas: nunca te

llevarás a Judith, ¡jamás! Y será mejor que mires lo que haces, también, o ni siquiera te la dejaré en vacaciones. Dios, estoy harto y enfermo de cuñadas. Tú intentando robarme a Judith y Vera intentando que Margaret sea tan desvergonzada como ella... —Se detuvo de repente, dándose cuenta de que estaba a punto de hablar demasiado. Se fue hacia la puerta y la abrió de par en par—. ¡Margaret! —gritó—. ¡Margaret! Vuelve y vamos a trabajar. Ya he escuchado suficientes tonterías —añadió, lanzando una mirada de desprecio a los pies de Lucy.

Con una gélida expresión de disgusto, Lucy salió de la estancia. Él tenía la sartén por el mango; podía impedir que viera a Judith, así que se calló. Debía conservar lo que tenía, aunque había perdido para siempre la oportunidad de tener más, se dijo a sí misma.

Esperó hasta que vio que Judith se asentaba en el colegio y que Charlotte recuperaba en alguna medida su estabilidad. Luego regresó a casa.

Cuando regresó para llevársela en Navidad, Judith se mostró emocionadamente feliz de volver a verla. Había estado muy sola desde que Stephen se fue, y aún más porque la habían separado de Margaret y la habían puesto en la habitación de Stephen, donde todo seguía igual que siempre, incluso el collar de Crusoe colgado de la pared.

Margaret se quedó con la habitación que hasta entonces habían compartido las hermanas. La habían vuelto a amueblar entera, y la habían redecorado. Margaret lo había elegido todo ella misma y, aunque Geoffrey no lo sabía, era una copia, tan parecida como le fue posible, de la habitación que había ocupado en casa de Vera. Geoffrey felicitó a Margaret por su buen gusto y dijo que

probablemente la dejaría hacer eso en toda la casa con el tiempo. Estaba intentando enseñarla a consolarse por la pérdida de grandes cosas sustituyéndolas por otras muy pequeñas. Pero, aunque la nueva habitación satisfizo a Margaret durante un tiempo, no tardó en acostumbrarse a ella y, entonces, no influyó en su estado de ánimo más que la vieja.

Geoffrey siguió manteniéndola muy ocupada. Antaño, cuando tenía una esposa, disfrutaban de una vida social muy activa. Ahora su mujer era impresentable; lo avergonzaba, eso pensaba, así que no aparecía en público, porque no era un hombre que pudiera salir solo. Sin embargo, ahora volvió a la escena pública con una hija muy presentable. Volvió a gozar de cierta consideración pública, aunque sus esfuerzos por llamar la atención fueron menos excesivos. Su objetivo ahora era conseguir notoriedad para Margaret así como para sí mismo; por fin se mostraba interesado en el bienestar de alguien que no fuera él mismo.

Había enseñado a Margaret, no solo a jugar al golf, sino a conducir, y cuando terminaban de trabajar, iban al club de golf o a un pueblo del campo a tomar el té. A Merthwaite no. El asunto de Crusoe había puesto a la oronda señora Purley contra Geoffrey para siempre. La antipatía triunfó sobre la costumbre, y la señora Purley trató a Geoffrey con tanta frialdad un día que este llamó por teléfono que él colgó, maldiciendo la impertinencia de la posadera y no volvió jamás por allí.

Enseñó a Margaret a organizar una casa. La llevaba a las tiendas y, mientras se pavoneaba, la instruía en el arte de comprar beicon, carne, pescado, caza y aves. Margaret no creía que todas esas cosas fueran tan importantes como para dedicarles tanto tiempo y

atención. De verdad: no le importaba mucho si el pollo había estado colgado demasiado tiempo y los faisanes poco.[33] Pero lo más fácil para sobrellevar a su padre era hacer lo que él quería. Eso le ahorró mucho trabajo y sufrimiento, y así, ejercitada intensamente y durante mucho tiempo en la paciencia, se afanaba sumisa y obediente en los mostradores.

Con el golf, las excursiones al campo, el estímulo de las relaciones sociales y la compañía permanente de su hija, Geoffrey cobró nuevos bríos y más interés por la vida. Su salud y su ánimo mejoraron, a expensas de la salud y el ánimo de su hija. Pero la apremiaba con tanta insistencia para que estuviera alegre que Margaret empezó a cultivar una alegría superficial como mecanismo para protegerse. Aquella alegría desentonaba en ella, y la gente empezó a decir que Margaret Leigh se estaba volviendo cada vez más falsa, una chica afectada y artificial.

CAPÍTULO CATORCE

I

En Navidad siempre se celebraba una sesión benéfica en el Teatro Real de Trenton. Era una función de carácter social que todo el mundo esperaba con ilusión. Este año, Sarah Sargent iba a bailar un número en solitario con el ballet infantil. El teatro estaba abarrotado. Vera había cogido butacas para sus amigos y se sentó entre la señora Clarey y Terry Crawford. La mujer de Terry había fallado a última hora y la única persona a la que Vera se atrevió a ofrecerle la entrada fue a la señora Clarey, que no tenía falso orgullo y aceptaba entradas gratis para cualquier cosa.

Meriel y la niñera Gill estaban con la vieja señora Sargent y Gertrude en un palco. Vera decía que la señora Sargent había cogido un palco porque no quería quitarse el sombrero y no se permitía que nadie estuviera con sombrero en la platea. En la oscuridad del palco, decía Vera, el sombrero de la señora Sargent era como un nido de águilas con el águila dentro, y ella y Terry se rieron a gusto con la ocurrencia. Vera se alegró de que su mujer no hubiera ido.

La duquesa, que era la organizadora de la sesión benéfica, al pasar junto al palco, apoyó la mano en el borde para tener unas palabras con la señora Sargent. La anciana había hecho una importante contribución a la obra benéfica —siempre hacía contribuciones

importantes a las obras benéficas de la duquesa— y la duquesa quería que sintiera que su dinero estaba muy bien invertido. El tembloroso sombrero de la señora Sargent se inclinó sobre el borde del palco y las dos damas contemplaron el auditorio abarrotado.

—Todo un éxito, señora duquesa —dijo la señora Sargent.

—Ah, bueno, siempre puedo confiar en el apoyo de estos amigos, benditos sean —respondió la duquesa, sonriendo radiante a su alrededor—. Señor, Señor... —dijo, mirándose las muñecas—, no me he abrochado los puños. He estado atareadísima... —Y abrochándose afanosamente los botones, con la mirada en el patio de butacas, saludando con un gesto allí, y con otro allá, exclamó—: Oh, por cierto: en el ensayo general de ayer vi a una niña que bailaba de maravilla y decían que era su nieta. Si hoy baila igual de bien, le regalaré una caja de bombones.

La vieja señora Sargent se echó hacia atrás de repente. No aprobaba la pasión de Sarah por el baile y pensaba que ese vicio debía ser erradicado. Pero enseguida se recobró.

—Es un gesto encantador por su parte, señora duquesa... —continuó—. Estaremos todos muy orgullosos. Esta es la hermana de Sarah. Se llama Meriel —añadió, preocupada de que se supiera bien cuál era su favorita. Pero la duquesa ya se estaba marchando.

—Se levantará el telón enseguida... Tengo que ir a las bambalinas ahora —dijo.

La sesión benéfica era un acuerdo que proporcionaba beneficios múltiples. Los artistas, todos aficionados, le hacían un favor a la duquesa actuando sin cobrar y, por tanto, le permitía destinar todo lo recaudado a las obras de caridad. La duquesa, por su parte, hacía un favor a los artistas al darle la oportunidad de aparecer allí. A

nadie le importaba que las actuaciones de aquella tarde no cumplieran con los mínimos criterios profesionales. Entre los espectadores había una gran animación, aunque tal vez no en el escenario, con abundante conversación y un constante ir y venir de niñeras entrando y sacando a los niños. El veredicto de la sesión vespertina, cuando la gente ya se despedía en el vestíbulo del teatro, fue que había sido muy agradable ver a todo el mundo.

Entre las abundantes deficiencias artísticas de aquella tarde hubo un éxito: el Ballet Infantil de madame Fouquet. Madame Fouquet tenía una reputación en la que pensar. Había entrenado a numerosos bailarines de fama. No aceptaba ni las amenazas ni el favoritismo. No aceptaba en su Ballet a niños muy pequeños para que tuvieran una influencia sentimental en el auditorio, ni a niñas solo por complacer a sus madres. Solo las mejores bailarinas salían a escena, y aunque eran niñas, sabían bailar. Preparaba piezas de baile adaptadas a sus limitaciones y trabajaba en ello como si fuera una actuación especial. Sarah bailó un solo, y no porque fuera una alumna rica, sino porque sabía bailar. La vieja señora Sargent apuntó posteriormente que no sabía por qué se había montado tanto alboroto con Sarah. El baile no era más que mariposeo y revoloteo, dijo, y estaba segura de que Meriel podría haberlo hecho igual. Puede que fuera mariposeo y revoloteo, pero la ligereza y la elegancia de Sarah, su seriedad y su completa concentración en el baile suscitaron el aplauso del público y su plena atención como ninguna otra actuación aquella tarde.

El Ballet logró un fervoroso aplauso y la mismísima duquesa apareció en el escenario para entregarle a Sarah la caja de bombones y darle las gracias a la audiencia. Bajó el telón. La

orquesta tocó *Dios salve al rey*. Terry fue a coger su coche y Vera fue a bambalinas a recoger a Sarah. Cuando apareció en el vestíbulo, con Sarah de la mano, la vieja señora Sargent, que caminaba muy despacio, acababa de llegar allí con Gertrude y Meriel.

—Bueno, Sarah —dijo—. Supongo que estarás satisfecha contigo misma, pero no te hagas ilusiones, ya sabes. Deberías llevarla a casa, Vera, y meterla en la cama. Todas estas emociones...

—La abuela dice que yo podría haber hecho ese baile —exclamó Meriel. Había tenido las manos metidas en una caja de golosinas toda la tarde y aún estaba masticando.

—Pues claro que no —contestó Sarah—. Estás demasiado gorda.

—Sarah, no le hables así a Meriel —dijo Gertrude.

—Me temo que es verdad —dijo Vera—. Meriel está demasiado gorda y se pondrá más gorda aún si no deja de comer dulces. ¿Dónde está la niñera?

—Le dije que se fuera a casa —respondió la señora Sargent con un tono imperial: como era ella la que pagaba a la niñera Gill, se suponía que podía decirle lo que tenía que hacer—. Sarah se está llevando todos los aplausos hoy, así que Meriel se sentirá un poco desplazada. Me la llevaré a casa para que pase allí la noche, a menos que la necesites.

—No, no la necesito —dijo Vera con despreocupación.

Terry Crawford regresó para decir que tenía el coche aparcado cerca.

«Otro hombre a su servicio», pensó la señora Sargent.

—¿Ha venido su esposa, señor Crawford? —preguntó intencionadamente.

—No, está fuera con los perros —dijo Terry con despreocupación.

—Y Brian estará ocupado con sus negocios, ¿no, Vera? —Tenía intención de incomodarlos, pero, imperturbables, sonrieron, dijeron adiós y la dejaron allí. Se quedaron solas en el damero blanco y negro del vestíbulo del teatro, ya vacío, como una reina a la que nadie se ha ocupado de llevar.

Su chófer estaba esperando fuera. Meriel se adelantó y subió al coche.

—¿Te has dado cuenta, madre —preguntó Gertrude—, de que Vera nunca muestra ni el más mínimo cariño por nuestra querida Meriel?

—Me doy cuenta de todo, querida Gertrude —dijo la anciana señora Sargent—. No se me escapa nada. Puedes estar segura de que protegeré a Meriel de la indiferencia de su madre.

Le entregó el bastón al chófer y se dispuso a introducirse en el coche. Fue un gran esfuerzo y, al final, resultó ser un ejercicio humillante. Tuvo que aferrarse a ambos lados de la puerta y se impulsó para entrar, descolocando y torciendo el sombrero. Un par de mujeres pasaron por allí, pisando la nieve sucia, y se rieron.

—Mira lo que es ser rica —dijo una de ellas—: Tienes coche y te pones tan gorda que ni siquiera puedes entrar en él.

La vieja señora Sargent se hundió sin aliento en el asiento acolchado de su coche. Estaba cogiendo demasiado peso, pero no podía evitarlo. Su corazón débil le impedía hacer algún ejercicio, y la falta de ejercicio la engordaba, y la gordura empeoraba su corazón. No podía romper este círculo vicioso. Recurrió al orgullo para compensar las humillaciones de la carne.

«Puede que esté vieja y enferma», pensó, «pero Vera es muy imprudente al despreciarme».

Luego cogió el tubo para hablar con el chófer y le dijo:

—Vamos rápidamente a casa, Bradley.

Lawn Cottage estaba sumido en la noche invernal, acurrucada entre los árboles, con las explanadas de césped apenas distinguibles bajo la nieve. Meriel corrió hacia la casa iluminada. Los criados salieron para ayudar a entrar a la señora. Era reconfortante contar con gente que la atendiera, contar con gente que estaba a su entera disposición. Aquella noche, después de cenar, ordenó que le bajaran el joyero al salón. Era una mesa de taracea con patas y Meriel se sentó en el suelo, adornándose con collares, colocándose grandes broches, poniéndose anillos en todos los dedos...

—¿Puedo quedarme esto, abuela? —decía una y otra vez.

—Algún día, querida —le contestaba la señora Sargent.

Puso a un lado una colección de rubíes engarzados en garras tan feroces que parecía que las joyas habían sido cazadas y atrapadas a pesar de toda su imaginaria resistencia. Pasó una agradable velada ordenando sus cosas. Su manera de afrontar la muerte era contemplar las decepciones y satisfacciones que causaría a los vivos.

—Creo que convertiré esta sala en mi habitación —le dijo a Gertrude esa noche—. No creo que pueda subir esas escaleras nunca más.

Así que ordenó que bajaran su gran cama de hierro al salón. Durante el día estaba en el salón matinal y, por la noche, el resto de la casa se quedaba en el piso superior y la dejaba abajo, entre los brillos de la decoración, los dibujos de ceras con motas de moho y el

olor a humedad de las viejas cortinas de terciopelo. Al ahorrarse subir las escaleras, pretendía durar tanto como fuera posible.

Pero ese verano murió. Murió sola una calurosa noche, durante una tormenta. Nadie sabía que le daban pánico los truenos. Nadie fue a ver si se encontraba bien. Cuando la encontraron por la mañana, se quedaron asombrados por el rictus de temor en su cara. Los criados susurraron que «debía de haber visto algo». Era evidente que había intentado alcanzar la campanilla y el esfuerzo había sido excesivo para su corazón.

Dejó un curioso testamento. Una calculada malevolencia, dijo Vera. El dinero quedaba, en su mayor parte, en manos de Gertrude y Meriel. Sarah recibiría un pequeño legado, Vera nada... salvo los rubíes, que declinó con una sonrisa. Brian no recibiría nada, salvo su empresa, hasta que cumpliera los cincuenta, cuando se le haría legatario de una considerable suma de dinero. Su madre había considerado que para entonces Vera ya lo habría abandonado, o sería demasiado vieja para ocasionar más problemas. La señora Sargent quería que su hijo trabajara, y ahora tendría que hacerlo por fuerza.

La anciana señora Sargent estipuló que su edad no aparecería ni en los periódicos ni en su lápida. Su vanidad se extendía más allá de la tumba. Curiosamente, era más joven —bastantes años más joven — de lo que la gente pensaba.

Su última voluntad empezó a dejarse sentir de inmediato. La niñera Gill tuvo que marcharse. Era un gasto que Brian ya no se podía permitir. El chófer también fue despedido; en el futuro, Brian conduciría su propio coche y Vera el suyo. Tras algún tiempo, la doncella de invitados también tuvo que irse y las fiestas se

redujeron de manera considerable. Se acabó el champán de los domingos por la mañana, decretó Brian. Le sorprendió que Vera se tomara esos cambios con bastante tranquilidad. La verdad era que no le habían importado mucho las cosas de las que se tenía que desprender. Brian empezó a confiar en que, ahora que ya no tenía que soportar la exasperante presencia de su madre y, además, no contaba con el efecto debilitador del exceso de lujos, Vera sería más feliz y, en consecuencia, tal vez sería más amable con él. Por su parte, se sentía más activo, más ocupado, menos deprimido en sus relaciones con Vera. Se sentía más capaz de tomar decisiones y actuar.

Su hermana Gertrude era ahora una mujer rica y dueña de su vida. Durante varios meses, Lawn Cottage se rigió exactamente como cuando su madre estaba viva y Gertrude se ocupó de revisar todos los asuntos de su madre. Había una abrumadora cantidad de documentos viejos, pieles viejas, música vieja, cartas, libros, fotografías. Los cajones, las cómodas, los armarios: todo estaba lleno de cosas viejas viejísimas. Era como una limpieza de primavera interminable. De repente, Gertrude decidió tirarlo todo. Un domingo por la mañana, cerró de golpe un cajón, se sentó sobre sus talones y decidió ir a ver a su hermano por la tarde.

Era un día de lluvia y, por una vez, no había visitas en el salón de la mansión Southfield. Brian y Vera estaban solos, esperando el té. Cuando llegó Gertrude, a Brian se le ocurrió de repente que era el momento que había estado esperando. Él también había tomado una decisión y la presencia de Gertrude le hizo más fácil la tarea de hablar con Vera.

II

—Vera —dijo Brian, recibiendo el té de sus manos—, tengo que ir a América esta primavera. Propongo que dejemos a las niñas a cargo de Gertrude (estoy seguro de que no te importará, ¿verdad, Gertrude?) y que vengas conmigo. ¿Quieres venir, Vera?

Contuvo el aliento esperando una respuesta. Pensó que su mujer estaría menos predispuesta a rechazar la idea si Gertrude estaba allí, porque ¿qué excusa podría poner entonces?

Pero Vera no necesitaba excusas; nunca ponía excusas. Había estado dos veces en América con Brian. No quería volver y eso era suficiente para ella.

—No, gracias, Brian —dijo, bostezando. Había sido una tarde larga y sofocante—. No quiero ir. Supongo que no tardarás mucho tiempo en volver. Me quedaré aquí.

—Eso es una suerte —intervino Gertrude, envarada—. Porque iba a decirte, si Brian me hubiera dejado, que no puedo hacerme cargo de las niñas. He decidido vender Lawn Cottage con todo lo que tiene dentro.

Vera y Brian miraron asombrados a Gertrude. Vera se despabiló primero:

—Creo que haces muy bien.

—Creo que me tomaré unas largas vacaciones —dijo Gertrude —. Necesito un cambio total.

Si hubiera dicho eso en la época de la servidumbre a su madre, nadie le habría prestado la menor atención ni se habría molestado en escuchar lo que decía. Es dudoso que se hubiera atrevido a

decirlo siquiera. Pero ahora podía decirlo y daba igual si alguien le prestaba atención o no: ella podía irse de vacaciones sola. Una repentina euforia se adueñó de Gertrude: sus horizontes se ampliaron enormemente. No iría a Brighton o a Bournemouth, como había pensado al principio. ¿Por qué iba a quedarse ahí cuando tenía todo el mundo por delante?

—Brian —dijo—. ¿Puedo ir yo contigo a América?

Brian, que se había acercado a la ventana para ocultar su disgusto por el rechazo indiferente de Vera, se dio media vuelta. Una expresión de afectuosa alegría se reflejó en su cara: cruzó la estancia y se sentó junto a su hermana en el sofá.

—¡Qué idea tan fabulosa, Gertrude! ¡Excelente, querida! —Le cogió las manos—. Me encantará contar con tu compañía. Y, bueno, ¿cuándo nos vamos? Tengo que dejar Lawn Cottage en manos de los agentes mañana.

Vera se fue del salón y los dejó allí. En cierto sentido, se sintió quizás algo celosa. Se acercó a casa de la señora Clarey, el único lugar donde estaba segura de que sería bien recibida en esas horas muertas entre el té y la cena fría del domingo. Cuando volvió, Brian y Gertrude aún estaban hablando. Habían hecho muchos planes. Habían decidido contratar a una institutriz y se llevarían a Meriel con ellos.

—Madre quería que Meriel disfrutara de todos los privilegios —dijo Gertrude, emocionada y nerviosa.

—Pero... ¿y Sarah? —preguntó Vera indignada.

—Meriel se lo paga con su dinero —respondió Brian—. No puedo permitirme llevar a Sarah.

—Pero me habrías llevado a mí...

Brian se quedó callado. No podía decir que la compañía de Vera habría sido un placer mientras que la de Sarah sería solo un engorro. Pero Gertrude contestó por él.

—Sarah y Meriel no se llevan bien. Estarían discutiendo todo el rato. Francamente, Vera: no creo que pueda con Sarah en vacaciones y, la verdad, no me apetece mucho intentarlo.

—Muy bien —dijo Vera con gesto sombrío.

CAPÍTULO QUINCE

I

Al parecer, los viajeros no iban a partir antes de abril, y Vera ya estaba cansada y agotada de todos sus preparativos. Después de vender Lawn Cottage, Gertrude se trasladó a Southfield, de modo que ahora Vera era, en su propia casa, como una reina destronada o apartada por gente que, hasta ese momento, había escuchado en silencio mientras ella hablaba o, al menos, hablaban de lo que ella quería. Ahora, ignorándola, parloteaban de sus propios asuntos de la mañana a la noche. No estaba acostumbrada a esto y anhelaba el momento en el que se fueran, ellos y su entusiasmo, a América.

Al principio Brian se había sentido molesto por la demora. Cuanto más tardaran en irse, más tardarían en volver. Pero, de repente, se preguntó por qué debería preocuparse. Él y sus socios eran auditores para empresas con fábricas en Inglaterra y representaciones en América, y viceversa. Podía controlar sus asuntos desde cualquier parte. ¿Por qué tendría que apresurarse a volver a casa con alguien que no lo quería? La perspectiva de estar lejos durante varios meses no parecía preocuparle lo más mínimo a Vera. Se sentía dolido, pero Vera ya no lo hacía sufrir con tanta facilidad como antes, pensó, y este pensamiento le proporcionó algún orgullo y bastante alivio.

Si tuviera que quedarse en América durante el verano, iría con Gertrude, Meriel y su nueva institutriz, la señorita Evans, a un lago que conocía en las montañas de Adirondack[34] con Gertrude, Meriel y su nueva institutriz, la señorita Evans. A ellos les encantaría y a él también, pensó Brian, recordando los campos que se extendían hacia el lago, los abetos que se apiñaban en el borde del agua y las calas arenosas donde tan placentero resultaba bañarse. Brian estaba descubriendo que le gustaba estar con gente que disfrutaba de las cosas. Vera era tan gélida y crítica que, cuando estaba con ella, siempre estaba preocupado por si las cosas no eran lo bastante buenas para ella. Y rara vez lo eran. Era un gran cambio estar al frente de un grupo de personas tan entusiastas y emocionadas como el que formaban Gertrude, Meriel y la señorita Evans, una joven muy agradable con una cara redonda e infantil, el pelo cobrizo y un montón de pecas espolvoreadas por su cara pálida. Vera pensaba que no era muy guapa. Pero, en cualquier caso, la joven reconoció que había tenido muy buena suerte al ser invitada a viajar con su pupila a América; y Brian agradecía que la institutriz supiera escuchar, y consiguiera que Meriel también escuchara, cuando él leía en voz alta. Decidió meter en la maleta unos cuantos libros adecuados para leer en voz alta. Le gustaba mantener un ambiente familiar y esta vez iba a llevárselo en el equipaje.

Vera y Sarah los vieron salir de la estación de Trenton y, aunque Vera les dijo adiós con la mano un par de veces o tres, una vez que se dio la vuelta, no volvió a mirar, a pesar de que Brian estuvo asomado a la ventana hasta el final. La vio marchar con dolor: estaba seguro de que si en ese momento hubiera estado

despidiéndose de él para siempre, tampoco habría mostrado más desconsuelo.

Al abandonar el andén, Sarah se cogió del brazo de su madre.

—Ahora solo estamos las dos, ¿no? —dijo muy contenta.

Ahora podría disfrutar de su madre todo el tiempo. Nada de habitación de los niños con la estúpida Meriel. Iba a comer con su madre en la pequeña salita matinal, iba a hacer los deberes allí. Iba a ser su salita, solo para las dos. La familia se había reducido a un tamaño muy acogedor, pensó Sarah.

Vera, por su parte, sintió como si se hubiera hecho una gran limpieza. Varias fuentes de incomodidad y molestias habían desaparecido de un plumazo: la vieja señora Sargent, Brian, Gertrude y, en un grado menor, Meriel. Las cosas irían mucho mejor ahora, pensó Vera, y como presagio de regocijos mayores, se compró mucha ropa nueva y redecoró el salón.

Pero no todos los cambios que puso en marcha fueron para mejor. Por un lado, empezó a notar una cierta escasez de dinero. La asignación que le había dejado Brian resultaba absolutamente insuficiente. Claro, cuando él había empezado a explicarle por qué no podía ser mayor, la perorata le había resultado tan larga y aburrida que le cortó y le dijo, con la mayor despreocupación, que se las arreglaría y que todo estaba bien. Pero ahora que tenía que gestionar ese dinero, la cosa era muy diferente. En cualquier caso, no pediría más. Tenía previsto dar algunas buenas fiestas, pero tendrían que esperar. Ella siempre prefería *dar* una fiesta a *ir* a una fiesta, pero por ahora debía renunciar a ser la anfitriona —siempre había hecho más de lo que le correspondía, de todos modos—, y contentarse con ser invitada.

Pero las invitaciones no eran tan numerosas como ella esperaba. La sociedad frívola y superficial que había cultivado Vera se mantenía unida, más o menos, por un único objetivo común: pasarlo bien. Lo habían pasado bien en casa de Vera. Pero como eso ya no era posible, se fueron a pasarlo bien a casa de otra persona, y Vera cada vez aparecía menos en la lista de invitados. Para empezar, era difícil colocar a una mujer sola en una mesa; no había tantas mujeres solas. Y por otro lado, no es recomendable desafiar las normas y creencias de la sociedad en la que vives; es decir, si quieres algo de ella. Si no la necesitas, puedes burlarte de ella todo lo que quieras. Durante años, Vera había invitado a hombres, comprometidos y solteros, había ofendido a muchas mujeres al hacerlo y había sido indiferente a todas las quejas y censuras. Sin embargo, el testamento de su suegra de repente puso de manifiesto la corriente latente de desaprobación general. A la anciana no le había gustado su comportamiento y el testamento le recordó a otras personas que a ellas tampoco les gustaba. Empezaron a comentárselo unos a otros. Empezaron a verla con frialdad. Vera lo había hecho todo a su manera durante demasiado tiempo, pensaban. Ahora que su marido estaba lejos, era una buena excusa para no invitarla a todo, y cuando uno sabía que otro no la había invitado, la primera tampoco la invitaba. En público seguían siendo muy amables: «No debes estar sola», le decían. «Pásate a tomar el té alguna tarde...».

Vera, desde la más temprana adolescencia, siempre había tenido a su alrededor a algún hombre enamorado de ella. (Hombre u hombres, porque con frecuencia había varios). El lamentable sino de Brian había sido aguantar y asistir a todas esas aventuras sucesivas.

Se torturaba pensando hasta dónde habrían llegado. No lo podía saber. ¿Le era fiel o no?, se preguntaba angustiado. Técnicamente, lo era, aunque Vera no lo hubiera llamado fidelidad; habría dicho que no se sentía tentada. Y a pesar de que era impasible, los demás vivían torturados. Ella decía que el remedio estaba en sus propias manos, que debían mantenerse alejados. Algunos lo hacían, pero otros los sustituían. Los hombres siempre estaban sustituyéndose unos a otros al lado de aquella adorable mujer.

Durante años, los tres admiradores más pertinaces habían sido Dudley Hope, Gerald Stewart y el capitán Ward. Stewart se había ido de la ciudad recientemente. Unos meses antes, Dudley Hope había visitado a Vera, desesperado, para decirle que no podía soportar más esa situación. Había decidido librarse de aquel amor sin futuro ni esperanza y casarse. «¿Y en quién estás pensando?», le había preguntado Vera. Al parecer no tenía a nadie, pero estaba decidido a encontrar a alguien. Se apartó y no tardó en anunciarse su compromiso con una prima lejana. Así que solo quedaba el capitán Ward. Sin embargo, este, que hasta ese momento Vera y todo el mundo habían considerado una relación duradera, ahora la había sorprendido anunciando que, mientras Brian estaba fuera, no se atrevía a ir muy a menudo a su casa. Su coronel era muy estricto y no permitiría ni el menor atisbo de escándalo. Esto, viniendo de un hombre que había ido a esa casa casi cada día durante los últimos tres años, no era más que una ridiculez; eso era lo que pensó Vera, aunque, después de un silencio atónito, dijo que estaba totalmente de acuerdo con él.

—Sí. Haber llegado a los cuarenta años sin haberte saltado ni infringido una sola vez las convenciones es un logro tan maravilloso

que no debes estropearlo ahora viniendo a verme sin una chaperona. Adiós. —Y se despidió, apretándole la mano—. Ha sido muy agradable conocerte.

Desconcertado y herido, se alejó preguntándose por qué nunca la volvió a ver a solas después de aquello.

—Escucha... —le dijo enfadado por teléfono—. Esto es exagerar. Yo no dije que no pudiera ir a tu casa cuando Brian estuviera fuera. Solo dije que no debía ir tan a menudo. Iré esta noche.

—Mi querido Johnny —respondió Vera—. Si ahora te has vuelto tan imprudente que ya no piensas en tu reputación, por favor, piensa en la mía. Esta noche voy a salir: no estaré en casa.

Lo despachó y, por vez primera desde que la propia Vera podía recordar, se encontró sin un hombre a su servicio que la cortejara apasionadamente. Era raro.

Así pues, en los meses siguientes, a falta de hombres e invitaciones, cuando Sarah se iba a la cama, Vera se sentía realmente sola con frecuencia. No disfrutaba esta nueva experiencia. Cuando estaba sola, era mucho más consciente de la insatisfacción que albergaba en lo más profundo de su alma y que le pesaba como una losa. Las noches estivales eran melancólicas, pensaba, allí sentada en las ventanas del salón con vistas al jardín escalonado en terrazas. A primera hora de la noche aún hacía calor; un zorzal cantaba y una estrella brillaba plateada en el cielo rosado. Pero era melancólico incluso en esos momentos, porque una piensa que debería estar haciendo algo, que debería estar fuera, disfrutándolo plenamente con alguien; y no había nadie. Cuando el sol se ponía y los pájaros enmudecían, la melancolía se hacía más intensa. Ella se sentaba sola en la ventana, con el atardecer de la

calle de un lado y la sala vacía del otro. Los espejos reflejaban sombras fantasmales en las paredes. Ahora entendía por qué una criada, antaño, en casa, solía cubrir los espejos por la noche. Allí sentada, entre el exterior y el interior, en el siniestro atardecer, la presión en su alma era mucho mayor. Es en esos momentos cuando el alma plantea las preguntas más punzantes. Pero Vera huía de ellas cogiendo una novela y yéndose a la cama, o salía para ir a ver a la señora Clarey.

La señora Clarey vivía en lo que Vera consideraba una horrible casita, en una hilera de viviendas todas iguales. Desde sus ventanas la señora Clarey podía ver las chimeneas de la gran mansión donde había vivido cuando su marido estaba vivo. El señor Clarey no había querido vivir tras su fracaso en el negocio de los encajes y las puntillas, y se había tirado al tren. Muy egoísta, decía la señora Clarey, que pensaba que debería haber vivido para compartir la incomodidad y las desgracias que le había acarreado. Pero al ver cómo se ocupaba de la casa la señora Clarey sin ayuda de criadas, la gente con frecuencia pensaba que la decisión del señor Clarey había sido la más acertada. La tristeza y el caos reinaban en aquella casa; la tristeza, porque todas las ventanas estaban vestidas con cortinajes grises, y la confusión porque las estancias estaban atiborradas de cosas que nadie había querido comprar en la venta de su casa. Después de diez años, aún parecía como si la señora Clarey se hubiera mudado el día anterior. Iba una mujer una vez a la semana y se ocupaba de lo peor. Por lo demás, la señora Clarey vivía entre los restos de huevos cocidos y cigarrillos a medio fumar. Cuando Vera llegaba, la señora Clarey habitualmente estaba ejercitando su paciencia haciendo crucigramas.

—Espero no llegar nunca a esto —decía Vera.

—Llegarás, querida, llegarás —le aseguraba la señora Clarey, repartiendo las cartas.

Al mirar a la señora Clarey, con sus manos cetrinas y amarillentas en las que aún brillaban los últimos diamantes, con su pelo ceniciento tras los sucesivos tratamientos de permanentes baratas, con su cara arrugada y cínica, Vera tuvo el sombrío presentimiento de que podría estar viéndose a sí misma veinticinco años después. Había huido de la soledad para llegar a la señora Clarey; ahora pensó que debía escapar de la señora Clarey. Quería una compañía diferente, nueva, una compañía más esperanzadora y sus pensamientos recalaron en Lucy. Lucy le sentaría bien. Ella y Sarah irían a Underwood. Sería también una solución al problema de las vacaciones. Vera tenía a Sarah en sus manos y estaba tan poco acostumbrada a sus hijas que no había sabido cómo organizar unas vacaciones agradables para las dos. Pero Judith estaría en Underwood para ocuparse de Sarah y ella tendría a Lucy para ella sola. Telefoneó para pedirle a Lucy que le dijera a Charlotte que fuera también, así estarían las tres juntas, como en los buenos tiempos.

Lucy escribió a Charlotte, pero fue Judith la que contestó. Ahora todo el mundo daba por sentado que alguien debía contestar las cartas de Charlotte. Judith decía que su madre no podría ir, pero que ella llegaría en su momento. Ya tenía catorce años y podía viajar sola.

Como Charlotte no iba a ir y había sitio para Margaret, Lucy la invitó. Se le ocurrió que a la chica le gustaría estar con Vera. Recordó que había mostrado su admiración y afecto por ella tras la

visita a Trenton. Pero Margaret contestó de inmediato para decir que no podía ir. La vida interior de Margaret, sujeta a extrañas fluctuaciones y cambios, había dado otro giro. Ahora estaba convencida de que en aquella visita a Trenton ella había ofrecido algo que había sido rechazado. Creía que todo el mundo debía de ser consciente de la humillación que había sufrido. Se dijo que debía de estar loca para esperar tanto a partir de tan poca cosa. Procuró apartar de su cabeza cualquier pensamiento de John Watson y de su tía Vera, a quienes había pedido una invitación con demasiada franqueza. Nada la habría inducido a presentarse en Trenton de nuevo. Su único deseo ahora era convertirse en una joven sofisticada que no sintiera nada. Quería ser como Vera, pero no quería volver a verla.

—¿Por qué tiene que venir Vera precisamente cuando tengo vacaciones? —preguntó William.

—¡Oh, William, puede venir cuando quiera! —replicó Lucy con voz sorprendida. No quiere venir casi nunca. Así que cuando quiere, tiene que poder hacerlo.

—No tiene sentido preguntarse por qué Vera espera hacer todo a su manera —dijo William—. Todo el mundo conspira para ocultarle el hecho de que puede haber otra forma de hacer las cosas.

—Cariño, sé amable —rogó Lucy—. Parece que en esta casa resulta muy difícil entender que me guste tener aquí a mi familia. Ya tengo bastante con Janet.

—Entonces va a venir otra vez, ¿no? —dijo Janet con un resoplido.

—Janet, deben haber pasado seis años desde que la señora Sargent estuvo aquí —contestó Lucy con seriedad.

—Parece que fue ayer —dijo Janet—. Hace nada que he conseguido quitar del tocador todos aquellos polvos. Ahora habrá que hacerlo otra vez.

II

Fue un verano caluroso. Los prados estaban duros como piedras y quemados por la sequía. Lucy se quejaba de que todas las flores de temporada habían brotado a la vez, y no sucesivamente, como ella pretendía.

Sarah y Judith vagaban por los campos: eran dos chicas patilargas con vestidos de algodón y sandalias. Judith era mucho más alta. Su pelo tenía tendencia a dividirse en la nuca y a colgar hacia delante a cada lado de su cara. Para Lucy, tenía una adolescencia conmovedora. Aunque no tenía experiencia como madre, Lucy había allanado el camino de la infancia a la adolescencia de sus hermanas; ahora lo hacía con Judith y nadie podría haberlo hecho mejor y de la misma manera. Margaret estaba demasiado angustiada y amargada para ayudar a su hermana y ya nadie esperaba ni ayuda ni consejo de Charlotte.

En lo más asfixiante del día, Lucy y Vera se sentaban bajo la fresca sombra de un haya, al fondo del jardín. Hacía mucho que no habían estado tanto tiempo juntas y en las charlas ocasionales que tuvieron entre siestas y lecturas, se redescubrieron mutuamente. Lucy estaba más pendiente y más preocupada por Vera, pero Vera

estaba más interesada en Lucy que nunca. Quería averiguar por qué Lucy era feliz y ella no. ¿Por qué ella, mucho más guapa, con mucho más dinero, con dos niñas, no había alcanzado la felicidad y Lucy sí? Claro, es probable que Lucy tenga menos expectativas, pensó Vera, justificando su propia insatisfacción. Pero también observaba a su hermana y confiaba en aprender algo de ella. Lo único que averiguó, sin embargo, fue que Lucy se tomaba verdadero interés en cosas que a ella no le interesaban en absoluto: libros interminables, por ejemplo; aburridísimas tareas solitarias, como la jardinería o pasear; tediosas obligaciones domésticas, como cocinar o hacer la casa; cosas tontas, como las gallinas, o acudir en ayuda de gente pesada del pueblo que siempre la estaban reclamando por algo. Lucy también se tomaba un verdadero interés —y en opinión de Vera, bastante excéntrico— en Dios. Quería saber más y más sobre Dios, decía. Aseguraba que la vida era descubrimiento y esa era la razón por la que no hay que preocuparse por hacerse mayor, porque cuanto mayor eres, más avanzas en el camino de la vida y más sabes. Pensaba que después de morir una sigue aprendiendo. Lo creía de verdad, se le podía ver en la cara, resplandeciente con un interés que dejaba atónita a Vera, que no creía en nada en absoluto. «Pero me gustaría», decía con aire melancólico. «Me parece que no hay mucho más. La perspectiva de envejecer me espanta, Lucy. ¿Te das cuenta de que algún día seré una vieja bruja?», decía, llevándose las manos a su adorable cara y mirando entre los dedos a su hermana con ojos horrorizados.

—No lo serás —le dijo un día Lucy con seguridad—. Siempre serás encantadora.

—Puede ser —le contestó Vera—. Pero cuando tenga cuarenta y cinco años, digamos, ya no importará el buen aspecto que tenga. Cualquier hombre escogerá y preferirá a cualquier cría vulgar de diecisiete para enamorarse.

—No sé por qué te preocupa eso —dijo Lucy—. Nunca has valorado la admiración que has suscitado, que yo haya visto.

—Ya... pero tú sabes que cuanto más tienes de algo, menos lo quieres. Me temo que lo contrario también es verdad. Probablemente lo buscaré con ansia cuando no lo tenga.

—Pues claro que no —aseguró Lucy—. Serás demasiado orgullosa.

—No sé lo que seré cuando la vejez empiece a socavar mis defensas —respondió Vera.

Puede que fuera esa conversación sobre la edad la que hizo que Lucy se girara y buscara en la cara de Vera signos de madurez mientras ella estaba recostada en un sillón con los ojos cerrados a su lado. Sintió un escalofrío cuando vio que los signos de la edad estaban allí. Hasta entonces nunca se había dado cuenta de la línea bajo la barbilla de Vera o aquellas leves arrugas en forma de pata de gallo en las comisuras de cada ojo. Y aquellos cabellos de sus sienes... ¿eran grises o muy rubios? Era cierto que Vera estaba a punto de cumplir los treinta y ocho. Aquella cara adorable estaba sujeta al paso del tiempo, como cualquier otra, y debía cambiar. Pero Lucy, que soportaba con total tranquilidad su propia madurez, tuvo una sensación de pérdida y temor al pensar que eso también afectaba a Vera. Sintió el impulso de inclinarse sobre ella y darle un beso a su hermana, pero se reprimió porque Vera se preguntaría por qué lo había hecho. Vera giró la cabeza en su cojín y la visión de la

edad desapareció. Lucy se sintió aliviada. Pero habiéndolo visto una vez, volvió a verlo muchas más, y cada vez sentía una punzada en el estómago.

III

Las vacaciones terminaron y Vera volvió a casa. La casa parecía vacía y mucho más grande. Si Brian hubiera regresado a casa en ese momento, Vera podría haberlo recibido de buena gana. Por otra parte, si se hubiera quedado sola, podría haberse encontrado a sí misma.

Pero una noche de septiembre, sentada sola en las ventanas del salón, vio a Terry Crawford subir por las escaleras de la terraza ajardinada. Un cálido rubor de sorpresa y alegría tiñó las mejillas de Vera.

—¡Terry! —exclamó, corriendo a su encuentro con la misma ilusión que una niña—. Me encanta verte, pero pensaba que estabais todos en Escocia.

—Me he venido a casa —dijo Terry, cogiendo la mano de Vera con aire sombrío—. Los dejé allí. No podía soportarlo más. Las tías y los tíos están todos allí, por supuesto. Menuda partida de caza: no he visto en mi vida nada semejante. Si haces una película, nadie lo creería. En aquella casa te tenías que sentar con las tías, con mil agujas de tejer por todas partes. Cuando salías de allí, tenías que ir con los tíos de caza, y disparaban tan mal que no mataban a los

pájaros, solo los herían. Me pasaba el día buscándolos para evitarles el sufrimiento. No voy a ir de caza con esa gente, así se lo dije al viejo, y ahora está furioso. Donde va Brenda —continuó Terry—, allí va toda su familia. No puede vivir sin sus tíos y yo no puedo vivir con ellos, así que así estamos. He regresado y me parece un alivio tener la casa aquí para mí solo. ¿Qué me cuentas tú? ¿Cuándo vuelve Brian?

—No lo sé.

—Vaya, ¿así que tú tampoco tienes nada que hacer? —preguntó Terry—. Bueno. Unamos nuestras fuerzas, ¿de acuerdo? Estás adorable. Bonito vestido. Pareces como esa flor... ¿cómo es? Esa flor... amor en la niebla[35] —dijo por fin. Su mujer solía vestir faldas de tweed que solían estar llenas de pelos de perro...

Terry Crawford no era como el capitán Ward. Los cotilleos no le importaban. En Inglaterra no los puedes evitar, decía. La gente siempre tiene que estar encima de los demás; si no hablan de una persona, hablarán de otra, insistía, «así que ignorémoslos».

Así que empezaron a pasar tiempo juntos. No era el tipo de relación al que Vera estaba acostumbrada. Los hombres habitualmente se postraban a sus pies, la adoraban con humildad mientras ella reinaba por encima. Pero con Terry tenía que apresurarse: era al menos cinco años más joven que ella —eso se temía— y muy activo. Se descubrió a sí misma deseando ser otro tipo de persona, y bastante a menudo. Nunca había sido buena al tenis, pero ahora pensaba que ojalá pudiera jugar con él. Ni siquiera lo intentó: era demasiado prudente como para aparecer en una situación comprometida en la pista del Holly Lodge, donde, como él dijo, podrían haber estado jugando todo el día si ella hubiera

querido. Los Spencer tenían una innovadora granja a treinta kilómetros de Trenton y allí había un lago donde a Terry le gustaba ir a nadar. Él quiso que fuera a nadar con él, pero ella se espantó ante la idea de adentrarse en el agua fría y llena de juncos, con los labios azules y el pelo mojado. Se quedó en un banco junto al lago, mirándolo. Todo aquello era una experiencia nueva y desconcertante para Vera, pero le proporcionaba un extraño placer.

CAPÍTULO DECISÉIS

I

A Vera siempre le habían aburrido las cartas de Brian. Decía que su marido escribía para sí mismo, no para ella, retorciendo las frases intencionadamente y utilizando una caligrafía envarada y pulida. Pero hacía ya tres semanas que no recibía carta de América y empezó a esperar una con un sentimiento parecido al fastidio. Ella había escrito todas las semanas, como siempre. Era como si hubiera hecho sonar una campanilla y nadie respondiera, lo cual era insólito en su experiencia vital.

Una tarde, sin embargo, cuando llegó corriendo a casa porque Terry iba a ir a tomar el té, vio que tenía una carta en la mesa del vestíbulo con la conocida caligrafía de su marido. Así que se la llevó al salón y, después de comprobar que todo estaba listo para el té, leyó despreocupada las primeras líneas. Ahora que había llegado la carta, ya no le interesaba mucho.

> Mi querida Vera:
>
> No te he escrito en las últimas fechas, como te habrás dado cuenta (o no) porque le he estado dando vueltas a muchas cosas en la cabeza. Ya he llegado a una conclusión y espero que me creas cuando te digo que no he llegado a ella de una manera precipitada y sin dudas. He tenido muy en cuenta tu situación en este asunto...

La mirada de desinterés abandonó su expresión y siguió leyendo:

Van a surgir graves problemas en Europa. Inglaterra entrará en guerra y no está preparada. Preveo un desastre para Inglaterra y lo mismo piensan todos los ingleses que están fuera del país. Nuestro prestigio es increíblemente bajo. Ha sido para mí una conmoción comprobar lo bajo que es...

«¿Y qué tiene que ver esto conmigo?», se preguntó Vera, saltándose la mitad de la carta.

Iré al grano.

Había escrito Brian al fin.

—Gracias a Dios —dijo Vera.

Me propongo desarrollar la sucursal americana de nuestra empresa yo mismo, porque dependeremos de ella en caso de guerra. Me propongo quedarme aquí varios años, tal vez durante el resto de mi vida laboral, y te pido que te reúnas conmigo y con Sarah aquí.

Vera frunció el ceño y miró desconcertada a su alrededor. ¿Se había vuelto loco?

No estoy pensando solo en nuestra empresa cuando te pido que vengas. Estoy pensando en ti y en mí. No puedo volver en las condiciones de antes. Eran insoportables y humillantes, y deberías haber sabido que era muy desgraciado. He sido más feliz en América estos últimos meses que durante muchos años en Trenton. Tu vida allí tampoco te conviene, digas lo que digas. Ven y empieza una nueva vida conmigo en este país. Vende la casa y todo lo que hay en ella, tráete a Sarah e intentémoslo de nuevo. Meriel es muy feliz aquí y ha mejorado mucho bajo la tutela de la señorita Evans. Desde luego, hemos sido muy afortunados con la señorita Evans. Gertrude también desea quedarse aquí. Ciertamente, es un país maravilloso. Me siento un hombre diferente...

«Y escribe como si lo fuera», pensó Vera con un gesto sombrío.

> Repito que estoy decidido a empezar de nuevo aquí, pero no allí, y necesito una respuesta bien meditada, Vera, porque muchas cosas dependen de tu decisión. Piénsalo bien. Tómate varios días para decidir. Y luego envíame un telegrama...

Se abrió la puerta y entró Terry.

—Terry —dijo, levantando la mirada desconcertada—. Brian quiere que vaya y me quede a vivir en América.

—¿A vivir en América? —repitió estupefacto—. ¿Y para qué demonios...?

Denham trajo el té y Vera tiró la carta de Brian en el sofá.

—Siéntate —le pidió, mientras le servía el té.

—¿Pero qué idea es esa de ir a vivir a América? —preguntó Terry cuando se fue la criada—. ¿Qué tiene de malo Inglaterra?

—Pues muchísimo, según Brian. Dice que va a haber guerra y que Inglaterra va a tener muchas dificultades.

—No va a haber ninguna guerra —dijo Terry—. Y si la hubiera, Inglaterra lucharía como ha luchado siempre: para ganar. Pero supongamos que Inglaterra entra en guerra, ¿qué es eso de ir a vivir a América?

—Para evitarla, supongo. Para estar a salvo y que la empresa siga funcionando.

—¡Qué idea tan horrible! —exclamó Terry, mordiendo su tostada.

—Lo es, y así se lo diré a Brian —dijo Vera, preparando su argumento—. Si no va a haber guerra, no hay ninguna necesidad de ir; y si la hay, es una vergüenza irse. La gente diría que estábamos huyendo. Eso no le gustará. Eso le hará volver.

—Te odiaría si te fueras —añadió Terry, cogiendo más tostadas —. Dios mío, ¿qué iba a hacer yo?

—No te preocupes —lo tranquilizó Vera—. No me voy a ir.

Terry no se quedó mucho. Vera estaba indignada y, a pesar de sí misma, tan desconcertada por la carta de Brian que no podía salir sola de casa, y a Terry no le gustaba que una mujer hablara de lo mismo una y otra vez, constantemente. Además, él tenía sus propias preocupaciones. Brenda estaba muy enfurruñada porque se había largado de Escocia y, por supuesto, todo el servicio, hasta la última doncella, estaba de parte de la señora. Terry pensaba en sus propias dificultades: sentía que no podía cargar también con las de los demás, así que puso una excusa para marcharse y se fue al club.

Cuando se hubo marchado, Vera volvió a leer la carta de Brian. Sabía que la había disfrutado. Una buena carta, seguro que pensó eso, releyéndola y poniendo las comas. Se enorgullecía de escribir buenas cartas. Antaño, cuando los dos solían discutir los temas de la empresa, a menudo le decía con mucha seriedad: «Le escribí una carta muy buena» o «Le escribí una carta muy agradable, la verdad. Me sorprende que me contestara en ese tono». Se tomaba a sí mismo y sus cartas muy en serio, y le dolía que ella no lo hiciera.

Como si alguna vez en la vida hubiera pensado en empezar una nueva vida con él en un lugar extraño... pensó mientras leía. En Trenton, donde contaba con muchas personas a su alrededor para olvidarse de él, aún podía soportarlo. Pero no podría en ningún otro lugar. «No», pensó con gesto sombrío, «que el Cielo me perdone». En Trenton tenía todo lo que necesitaba. Ella era la reina. Se vio a sí misma bajando la escalinata vestida para una fiesta, recibiendo a la gente en el vestíbulo, presidiendo la mesa en una cena de gala. En muchas ocasiones eso le había parecido poca cosa, pero de todos modos era mejor que cualquier cosa que hubiera en América.

Pasarían años antes de que alcanzaran el mismo nivel social en un país extranjero donde no tendrían ni pasado ni familia. Y durante todos esos años se vería obligada a volver a contar con la inevitable compañía de Brian. «No, gracias», pensó.

«Vende la casa y todo lo que hay en ella», volvió a leer. «¡Mi casa!», pensó con indignación. «Todas mis preciosas cosas». Miró a su alrededor: la alfombra plateada, los pliegues acanalados de las cortinas con brocados amarillos, los sillones, el piano de cola, los ramos de flores. «Como si pudiera», pensó.

Se abrió la puerta. Y Denham anunció a «la señora Clarey». Vera ocultó inmediatamente la carta debajo de un cojín.

—¿Estás sola? —preguntó la señora Clarey, entrando con su indumentaria negra, como de costumbre. Miró la mesa del té y sus ojos brillaron por dos razones. Una, que le daba la oportunidad de tomar un té. Y dos, le proporcionaba una buena información. A la señora Clarey le gustaba la información, sobre todo cuando trataba de ocultarse—. Ah, has tenido compañía. ¿Terry Crawford otra vez?

Vera no contestó y la señora Clarey se sentó en la silla de Terry y echó hacia atrás sus pieles ajadas.

—¿Queda un poco de té? Sé que llego tarde, pero si quedara una taza, me la tomaría.

—Estará frío —dijo Vera—. Pediré más.

No le apetecía ser amable. Cuando una estaba cómoda y feliz, la señora Clarey no importaba, pero cuando una estaba con los nervios de punta, la señora Clarey era como un pájaro de mal agüero. Ya podría volver Brian, pensó Vera con aparente indiferencia. Sintió la necesidad de presentar una vida doméstica ordenada a ojos de la maliciosa señora Clarey, y a ojos del mundo en general. Le

molestaban esas frecuentes insinuaciones de que Brian llevaba lejos mucho tiempo y Terry Crawford pasaba por casa demasiado a menudo.

—¿Has sabido ya algo de Brian? —preguntó la señora Clarey.

—Tuve carta hoy.

—Ah, qué bien. Por fin. ¿Alguna novedad?

Apareció Denham para responder a la llamada de la campanilla. Vera le dio las instrucciones sobre el té.

—¿Dice algo de volver a casa? —insistió la señora Clarey.

Una contestación cortante estuvo a punto de cruzar los labios de Vera, pero la puerta se volvió a abrir y entró Sarah.

—Entra, cariño —dijo Vera extendiendo un brazo desde su rincón del sofá—. La señora Clarey va a tomar un té recién hecho y puedes tomar un poco con ella también.

Arrastrando los pies, Sarah fue a sentarse. Estaba desaliñada, pálida y sucia. Apoyó la cara en el brazo de su madre y se quedó mirando, tristona y cansada, a la señora Clarey.

La señora Clarey estaba molesta, porque Vera no le decía nada de la carta de Brian ni sobre las razones de su silencio. Eso era lo peor de Vera: una nunca sabía en qué punto te encontrabas con ella. A veces te lo contaba todo y te hablaba de todo, pero otras veces, aunque hablaras de temas de los que ella había hablado libremente con anterioridad, te miraba como si te estuvieras inmiscuyendo demasiado y se cerraba como una ostra. La señora Clarey intentó volver a una situación más cómoda.

—Esta niña parece agotada —dijo—. ¿No es demasiado para ella ir a bailar después del colegio?

—Es la escuela lo que es demasiado —respondió Sarah, apoyada en el brazo de su madre—. Si no tuviera que ir a la escuela primero, no estaría ni una pizca de cansada.

—Ah... pero tienes que ir a la escuela —replicó la señora Clarey —. La escuela es más importante que el baile a tu edad.

—No lo es —insistió Sarah, enderezándose indignada y con fuego en la mirada—. Voy a ser bailarina. No necesito saber aritmética para bailar. Da igual... —dijo, volviendo a apoyarse en el brazo de su madre y frunciéndole el ceño a la señora Clarey—. Solo voy a ir hasta los quince y luego voy a ir a aprender a bailar todo el rato.

La señora Clarey pensó que no había sido más afortunada en la conversación con la hija que con la madre.

—Ya tengo trece años —continuó Sarah—. No durará mucho.

—Cariño, estás muy sucia —dijo Vera, mirando con disgusto las manos que reposaban inertes en el regazo de su hija—. Deberías subir a lavarte y a cepillarte el pelo cuando vengas de la escuela.

—Estoy demasiado cansada para lavarme —contestó Sarah enfurruñada.

Sí, ya podrían volver Brian y Meriel, pensó Vera de nuevo, cuando Denham entró con el té.

Ya era hora de que alguien volviera a hacerse cargo de Sarah. La señorita Evans, por ejemplo. La señorita Evans podría hacerse cargo de Sarah y de Meriel al mismo tiempo, ¿no? Y de hacer los remiendos. Sería un alivio que alguien se ocupara de remendar otra vez. Tal y como estaban las cosas ahora, nadie lo hacía. Los cajones de Sarah estaban llenos de calcetines sin remendar y de cosas sin botones. La imaginación de Vera le ofreció una agradable imagen de

la cabeza pelirroja de la señorita Evans inclinada sobre los calcetines de Sarah en el cuarto de los niños. Con Sarah en el piso de arriba otra vez, vigilada por la señorita Evans, y Brian en casa ocupándose del dinero... ¡qué aburrido había sido todo eso!, pero la vida volvería a la normalidad.

Vera no quiere mucho, solían decir sus hermanos antaño, en casa. Solo lo quiere todo. Ahora quería conservar lo que había tenido, con el añadido de Terry. Eso era lo único que pedía.

A la mañana siguiente fue a la ciudad y envió un telegrama.

No puedo aceptar tu absurda propuesta.

Haz el favor de volver a casa.

Vera, completamente asombrada, aún no daba crédito a que se le hubiera podido ocurrir semejante idea a su marido. Estaba estupefacta, como si un caballo que ha estado tirando del carro durante toda la vida se diera la vuelta y dijera que ahora quería conducir él. Por la tarde, Vera le escribió una carta y después procuró quitarse ese engorro de la cabeza. Es decir, no necesitaba quitárselo, simplemente se fue. Estaba tan ocupada con Terry —que seguía pasando mucho tiempo en casa de Vera, aunque su mujer ya hubiera regresado de Escocia— que cuando llegó un telegrama de Brian tuvo que pensar un momento hasta comprender a qué se refería. Después de recibir la carta de Vera, Brian le había enviado este telegrama:

Recibida tu decisión.

Asume las consecuencias.

¿Qué significaba eso?, se preguntó furiosa. Cuando llegó su carta, lo entendió.

II

A finales de una tarde de noviembre, poco después de que William hubiera llegado, sonó el teléfono en el vestíbulo en la casa de Underwood. Lo cogió Lucy. Era una conferencia desde Trenton y le gritó a William que se pusiera el té él solo.

—¿Sí, Lucy? —era la voz de Vera.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —exclamó Lucy.

—Bastante bien, pero estoy ahora un poco conmocionada... —La voz de Vera sonaba un poco apagada en la distancia—. Brian quiere casarse con la señorita Evans.

Lucy pensó que no había escuchado bien.

—¿Qué? No te he entendido bien...

—Quiere casarse con la señorita Evans —repitió Vera, despacio, para dejarlo claro.

—¿La señorita Evans? ¿Quién es la señorita Evans? —preguntó Lucy estupefacta.

—La institutriz. La chica que se fue con ellos —dijo Vera en un tono impaciente.

—¿Con ella? —exclamó Lucy—. ¿Pero cómo se le ocurre...?

—Puede hacerlo perfectamente. Va a divorciarse de mí y a casarse con ella allí. Luego yo tendré que solicitar el divorcio aquí.

Hubo un largo silencio.

—¡Brian...! —exclamó Lucy incrédula—. Pero... ¿por qué...? ¿No sabías nada de esto?

—No —respondió Vera—. Pero nunca me ha perdonado que no fuera a América con él. Y me escribió hace un tiempo pidiéndome que vendiera la casa y todo, y que me fuera a vivir allí. Por supuesto que me negué. No tenía ni idea de lo que había detrás, pero me habría negado a ir de todos modos, aunque lo hubiera sabido. ¿Por qué puede él divorciarse de mí porque no quiero ir y yo no puedo divorciarme de él porque no quiere volver a casa conmigo? No es justo. Pero eso es lo que va a hacer —concluyó, con la voz apagada y un tono de desamparo.

—Oh, Vera... —se lamentó Lucy.

Hubo otra pausa.

—Una vulgar pelirroja —dijo Vera amargamente.

—Pero, cariño, ¿qué vas a hacer? —preguntó Lucy con preocupación.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Y qué va a pasar con Meriel?

—Se queda con él. Yo voy a quedarme con Sarah...

Lucy se quedó callada, aterrorizada. Que una familia, esa preciosa familia, se rompiera con tanta facilidad...

—Es increíble —dijo—. ¿Estás segura de que puede hacer eso? Me refiero... a divorciarse de ti y casarse con ella.

—Puedes estar segura de que puede —contestó Vera—. O no lo diría. Lo habrá investigado con su habitual minuciosidad.

—Ha hecho todo con mucha sangre fría —dijo Lucy con desesperación. Otro silencio—. ¿Quieres venir aquí un tiempo? —le preguntó.

—No puedo dejar a Sarah —dijo Vera—. No: será mejor que me quede y vea qué puedo hacer. Voy a colgar, Lucy. He perdido la

cuenta de mis llamadas. Quizás puedas venir a casa más adelante...

—Oh, claro... Iré ya, si quieres.

—No, ahora no. Ya te diré cuándo. Adiós, Lucy.

—Adiós, cariño. Lo siento muchísimo... —El teléfono chasqueó en su oído. Vera ya no estaba.

—Así que el cordero se ha convertido en lobo —dijo William, que había salido durante la conversación al vestíbulo.

—William, no me lo puedo creer —dijo Lucy atónita—. El serio, el firme Brian, lo echa todo por la borda ¡y se casa con la institutriz! ¡Qué horrible situación para Vera!

—Ella se lo ha buscado, y tú lo sabes —dijo William—. Se lo ha estado buscando desde hace años. Maldita sea, un hombre tiene derecho a esperar algo por su dinero.

—No bromees —le pidió Lucy, frunciendo el ceño.

—No estoy bromeando —dijo William.

—Pero ¿puede hacer eso? —preguntó Lucy desconcertada—. ¿De verdad puede divorciarse de Vera por nada en absoluto?

—Puede. El otro día, sin ir más lejos, salió un caso en el periódico. Lo leí con mucho cuidado porque a mí también me sorprendió. Un inglés consiguió el divorcio en Idaho de su mujer en Inglaterra por crueldad mental. El divorcio es efectivo en Gran Bretaña si lo admite la ley del país donde las partes tienen su domicilio. Brian puede casarse allí. Vera obtiene el divorcio aquí de oficio.

—Me parece espantoso —dijo Lucy.

CAPÍTULO DIECISIETE

Hasta después de Navidad Vera no le confirmó a Lucy que podía ir a Trenton si quería, y cuando Lucy llegó se encontró con una situación que no era en absoluto lo que se esperaba. No era la primera vez que acudía, preocupada y comprensiva, en auxilio de alguna de sus hermanas y se encontraba con que su sentimiento fraternal no era necesario. O ella se tomaba las cosas demasiado en serio o los otros miembros de su familia se las tomaban muy a la ligera. Lo cierto es que su preocupación parecía exagerada e innecesaria. Después de todo, como decía William, si a ellas no les importa, ¿por qué iba a importarle a Lucy?

Lucy esperaba que Vera, víctima de un drama doméstico, estuviera enfadada y dolida. Al fin y al cabo, aunque no le importara mucho Brian, sí que le importaría Meriel, ¿o no? Lucy no podía creer que una pudiera traer un niño al mundo y no le importara nada. Y desde el punto de vista material, el orgullo y la posición social de Vera sufriría un duro golpe. Habría muchos chismorreos, una curiosidad desagradable y una publicidad innecesaria —alguna nota en los periódicos y todas esas cosas—, y sin embargo Vera llegó

a la estación radiante, tanto en su aspecto como en su ánimo, y llevó a su hermana a Southfield, comentando alegremente por el camino que, en realidad, no lamentaba lo ocurrido.

—No es que no piense que fue una mala jugada —dijo—. Pero no creo que Brian vuelva a asomar el morro por Trenton. Creo que está sacando los papeles para nacionalizarse allí, eso he oído. Así que no solo está desertando de mí, sino de su país. Un extraordinario giro de los acontecimientos, ¿no te parece? —continuó, como si aquello le resultara entretenido e interesante.

Cuando Lucy se atrevió a mencionar a Meriel, Vera dijo:

—Ah, bueno, siempre fue más hija de Brian que mía. Está bien que se quede con ella. Me la destetaron muy pronto, ya sabes. Pasaba la mayor parte del tiempo con aquella vieja ponzoñosa y Gertrude.

Metió el coche por el patio trasero de Southfield mientras hablaba y Lucy recibió otra sorpresa. En el muro había un gran cartel blanco en el que solo habían puesto una palabra en rojo: ¡VENDIDA!

—Oh —exclamó Lucy—. ¿Has vendido la casa?

—Ah, sí —contestó Vera con toda tranquilidad—. ¿No te lo dije? Tengo otra.

—Oh, Vera, vas a dejar tu preciosa casa —dijo Lucy con voz lastimera, mirándola.

—Entra, entra, mientras aparco. No pensarás que yo podía mantener un sitio como este, ¿no? Voy a tener setecientas libras anuales, que no está mal, supongo, pero desde luego no podría vivir aquí.

Lucy entró en la casa y se encontró con Sarah que, ahora que ya no tenía que estar en el cuarto de los niños, parecía que siempre

estaba con la cara sucia y los dedos negros de tinta.

—Perdona el desastre de todo... —dijo Vera, llevando a Lucy a su habitación—. La cocinera y Denham se van, claro. Beatrice, la criada de la cocina, se viene conmigo. Es la mejor de todas, así que estupendo.

Al pasar junto a una puerta abierta, Lucy vio que el vestidor de Brian se había vaciado. Cada nueva prueba de que se había ido de verdad, de que el matrimonio se había acabado de verdad, conmocionaba a Lucy.

—Entonces, ¿te vas a quedar en Trenton? —preguntó Vera.

—Oh, sí. Me quedaré —contestó Vera.

—¿Y dónde está tu nueva casa? —quiso saber Vera.

—Justo al otro lado de la ciudad.

—¿Está bien?

—Bueno, lo estará —dijo Vera—. Voy a ir allí mañana por la tarde; puedes verla entonces, si quieres.

A medida que avanzaba la noche, Lucy estaba cada vez más asombrada. Había algo muy frívolo y superficial en el comportamiento de Vera, como si lo que estaba ocurriendo, la ruptura, la separación, la mudanza, fuera un asunto marginal frente a otra cosa, pero Lucy no tenía ni idea de qué podría ser esa «otra cosa». La herencia familiar de la irresponsabilidad, pensó con preocupación, se estaba manifestando ahora en Vera. No es que no hubiera hecho su aparición con anterioridad, pero nunca había sido tan palpable como en ese momento. Daba la impresión de que Vera estaba recorriendo a toda velocidad un camino propio y particular.

Cuando se quedaron a solas en el salón matinal, después de que Sarah se fuera a la cama, Lucy sintió que Vera no estaba allí en

realidad, estaba como ausente. Estaba inquieta también. Ella, que solía mostrarse tan elegantemente tranquila, causando admiración, ahora no podía estarse quieta. Se mordía las uñas, se tocaba el pelo y el collar, y perdía el hilo de la conversación con Lucy. Luego intentaba retomarlo: «¿Qué me estabas diciendo, Lucy?». Tenía que preguntarlo una y otra vez. Su inquietud empezó a afectar a su hermana.

—¿Tienes algo que haya que coser? —preguntó.

Lucy sabía que Vera nunca remendaba nada si podía evitarlo, y no había nadie ahora que pudiera coserle las prendas ni a ella ni a Sarah. Aquel ofrecimiento devolvió a Vera a la realidad como ninguna otra cosa habría podido hacerlo.

—¡Qué buena idea! —dijo agradecida—. La mayoría de los botones de Sarah se han desprendido y los agujeros de sus calcetines están, simplemente, más allá de mis posibilidades costureras. Iré y te traeré algunos, ¡muchas gracias!

Después de eso, la noche mejoró bastante. Lucy zurcía, Vera cosía botones.

—Hay una cierta satisfacción en hacer estas cosas —dijo, admirando su obra—. Pero nunca lo haría si no estuvieras aquí para hacerme compañía. Deberías de haberme criado de una manera diferente. Siempre me cosíais las cosas vosotras, Charlotte o tú. Ya sabes.

A la mañana siguiente dijo que tenía una cita para un masaje facial.

—Pero no durará mucho —añadió, y Lucy supo al instante que Vera no quería que fuera con ella a la ciudad. Lucy se lo puso fácil:

—Está lloviendo mucho. Me quedaré en casa, escribiré a William, leeré los periódicos, coseré algo más y me quedaré aquí tranquila.

Así que Vera se fue en el coche. Sarah se había ido al colegio. Lucy recorrió la casa solitaria y silenciosa, con las puertas abiertas y las habitaciones vacías, y remendó más cosas del revoltijo de ropa de Sarah. Las criadas andaban por allí despreocupadas, sacudiendo los muebles con los plumeros. La casa quedaba en otras manos, ellas también se iban... eso parecían decir, así que, ¿para qué molestarse? A Lucy no le gustaba aquel ambiente de inquietud y de cambio inminente. Nunca le había gustado la inestabilidad. Ella misma pensaba que ese era su punto débil. La cautela y la preocupación que debería haberse distribuido por toda la familia, se había concentrado en ella y en Jack, se dijo. Todos los demás parecían estar completamente libres de esas inquietudes. Puede que fueran imprudentes, pero ella no lo era en absoluto, y siempre estaba angustiada cuando las personas y las cosas que le importaban se veían amenazadas por el cambio.

Sentada junto a la chimenea en el salón matinal, con la lluvia golpeando las ventanas, le daba la impresión de que la desintegración de la vida familiar de Vera era parte de la desintegración general del mundo. Como si no hubiera suficientes familias obligadas a separarse por la persecución o los preparativos de la guerra, Vera tenía que dejar que la suya se destrozara también y por ninguna razón inevitable. Y Charlotte, pensó Lucy, tampoco iba a oponer resistencia alguna a Geoffrey para mantener unida la suya, en absoluto.

Cuando bajaba las escaleras para almorzar, con más calcetines con agujeros de Sarah en la mano, Vera entró en el vestíbulo con Terry

detrás.

—Ah, Lucy —exclamó, mirándola con una expresión radiante—. Este es Terry Crawford. Terry, ya te he hablado de Lucy. Pasad al salón los dos, que sacaré el jerez.

Algo muy agradable le debía de haber ocurrido a Vera estando fuera, pensó Lucy, e ingenuamente se preguntó si Brian habría decidido volver a casa y si todo se habría solucionado después de todo. Se quedó de pie junto a la chimenea con aquel joven; muy guapo, muy atractivo, pensó con una generosa indiferencia, hasta que recordó que debía de haber sido él quien se había portado tan bien con Judith en aquella cena de gala. Así que lo miró entonces con más amabilidad.

—Creo que Judith me ha hablado de usted —dijo.

—¡Oh!, ¿aquella niñita encantadora? —preguntó—. ¿Cómo está?

—Ya está muy grande, ¿sabe? Casi tan alta como yo. Tiene quince años.

—Qué pena que crezcan —comentó Terry—. Creo que es la niña más peculiar que he visto en mi vida.

—No ha cambiado —dijo Lucy, recordándola con cariño.

Vera llegó con el jerez y Lucy se volvió a preguntar qué habría ocurrido. Estaba muy contenta y encantadora, riéndose y hablando con los dos a la vez. Siempre debería estar así, pensó Lucy. Así es como tendría que ser.

—Luego lo volverás a ver —le dijo Vera a Lucy mientras a acompañaba a Terry a su coche, a pesar de la lluvia—. Nos va a llevar en coche a la casa. Está de camino a la mina.

Las hermanas comieron juntas. Sarah se quedaba a comer en el colegio, lo cual era, según Vera, un gran alivio. Lucy podía sentir la

emoción que subyacía en la aparente tranquilidad de Vera, pero, fuera lo que fuera lo que hubiera ocurrido, se lo guardaba para sí. A la hora de comer, Vera apenas si se quitó el sombrero; se quedó con su chaqueta y su falda negras, elegante, muy arreglada, con el pelo, la cara y las manos impecables. «Es muy agradable ver a una mujer tan arreglada, aunque lleva demasiado tiempo conseguirlo», pensó Lucy. Vera siguió hablando del tema de Terry Crawford.

—Pobrecito, tiene una mujer muy aburrida. No conoces a Brenda, ¿verdad? Una gorda insoportable, rodeada de perros y de familiares decrépitos. Un montón de dinero, por supuesto. Es lo que se llamaría una persona infantil. No ha madurado, en serio, ya sabes.

Lucy pensó que Terry Crawford probablemente tampoco había madurado del todo, pero como Vera parecía tan interesada en él, se quedó callada.

Después de comer, Vera paseó por el salón con las manos abiertas en abanico a la espalda de su esbelta cintura, o se quedaba junto a la chimenea, toqueteando sus perlas.

—¿No puedes sentarte, querida? —sugirió Lucy.

—No deberías sentarte después de las comidas —dijo Vera con toda seriedad, y Lucy pensó que Vera estaba mucho más preocupada por su belleza de lo que solía. «Supongo que una tiene que preocuparse de su belleza cuando empieza a perderla», pensó, un poco triste por su hermana.

A las tres volvió a presentarse Terry Crawford, y durante el viaje en coche por la ciudad, Lucy volvió a sentirse relegada a su antiguo papel de chaperona. Pero debía de ser una mera asociación de ideas, o eso se dijo, debido a ir sentada en la parte trasera del coche con Vera y un joven delante que no le hacían mucho caso. No es que

tuviera mucha importancia; le gustaba poder mirar lo que había a su alrededor. Qué ciudad tan enorme era Trenton ¡y en qué mundo tan diferente estaban adentrándose ahora! Aquel barrio había vivido mejores tiempos; era evidente que había entrado en decadencia. Las casas aún eran grandes, pero tenían un aire algo sórdido, como si se fueran a convertir —si no lo eran ya— en alojamientos temporales o residencias para artistas. Aquella carretera era un poco lúgubre; en un lado había un antiguo cementerio repleto de estelas torcidas, un camposanto lleno hace mucho tiempo. En cada acera había una hilera de árboles. Habían crecido demasiado, así que habían tenido que podar las copas. Ahora, en invierno, presentaban un aspecto triste y mutilado. Pero, como si quisieran vengarse de la afrenta que les habían perpetrado arriba, se habían entregado a una furiosa actividad abajo, de manera que sus raíces levantaban las aceras y el pavimento; así que de una punta a la otra de la larga carretera parecía como si los muertos del cementerio cercano estuvieran intentando salir de sus tumbas.

—Ya estamos— dijo Vera, y el coche se detuvo junto a la acera. Lucy estaba incrédula.

—¿Aquí? —preguntó.

Pero ellos salieron y a ella no le quedó más remedio que seguirlos. Se quedó parada en la acera mirando asombrada la triste fachada de un par de casas altas que se levantaban por encima de un tramo de peldaños oscuros; Vera ya había entrado en una y Terry Crawford estaba sujetando la desvencijada puerta para que Lucy entrara. Lucy subió las escaleras y entró, perpleja, en la casa vacía. ¿Por qué, se preguntaba, por qué viene una aquí si no tiene necesidad? ¿Por qué elegir un sitio como este?

—¡Terry! —exclamó Vera desde el piso de arriba—. Sube, ¿quieres? Ya han arreglado el baño. Lucy, sube, tienes que echar un vistazo.

Pero Lucy no tenía muchas ganas. Se quedó en lo alto de los tres escalones de la cocina y se ciñó el abrigo para que no pudiera rozarse con nada: intentó ver algo en la penumbra. Era el tipo de cocina en la que pulularían las cucarachas por la noche. «Y pececillos de plata en todos los armarios», se susurró a sí misma. La humedad había dibujado mapas en las paredes, y las baldosas de un rojo oscuro que cubrían el suelo estaban quebradas. El comedor estaba oscuro. La parte trasera y un lateral de la casa daban a un alto muro de ladrillos. El salón era una buena estancia, grande y diáfana, con una buena chimenea de mármol. Al subir las escaleras a trompicones —nunca había estado en una casa tan oscura—, descubrió que el dormitorio de Vera también era una buena habitación, pero el resto de la casa era un horror, y Lucy estaba horrorizada ante la sola idea de que Vera y Sarah vivieran en un sitio semejante. Cuando entró en el baño donde Vera y Terry estaban examinado el nuevo baño rosa y amarillo, Vera no le preguntó qué pensaba de la casa. Vera ni quería saberlo ni le importaba. Su actitud, como tantas veces antaño en la casa familiar, significaba: «No importa lo que pienses, haré lo que me apetezca». Así que Lucy no dijo nada. Vera había comprado esa casa. Era como un sombrero que no le pega nada a su compradora. No servía de nada comentarlo: era ya demasiado tarde. Pero tampoco diría una palabra alabando la casa. Bajó las escaleras y salió hacia el coche. ¿Qué se le había pasado por la cabeza a Vera, qué le pasaba para que se le hubiera ocurrido vivir en semejante lugar? Vera y Terry

salieron tras ella y, de repente, por una mirada que Vera le dedicó a Terry mientras cerraba la puerta, Lucy supo la verdad. Vera estaba enamorada de aquel joven, enamorada como no lo había estado jamás en su vida. También supo, como por un fogonazo, que él no estaba enamorado de ella, aunque pudiera estar disfrutando algo que para él solo sería una agradable aventura. Era algunos años menor que Vera, con un matrimonio infeliz, y era irresponsable, poco fiable... ¿Qué tipo de felicidad podía esperar Vera de todo aquello? Profundamente molesta, Lucy se sentó en el asiento trasero del coche, como antes. Ahora lo entendía todo. Vera no había salido de Trenton porque Terry estaba allí, pero al elegir una casa en aquel barrio, se había escondido con tanta eficacia como si hubiera abandonado la ciudad. Y había dejado caer que Terry pasaba todos los días por delante de su casa cuando iba a las oficinas de la mina, donde seguramente fingía que trabajaba —pensó Lucy cáusticamente—. Mientras regresaban, Lucy procuró ocultar la cara, intentando no mirar a su caprichosa, temeraria pero muy querida hermana, que estaba coqueteando con el desastre, un desastre que tenía todo el aspecto de Terry Crawford.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Aquella noche, cuando las dos hermanas se quedaron solas después de cenar, se vieron obligadas a mirarse a la cara. Lucy seguía zurciendo calcetines, pero Vera estaba tumbada sin hacer nada en un sillón. Apenas hablaban, y si lo hacían, no decían nada relacionado con lo que estaban pensando. Lucy estaba buscando la mejor manera de decirle lo que debía decirle. Tenía que tener mucho cuidado con la manera de hacerlo. Un paso en falso y Vera, con una frase gélida, cerraría el tema. Y ya no habría manera de volver a abrirlo. Lucy conocía a su Vera. Así que allí estaba, cosiendo una blusa de Sarah, considerando cómo sacar el tema y Vera enfrente, levantando un muro de silencio. Estaba muy nerviosa pensando que Lucy lo hiciera, y sabía que al final lo haría. De alguna manera acabaría dando su opinión y su consejo, eso era seguro. «Metiéndose donde no la llaman», pensó Vera enfurruñada. «Como si no pudiera hacer lo que me apetezca a mi edad. Como si lo que yo hago tuviera algo que ver con ella. Por la forma de censurarnos, da la impresión de que Terry y yo somos amantes en toda regla, y no lo somos. Si me dice algo, se lo soltaré así. La palabra «sola» debe de aterrorizarla. Siempre está aterrorizada por todo. Como si supiera

algo del amor. Como si supiera algo de la tortura que significa amar a Terry», pensó Vera, volviendo la mirada hacia otro lado. «Yo no quería enamorarme. ¿Por qué iba a mantenerme todos estos años ajena al amor y acabar enamorándome, a mi edad, de un hombre años más joven que yo? ¿Acaso lo he elegido? ¿Por qué tengo que seguir preocupándome por mi aspecto, arreglándome el pelo y la piel y cuidando mi figura, yo, que nunca he tenido que hacerlo hasta ahora? ¿Por qué no hago más que estar pendiente del teléfono ahora, cuando antes decía a los criados que lo tuvieran descolgado para que no me molestaran? ¿Por qué debería torturarme preguntándome si me quiere, y sabiendo que no me quiere... no todavía, en todo caso? Bueno, a ver cuándo empieza Lucy a hablar de que todo esto no me va a dar la felicidad; que empiece, da igual. Como si yo no lo supiera». Se mordió las uñas, mientras volvía a mirar a su hermana.

Algo en la expresión de la cara de Lucy, concentrada en la blusa de la niña, emocionó a Vera inesperadamente. Pobre Lucy, pensó, la guardiana de la familia. Montando guardia junto a una puerta que ha sido reventada hace mucho tiempo. ¿Por qué no se daba cuenta de eso? Cuando una se casa, una deja su familia y construye una propia. Los antiguos lazos se rompen. Pero no había ocurrido eso, admitió de repente. Los misteriosos lazos familiares seguían ahí o, de lo contrario, ¿por qué le iba a importar a Vera lo que Lucy pensara de ella? ¿Por qué Lucy seguía siendo la voz de su conciencia? ¿Por qué tenía la necesidad de defenderse frente a Lucy, si no existía ya una vinculación familiar? ¿Y por qué esos lazos eran más fuertes que cualquier otro en la propia familia de Vera? Solo por Lucy. No importaba que la rechazaras, ni lo grosera o displicente que

fueras, ella seguiría cuidando de ti en silencio, preocupándose por lo que te ocurriera. Segura, buena, ella mantenía a las hermanas unidas. Si no hubiera sido por Lucy, se habrían perdido la pista años atrás. El fastidio y el cariño se enfrentaron en Vera, como ocurre con frecuencia entre hermanas, y de momento el cariño estaba ganando la partida.

—Estás muy callada —le dijo a Lucy con una de sus encantadoras sonrisas.

—Estaba pensando en Judith justo ahora... —respondió Lucy.

—¿Judith? —Eso no se lo esperaba.

—Sí, estaba pensando que pronto alguien tendrá que enfrentarse a Geoffrey por el bien y el futuro de Judith. Si lo dejamos en sus manos, a él ni se le ocurrirá que Judith merece tener un futuro, y si se le ocurre, solo pensará que es un engorro.

—¿Charlotte no puede pararle los pies?

—Oh, no... Charlotte está completamente al margen. No participa en nada. La ha apartado de todo —dijo Lucy con un tono amargo.

—¿Por qué se deja manipular así? No lo entiendo —se lamentó Vera, que veía muy claro los errores que cometían los demás.

—Ya no puede luchar contra él. Hace casi nueve meses que no la veo, ¿sabes? Judith va y viene a Underwood, y ya viaja sola, pero voy a ir con ella después de Semana Santa. Va a tener ya el graduado escolar este año y algo habrá que hacer con ella. ¿Qué va a hacer Sarah cuando deje el colegio?

—No hay necesidad de pensar en nada todavía. Solo tiene trece años. Dice que va a ser bailarina, y si decide eso al final, la escuela de madame Fouquet servirá, como cualquier otro sitio.

—¿No crees que sería mejor otro lugar fuera de la escuela? —preguntó Lucy.

«Ah, ya está», pensó Vera.

—Creí que no te gustaban los internados —dijo en voz alta.

Lucy se sonrojó ligeramente. Era verdad. Siempre había dicho que los padres eran las personas adecuadas para criar y educar a sus hijos, pero solo si los padres eran aptos para llevar a cabo esa tarea.

—En el caso de los hijos únicos... —titubeó Lucy—, y Sarah ahora es hija única... No parece que le guste mucho la escuela. Está buscando cualquier excusa para no ir, ¿no?

Solo había que mirar a Sarah para saber que no le gustaba la escuela y que no iba a sacar nada de ir al colegio. Pero Vera no lo entendía.

—Bah, tonterías —dijo con actitud cortante—. El colegio está bien. Es Sarah la que está mal. No le gustaría ningún colegio, pero le gusta estar conmigo. Eso es lo único que le importa. Sería muy cruel apartarla de mí. Además, estamos muy bien como estamos ahora.

Ahora. No había que mirar al futuro porque Vera no sabía mirar al futuro. Tenía la idea casi supersticiosa de que debía dejar que las cosas fluyeran, sin decidir nada. Todo era temporal, el traslado a la casa de Burnham Road, el caos en sus asuntos y en sus perspectivas... Todo era «de momento», pero hasta ¿qué? Sacar a Sarah del colegio y quedarse sola sería una decisión demasiado sencilla; podría asustar a Terry. Además, no quería alejarse de Sarah. Le gustaba que Sarah estuviera con ella.

—En todo caso, me gustaría que consideraras la posibilidad de enviar a Sarah a un colegio fuera —dijo Lucy.

—¿Por qué insistes en eso? —preguntó Vera con frialdad—. Ya te he dicho que no voy a hacerlo.

—Entonces lo va a pasar mal —replicó Lucy—. Te adora, y resulta lamentable y patético, porque no quiere a nadie más. Si la abandonas, sufrirá. Si no estás dispuesta a dejar de lado tus propios intereses y dedicar todos tus esfuerzos a ella, sería mejor que la enviaras fuera, a un buen colegio, donde otra gente se ocupará de ella y la mantendrá apartada de los conflictos emocionales hasta que sea mayor y pueda hacerles frente. Te estás convirtiendo en la única compañía de Sarah, y eso es un gran error.

—Métete en tus asuntos —dijo Vera.

Lucy se sonrojó y volvió a coser la blusa. El papel del entrometido no es agradable, pero a veces había que representarlo. Vera no era tan impermeable a las sugerencias como a ella le gustaba hacer creer. Muchas veces la había visto rechazar de plano una idea, con desprecio, y ponerla en práctica más adelante. Lucy confiaba en que eso fuera lo que ocurriera en este caso.

—Ya sé que piensas que soy como la tía Phoebe —dijo, levantando la mirada hacia su hermana—, pero solo voy a decírtelo una vez más: piensa en Sarah.

Sonó el teléfono en el vestíbulo y Vera se apresuró a cogerlo. Era Terry. Desvió la llamada a su dormitorio y subió para tener una larga conversación con él desde allí.

Pocos días después, Lucy volvió a su casa. Se había ofrecido a colaborar en la mudanza, pero Vera dijo alegremente que no se necesitaba ninguna ayuda. Lucy pensaba que las mudanzas eran agotadoras, y así había considerado las que había tenido que hacer

ella, pero admitió que tal vez Vera tenía razón. Ella se lo dejaría todo a unos mozos de cuerda y es posible que eso fuera lo más razonable.

Así que Lucy volvió a casa. Tenía la sensación de que las visitas a sus hermanas eran inútiles: echaba un vistazo a sus vidas, suspiraba y regresaba a su casa. Era completamente inútil, hasta rozar lo ridículo. Se veía a sí misma como una gata nerviosa que siempre tiene que estar vigilando a sus gatitos. Y pronto tendría que hacer otro viaje. Tenía que llevar a Judith a su casa después de Semana Santa y mantener una entrevista secreta con la directora del colegio de la niña y, ¡en fin!, una conversación con Geoffrey. Temía ese momento. Nunca sabía una por dónde iba a salir y, habiendo tanto en juego, había que tener mucho cuidado. ¡Y pensar que Charlotte habría tenido que vivir con estos temores durante tantos años...!, se dijo Lucy. No era extraño que tuviera los nervios destrozados.

Lucy quería que Judith tuviera lo que ella no había podido tener: una formación universitaria, y quería proponerle a Geoffrey que ella y William se encargaran de los gastos. Lo único que tenía que hacer Geoffrey era dar su consentimiento. Parecía bastante fácil y razonable, pero Lucy sabía que no lo sería. No había nada fácil ni razonable en Geoffrey. Lucy no le contó a Judith cuál era su plan por si no salía, pero cuando paseaban por el pueblo o se sentaban frente a la chimenea en las vacaciones de Semana Santa a menudo hablaban del futuro de la joven, que, al fin y al cabo, iría más allá de los años que pudiera pasar en la universidad. Judith imaginaba con alegría todas las posibilidades e imposibilidades, desde fundar un orfanato donde los niños pudieran ser felices de verdad y tener pasteles y té en la merienda todos los días, a ser espantosamente

rica y viajar por el mundo en busca de Stephen. Sus planes —Lucy se conmovió al descubrirlo— siempre contaban con ella.

—Dondequiera que esté y haga lo que haga, siempre podré venir de vacaciones aquí, ¿verdad? Y cuando tenga veintiún años, ¿podré decir que este es mi verdadero hogar? Mi padre no puede obligarme a ir a casa cuando cumpla los veintiuno, ¿no?[36]

Por un acuerdo tácito, Lucy y Judith no hablaban de lo que ocurría en su casa. Judith pensaba que su tía lo sabía todo; Lucy no podía hablar del padre de la joven con ella porque lo detestaba. Siempre intentaba volcar los afectos de Judith hacia su madre contándole cómo era Charlotte cuando era pequeña. Judith escuchaba, se quedaba pensativa y no decía nada. A veces parecía como si no entendiera lo que su tía trataba de decirle. Había algo un tanto desconcertante en la actitud de cada una de ellas hacia Charlotte.

Tía y sobrina viajaron a Denborough. Lucy iba rebosante de planes para Judith y con una ilusión llena de cariño por ver a Charlotte después de tanto tiempo. Entró en la casa como tantas otras veces en el pasado, en el vestíbulo cuadrado con la alfombra roja y las ventanas blancas cerradas a su alrededor, con los platos azules colocados en unas vitrinas, la palmera gigante, bastante oxidada ya en las puntas y metida en su gran macetero metálico. El vestíbulo estaba vacío cuando las viajeras llegaron, pero se oía un ruido. Lucy observó a la figura que dobló la curva de las escaleras y se quedó paralizada, profundamente conmocionada. Era Charlotte, pero estaba irreconocible. Estaba gorda, tambaleante, se apoyaba torpemente en la barandilla. Iba desaliñada, con una vieja falda de

tweed y una chaqueta de punto dada de sí. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué caminaba así?

—¡Charlotte! —gritó angustiada Lucy—. ¿No puedes andar?

—Sí, sí... —dijo Charlotte, acercándose a ella y ofreciéndole una mejilla mórbida para darle dos besos—. No, querida. Tengo los pies y los tobillos muy hinchados estos días, eso es todo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Lucy.

—Oh, no sé... —contestó Charlotte—. No es nada. ¿Cómo estás tú? ¿Y William? —preguntó sin detenerse a escuchar una respuesta —. Bueno, Judith. ¿Lo has pasado bien? Sí, supongo que sí. Ven arriba, Lucy: tengo el té preparado en el cuarto de los niños. Ahora suelo tomar el té ahí, ya sabes.

Se dio media vuelta y empezó a subir con mucha dificultad las escaleras que acababa de bajar. Lucy, con el corazón aterrorizado y angustiado, la siguió en silencio. Judith miró de reojo varias veces a su tía con gesto nervioso y luego apartó la mirada.

—Charlotte —dijo Lucy cuando llegaron a la habitación—. Estás muy rara, cariño. Pareces enferma.

—Bah, no estoy enferma... —aseguró Charlotte con un amable enojo—. Me dijiste exactamente lo mismo la última vez que viniste.

—Pero ahora parece que estás peor —insistió Lucy, con la voz aguda de la preocupación.

—Pues claro que no...—dijo Charlotte—. No empieces con eso otra vez, Lucy, por favor. Ven y toma un té. ¿Dijiste que Vera se había mudado a una casa nueva? ¿Y es verdad que Brian ya no piensa volver nunca?

Con cada cosa que decía, Lucy se deprimía más. ¿Se trataba de un deterioro mental, además de físico? Le había contado lo del divorcio

de Vera hacía mil años, pero parecía que no lo había comprendido. Se sentaron a tomar el té en aquel cuarto infantil desastrado y Charlotte empezó a divagar, pero Lucy apenas le prestaba atención. Ver la mano de Charlotte al coger la tetera fue suficiente para enmudecerla. Estaba hinchada y temblorosa. No era la mano de Charlotte en absoluto, exclamó Lucy para sí misma. ¿Qué estaba haciendo todo el mundo en esa casa para no ver que algo terrible le había ocurrido a Charlotte? ¿Por qué no habían hecho algo al respecto? ¿Por qué habían permitido que acabara así?

Después de cenar se encontró primero con Geoffrey y luego con Margaret. Iban a salir a algún sitio.

—Charlotte parece muy enferma —le dijo a Geoffrey.

Solo lanzó una risotada y se fue.

—Tu madre debería ver a un médico —le dijo a Margaret, pero Margaret comentó que no creía que un doctor pudiera hacer mucho por su madre y salió tras su padre.

Lucy se quedó allí plantada, en el vestíbulo, viendo cómo se iban. Tembló de ira. Crueles e indiferentes, los dos. Geoffrey era monstruoso, menos que humano, ¿pero cómo se atrevía a apartar a Margaret de su madre estando enferma? Ardiendo de indignación y amor protector, volvió a subir las escaleras para estar con Charlotte.

—¿Van a salir? —preguntó Charlotte.

—Ya se han ido —respondió Lucy cortante.

—Bueno, entonces podemos bajar y sentarnos en el salón matinal —dijo Charlotte con la alegría de un crío—. Se está muy bien ahí abajo. Es la sala más bonita de la casa, ¿sabes? Por eso Geoffrey se la ha quedado para él.

Judith se quedó leyendo *Orgullo y prejuicio* en la habitación de los niños, pero las hermanas se acomodaron a ambos lados de la chimenea de Geoffrey. No pasó mucho rato, sin embargo, antes de que Charlotte se quedara dormida y Lucy se detuvo a contemplar el rostro de su hermana. En aquella sala brillante y cálida, con un vaso de whisky sobre la mesa y un mazo de cartas aún sin recoger en la repisa de la chimenea, Lucy lloró.

—Llamaré yo misma al médico mañana —dijo.

Había acordado, por carta, una entrevista con la señorita Porteous, la directora del colegio de Judith. Iba a tener lugar a la mañana siguiente, y poco después de desayunar Lucy se apresuró a acudir a la cita. Por lo que vio, Geoffrey y Margaret se habían ido fuera con el coche. Cuando volviera, miraría lo de llamar a un médico. El que había al final de la calle serviría.

Congenió con la señorita Porteous al instante.

—Me alegra saber que alguien se toma algún interés en la educación de Judith —dijo la señorita Porteous—. Sus padres, si me permite decirlo, nunca lo han mostrado en absoluto.

—Su madre no está bien. No ha estado bien desde hace años... —explicó Lucy en tono exculpatorio, y con una expresión tan angustiada que la señorita Porteous murmuró con gesto tranquilizador:

—Entiendo. He oído... bueno, una oye cosas, ya sabe.

—Pero su padre —dijo Lucy, poniendo las cartas sobre la mesa delante de aquella mujer sincera y capaz— va a ser un obstáculo y tengo que ver cómo podemos sortearlo.

—Lo intentaremos, seguro —dijo la señorita Porteous, sonriendo.

La reunión fue un éxito.

—Tengo grandes esperanzas de conseguir una beca para Judith el año que viene, pero aunque la consiga, solo tiene diecisiete años y habría que posponer la concesión efectiva —informó la señorita Porteous—. No deberíamos permitir que se quedara en esa casa todo un año hasta que pueda ser admitida en una universidad, ¿no?

Lucy estaba totalmente de acuerdo. Lo que había que hacer, entonces, tal y como acordaron las dos conspiradoras, era no hacer ruido y pasar desapercibidas para no llamar la atención de Geoffrey en ningún sentido, y mantener a Judith en la escuela todo el tiempo posible. Se despidieron mostrándose un aprecio recíproco y Lucy sintió el alivio de saber que no estaba sola en la tarea de salvar a Judith de la ruina que Geoffrey estaba arrojando sobre su casa. Tenía la sensación de que se había quitado un peso de encima. Ahora se ocuparía de recuperar a Charlotte.

Avanzó con presteza por Queen's Walk y apuntó el nombre del médico que había en una placa de la esquina. Iría a casa, se aseguraría de que Charlotte estuviera allí y luego llamaría al doctor Salter. Hacía un día precioso, los narcisos habían florecido en los parterres y los pájaros cantaban; no cantaban como en el campo, pero Lucy tuvo que admitir que cantaban bastante bien. Cuando entró, de inmediato le resultó obvio que Geoffrey estaba fuera. Todas las puertas estaban abiertas, se oía el ruido de la aspiradora y había un ambiente de ajetreo contenido. Al parecer, Judith también había salido. Lucy recorrió la casa en busca de Charlotte. No estaba en la habitación de los niños, donde Lucy esperaba encontrarla. Debía de estar en su dormitorio, pensó Lucy, y abrió la puerta.

Charlotte estaba sentada en una silla al lado de la cama, sujetando una botella de whisky sobre la rodilla y cuando Lucy se quedó

quieta en la puerta, paralizada, ella se la llevó a los labios y bebió con delectación. Luego volvió la cara y vio a su hermana. Bajó la botella despacio y se la llevó a la espalda, con el rostro desencajado, como el de un crío al que han sorprendido haciendo algo malo. Con la mirada clavada en su hermana, empezó a llorar en un lamentable espectáculo de debilidad.

—Oh, Charlotte... —exclamó Lucy, con el corazón destrozado.

Se acercó a ella y le quitó la botella. Le puso el tapón y la dejó en la mesa. Charlotte se arrastró hasta la cama y se tumbó de cara a la pared, llorando desconsoladamente. Con profunda tristeza, Lucy la tapó y se sentó a su lado.

Y eso fue todo.

Charlotte se quedó dormida enseguida, pero Lucy se quedó allí, paralizada y aturdida.

Cuando sonó el gong para comer, bajó. Los demás ya habían llegado y estaban sentados a la mesa.

—Charlotte está dormida —le dijo a Geoffrey, con los labios apretados y descoloridos.

Él siguió comiendo sin preocuparse; solo Judith levantó la mirada y observó nerviosa a su tía. Lucy pasó la comida como pudo, pero cuando Geoffrey se levantó de la mesa, ella lo siguió hasta la sala matinal.

—Creo que hay chimenea en el cuarto de los niños —dijo Geoffrey, dando a entender que la presencia de Lucy no era bienvenida. Pero ella cerró la puerta y se acercó a él.

—Geoffrey, me temo que Charlotte está bebiendo demasiado.

La reacción a esa insinuación fue sorprendente. Estalló en carcajadas.

—¡Ja, ja, ja...! —empezó a reírse, echando la cabeza hacia atrás y enseñando todos los dientes. Lucy lo miraba sin poder pronunciar palabra—. Has tardado muchísimo en descubrirlo, ¿no? ¿Dónde tienes el cerebro o los ojos? Tu hermana no solo bebe, mi querida Lucy, sino que siempre está más o menos borracha.

Aunque no podía articular palabra, el semblante de Lucy se endureció de rabia.

—Tu hermana lleva bebiendo años —continuó Geoffrey, mirándola con los ojos entornados y hablándole con malicia.

—Lo sabías, ¿y aun así dejabas todo esto por aquí? —Lucy señaló el whisky que estaba, como siempre, en la mesa.

Geoffrey se encogió de hombros.

—Una vez que una mujer empieza a beber, ya no hay nada que hacer con ella. No son como los hombres. Para un hombre que bebe aún hay esperanza, pero jamás la hay para una mujer.

—No, porque una mujer ha perdido toda esperanza antes de empezar a beber. Ya está acabada antes de empezar a beber. Una mujer no bebe por diversión, como un hombre: bebe por desesperación. Cuando descubriste que Charlotte estaba bebiendo, deberías haber retirado todas las botellas de whisky de la casa y no haber permitido que entrara otra jamás. Y deberías de haber dejado de beber tú también.

—Gracias —dijo Geoffrey con una leve reverencia—. Por decirme lo que debo hacer. La incorregible censora, como siempre. Puede que te interese saber que ya han traído borracha a tu hermana desde la ciudad. Es una milagro que aún no haya acabado en el calabozo de la comisaría. Llevaba un sobre con su nombre en el bolsillo y un hombre que por casualidad me conocía la trajo a

casa en taxi. Una bonita situación para mí, ¿verdad? Me avergüenza. Estoy pensando seriamente en irme de aquí. No puedo seguir en un lugar donde todo el mundo sabe que mi mujer es una borracha. Pero la bebida ya era muy popular en tu familia. Debería haber tenido más cuidado.

—¿En mi familia? —exclamó Lucy—. ¿Bebo yo, o Vera, o Jack?

—Harry y Aubrey bebían —dijo Geoffrey.

—¿Y quién los incitaba a hacerlo? ¿Quién bebía con ellos? Tú fuiste la ruina de aquellos chicos y has sido la ruina de Charlotte —contestó Lucy, encendida de furia—. Has arruinado su salud y sus nervios. Te fue leal hasta el último momento, hasta que se quebró por la tensión. Ella te quería con todo su corazón y tú lo sabías, y la destruiste. Has conseguido echar a tu hijo de tu casa, y has acabado con Charlotte, y destruirás a Margaret también, hasta que acabes con todo. Eres venenoso. Nadie puede vivir a tu lado.

—Muchísimas gracias —dijo Geoffrey, yendo hasta la puerta y abriéndola—. Y ahora, ¿serías tan amable de irte de mi casa? Sí, ahora mismo. Puedes pasar la noche en un hotel o donde demonios te apetezca. No vas a quedarte aquí, y no vas a volver jamás. —Cogió la campanilla y Burton apareció con una celeridad sospechosa —. Burton, prepare las cosas de la señora Moore. Ya se va.

—No necesito su ayuda, gracias —dijo Lucy al pasar junto a la criada.

Temblando, subió las escaleras. Él había vuelto a ganar. Lo que había temido durante tanto tiempo había acabado sucediendo al final. Ella había perdido los papeles y él la había echado de su casa. Y lo único que pretendía era pedirle que la dejara llevarse a Charlotte a Underwood e intentar cuidarla para que se curara. Lo

único que había conseguido era separarse de Charlotte, y de Judith también.

—¡Qué tonta he sido, qué tonta! —se lamentó amargamente—. He sido un juguete en sus manos. Ha hecho lo que ha estado queriendo hacer desde hace años.

Fue a la habitación de Charlotte y se quedó allí, junto a la cama. Pero Charlotte aún dormía profundamente y Burton apareció en la puerta.

—El taxi estará aquí en media hora, señora.

Lucy fue a la habitación de los niños, donde Judith estaba preparando los libros para ir al colegio al día siguiente. La niña levantó la mirada y vio la cara pálida de su tía, con los labios temblorosos.

—Oh, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —exclamó, dejando caer los libros y corriendo hacia Lucy.

—Judith, al final me he peleado con tu padre. Siempre supe que sucedería algún día. Tengo que irme ya y me ha prohibido volver.

—Oh, no puede hacer eso... —exclamó Judith, intentando cerrar la puerta. Lucy la sujetó.

—No sirve de nada, cariño: no podemos hacer nada contra él todavía. Pero encontraré la manera de verte, no tengas miedo. No te va a dejar venir a Underwood. Sí... —dijo, viendo la angustia de Judith—, eso es lo peor de todo. Debería haberme callado y haberle dicho lo que quería que dijera, pero no lo hice y ahora lo pagamos todos. Pero llegará el momento en el que puedas estar conmigo todo el tiempo que quieras, mi amor, y debemos pensar en eso. Tu padre abre todas las cartas que llegan a casa, lo sé, así que no te escribiré aquí. Te escribiré a través de la señorita Porteous y no tengas

escrúpulos en hacer tú lo mismo. Tienes que escribirme y contarme lo que necesitas, y todo lo demás. No llores, cariño. Pensaré en algo muy pronto. —Acarició el pelo de Judith y lo echó hacia atrás—. Acaba tu graduado escolar y pórtate bien, porque todo depende de eso. La señorita Porteous y yo tenemos magníficos planes para ti. El futuro será maravilloso, pero el presente será duro. Así que aprieta los dientes... y sigue adelante.

Judith la abrazó fuerte, como una niña, con los brazos alrededor del cuello de su tía.

—No te enfades con tu madre, ¿quieres, cariño? Parece horrible y puede que te dé miedo, lo sé, pero todo se debe a los nervios, la mala salud y la infelicidad. Ayúdala todo lo que puedas. No la dejes sola cuando estés en casa. Intenta mostrar interés por ella. Y ruégale a Margaret que busque un médico. Margaret es la única que puede hacer lo que quiera con tu padre. Yo voy a escribir a la tía Vera. Ella vendrá, lo sé. A mí no se me permite estar aquí, pero ella sí puede venir. Ahora tengo que ir a hacer la maleta. Ven, ayúdame, y sécate esas lágrimas. Volveré antes de que te des cuenta —dijo Lucy, animando a su sobrina—. Vendré y me quedaré en la ciudad, e iré a buscarte al colegio.

—¿De verdad? —preguntó Judith casi con entusiasmo.

—De verdad —afirmó Lucy, con toda seguridad—. Lo tengo pensado. Vendré en unas semanas.

Lucy seguía diciéndose que era monstruoso que un hombre como Geoffrey tuviera semejante poder, pero no había nada que hacer. Al cabo de media hora salió de la casa. Fue a la estación. Supo que había un tren a las cuatro en punto; llamó a Underwood para pedir

que fueran a recogerla y, como aún tenía que esperar más de una hora, fue de nuevo a ver a la señorita Porteous.

CAPÍTULO DIECINUEVE

I

La carta de Lucy descansaba en la mesa del vestíbulo de la casa de Burnham Road. Vera entró con las pastas que había salido a comprar precipitadamente cuando Terry la llamó para decirle que iría a tomar el té; se inclinó para ver el sobre, vio que era de su hermana y la dejó donde estaba. No tenía tiempo para leerla en ese momento.

—Aquí están las pastas, Beatrice. —No bajó los tres escalones que daban a la cocina y le entregó la caja de cartón—. Pero en el futuro, si no tenemos pastas, dímelo por la mañana. No puedo salir corriendo así justo antes de que llegue el señor Crawford —dijo enfadada, y luego subió a las habitaciones.

Beatrice se dejó caer de rodillas en la almohadilla de goma y siguió fregando el suelo. Era ya un poco excesivo, pensó. Ahora venía casi todos los días. Ella tenía que fregar los suelos, tenía que lavar la colada y cambiarse y llevar el té a las cuatro. La señora esperaba que las cosas se hicieran de la misma manera con solo un par de manos donde antes había tres, y a ella no se le pasaba por la cabeza ni mover un dedo.

«Fue una tontería venir», pensó Beatrice, restregando las baldosas con el trapo de fregar.

Beatrice había sido una de las humildes devotas de Vera. En la otra casa siempre quería atenderla, porque cuando te sonreía —eso decía Beatrice—, sentías que podrías hacer cualquier cosa por ella. Sin embargo, estar dispuesta a hacer cualquier cosa por ella era distinto a tener que hacerlo todo, y Beatrice estaba empezando a flaquear de puro cansancio. Pero solo en privado. Aquella misma tarde le había echado una reprimenda a la chica de al lado porque la muy descarada se había atrevido a sugerir que había algo bastante sospechoso en el hecho de que aquel coche estuviera siempre a la puerta.

—Eres una malpensada, Clarice —dijo Beatrice por encima del muro del patio—. Es este barrio. Sois todos unos ignorantes. En el barrio de donde venimos nadie se molesta en pensar si un caballero visita a una dama o no... —En todo caso, también ella deseaba que el señor Crawford dejara su coche en otra parte. Llamaba la atención: aquel coche siempre estaba allí fuera.

—No mejora nada por mucho que se friegue —dijo, levantándose disgustada del suelo—. Dios mío, me pregunto qué pensarían la cocinera y Denham de esta cocina.

Fue a tirar el agua de fregar y la chica de la puerta de al lado estaba tendiendo los manteles del té.

—¿Aún no has terminado? —preguntó Beatrice con aire de lástima—. Voy a subir a cambiarme.

—Bueno, verás, yo no tengo que darme prisa —dijo Clarice, tan descarada como siempre—. No tenemos a ningún caballero de visita.

En su dormitorio, Vera no tenía suficiente luz para maquillarse bien. El sol brillaba en el exterior, pero la habitación estaba

ensombrecida por los árboles de la calle y Vera la había oscurecido aún más al velar las ventanas con unas cortinas de triple gasa. No le gustaban las vistas de Burnham Road, así que las tapaba. El salón de abajo estaba en penumbra también, con el mismo método. Era casi simbólico. Vera quería dejar el mundo fuera y quedarse ella dentro con Terry.

Encendió las luces, se sentó en el tocador y, con dedos nerviosos y apresurados, empezó a aplicarse cremas en la cara. Cada vez necesitaba más tiempo para maquillarse y ese día no disponía de tanto. Porque había tenido que salir corriendo a comprar las pastas. ¿Por qué no lo había pensado antes Beatrice? Todos esos pequeños engorros... pensó enfadadísima.

La verdad era que Vera, la belleza distante y celestial, había descendido a la vida del ama de casa común, y no le gustaba nada. No le gustaba tener que pensar en las comidas, en las facturas, en coser, y en las mil labores liliputienses que esclavizan a la mujer común cada día de su vida. A Vera le gustaban tan poco que se negaba a hacer la mayoría de ellas, pero daba igual, porque todos esos asuntos se inmiscuían en su vida y provocaban su enfado y su disgusto.

Se limpió la crema de la cara y se acercó angustiada al espejo. «Estás empezando a tener problemas justo aquí», le dijo la masajista la semana anterior, tocándole la cara a ambos lados de la barbilla. Ahora ese toque de difuntos sonaba una y otra vez en sus oídos. «Tiene usted que recordar», le dijo el doctor cuando le explicó que no era capaz de librarse de un resfriado, «que ya no es tan joven como antes». «Jamás habría imaginado que alguien me pudiera decir eso», pensó con tristeza y asombro. Estaba febrilmente

impaciente de que Terry la amara ya, enseguida, mientras aún era bella. Porque, aunque la masajista decía que la línea de la barbilla se estaba desfigurando, ella creía que nadie más lo notaría todavía, se dijo a sí misma, acercándose al espejo. Luego, tónico para la piel, crema hidratante, colorete, sombra de ojos, maquillaje, mascarilla, carmín; sus dedos se movían deprisa y con habilidad. Ya estaba maquillada.

Entretanto, Terry salía aparatosamente de Holly Lodge. Lo hizo a modo de protesta. Las tías llegaban como siempre para tomar el té, como gatos que llegan ronroneando para dormir junto al fuego. Su suegro había ido a vivir con ellos también, desde el verano. Brenda, que no lo había perdonado por haberlos dejado a todos en Escocia, apenas consultaba algo con su marido. La casa del viejo John Spencer se había cerrado. Se había ido a vivir a Holly Lodge con cierto alivio y todo parecía como antes de que Terry entrara en escena. Los dejaría allí con sus cosas, eso daba a entender Terry, mientras iba a coger el coche.

La casa de Burnham Road era una vía de escape para él. Le gustaba ir allí. Nadie molestando, nada de enfados ni obligaciones; libertad para ir cuando le apeteciera, quedarse lo que quisiera y marcharse cuando le viniera bien. Pero en las últimas visitas había llegado a la casa con una mezcla de emoción y aprensión. No quería complicarse la vida, se dijo. La verdad es que no quería una aventura. No quería enredarse. Ya estaba bastante enredado con su matrimonio. En lo más profundo de su conciencia quería sentir que siempre podía marcharse a Sudáfrica si las cosas en Holly Lodge se ponían insoportables. Pero Vera era una mujer muy bella, aunque una pizca mayor de lo que a él le gustaban. No podía estar jugando

con fuego siempre sin quemarse. Presintió que se acercaba una crisis. Sentía que casi la estaba buscando, yendo a verla hoy, por ejemplo.

—Hola, Terry —saludó Vera, dándose la vuelta frente a la chimenea cuando él entró en el salón.

«Por Júpiter, está adorable», pensó. «Me temo que estoy perdido».

II

Al final de la calle, viniendo de la escuela, Sarah dobló la esquina. Su mirada se detuvo enseguida en el coche y aminoró el paso. Flacucha y piernilarga, Sarah llevaba el pelo despeinado bajo el gorrito del colegio y se entretenía en las verjas negras de la calle; de vez en cuando se paraba con la mirada fija en el coche. A dos o tres puertas de su casa, se arrimó a la pared, apoyando la espalda contra la cartera de los libros, con las piernas estiradas hacia delante, y con una expresión de rencor en su cara. Una chica llamada Gwen, que iba a su misma clase de danza y vivía en la calle, se detuvo al pasar junto a ella. Lo sabía todo acerca del coche aparcado allí, o creía que lo sabía.

—¿Tienes que quedarte fuera hasta que se vaya? —preguntó con aire comprensivo.

Pero semejante muestra de simpatía no fue bien recibida. Sarah la fulminó con la mirada.

—No —dijo—. Y no me hables de eso. Tú no me conoces de nada. —Con una expresión de soberbia en su cara pálida y sucia, abrió la cancela del edificio y entró en casa.

A su madre no le gustaba que Sarah entrara en el salón cuando él estaba allí. Ya no pensaba en él como el tío Terry; siempre era «él», el enemigo. Fue a la cocina, tiró el sombrero y el abrigo en el aparador y se derrumbó en la silla de Beatrice. Se quedó allí en silencio mientras Beatrice trajinaba de un lado para otro.

—¿Le llevo el té al salón? —preguntó Beatrice.

—No hace falta —contestó Sarah—. Lo tomaré aquí.

—Bueno, señorita Sarah: puede coger una bandeja y ponerse en una esquina de mi mesa, si quiere —concedió Beatrice, pensando que así se mantenían las formas.

—No, coge las cosas y ponlas con las tuyas —ordenó Sarah.

Se sentó a la mesa, con la espalda encogida y el pelo colgando por la cara.

—Oh, señorita Sarah —dijo Beatrice, espantada—. ¡Pero qué manos tan sucias! ¡Están peor que las mías cuando he estado poniendo el carbón en la cocina! Debería habérselas lavado. Tendría que ver a mi Daphne: es más pequeña que usted y no hay que decirle nada. Siempre va tan limpia como una patena, eso hace Daff.

Sarah ni la escuchaba. No iba a hacer las cosas porque le dijeran que otras personas las hacían. No aceptaba ideas de nadie, salvo de la gente a la que amaba o admiraba.

—¿No hay mermelada?

Y Beatrice se levantó a cogerla.

Después del té, volvió a derrumbarse en la silla de Beatrice. No sabía qué hacer. No iba a ponerse a hacer los deberes, desde luego.

Tendría otra bronca en el colegio al día siguiente, pero ¿qué más daba?

Sarah había dejado su pequeña escuela privada a la que iba antes y había empezado a ir a otra más grande, donde simplemente se dejaba llevar, provocando la máxima cantidad de problemas y la cantidad mínima de complacencia. Un aura de rechazo rodeaba a la pobre Sarah. Estaba demasiado desmotivada. Cuando la juventud no se siente motivada, es muy difícil lidiar con ella. Las condiciones domésticas de Sarah Sargent eran deplorables, se decían las profesoras entre ellas, y si eso no lo explicaba todo, también había que añadir su incompetencia para manejar a la chica.

Era costumbre que, cuando una maestra tenía que ausentarse, las chicas guardaran un respetuoso silencio. Pero si Sarah tenía ganas de hablar, hablaba. Balanceándose en su silla, hacía comentarios groseros sobre otras, sabiendo que no replicarían. «Sabes que tienes que estar en silencio», decía la delegada al final con severidad. «No», decía Sarah, «no quiero». La clase murmuraba su desaprobación. No hacía más que rebelarse. Era casi imposible ganar algún premio entre cursos o competiciones si tenían que contar con Sarah. No tenía espíritu de equipo. Jugaba a un deporte individual: ella contra todos los demás. Las despreciaba, pero las otras niñas también le hacían daño. Sabía que hablaban de su madre. Sabía que pensaban que Burnham Road era un sitio horrible para vivir. Era la única que vivía fuera del radio de Overton Park y era consciente de ello cuando, al acabar las clases, todas se iban en una dirección y ella volvía sola por otra. Las niñas se alejaban hablando y riendo, con una confianza entre ellas que Sarah jamás podría tener. Estaban juntas no solo en el colegio, sino también

fuera, iban unas a las casas de las otras a merendar y tomar el té, y se ayudaban con los deberes; vivían el mismo tipo de vida y ella ya no participaba de aquello. Un par de chicas, de las más apocadas, también marginadas, se le habían acercado, pero Sarah tampoco las aceptaba. Si nadie las quería, ella tampoco.

En clase no hacía ningún esfuerzo por brillar, pero incluso su manera de bailar se menospreciaba. Se parecía demasiado a la danza de verdad. Había que fomentar el baile de salón; era una habilidad social. A las alumnas de una escuela tan selecta nunca las animarían a bailar como bailaba Sarah Sargent. A ella nunca la escogían para bailar en los conciertos de la escuela, donde lo que se esperaba era que participaran unas aficionadas de buena familia.

Sarah estaba sentada en la silla de la cocina, mirando distraída a Beatrice, que fregaba los platos y recogía las cosas de la merienda.

—Bueno —dijo la atareadísima criada—. Ahora tengo que ir al dormitorio de su madre o tendremos gresca. ¿Quiere venir y ayudarme?

—No —contestó Sarah.

Cuando Beatrice se fue, la cocina quedó en silencio. La casa estaba en silencio. ¿Qué estarían haciendo su madre y él, encerrados en el salón durante horas? Llevaban siglos allí, pensó Sarah, ¿cuánto más se iba a quedar? Probablemente hasta cerca de las ocho. ¿Por qué la apartaban y la ignoraban ahora, cuando antes la dejaban sentarse en la alfombra y hablaba y se reía con ellos? Cuando fueron a vivir a esa nueva casa, pensaba que iba a estar con su madre todo el tiempo y ahora apenas si la veía, y todo era por culpa de él.

De repente se levantó y salió de la cocina. Se quedó en el vestíbulo a oscuras, escuchando. Solo podía escuchar el murmullo

de voces, con risas ocasionales; una complicidad que no podía soportar. Abrió la puerta de par en par y entró.

Junto a la chimenea, Vera y Terry se separaron. Un instante antes, por primera vez, Terry había besado a Vera y su brazo aún rodeaba su cintura. Vera, sobresaltada por la irrupción de Sarah en el salón, se volvió para enfrentarse a ella. ¿Lo habría visto? Esa fue su primera reacción aterrorizada. Helados, los dos adultos se quedaron mirando a la chica que se dirigía hacia ellos. Desabrida y desafiante, sin mirarlos, Sarah se dirigió a un sillón y se sentó allí. Una mano sucia se dejó caer en el brocado dorado, se mordía las uñas de la otra, mirando enfurruñada el fuego de la chimenea.

—Bueno —dijo Vera, recomponiéndose. Sarah no había visto nada, quiso convencerse—. ¿Qué quieres?

—Nada —contestó Sarah.

Terry empezó a reírse, tal vez un poco en exceso.

—¿Cómo te va en el colegio? —preguntó.

—No me va —respondió Sarah.

Él se volvió a reír, pero Sarah ni siquiera sonrió. Se quedó allí sentada, impasible. Solo estaba allí, pensó Vera, y se acordó de Brian. Solía portarse así cuando ella lo despreciaba. El enfado empezó a apoderarse de ella una vez que pasó el primer sobresalto. Sarah lo había arruinado todo. Vera añoró los días en los que podía hacer sonar la campanilla y una niñera se la llevaba a su cuarto. Pero ahora Sarah ya era mayor y podía convertirse en un engorro. ¡Qué pesados eran los jóvenes! Se tiene tendencia a olvidarlos, a no tenerlos en cuenta, pero siempre están interrumpiendo. Como los brotes nuevos de los árboles, aparentemente tiernos pero implacables, que se hacen hueco y revientan los pavimentos.

Apenas dispones todo como quieres, ¡y ahí aparecen los jóvenes, a molestar!

—No te muerdas las uñas, Sarah —le dijo con frialdad—. Y ve a lavarte las manos y la cara, y a peinarte. No estás presentable para estar aquí. ¿Has hecho los deberes?

—No —contestó Sarah. Su madre jamás se había preocupado por los deberes. ¿Por qué se preocupaba ahora?

—Pues ve y hazlos —dijo Vera.

—No puedo —replicó Sarah.

—Tráelos aquí y déjame echarles un vistazo —dijo Terry, intentando aplacar a aquella pequeña acusadora.

Sarah le lanzó una mirada extraña con sus ojos de grandes pestañas, apoyó en los reposabrazos las manos sucias, se levantó y, muy despacio, salió del salón.

Cuando cerró la puerta, Vera se giró rápidamente hacia Terry.

—¿Por qué demonios entró en ese momento? ¿Crees que nos vio?

—Oh, no —aseguró Terry. No sabía si los había visto o no, pero era más fácil decir que no. Se ahorraba muchas molestias.

Vera estaba deseando que la tranquilizaran. No quería el engorro de tener que pensar en Sarah. No quería pensar en ella en absoluto. Era el momento supremo de su vida. Nunca había sido tan feliz como en ese momento. Lo miró y él la besó de nuevo. El placer de poder tocarlo, de besar y ser besada por fin, la embriagó. Extendió los brazos y empezó a reír. Estaba tan radiante que Terry se vio arrastrado a unas emociones profundas que no sospechaba. Debía de estar enamorado de ella, se dijo, o no se sentiría de aquella manera. Y se alegraba, si era así, porque de lo contrario sería un

poco sórdido. Después de todo, pensó, el amor sería la única justificación.

Así que le dijo que la quería y la felicidad mostró otra de sus deslumbrantes facetas. Ahora el amor era perfecto, e inocente en su placer y su alegría. Era perfecto estar con las manos cogidas y acompañarlo cuando tuviera que irse, a la puerta del salón con los brazos enlazados, y volver a besarlo y rogarle que volviera al día siguiente. Era perfecto como era, pensó Vera, y no necesitaba más que aquello.

Cuando Terry se marchó y Vera cerró la puerta de la casa, al darse la vuelta en el vestíbulo vio la carta de Lucy aún sin abrir en la mesita. Se la llevó al salón y la leyó con el gesto enfurruñado por tener que leer aquello cuando su corazón aún estaba latiendo por el último beso de Terry. ¿Qué demonios era todo aquello?, pensó, desordenando las páginas, leyendo aquí y allá. ¿Geoffrey había echado a Lucy de su casa y le había prohibido entrar? Pero qué tontería. ¿Qué había hecho Lucy? Ah... meter la nariz y censurar esto y lo otro. Vera sabía lo fastidioso que era eso. Charlotte bebía. Pero eso era imposible. ¿Charlotte? Jamás, pensó Vera. Eso debía de ser lo que enfadaba tanto a Geoffrey. Lucy era de las que pensaban que la gente bebe demasiado si se toman tres o cuatro cócteles antes de cenar. Ojalá Lucy fuera capaz de dejar a sus hermanas en paz, pensó Vera enfadada, y las aceptara como eran y las dejara vivir sus vidas como les apeteciera. Lucy quería que Vera fuera a ver a Charlotte cuanto antes. Bueno, eso era imposible. No podía ir. Desde luego no iba a ir. ¿Qué demonios podía hacer si iba? Volvió a hojear la carta. Le contestaría en un par de días. En todo caso, no era una carta que pudiera dejarse por ahí para que la vieran Beatrice o

Sarah. La rompió en pedazos y la tiró al fuego. Eso le proporcionó la ilusión de que había afrontado la situación.

Cuando apartó la mirada de las llamas que devoraban la carta de Lucy, se vio en el espejo con el resplandor de la lámpara que había al lado y admitió que esa noche estaba más hermosa que nunca. Apoyada en la repisa, se sumergió en la contemplación del rostro que él había besado y se vio a sí misma igual que él debió de haberla visto.

CAPÍTULO VEINTE

Era mayo, y en el mundo natural todo era nuevo, encantador y pleno de ilusiones, pero el mundo de los hombres se tambaleaba hacia la catástrofe. Las flores poblaban Underwood, la torre de la iglesia se elevaba serena y se recortaba contra el azul del cielo. Las calles se poblaban de hojas nuevas y delicadas, pero en los periódicos había fotos de judíos hostigados con carteles colgados del cuello, de judíos ancianos fregando las aceras mientras unos agentes gordos de la Gestapo los vigilaban. Una oleada de desastres públicos y privados parecía acechar a todas horas. Para Lucy, la imagen de Charlotte volvía de forma dolorosa a su mente una y otra vez. Cuando estaba arreglando el jardín, la azadilla se le quedaba colgando de la mano mientras sus pensamientos volaban hacia su hermana. Al despertar por la mañana se preguntaba qué nube era esa que oscurecía el día, y entonces se acordaba de Charlotte. Por la noche, se desvelaba y rezaba por ella. Vera no podía o no quería ir a Denborough, así que Lucy dijo que debía ir ella.

—Pero si acabas de volver —replicó William—. ¿Y qué puedes hacer si vas?

—Al menos puedo ver a Judith y saber de primera mano cómo está Charlotte —respondió Lucy.

Así que volvió a viajar a Denborough y, de nuevo, durante el viaje volvió a comprobar el contraste entre la naturaleza y el mundo de los hombres. Se veían grandes extensiones de campos y bosques, maravillosamente verdes, ríos tranquilos, estanques salpicados por nenúfares de flores blancas, corderos ya bastante gordos, pero todavía retozones, una paciente yegua junto a su potrillo, durmiendo la siesta vespertina en la hierba, y todo ello alternando con pueblos como manchas en el paisaje, con hileras de casas con tejados de pizarra y patios traseros en los que se mecía la colada gris, y con leves vislumbres de espantosos dormitorios traseros cuando el tren se detenía. El hombre lo arruinaba todo, pensó Lucy. Dios debe de desesperarse esperando a que el hombre se esfuerce tanto para hacer el bien como se esfuerza para hacer el mal. En el mundo estaban operando las inmensas fuerzas del mal, pero los buenos, aquellos que desean el bien, estaban pasivos. Todo el mundo decía lo horrible que era aquella persecución, aquella crueldad infantil y los preparativos para la guerra, pero nadie hacía nada al respecto. ¿Y qué se podía hacer?, se preguntaba la gente. La respuesta parecía ser que, individualmente, nada. Tal era también su situación respecto a Charlotte. Reinaba la impotencia pública y privada, pensaba Lucy.

Fue a Denborough y volvió sin haber conseguido nada por lo que tocaba a Charlotte, aunque al menos tuvo la satisfacción de ver que Judith estaba bien y estudiaba mucho y con buenos resultados. La veía siempre después del colegio y como nadie en Queen's Walk se

ocupaba de Judith, tía y sobrina se vieron mucho esos días. Mientras Judith se presentara en las comidas, nadie hacía preguntas.

La última mañana de su estancia allí, Lucy pensó que, estuviera Geoffrey o no, no podía marcharse sin ver a Charlotte. Decidió ir directamente a la casa. Geoffrey no iba a matarla, se dijo. Cogió el autobús a Queen's Walk y se apresuró a caminar por la calle bajo el sol, pero de repente, cuando ya podía ver la casa, se le ocurrió que si entraba, y si Geoffrey o alguien la veía, podrían hacerle preguntas a Judith. Geoffrey preguntaría si ella sabía que su tía estaba en la ciudad y si la había visto. Averiguaría que Judith y Lucy estaban en connivencia con la directora y ese sería el final de Judith en el colegio. Su educación y su futuro podrían verse arruinados; con casi toda seguridad, así sería. Horrorizada ante semejante presagio de desastres que había estado a punto de desencadenar, Lucy dio media vuelta y se apresuró a regresar por donde había ido, y por la tarde volvió a Underwood, triste por dejar a Judith, quien, por primera vez en nueve años, no pasaría con ella las vacaciones de verano.

Sin embargo, no estuvieron solos en Underwood. Vera telefoneó para preguntar si Sarah podía ir a pasar quince días.

—Puede venir todas las vacaciones si quiere —dijo Lucy, segura de que Sarah necesitaba salir un tiempo de Burnham Road. Pero Vera dijo que quince días serían suficientes.

—Lo digo por ti —explicó Vera—. Es una niña muy difícil, ya sabes. Cada vez peor. No sé qué voy a hacer con ella. Quizás contigo mejore. Beatrice se cogerá las vacaciones al mismo tiempo, así que cerraré la casa. —No dijo qué pensaba hacer ella—. Llevaré a Sarah —añadió—, pero solo puedo quedarme una noche.

Llegaron al atardecer de una calurosa tarde de verano: Vera irascible, Sarah enfurruñada. Lucy se dio cuenta enseguida de que Vera se había hecho algo en el pelo. No le sentaba bien: tenía el cabello rígido y de un color muy fuerte, y desmerecía mucho su adorable cara. Durante todo el trayecto a casa, Lucy tuvo la precaución de no mirar el peinado de Vera. Debía de haberse hecho aquello para seguir el ritmo de aquel hombre joven, pensó Lucy. El refulgente pelo de Vera revelaba claramente que su hermana aún estaba enamorada de Terry Crawford.

—¿Qué se ha hecho en el pelo? —preguntó William cuando se quedó a solas con su mujer.

—Oh, no, William —le rogó Lucy. No podía soportar la idea de hablar de aquello. William solo veía el tinte, no entendía la ansiedad.

En la planta de arriba, Vera estaba mirándose horrorizada el pelo en cuestión. En el espejo de Lucy, de repente, parecía una peluca. Fue esa cosa, pensó con un ataque de pánico. Le habían jurado que todo iría bien, y no fue así. La luz en Burnham Road era mala, y no se había visto el pelo al sol y a pleno día hasta ese momento.

—Tendré que ir a Londres a primera hora de la mañana. Tengo que ir a ver a esa gente de la calle South Molton para que me quiten esto antes de que Terry lo vea.

Dejó escapar un gemido. Ya veía cómo iba a ser. Tenía que escaparse para arreglarse el pelo y maquillarse. El destino le había jugado una mala pasada, especialmente mala: ella, que siempre había estado tan segura y tan despreocupada de su belleza, ahora estaba angustiada por ella.

—Tendré que irme a primera hora de la mañana —le dijo a Lucy cuando su hermana entró en la habitación.

—Sí, bueno, querida. Puedes irte cuando quieras —dijo Lucy, preguntándose por qué Vera hablaba con tanta amargura y desesperación sobre la necesidad de coger el primer tren.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Sarah desapareció. Nadie lo notó hasta que llegó la hora de la partida de su madre, y entonces no pudieron encontrarla. Pero no estaba muy lejos. Estaba sentada en el murete que había al otro lado de la iglesia, balanceando los pies y dando con los talones contra las piedras, destrozando deliberadamente los zapatos. De vez en cuando examinaba los rasguños y raspaduras en la piel marrón, y seguía dando patadas. Ante ella se extendía el parque, con la casa en la distancia, silenciosa y hermosa, como en un sueño. Los pequeños ciervos se movían despacio, ramoneando. Pero la atención de Sarah no estaba en lo que tenía delante de los ojos; solo se esforzó en escuchar lo que pasaba en la casa que tenía detrás. Escuchó un coche, oyó cómo la llamaban. Su madre se iba. Pues que se fuera. Cuando su madre le dijo a la tía Lucy que iba a ir a Bretaña con unos amigos, ella pensó que era mentira. Se iba a ir con él. Sarah había estado escuchando tras la puerta, en casa. Era la única manera que tenía de enterarse de las cosas. Tenía que saber qué estaban haciendo y de qué estaban hablando, encerrados durante horas allí. La gente adulta no debería decir mentiras nunca; las madres no deberían mentir jamás. Eso pensaba, con toda seriedad. Su madre seguía decepcionándola. No podría confiar en ella nunca más. A veces parecía como si las cosas fueran bien, pero no duraban mucho. Nunca duraban mucho. Algo feo estaba sucediendo, algo

que ella no entendía bien, pero que la ponía enferma. Se sentía mareada la mayor parte del tiempo, pero no por el estómago, sino en la cabeza. Como si estuviera enferma, se decía. Y creía que Beatrice también se sentía enferma por lo mismo, aunque no dijera nada.

Estaba allí, en el murete, golpeando la piedra con los talones. Llevaba un vestido a cuadros rojos y blancos con dos horquillas en el pelo, dos lazos de plástico rojo, que había comprado una vez que salió con Beatrice. Su madre le había prohibido que se los pusiera, así que se los puso ese día como desafío; y su madre ni siquiera lo había notado. Las puertas del coche se cerraron con un portazo y el motor arrancó. Su madre se iba. Había dicho que se quedaría con Sarah, que vivirían las dos juntas, pero ahora se había librado de Sarah y se iba con él. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se le encogió el corazón al tener que dejar que su madre se fuera así, al tener que castigarla. Habría querido besarla, pero no podía. Era horrible lo que su madre le había hecho. Había hecho cosas horribles demasiado a menudo. Escuchó el ruido del coche alejándose hasta que ya no se pudo oír nada. El silencio volvió a adueñarse de la pacífica escena.

Un rato después se dejó caer del murete y saltó al cementerio de la iglesia. No había necesidad de esconderse. Estuvo deambulando entre las lápidas torcidas. Eran muy antiguas, tan antiguas que no se podía leer lo que ponía en ellas. Agachándose junto a una tumba con tallas de pergaminos y una cabeza de querubín, intentó seguir con el dedo el trazado de una inscripción casi borrada. Luego se levantó y fue a buscar bajo los árboles una ramita. Regresó a la tumba con un palito y empezó a quitar el musgo de la inscripción.

En casa, Lucy se detuvo en la ventana del rellano para observarla. ¡Así que allí estaba! Lucy deseó, como lo deseaba muchas veces al día, que Judith estuviera en Underwood. Judith habría conseguido que Sarah fuera feliz en su estancia. Sarah necesitaba compañía adecuada y de su edad, o cercana. Lucy no confiaba mucho en su capacidad para ganarse el afecto de Sarah. Sabía que la niña estaba muy apegada a su madre y que también estaba muy decepcionada con ella. Bueno, no era la primera víctima de Vera, pensó Lucy, pero era la más triste. Era la persona a la que Vera podía hacer más daño. Se le encogía el corazón viendo a la laboriosa cría quitando el musgo de la lápida con una ramita, con los lazos de plástico en la cabeza, lanzando destellos al aire. «No sé qué hacer por ella», pensó Lucy. «Creo que lo mejor será ir afrontando las cosas a medida que vayan surgiendo, sin grandes aspavientos».

Sarah tenía la intención de ser un verdadero engorro en su visita. Su madre la había llevado a casa de la tía Lucy. Y Judith era la favorita en aquella casa; seguro que todos deseaban que hubiera ido Judith en vez de ella. Además, Judith había obtenido unas notas tremendamente buenas en los exámenes: la tía Lucy estaba muy orgullosa de ella. Sarah decidió que no iba a competir con Judith. Por el contrario, sería tan desagradable que cuando la tía Lucy le preguntara si quería volver otra vez, le diría que no, y entonces su madre no sabría qué hacer con ella.

Sarah no tenía una opinión formada sobre su tía: tenía la opinión de su madre, que era bastante confusa. A veces su madre decía que no había nadie como la tía Lucy, nadie tan amable o cariñoso, nadie que comprendiera tan bien o que le importara lo que le estaba ocurriendo a una. Otras veces, su madre decía que la tía Lucy no

entendía nada en absoluto y que siempre se estaba metiendo donde no debía. Su madre le había dicho al tío Terry que la tía Lucy tenía una mentalidad muy estrecha y anticuada: lo había oído ella. Sobre el tío William, la opinión de su madre siempre había sido la misma: siempre había dicho que era un hombre raro, grosero, descuidado y que no sabía cómo la tía Lucy podía soportarlo. Respecto a Janet, su madre decía que tenía muy mal genio, que no sabía hacer las cosas y que no sabía cuál era su sitio. No la tendría en casa ni cinco minutos, decía su madre. Con estas opiniones de segunda mano sobre la gente de la casa, Sarah llegó a Underwood para pasar sus vacaciones.

Cuando el reloj de la iglesia dio las campanadas suavemente, Sarah levantó la vista. La una menos cuarto. Supuso que ahora tendría que entrar en casa y afrontar la reprimenda por no haberse despedido de su madre y por los destrozos de los zapatos. Empezó a enfurruñarse ya cuando salía del cementerio. Pero Lucy no hizo referencia a su madre y consiguió reprimir una exclamación cuando vio los zapatos.

Pero luego, cuando vio las molestias que se tomaba su tía para arreglarlos, cogiendo cada trocito de piel con las pinzas de disección del tío William y volviéndolo a colocar en el zapato, reparando cada arañazo con tinte y poniendo betún con los dedos, Sarah se sintió incómoda.

—Lo hice a propósito —dijo de repente, y esperó una contestación furiosa. Pero no la hubo.

—Es una lástima —contestó Lucy muy seria. Y después se hizo el silencio.

—No lo volveré a hacer —dijo Sarah.

Lucy le sonrió, y Sarah, con un repentino alivio y un poco más animada, le devolvió la sonrisa. Liberada de observar la reparación de los zapatos, corrió fuera de la casa y empezó a bailar en el césped.

A Sarah la tranquilizaba ver coser a su tía; sobre todo si eran cosas suyas. Le gustaba que alguien se ocupara de ella. Lucy alargó los vestidos de Sarah, soltó algunos fruncidos, hizo algunos arreglos necesarios y le confeccionó un vestido nuevo de una tela floreada que había comprado para sí misma. Sarah estaba encantada y se pavoneaba con él por las calles y los campos

—¿Te gustan estos lazos rojos que llevo en el pelo? —le preguntó a Lucy de repente un día.

—No —respondió Lucy.

—Creo que a mí tampoco —dijo Sarah, y, quitándoselos, los arrojó al fuego de la cocina junto al que estaba viendo cocinar a Lucy.

—No, no —dijo Janet con gesto desaprobatorio—. Eso es un despilfarro. Podrían haberle servido a alguien del pueblo.

—Oh, no... —exclamó Sarah—. Lo que es feo para una es feo para todo el mundo, ¿no, tía Lucy?

—Sí, así es, cierto —dijo Lucy. Janet le lanzó una mirada de indignación y salió de la cocina.

Lucy estaba teniendo tantos problemas con Janet por Sarah como los que tuvo por Judith. Pero Janet ya casi había aceptado a Judith, y Lucy esperaba que con el tiempo también aceptara a Sarah, aunque esta le daba mucho más trabajo a Janet del que jamás le había dado Judith.

—No recoge ni una cosa... —se quejaba Janet—. Ni siquiera saca los zapatos para que se limpien.

Al pedirle a Sarah que la ayudara a hacer esto o aquello en casa, Lucy intentaba enseñarla a ser ordenada, pero no sabía si estaba lográndolo o no. A veces Sarah se ponía a recogerlo todo frenéticamente; otras veces apenas si podía levantarse del sillón donde estaba tumbada y, en cuanto hacía el más mínimo esfuerzo, volvía a derrumbarse en el sitio. Su aspecto coincidía con su estado de ánimo de una forma extraordinaria, así que no podía decir si parecía cansada porque estaba enfurruñada, o estaba enfurruñada porque estaba cansada. Sus increíbles pestañas ensombrecían su mirada, sus labios se curvaban hacia abajo y hasta su mismo pelo parecía languidecer cuando estaba así. Se habría quedado sentada en el murete o adormecida en un sillón durante medio día si Lucy se lo hubiera permitido. Pero no se lo permitía. Le pedía que fuera a recoger los huevos, cosa que a Sarah le encantaba, o a dar de comer a las gallinas, o iba con ella al pueblo, o ponía algunos discos en el gramófono. Lucy descubrió que no había nada como la actividad o la música para disipar esos episodios sombríos de Sarah. Había muchas maneras de acercarse a Sarah, pero quince días eran muy poco tiempo, y Vera escribió desde Francia y dijo que Beatrice iría a buscar a Sarah, que llegaría en un tren y las dos volverían en el siguiente. ¿Le importaría a Lucy llevar a Sarah a la estación? A Lucy le encantaba el aspecto de Beatrice. Le parecía una joven amable y formal, y, muy confiada, dejó a Sarah a su cargo para regresar a casa.

Pero antes de que Sarah pudiera ir a Underwood en Semana Santa (tuvo gripe durante las vacaciones de Navidad), Beatrice se despidió.

Beatrice pertenecía a una familia de chicas gobernada por una madre decidida y de fuerte carácter. Tenían la casa en el campo, a las afueras de Trenton, y Alice, la hermana mayor, que estaba de servicio en una casa de Overton Park, contaba chismes sobre la señora de Beatrice. La madre, que había servido también, fanfarroneaba de conocer un lugar en cuanto lo veía, y fue investigar. Un miércoles por la tarde, día de mercado, llegó sin avisar a Burnham Road. Puso morro en cuanto vio la calle. Cuando acabó de recorrerla, ya tenía un veredicto. Y su gesto se torció aún más cuando vio el coche del caballero a la puerta. El caballero estaba encerrado con la señora en el salón, y despedía a Beatrice en cuanto entraba. Durante el rato que la madre de Beatrice estuvo en la cocina, con indicios de firme desaprobación, la señora no se movió del salón. Y aquella cocina no era más que un agujero, señaló. Oscura, húmeda, insalubre. En la casa había una niña sucia y malhumorada que andaba por allí como un perro perdido, y la propia Beatrice estaba hecha un verdadero desastre, con el pelo desgreñado y unos imperdibles en la parte trasera del delantal.

—Tienes que buscarte otro sitio, Trissy —ordenó su madre.

Beatrice se echó a llorar y dijo que tal vez la casa no era muy buena, pero que no sabía qué sería de Sarah sin ella.

—No es problema tuyo —insistió la madre con firmeza—. En esta vida, lo primero en lo que tienes que pensar es en ti misma, porque nadie lo hará por ti. Alice sabe de un buen sitio para ti, para que vayas de doncella. En un buen barrio, elegante, con gente importante. Es hora de que prosperes. Anuncia ya que te vas, y asegúrate de que vas a estar una semana en casa antes de volver a servir. Así podrás descansar un poco y yo te arreglaré la ropa. Te

estás echando a perder. Como este sitio. Es curioso, en cuanto pones un pie en una casa, enseguida sabes cómo es la señora. Di que te vas.

Y Beatrice tuvo que hacerlo.

Para Sarah fue una calamidad que Beatrice se marchara. En cierto modo, Beatrice la cuidaba, le preparaba el té cuando llegaba, la lavaba y le planchaba la blusa de la escuela por la noche, le hacía compañía en la cocina y sentía lo mismo que ella por aquel hombre que lo había arruinado todo, Terry Crawford. Para Beatrice, Vera y Sarah aún conservaban el halo de elegancia de los días pasados, pero la chica que la sustituyó no sabía nada de aquello. Sarah odió desde el principio a esa nueva chica, que se llamaba Evverlin, y no volvió a pisar la cocina. Tras la llegada de Evverlin, la niña adquirió una altivez que era una copia infantil de la de su madre. Se sentaba en el dormitorio mientras él estaba en la casa y luego bajaba en silencio al salón a leer en el sillón que él había dejado vacante.

Evverlin no era como Beatrice. Ella nunca dejaría una casa porque no fuera respetable. Su lema era «Vamos a divertirnos». Su señora podía hacer lo que le viniera en gana mientras no impidiera que Evverlin hiciera también lo que quisiera, y seguramente no tendría el descaro de hacer eso, le dijo a Clarice por encima del murete.

Evverlin estaba impresentable por las mañanas, con las medias sucias y el pelo recogido de mala manera; pero por la tarde, con carmín en los labios, colorete, máscara de pestañas, un vestidito corto de satén negro, un diminuto delantal y una cofia con puntillas que parecía un halo de santidad, podía rivalizar con cualquier criada de película. Por la tarde nunca hacía nada, salvo preparar el té. El resto del tiempo lo pasaba junto a la bomba de agua de lluvia del

patio, hablando con Clarice por encima del murete. Aquello podría haber ido más allá de lo que fue si Vera, desde la ventana abierta del baño, en el piso de arriba, no hubiera escuchado una conversación.

—Estuve mirando por el ojo de la cerradura, pero no vi nada —estaba diciendo Evverlin—. Pero creo que lo oí volver ayer por la noche a las doce. No la culpo. Podría quedármelo yo también. Es adorable. ¿No lo has visto? No veas la mirada que me echó esta tarde cuando entré. Claro, ella es muy vieja para él. A los hombres les gustan más jóvenes, ¿no? Esta debe de ser veinte años más vieja que yo. ¡Veinte años! Imagínate. No es que no haya sido guapa —admitió Evverlin—. Eso está claro. A veces, cuando entras en esa sala de la calle donde la luz es mala, te quita el hipo. Claro, hace todo lo posible por conservarlo. Deberías ver los frascos y potingues que tiene para la cara. Tiene cosas carísimas. Le sientan muy bien a mi piel. Tienes que venir un día que no esté y probarlas. Y la próxima vez que salgas con Jack, me llamas y te doy un poco de perfume. ¡Tendrás a más de uno detrás de ti!

Así que despidió a Evverlin y llegó una chica llamada Daisy para sustituirla. Pero Daisy era apática y desganada, y tenía una tos espantosa que no mejoraba después de dos o tres meses; por lo que Vera hizo que la viera un médico y le dijeron que era tuberculosis. Así que Daisy también se fue y no se encontró una doncella adecuada para sustituirla. Vera contrató a una externa, una tal señora Parsons, una mujer pequeña, tan gris como el polvo y la ceniza que siempre estaba limpiando para otras personas.

La señora Parsons llegaba con un mandil viejo metido en una bolsa de papel de estraza, entraba en el número veintiséis a la siete

y media de la mañana y ponía la tetera a hervir mientras encendía el fuego de la cocina.

Cuando hervía el agua, le subía a Vera el primer té matutino, derramando la leche, el té y el agua caliente en la bandeja mientras tropezaba arriba y abajo por la escalera en unos peldaños que habían puesto en el rellano para hacer caer a los incautos. Retiraba las cortinas de la habitación de Vera con las manos sucias, se maravillaba del lujo de la habitación, llamaba a la puerta de Sarah como si quisiera despertar a los muertos y volvía a bajar. Frente a un renuente fuego, se tomaba un té pensativamente. Cuando terminaba dos veces su taza de té, se asomaba a las escaleras. Si no escuchaba a Sarah, volvía a subir y llamaba otra vez, y no porque se preocupara de que Sarah llegara a tiempo a la escuela, sino para poder terminar cuanto antes el engorro de los desayunos. Cuando estaba segura de que Sarah se había levantado, lo preparaba todo en una esquina de la mesa del comedor, ponía de nuevo la tetera a hervir y preparaba la bandeja de Vera. Vera siempre había desayunado en la cama y no veía razón para abandonar esa costumbre. En la nueva casa había muchas menos razones para levantarse que en Southfield, se decía.

La señora Parsons freía beicon y hacía más té. Sarah, siempre con prisas, bajaba corriendo las escaleras y desayunaba, se ponía los zapatos, habitualmente sucios, y recogía los deberes sin hacer mientras engullía el desayuno. Luego salía corriendo de la casa, y dejaba a la señora Parsons preparando para ella un buen desayuno con tostadas y beicon y a veces con un huevo encima, y más té. Luego le subía a Vera un té con una tostada y bajaba para hacer el salón, otra estancia que llenaba a la señora Parsons de asombro y

admiración. No se le permitía hacer mucho allí, salvo encender la chimenea y pasar la aspiradora por la alfombra, pero de alguna manera conseguía dejar marcas y poner las manos sucias en todas las paredes con una eficacia singular. La señora se ocupaba de esa estancia luego, con guantes. En repasar por encima esa sala y el dormitorio; en lo que la señora Parsons llamaba «hacer un poco la colada» (unas medias de seda y cosas así), y en hacer una visita apresurada a las tiendas más cercanas, a veces: en eso se le pasaba la mañana de la señora. La propia señora Parsons se ocupaba de «revisar» la casa, pero con las bayetas del suelo sucias, los plumeros sucios, los estropajos sucios, todo se iba poniendo cada vez más asqueroso. La señora Parsons cocinaba para las dos; la niña comía en el colegio, y mientras la señora descansaba, la señora Parsons fregaba, ponía más carbón, revisaba las chimeneas y a las tres en punto se iba.

Entonces Vera se levantaba y se arreglaba para Terry. Se maquillaba, se ponía crema y volvía a lavarse. Una tarde, a principios de verano, cuando estaba absorta en estas operaciones, sentada en su tocador con su bata de raso y el pelo recogido con una gasa, sonó el timbre de la puerta.

—Qué fastidio —dijo Vera, dejando de mover los dedos.

No había nadie para abrir la puerta salvo ella misma. Se quedó allí sentada, un poco indecisa. Decidió que no iba a bajar. No podía ser nada especial; nunca pasaba nada excepcional. Siempre había aburrido a las visitas inoportunas con mucha eficacia y ya nadie iba. El timbre volvió a sonar. Hay algo en las llamadas de la puerta o del teléfono que muy pocos pueden resistir. Vera se quitó la gasa del

pelo, se peinó un poco, se sacudió la bata y bajó corriendo las escaleras. Cuando estaba bajando, el timbre volvió a sonar.

—Un momento, por favor —pidió Vera, molesta, abriendo la puerta, y allí, en la entrada, estaban Brenda Crawford y su padre, el viejo John Spencer. Detrás, en la carretera, estaba su enorme coche con varios perros asomándose inquietos a las ventanillas, tras el imperturbable chófer.

—A mi hija le gustaría hablar con usted —dijo el viejo Spencer con severidad, entrando en la casa.

Vera nunca había estado tan desconcertada en su vida. Eran las últimas personas a las que quería o esperaba ver. Y verse sorprendida por esas personas en ese estado, sin vestir, sin maquillar, con el pelo recogido con horquillas y una bata de raso a mitad de la tarde, en su opinión, la dejaba en clara desventaja. Que ella, ¡ella precisamente!, se encontrara en esa situación tan vulgar, la puso tan furiosa que no podía ni hablar. Se quedó allí, incómoda y abochornada, con la sangre caliente hirviéndole en el cuello y la cara.

—¿Entramos ahí? —dijo el viejo señor Spencer en tono gélido, señalando con su bastón la puerta abierta del salón.

Se quedaron todos de pie en la sala. Vera no les pidió que se sentaran; podrían haber dicho que no. Brenda, una figura oronda vestida de marrón, con los pechos prácticamente debajo de la barbilla, miró a su alrededor y luego dirigió sus grandes ojos marrones y acuosos a Vera con hostilidad y desprecio.

—He venido para aclarar esta situación de una vez por todas —dijo—. No se casará con Terry porque no me divorciaré de él.

—¿Le ha pedido a usted el divorcio? —preguntó Vera, con el corazón latiéndole violentamente. Quizás lo había hecho. Quizás quería casarse con ella.

—No —contestó Brenda enfurruñada—. Pero no serviría de nada si lo hiciera, porque no me divorciaría de él.

—Si él no le pide el divorcio, usted no tendrá el placer de rechazarlo —dijo Vera.

Dio la impresión de que Brenda no sabía qué más decir. Miró a su padre como si esperara que él tomara la iniciativa por ella.

—Le está haciendo usted a mi hija un gran daño, Vera —afirmó el hombre con dureza.

—No creo —dijo Vera—. No le he quitado nada que tuviera antes. Está todo terminado entre ella y Terry desde mucho antes de que él empezara a venir aquí.

Bajo la penumbra de su sombrero de fieltro marrón, Brenda se sonrojó dolorosamente. Debían de haber hablado de ella, ellos dos. Terry debía de habérselo contado todo.

—De todos modos la está perjudicando más de lo que imagina —dijo el viejo John Spencer—. Está provocando usted que se hable de ella. Dos dignísimos apellidos de Trenton, antiguos y respetables, Spencer y Sargent, están siendo arrastrados por el lodo gracias a dos advenedizos. Fue un día nefasto aquel en el que el joven Sargent, pobre hombre, la encontró a usted, y un día nefasto fue también el día en el que mi hija se topó con Crawford. ¡Con lo que hemos hecho por él! Estaba al borde del abismo. Le hemos dado todo. Podía haber tenido y hecho lo que hubiera querido. Y así es como nos lo paga. ¿Y qué quiere usted con un joven como Terry? ¡Una mujer de

su edad! Debería darle vergüenza. Y con una hija adolescente, que esté pasando esto... ¿Acaso no piensa en ella?

—Basta ya —exclamó Vera—. Deben irse. No sé a qué han venido.

Ellos tampoco los sabían, en realidad. La situación los sobrepasaba a todos; no podían lidiar con ella. Vera abrió la puerta y los Spencer se fueron, casi huyendo aliviados. El chófer salió del coche y se pudo escuchar una gran algarabía de ladridos y aullidos que anunciaban el regreso del padre y la hija al Rolls-Royce. Un instante después, la calle volvió a quedar vacía.

Vera regresó a las estancias de arriba. El incidente había sido intranscendente, pensó, incluso divertido, pero le había afectado profundamente.

Se sentó a la mesa del tocador y se inclinó hacia el espejo para acabar de maquillarse. La mano que sostenía el carmín temblaba y los labios estaban pálidos bajo el rojo que estaba intentando aplicar. Qué presunción, se decía. ¡Qué presunción la de esa gente, viniendo a molestarla a su casa! ¡Qué presunción, atreverse a recordarle sus deberes para con Sarah! ¡Qué presunción, la de las criadas y los vecinos, hablando de ella...! ¡De ella! Pero en el fondo, a pesar de todo, una parte de ella se sentía una criatura pobre y desgraciada que no podía soportar la luz del día a la que la cruda realidad la había empujado. Ese animalillo gritaba, luchaba por que lo dejasen escapar, para ocultarse en lo más profundo y que nadie lo viera. Su comportamiento la humillaba, conseguía que se sintiera enferma de vergüenza.

Se peinó. Esta vez le habían puesto mejor color. Pero había visto cómo Brenda la miraba y se preguntó dolorosamente si esa

mujercilla habría notado algo.

Tener que teñirse el pelo, tener que preguntarse si una persona tan vulgar, aburrida y gorda como Brenda Spencer sabía que se teñía, la irritaba más de lo que podía soportar.

—¿Por qué me he metido en esto? —se preguntó—. Y todo por él...

Era como si siempre estuviera ofendiéndose a sí misma, haciendo lo que más odiaba y despreciaba... Era una locura, se dijo, poniéndose el vestido, una completa locura.

Él entró en la casa cuando ella se acababa de arreglar. Le lanzó un silbido y ella bajó despacio las escaleras. Sintió como si algo viscoso y sucio se hubiera interpuesto entre ellos desde la visita de los Spencer. Pero cuando él la besó, supo que eso no existía. Suspiró con alivio y alegría. En un mundo donde nada había cumplido con sus expectativas, solo aquello las superaba con mucho. Lo amaba; no importaba nada si era el marido de otra; no importaban los errores que hubiera cometido, lo que otras personas pensaran o dijeran, no importaba si acababa sufriendo cuando él la dejara, nada importaba salvo el hecho de que lo amaba y que ahora era suyo. Una sensación conocida de bienestar la invadió. Estaba casi embriagada de felicidad. Cuando estaba con él, nada le preocupaba. Puede que fuera una locura, pero por nada del mundo renunciaría a esa insensatez. Ni siquiera quiso perturbar su felicidad diciéndole que su mujer había estado allí.

—Vamos a tomar el té —dijo, rodeando con el brazo su cuello para bajar a la cocina.

CAPÍTULO VEINTIUNO

I

La noche era tan hermosa que William y Lucy casi eran reacios a entrar en casa y dejar de disfrutarla. Caminaban por el verde cogidos del brazo, con la buena de Cora a sus pies. Parecía que la gran luna llena de agosto estaba haciendo equilibrios en las puntas de los árboles de la rectoría, el aire olía a heno y rosas, y hacía un maravilloso fresco después de un día caluroso. Dando la vuelta por el césped, giraron hacia la casa otra vez y vieron una gran mancha blanca brillando en la puerta. Era el delantal de Janet.

—¿Me necesitas, Janet? —preguntó Lucy.

—Oh, pues claro. ¿Es que no lo ve? —dijo Janet, aproximándose a la cancela—. La llaman por teléfono. Es una conferencia desde Denborough, dicen.

El corazón de Lucy se sobresaltó y echó a correr. Denborough. Algo malo debía de haber pasado.

Era Margaret la que estaba al teléfono.

—¡Oh, tía Lucy! —hablaba como si estuviera aterrorizada—. ¿Puedes venir, por favor? Mamá está muy enferma y papá dice que vengas tú y la tía Vera también.

—Iré. A primera hora de la mañana, Margaret. ¿Qué pasa? ¿Está muy mal, cariño?

—Sí. Ha tenido un ataque de apoplejía, dicen. No está consciente... solo está ahí tumbada...

—¿La ha visto un médico? —preguntó Lucy.

—Ah, sí... y dos enfermeras —respondió Margaret.

Así que al final sí que fue a verla un médico, pero demasiado tarde, pensó Lucy amargamente.

—Estaré allí cuanto antes, y se lo diré a Vera. Adiós hasta entonces, querida.

—Adiós —se despidió Margaret.

—¿Malas noticias? —preguntó William a su lado.

—Se está muriendo, creo —dijo Lucy, con el rostro abatido—. Ha tenido una apoplejía. Es la primera vez que oigo que una persona con cuarenta y dos años sufra un ataque cerebral.

—Ven, siéntate —le dijo William, rodeándola con el brazo. ¿Por qué llamaban a estas hora se la noche?, se preguntó enfadado. ¿Qué podía hacer Lucy a esas horas? Por la mañana habría sido suficiente y al menos habría podido dormir.

—No llamaré a Vera hasta mañana por la mañana —continuó Lucy, que pensó en su hermana igual que William había pensado en su esposa—. Ojalá estuviera Judith conmigo. Estará asustadísima. Recuerdo lo aterrada que estuve yo cuando murió mi madre. Ojalá pudiera estar allí esta noche, William.

—Bueno, no puede ser —dijo William con firmeza—. Tienes que irte a la cama y procurar dormir. Voy a pedirle a Janet que te prepare un poco de leche caliente. Ve arriba.

Lucy hizo lo que le aconsejaba su marido. Recordaba tan vívidamente a Charlotte, a Charlotte en todas las etapas de su vida, cuando era una niña, cuando era una jovencita, cuando se quedó de

pie en el salón de casa con los ojos enrojecidos el día que Geoffrey le propuso matrimonio... Había sido tan joven, confiada e infantil, y tan leal a Geoffrey, que su marido había aprovechado para hundirla a lo largo de los años y la había arrastrado a aquella muerte prematura. Tal vez ella misma había caído en el pozo, pero la culpa era de su marido. Todo había sido por su culpa, pensó Lucy amargamente, derrumbándose en la cama anegada en lágrimas. Nada podía salvar a Charlotte sino la fe en Dios. Ella misma, en su debilidad, podría haber encontrado la fuerza en Dios. Tímidamente, muy tímidamente, Lucy se lo había dicho, pero como Geoffrey no creía en Dios, Charlotte no podía creer tampoco.

—Oh, Señor, ayúdala ahora... —rezó Lucy—. Acompáñala, dile que la amas. Escúchala, ayúdala, ha sufrido tanto...

Oyó que William subía las escaleras y, como estaba arrodillada, se levantó. No quería que William se preocupara por su angustia. Cogió el vaso de leche de sus manos y se lo bebió enseguida, sin sospechar que tenía dos aspirinas disueltas que William había cogido del botiquín. Esperaba que eso le permitiera dormir.

Efectivamente durmió y se despertó justo antes del amanecer. Las cortinas estaban apartadas por culpa del calor y las ventanas abiertas de par en par: solo se veía una leve claridad que iluminaba el cielo. La habitación era como un barco que se dirigía a puerto por la mañana. Lucy yacía inmóvil, arrastrada hacia un día que Charlotte no vería. Sabía que su hermana había muerto.

Salió de la cama y se acercó a la ventana. El mundo estaba oscuro, pero el cielo cada vez estaba más luminoso, incoloro como el agua, muy silencioso, hasta que una brisa llegó desde la lejanía, ruidosa, acariciando las hojas de los árboles y los arbustos al pasar. Asomada

a la ventana, Lucy sintió aquella brisa en la cara. Pasó y llegó hasta la avenida, y se hizo visible al rozar la doble hilera de árboles que había a uno y otro lado. Los pájaros trinaron con un canto sordo, tan carentes de color como aquella luz de la mañana, un repiqueteo como de lluvia en verano. Lucy se quedó en silencio y escuchó.

No había ninguna consideración que hacer sobre la muerte, y si la había, ella no era capaz de hacerla. Lo único que podía hacer era depositar su fe en lo que decía Jesús. Sabía lo que decía y lo que hacía; intrínseca, innegablemente sabía lo que hacía y decía. Durante años Lucy había mantenido esta firme convicción. Y debía saber lo que decía cuando hablaba de la muerte. La muerte no era el final.

A Charlotte no le había importado lo que le sucediera; casi se había destruido de forma deliberada, o al menos había tomado la salida fácil, pero si su hermana podía amar y comprender, ¿no lo iba a hacer Dios? Allí, junto a la ventana, Lucy sintió la tranquilidad y la seguridad de que ya no tendría que preocuparse por su hermana. Sabía que sentiría, una y otra vez, la pena, el temor, la perplejidad, todas las reacciones naturales de un ser vivo ante la muerte de un cuerpo amado, pero se dijo a sí misma que debía recordar también el consuelo de ese momento, que volvería a repetirse: debía recordar de nuevo a Jesús, que también nos había enseñado... a no estar tristes, «como hombres sin esperanza».[37]

El silbido brillante de un mirlo se elevó por encima del canturreo apagado de los otros pájaros. Comenzó a cantar alto y fuerte en el jardín de casa. Un torrente de oro empezó a derramarse sobre el turbio amanecer. Como un estallido de trompetas, el sol envió sus

espléndidos rayos, heraldos que lo anunciaban desde oriente, y amaneció. Lucy se dio media vuelta. El día había comenzado.

II

El teléfono sonó al lado de la cama de Vera. Pagaba una tarifa extra por tener aquel teléfono en el dormitorio. Había tenido uno al lado de la cama en Southfield y no había sido capaz de imaginarse una vida en la que la gente no la estuviera llamando incesantemente. Pero en esta casa ese teléfono solía estar la mayor parte del tiempo en silencio. Ahora ya casi nadie la llamaba.

Se despertó sobresaltada y cogió el auricular mientras miraba la hora. Apenas eran las siete y media de la mañana. ¿Sería Terry? ¿Querría hacer algo especial ese día? Pero no... era una conferencia, así que debía de ser Lucy: puede que quisiera pedirle que volviera a llevar a Sarah a Underwood. Ya le había dicho que no y estaba dispuesta a volver a decírselo.

—Oh, Lucy... —contestó, medio enfadada—. ¿Qué pasa? Estaba dormida.

Pero, al escuchar, su cara se demudó. Charlotte estaba enferma. Se estaba muriendo. Parecía como si Lucy pensara que ya estaba muerta. ¡Charlotte! Vera, con el teléfono en la oreja, miró desconcertada a su alrededor. Le dio la impresión de que Charlotte había entrado en el dormitorio como solía hacer antaño en la casa familiar, cuando dormían juntas. Las lágrimas anegaron sus ojos.

Mientras seguía escuchando, una expresión de duda e indecisión se reflejó en su rostro.

—¿Tenemos que ir? —preguntó. No quería ir, le daba miedo ir—. Lucy, ¿por qué tenemos que ir? ¿Qué podemos hacer? Seguro que quieren que tú vayas, pero ¿qué puedo hacer yo? Además, es muy complicado dejar a Sarah aquí... —dijo, buscando excusas desesperadamente—. Sí, sí... a veces me voy, claro, pero la señora Parsons se tiene que quedar a dormir y no le gusta. Y no siempre puede tampoco.

—No vayas si no quieres —dijo Lucy—. Sería muy triste para ti. Es mejor que recuerdes a Charlotte tal y como era...

Pero, de repente, conmovida por el deseo de Lucy de ahorrarle un disgusto, y cargar sobre sus hombros todo el peso de la situación, Vera exclamó:

—Iré, Lucy, iré. Espera un momento... está aquí la señora Parsons con el té. Señora Parsons... —dijo, ocultando su cara llena de lágrimas—, ¿puede quedarse usted un par de noches o tres con Sarah? Tengo que ir a casa de mi hermana. Está muy enferma.

—Bueno, creo que podría arreglármelas. Lo que sea por ayudar. Sí, creo que podré... —titubeó la señora Parsons.

—Gracias —dijo Vera—. Lucy, cogeré el tren de las doce en punto. Llegaré alrededor de las seis, creo, ¿no? Adiós, pues... Adiós.

III

Hacía muchísimo calor en el tren; nadie debería tener que viajar en agosto. Y era terriblemente caro, pensó Vera, a la que no se le ocurría viajar más que en primera clase. El impulso matutino de compartir la carga con Lucy ya había desaparecido. Ahora pensaba que la habían obligado a salir de Trenton e ir a Denborough contra su voluntad, a presenciar algo ante lo que sentía un terror imposible. Se alegró al pensar que Lucy ya llevaría allí varias horas. Eso le facilitaría mucho su llegada. Había tenido que salir sin ver a Terry, pensó con fastidio. No había podido ni dejarle un mensaje. Llamó a las oficinas de la mina, pero no estaba allí y no podía llamarlo a su casa. Aquello le preocupó sobremanera. Estaba inquieta, como si hubiera dejado parte de sí misma atrás. A lo largo del viaje, pensó más en su amante que en su hermana.

Cuando salió del taxi y levantó la mirada para ver la casa, supo que Charlotte había muerto. Alguien había bajado las persianas aquí y allá. Vera tenía un instinto fortísimo para protegerse del dolor. Entró en la casa y salió a recibirla Lucy, pálida y con los ojos enrojecidos. Fue Lucy quien fue a abrazar a Vera, no Vera a Lucy. Vera permaneció rígida en el abrazo de su hermana, y dijo:

—No voy a ver a Charlotte, lo sabes. Odio todas esas cosas morbosas que se espera que una haga cuando alguien muere. No quiero ver a Charlotte muerta. Quiero recordarla viva.

—Sí —dijo Lucy, secándose los ojos otra vez—. Piensa en ella como era.

Lucy estaba incluso más preocupada por proteger a Vera que Vera por protegerse a sí misma. Se alegró de que Vera no hubiera estado allí para escuchar lo que la enfermera, la última en marcharse, le había dicho a Lucy.

—No había remedio desde el principio —le había dicho la enfermera—. Estaba inconsciente cuando la trajeron a casa y nunca recuperó la consciencia.

—¿Que la trajeron a casa? —titubeó Lucy.

—Oh, sí, la trajeron a casa en una ambulancia de la policía, ya sabe. La recogieron en la calle y la llevaron a una comisaría. Ah... ¿le estoy diciendo algo que no sabía...? —preguntó la mujer, viendo la angustia de Lucy.

—No, no... dígame —contestó Lucy.

—Pobre mujer, no fue culpa suya —continuó la enfermera con un gesto de compasión—. El doctor fue implacable en el diagnóstico del caso: dijo que esta mujer debería haber tenido asistencia médica y tratamiento hace mucho tiempo. Su corazón estaba en un estado lamentable. Bueno, cualquiera podría haberlo visto mirando la hinchazón de sus piernas. Su presión arterial era peligrosamente elevada. ¿Qué andaba haciendo vagabundeando sola por las calles en ese estado? Debería haber estado en cama desde hace meses. Pero no se disguste, señora —añadió la mujer, poniendo la mano en el brazo de la pobre Lucy—. Usted no podría haberla salvado. Todo estaba perdido desde hacía mucho tiempo. En mi opinión, esta pobre mujer se sentía tan mal que se tomaba cualquier cosa que le pudiera ayudar a soportarlo. Esas drogas... ya sabe, era lo peor que podría haber tomado.

—¿Tomaba drogas también? —titubeó Lucy.

—¿Drogas? ¡Dios mío, claro! Tenía una jeringuilla hipodérmica. ¿No lo sabía? Tenía los brazos llenos de pinchazos. Me he esforzado en ocultarlos hoy.

—Oh, es horrible —exclamó Lucy, cubriéndose la cara con las manos—. Oh, Charlotte, Charlotte...

Se alejó de aquella mujer y se fue a llorar sola por su hermana. No quería que Vera supiera todo eso, ni que la pena la destrozara como a ella. Estaba absolutamente decidida a evitar que Vera asistiera al espectáculo de la muerte.

Así que Vera pudo mostrarse tranquila y sin llorar mientras Lucy estaba pálida y exhausta.

—¿Dónde nos vamos a quedar? Espero que aquí no —dijo Vera.

—Sí, nosotras sí. Ahora que se han ido las enfermeras, vamos a quedarnos aquí.

—Preferiría ir a un hotel, Lucy. ¿No te parece?

—No quiero dejar sola a Judith —respondió Lucy.

—Este no es lugar para Judith —dijo Vera con firmeza—. Es toda esa parafernalia de la muerte lo que resulta tan horrible, Lucy. Los niños no deberían tener nada que ver con eso.

—Judith ya no es una niña. Tiene diecisiete años. Pero estoy de acuerdo en que sería mejor para ella no estar aquí.

—Ojalá se pudiera ir con Sarah —sugirió Vera, entusiasmada con la idea—. Le preguntaré a Geoffrey si puede ir mañana. No me gusta nada dejar a Sarah con la señora Parsons. Judith le haría mucho bien a Sarah, y a Judith también le vendría bien marcharse.

Era muy rápida organizando las cosas; Lucy estaba demasiado cansada y triste para pensar.

—Ven arriba y deja tus cosas —le dijo, mostrándole el camino.

Vera subió a regañadientes, mirando de reojo la puerta cerrada de la mansarda. No se atrevía a decirle a su hermana ni a nadie el horror que sentía por tener que dormir esa noche en la casa.

—Jack viene mañana —dijo Lucy.

—¿Ah, sí? —preguntó Vera sin ninguna emoción. Sentía una extraña reticencia a encontrarse con su hermano, al que no había visto desde hacía muchísimo.

Vera lanzó una exclamación de asombro al ver a Judith salir de la habitación de los niños para saludarla.

—¡No te habría reconocido! ¡Estás altísima!

No dejaba de asombrarse de cómo crecían las chicas. Durante muchos años habían sido unas crías a quienes más o menos una podía ignorar; pero de repente se presentaban como iguales, como suplantadoras, como usurpadoras... De repente, una se daba cuenta de que, a medida que ellas florecían, una se marchitaba sin darse cuenta, hasta que ellas te lo hacían ver. Vera volvió a meter a Judith en el cuarto, como si no debieran hablar en el rellano para no molestar a Charlotte.

—Le acaban de dar una beca a Judith —dijo Lucy muy orgullosa —. Pero no digas nada. Tiene que pasar este año, y no podemos concretar nada todavía, ¿verdad, cariño?

—Eso es estupendo —dijo Vera, que casi ni sabía lo que era una beca—. Pero, escucha, Judith. Tengo una idea. Espero que lo aceptes. He dejado a Sarah en casa con una criada externa. Me gustaría que fueras y te quedaras con ella hasta que yo vuelva, y todo lo que tú quieras, por supuesto. Nos gustaría que te fueras mañana, ¿verdad, Lucy? Si puedo conseguir el permiso de tu padre, ¿irás?

Judith miró interrogativamente a Lucy. No sabía si quería ir o no. Quería quedarse con Lucy, pero también tenía el instinto juvenil de

huir de la casa donde habían ocurrido tantas cosas horribles en los últimos días.

—Yo iría, cariño... si tu padre te deja —contestó Lucy. Así que Judith le dio las gracias a Vera y su rostro se animó un poco, ahora que tenía otra cosa en la que pensar.

—¿Dónde está Geoffrey? —preguntó Vera.

—Está encerrado en el salón matinal con Margaret. Solo lo he visto un momento.

Lucy estuvo a punto de decir que a él le había molestado más la vergüenza de que hubieran llevado a Charlotte desde una comisaría de policía que la desgracia de su muerte. Pero se contuvo a tiempo.

Geoffrey estaba aterrorizado por la presencia de la muerte en su casa, y Lucy lo sabía. Por la noche, cuando las enfermeras lo llamaron, no se atrevió a entrar en la mansarda donde dormía Charlotte desde muchos años atrás. Sufrió un episodio de terribles escalofríos y Margaret tuvo que sujetarle el brandy para que dejara de castañetear los dientes, mientras Judith estaba en el rellano llorando y temblando.

—Bajaré y hablaré con él —dijo Vera.

Geoffrey, en bata, tenía su sillón de cara a la ventana abierta de par en par, y Margaret estaba apoyada en el reposabrazos. Frunció el ceño cuando se abrió la puerta, pero su rostro se iluminó cuando vio que era Vera.

—Ah, Vera... —dijo, dispuesto a ser amable con ella porque no era Lucy.

Se levantó y se acercó a ella con la mano tendida, y ambos sufrieron la conmoción de aquellos que no se han visto desde años atrás. La que fuera una joven adorable y el hombre alegre de antaño

se encontraron en ese momento como una mujer cuarentona «con el pelo teñido, Dios santo, y casi con papada», pensó Geoffrey, y un hombre de mediana edad tan arrugado y seco, pensó Vera, como un guante de ante viejo. Ambos habían menguado en su belleza física sin añadir nada a su estatura espiritual y, en cierto modo, estaban avergonzados de los cambios sufridos y, en consecuencia, más desconfiados el uno con el otro de lo que solían.

Mientras Geoffrey y Vera se saludaban, Margaret se quedó de pie, mirando fijamente a su tía. ¡Y pensar que una vez había pensado que era la persona más bella y más encantadora del mundo, la mujer que tenía las llaves del poder y del amor! Sin duda su tía aún era una mujer guapa, pero ya no era lo que había sido, una princesa inalcanzable. Con la desaparición de aquella princesa, de alguna manera también había desaparecido un mundo. Aunque con la edad de Margaret no suele pensarse eso. Es un descubrimiento de la mediana edad. La música que había estado sonando en los oídos de Margaret durante seis años ahora se había apagado por completo. No sabía por qué, no conocía la razón, pero se había desvanecido para siempre.

Besó a su tía sin cariño. «Hubo un momento en el que pudiste haber hecho mucho por mí», pensó. «Pero no lo hiciste».

—¡No te habría reconocido, Margaret! —dijo Vera, igual que le había dicho a Judith—. ¿Cuántos años tienes ya?

Margaret respondió que tenía veintidós. Vera pensó que parecía mucho más mayor. Tenía un aspecto muy cuidado, pero Vera consideraba que su expresión lo arruinaba todo. Apretaba los labios igual que Geoffrey y sus ojos oscuros parecían atormentados. Daba

la impresión de que tuviera todas las preocupaciones del mundo sobre sus hombros.

—Ven, siéntate aquí, Vera —dijo Geoffrey, acercando un sillón junto a la ventana. Él también se sentó y Margaret se apoyó en el reposabrazos otra vez—. Un asunto espantoso este, ¿verdad? —añadió, pasándose una mano huesuda por la cara—. He tenido un día horrible. Gente yendo y viniendo todo el rato. El médico con el certificado de defunción. ¿Cuántos años tenía Charlotte? Yo le dije que cuarenta y tres. ¿Cuarenta y dos? ¿Ah, sí? Y luego llegaron esas enfermeras con toda su charlatanería. Y luego el de la funeraria. Me hizo preguntas sobre el ataúd y el número de coches y todo eso. Y la tumba... —La voz de Geoffrey se elevó entre el horror y la indignación—. Me preguntó si quería que me metieran a mí allí... Me preguntó cuánto sitio necesitaba y para cuántas personas. ¿Has oído alguna vez algo tan espantoso? Y sin embargo, también es gracioso, ¿no? —Se empezó a reír con una mueca sombría y luego le entraron escalofríos—. Yo no quiero que me entierren. A mí quiero que me incineren. Recuerda eso, Margaret.

Margaret lo rodeó con su brazo.

—Yo no sé qué habría hecho —dijo Geoffrey, compadeciéndose de sí mismo— si no hubiera sido por mi ayudante, Patterson. Él se ha ocupado de todo. Y Margaret —le cogió la mano y levantó la mirada para dedicarle una sonrisa—. Ella se ha portado de una manera espléndida, como siempre. Nunca he tenido una gran vida familiar, con todos los respetos a los muertos, y todo eso, pero he tenido una perla preciosísima: mi hija. Que Dios te bendiga, cielo —añadió, dándole un apretón en la mano y soltándola.

La antigua antipatía de Vera hacia Geoffrey estaba empezando a renacer. Pensó que lo mejor habría sido hacer su petición y haberlo perdido de vista cuanto antes, o acabaría estropeándolo todo. Pero Geoffrey no le dio esa posibilidad en ningún momento. Se alegraba de su compañía: cuanta más gente hubiera, más vida habría en la casa y menos muerte parecería haber.

—Por supuesto, todo este asunto me ha ocasionado unos problemas terribles —dijo—. La llevaron a una comisaría de policía porque andaba borracha. La trajeron en una ambulancia de la policía. Salió en los periódicos, ya sabes. No sé qué clase de carta voy a escribirle a la empresa. Estoy seguro de que se habrán enterado. De hecho, tienen la costumbre de coger recortes de prensa de todos los empleados. Bonito panorama para mí, ¿no?

Vera no sabía ni de lo que estaba hablando. Tampoco quería saberlo. Lo dejaba hablar.

—No me puedo permitir quedarme en un sitio donde ha habido un escándalo. Tendré que solicitar un traslado a otro lugar y es una pena. He estado muy cómodo aquí y he establecido unas relaciones fabulosas. En fin, la empresa está contenta, lo sé. Una vez me pidieron que fuera en una comisión a Canadá. Puede que la oferta aún esté en pie. Si es así, puede que acepte.

Podría ser una buena idea irse a Canadá por otra razón. Stephen debía de tener veinte años ya. Puede que estuviera pensando en volver a casa. Lo mejor sería no quedarse ahí. No es que aquel joven idiota pudiera hacerle nada, pero no tenía intención de permitir que lo intentara.

—Geoffrey —dijo Vera, aprovechando la primera pausa en la conversación—. ¿No crees que sería una buena idea que Judith no

se quedara en casa ahora? Es demasiado joven para enfrentarse a todo esto.

Geoffrey la miró, y la amabilidad se fue disipando. Así que ese era el jueguecito, ¿no? Mostrarse amable y agradable solo para conseguir el permiso para que Lucy se llevara a Judith a Underwood.

—Me preguntaba si la dejarías ir a Trenton para hacerle compañía a Sarah durante un tiempo... al menos hasta que yo regrese. Le haría mucho bien a Judith y me ayudaría con el problema de estar pendiente de Sarah.

La cara de Geoffrey se iluminó de nuevo. De nuevo estaba dispuesto a hacer algo simplemente porque no era para Lucy, o no era lo que Lucy quería.

—Por supuesto —dijo—. Que se vaya mañana. En realidad, me vendría muy bien que se quitara de mi vista. Margaret y yo tenemos que hacer algunos cambios después de este engorro, y las criadas también. Creo que cerraré la casa, así que te puedes quedar a Judith hasta que te avise, si quieres. No es que tenga que apresurarse para volver al colegio. Tuve la precaución de sacarla de allí a mitad de curso. No sé qué hacer con ella. Pero no me voy a preocupar por eso ahora. Tengo muchas cosas de las que preocuparme ahora —concluyó con petulancia.

Entró Burton para preparar la mesita de la cena, ya que Geoffrey había dicho que él y Margaret cenarían en esa sala.

—No la pongas aquí, Burton —dijo—. Al final vamos a cenar en el comedor.

Se sentía mejor por haber hablado con Vera. En todo caso, era un cambio, y ella no lo miraba como si hubiera asesinado a Charlotte,

como hacía su hermana. Habría más personas en el comedor y eso era lo que quería, un montón de gente moviéndose por allí y distrayendo su atención.

Vera aprovechó su oportunidad.

—Te veré en la cena entonces —dijo, y se fue.

Subió a la habitación de los niños para decirle a Judith que podía ir y que se podía quedar, por supuesto, el tiempo que quisiera.

—Así que prepara tu maleta con todo lo que necesites —le dijo. La cara de Lucy se nubló—. Tú te la puedes llevar más adelante, Lucy, pero deja que se quede con Sarah un tiempo. Sarah necesita compañía.

—Pero a mí me encantaría tener a las dos —replicó Lucy.

—No creo que Geoffrey dejara a Judith ir contigo con el humor que tiene en este momento —dijo Vera, y Lucy suspiró. No, no la dejaría, y ella lo sabía.

Después de cenar, Lucy subió con Judith para ayudarla a hacer el equipaje. Se sentían cómodas estando juntas. Hicieron la maleta y hablaron y entonces, Judith, arrodillada junto a su tía en el suelo, delante de la maleta, apretó su cara contra el hombro de Lucy durante un instante. Lucy casi llora otra vez. Adoraba a esa niña, pero no le permitían llevársela a casa, crear un lugar seguro para ella y prepararla para la vida. Judith seguía siendo víctima de innumerables vaivenes: la verdad es que nadie la quería en casa y no se le permitía quedarse permanentemente en un sitio.

Lucy estaba intranquila también. No quería que Judith fuera a Trenton y descubriera la aventura de Vera con Terry Crawford. Quizás no había ido muy lejos; puede que hubiera terminado ya. No lo sabía, pero tenía que averiguarlo. Los jóvenes son idealistas

acérrimos, pero su idealismo es tan tierno y sensible que se convierte en cinismo a la primera desilusión. Lucy admitía que ya tendría tiempo para conocer el mundo de los hombres y las mujeres, pero temía que ese conocimiento llegara a Judith a través de la vida de Vera. Judith ya había visto muchas cosas feas. Había que protegerla un poco más, al menos de momento. Aunque nerviosa, Lucy decidió que de alguna manera debía decirle algo a Vera.

Creyó escuchar el roce de la tela de un vestido y se preguntó si sería Vera la que subía las escaleras. Pero Vera no apareció y siguieron preparando la maleta.

—Quédate conmigo hasta que me meta en la cama —le rogó Judith, y Lucy se quedó, aplazando el inevitable momento en el que debería abandonarla a la noche. Solía sentir esa misma reticencia cuando Judith era una niña, lo recordaba bien, y esa noche estaba menos deseosa que nunca de dejarla sola con esos pensamientos que tienen los jóvenes tras la primera experiencia frente a la muerte. Pero al final le dio un beso de buenas noches y se fue.

Al cruzar el rellano vio que la puerta de la mansarda estaba entreabierta y, con la emoción de la conciencia de que Charlotte estaba realmente muerta, fue a ver a su hermana una vez más mientras pudiera, y allí estaba Vera, arrodillada junto a la cama, con la mano de su hermana muerta entre las suyas. Lucy se acercó a ella, pero no pudo hablar. Se arrodillaron una al lado de la otra, llorando.

—Salgamos, cariño —dijo Lucy al final. No sabía cuánto tiempo habría estado Vera allí. Pensó que debía de haber estado allí desde que escuchó el susurro de un vestido de alguien subiendo las

escaleras—. Vamos, Vera. Ya no sirve de nada llorar por Charlotte. Ya se acabó su sufrimiento. Que Dios se apiade de ella.

Sacó a Vera de la habitación y la llevó a la suya, pero Vera se dejó caer al lado de la cama con las manos aún cubriéndose la cara. Estaba llorando no solo por la conmoción de ver la transformación que la enfermedad y la muerte habían producido en Charlotte, sino por el sentimiento de culpabilidad que los muertos causan en los vivos, la conciencia de las cosas que quedaron por hacer o las oportunidades desperdiciadas. Lucy se sentó en la cama, a su lado, y Vera se arrodilló allí. Cuando terminó de llorar, procuró apartar la cara. Hablaba de vez en cuando, culpándose.

—Nunca hice nada por ella. Tú me lo dijiste y yo sabía que debía hacerlo, pero nunca hice nada.

—Ni yo —le dijo Lucy—. Yo no sabía qué hacer. No me dejó hacer nada.

Pero Vera no estaba dispuesta a ahorrarse sus propias culpas ni las de Lucy.

—Yo la conocía mejor que tú. Yo sabía mejor cómo llegar a ella y nunca lo intenté. Nunca hago nada por nadie... —añadió—. Geoffrey ha acabado con Charlotte igual que si la hubiera matado con un cuchillo: lo odio. Pero no mucho más que a mí misma. Mira lo que le hice a Brian. Podría haberlo hecho feliz y lo hice desgraciado. Pero no lo amaba, así que ni siquiera me importó. Bueno, tal vez sea feliz con la señorita Evans. Le vino bien alejarse de mí. Pero he perdido a Meriel. Y no hago nada por Sarah. Pero lo haré —dijo, volviendo los ojos hinchados hacia Lucy—. Cambiaré antes de que sea demasiado tarde.

Lucy estaba tan pálida como ella, pero a Vera le pareció que algo brillaba en su interior.

—¿Cómo puedes estar tan serena? —le preguntó a su hermana, apoyando la cabeza en las rodillas de Lucy.

—Ojalá pudiera estar serena y reconfortar a los demás. No estoy desconsolada, pero parece que no puedo consolar a los demás. La muerte es para mí tan misteriosa como para ti o para cualquiera. Me aterra, igual que te aterra a ti. No he llegado a ese momento en el que no me aterrorice morir, pero espero haberlo alcanzado para cuando llegue el momento. Espero poder encomendarme a Dios y partir con esperanza. Jesús me esperará al otro lado de la muerte.

—Oh, Lucy... ¿De verdad lo crees?

—Sí —contestó Lucy—. La gente que estaba con él lo creía. Tú has leído los Evangelios. Ellos creían que era cierto. Cambiaron a las personas porque lo creían. Parecían unos pobres discípulos asustados al principio, pero después pudieron afrontar la persecución y la muerte en vez de flaquear. Por supuesto que lo creo.

—¿Y por qué otras personas no? Siempre parece que nadie inteligente se cree eso.

—Oh, cariño, ¿cómo puedes decir semejante cosa? Aunque la verdad es que yo también solía pensar eso... —confesó Lucy ingenuamente—. Sí, recuerdo que también pensaba eso en mi juventud. ¡Como si toda la inteligencia humana acumulada no hubiera hecho sino hacer unos rasguños en la superficie del verdadero conocimiento! Todos los días se revela un poco más. ¡Piensa en todo lo que aún nos queda por saber! Oh, todo va

demasiado lento y a veces tengo un deseo febril de saber, de descubrir... sobre todo acerca de Dios. Me interesa mucho.

—Sí, eres así, ¿verdad? —dijo Vera casi asombrada—. Pero yo no he sido tan feliz en mi vida —reveló de repente— como para querer que no termine. Quiero decir que no creo que quiera creer en la eternidad.

—Eso a la eternidad no le importa —dijo Lucy.

Vera pareció sorprendida. No le gustaba la idea de tener que pasar toda una eternidad quisiera o no.

—Entonces, ¿tú crees que importa lo que hagamos mientras estamos aquí? —le preguntó.

—Sí —contestó Lucy—. Nos importa a nosotros, por supuesto, pero sobre todo le importa a otra gente. El fracaso moral o el fracaso espiritual, o como quieras llamarlo, es un círculo vicioso. Mira la pobre Charlotte. Amaba a Geoffrey y se equivocó. Es como cuando amamos a una persona y no cumple nuestras expectativas, nos vengamos incumpliendo las nuestras aún más. Los niños son así también. Los adultos tienen una tremenda responsabilidad. Cuando no están a la altura que los niños esperan de ellos, los niños se rinden, se desilusionan y fracasan como adultos. Y así es como cada generación sigue perpetuando sus fracasos en la siguiente.

Sombría y triste, Vera se sentó en el suelo con la cabeza apoyada en las rodillas de Lucy. Esa noche la muerte había iluminado la vida y bajo esa luz implacable, Vera vio lo pobre que había sido su existencia. Desde que tenía memoria, se había comportado como una perfecta egoísta, se dijo, pero estaba decidida a ser una mujer diferente. Y el obstáculo era Terry. Su relación no podía hacerles mucho daño, aunque tampoco mucho bien, pero desde luego era

dolorosa para Sarah. No estaba bien pensar que tenía derecho a vivir su propia vida, porque no lo tenía. Como tampoco lo tiene nadie. Lo supo en ese preciso momento de dolor. Tenía que renunciar a Terry y afrontar la realidad como nunca la había afrontado antes, y sabía que a él no le importaría en realidad. La egoísta en esto, como en todo lo demás, había sido ella —eso se dijo —; ella era quien quiso retenerlo. Bueno, ahora suyo sería el dolor de renunciar a él y debía afrontarlo.

Lucy, callada, con la mano en la de su hermana, supo lo que estaba ocurriendo en el corazón de Vera y esperó las consecuencias. Sabía, porque siempre lo había sabido, que Vera nunca podría ser feliz hasta que no aceptara vivir conforme a sus verdaderas creencias. No podía seguir reprimiendo lo mejor que tenía dentro, porque así seguiría siendo infeliz siempre. El rechazo que Vera sentía por la vida y por otras personas era en gran medida un rechazo hacia sí misma, y hasta que no se permitiera aspirar, como secretamente deseaba, a la bondad y a la verdad, jamás se libraría de esa amargura. Levantando la mirada, Vera sonrió a su hermana como si hubiera tomado una decisión definitiva. Acalambrada y agotada, se levantó del suelo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

I

Judith, en el tren, seguía intentando no sentirse aliviada por haber tenido que salir de casa. No debería sentir alivio y descanso. Debería estar abrumada por el dolor, como sus tías. Pero su madre había sido para ellas algo que Judith no conocía o no podía recordar. Lucy decía que su madre no había sido ella misma durante años, pero aunque Judith intentaba imaginarla, solo podía ver a esa persona extraña y distante a la que nunca podía acceder, ni de la que podía obtener ninguna respuesta. Se sentía amargada por la tristeza de que su madre hubiera sido siempre así, pero no podía evitar sentirse aliviada de que todo hubiera terminado. Lo habían sabido en el colegio. Lo lamentaban, ella lo sabía. Nadie estaba celosa de ella porque la directora le hubiera prestado más atención. Lo dejaban pasar porque su madre bebía, murmuraban en voz baja, y su padre no le hacía mucho caso o algo así. Todos habían sido muy amables, pero Judith habría preferido que no hubiera sido necesaria tanta amabilidad. Excepto de la señorita Porteous; a ella le estaba agradecida sin reservas. «Mi querida Porty», pensaba con cariño. «Me pregunto si alguna vez podré volver». Esperaba que así fuera, y pensaba en el aula de sexto con flores en los anchos alféizares de las

ventanas, esa agradable atmósfera —esa atmósfera que le sentaba tan bien— de libros y amistosa competencia. A Judith le gustaba ganar. Le gustaba estar en lo alto y quedarse allí, defendiéndose contra los que querían arrebatarle el sitio. Lo había pasado muy bien en la escuela, pensaba, y había sido muy emocionante, y esperaba poder volver cuando regresara de casa de la tía Vera, aunque eso significara volver a vivir en casa. No se atrevió a preguntarle a su padre qué iba a pasar con ella. Siempre era mejor no preguntar. Aquella mañana la había sorprendido diciéndole que le iba a ceder la asignación de su madre. Margaret no la necesitaba, dijo, así que podía quedársela ella. «Así que no le hagas gasto a tu tía», le había dicho. «Y no seas una molestia», añadió, como si ella no hubiera sido otra cosa más que una molestia desde que nació. Aunque agradecía (y se sorprendía) que se le proporcionara aquel dinero, Judith tenía la sensación de que su padre se estaba desentendiendo de ella por completo. No es que le importara, se dijo, pero le habría gustado saber qué significaba eso exactamente. Tal vez la tía Vera pudiera arrojar alguna luz sobre aquello más adelante.

Qué aspecto tan terrible había tenido la tía Vera aquella mañana, pensó. Como si hubiera estado llorando toda la noche. Judith estaba asombrada, aunque no lo dejó traslucir. No sabía que su tía quisiera tanto a su madre. Llevaban años sin verse. Pero había algo extraño e intenso en eso de ser hermanas, pensó Judith. Por ejemplo, Margaret y ella, y cómo se habían portado esa mañana. Habían vivido juntas en esa misma casa toda su vida. Se habían ido distanciando año tras año, de modo que eran completamente distintas. Margaret era tan desagradable que Judith, enfrascada en sus libros, casi había evitado dirigirle la palabra en los últimos

tiempos. Pero cuando llegó el momento de despedirse, ambas sintieron un cariño casi doloroso la una por la otra. Margaret había insistido en regalarle a Judith el vestido azul marino que llevaba en ese momento. Era uno de los mejores que tenía. El sombrerito azul marino, las medias de seda también, y el neceser de piel que Judith llevaba sujeto con tanto cuidado en las rodillas había sido también de Margaret. Judith estaba abrumada. Se habían abrazado en el último momento, como si fuera a marcharse para siempre, pensó Judith. Ella no sabía que lo más probable es que así fuera, pero Margaret sí.

Sentada en el tren, Judith lanzó una mirada disimulada a su vestido y a las medias de seda. Nunca se había sentido tan elegante y tan mayor en su vida, y no pudo reprimir una satisfacción íntima, aunque enseguida pensó que no debería pensar en esas cosas precisamente un día como aquel.

Puede que se sintiera mayor, pero parecía muy joven y atractiva con sus grandes ojos abiertos a un mundo del que, a pesar de su experiencia, no esperaba sino cosas buenas. En cualquier caso, durante aquel viaje, sus expectativas habían estado justificadas, porque los desconocidos le sonreían, la gente le hacía sitio para que se sentara a su lado, los hombres retiraban las cosas del perchero, cogían sus sombreros y se alejaban, no fuera a ser que, si se quedaban, la gente pudiera sospechar que se estaban insinuando a aquella joven e inocente criatura. Sin embargo, cuando avanzaba por el andén, los caballeros la miraban por encima del periódico. En el viaje a Trenton había que hacer tres trasbordos con largas esperas, así que tuvo ocasión de llamar la atención de muchos de sus compañeros de viaje. No le dio ninguna importancia a eso; solo

pensaba que la gente era amable, como parecía ser en casi todas partes, salvo en casa.

Ya debían estar cerca de Trenton, pensó. Confió en que su maleta estuviera en el vagón del equipaje. Había hecho bien los tres trasbordos y había visto que estaba en el vagón del tercero perfectamente. Tenía que buscar a Sarah en el andén. Sabía que Vera le había dicho a Sarah que fuera a recibirla cuando telefoneó a Trenton esa mañana. Hacía tres años que no veía a su prima y se preguntaba si habría cambiado mucho. «La gente cambia mucho entre los doce y los quince», pensó con madurez, sin darse cuenta de lo mucho que había cambiado ella.

El tren recorría la gran llanura de marjales que rodeaban la ciudad de Trenton. Y por allí iba el río, pensó Judith, mirando por la ventanilla. No había estado en Trenton desde que tenía doce años y ahora tenía diecisiete: habían ocurrido muchas cosas en todos esos años. El tío Brian y Meriel se habían ido a América y no habían vuelto. Stephen se había escapado de casa. Su madre había muerto. La tía Vera había dejado su gran mansión y ya no era tan elegante como antes. Judith no sabía por qué, pero el hechizo se había roto de alguna manera. Solo la tía Lucy seguía siendo la misma. «Ay, mi querida, mi querida tía Lucy. Espero poder volver pronto a Underwood», pensó Judith.

El tren ya estaba entrando en la estación. Judith se puso en pie, y un joven se mostró dispuesto enseguida a abrirle la puerta. Ella le dio las gracias con una sonrisa y sin percatarse de su rubor agradecido. Salió del tren y llamó la atención de un mozo. Primero la maleta y luego su prima. Identificó a la primera con alivio y luego buscó a la segunda. Al final del andén, una figura desolada con una

vieja chaqueta escolar, con un sombrero de paja colgado en la nuca, estaba viendo pasar a la gente. Judith vio enseguida, y en la distancia, que Sarah había cambiado muchísimo. Ya no era la chica arrogante y segura de sí misma que se ponía a bailar en cualquier momento. Era una chica sucia, espigada y de aspecto infeliz, encorvada mientras esperaba, con el pelo partido en dos coletas en la nuca que colgaban sobre cada hombro. Judith sintió una inmediata simpatía por aquel peinado: porque ella solía hacer lo mismo.

—Hola, Sarah —dijo, acercándose por detrás y cogiendo del brazo a su prima.

Sarah se volvió con cara asustada y la miró durante un instante, observándola con cuidado.

—Bueno, pero si eres mayor —replicó indignada.

—No he podido evitarlo —dijo Judith entre risas—. ¿Quieres decir que no soy bienvenida? Siempre he sido dos años mayor que tú, ya lo sabes. Eso no lo podemos cambiar.

II

Sarah descubrió que, después de todo, Judith no era tan mayor, y si lo era, eso no la había cambiado mucho. La vieja sensación de compañerismo de antaño se reavivó de inmediato. Sarah se había encerrado en sí misma, dentro de una obstinada desdicha, convencida de que ella no le importaba a nadie, y de que a ella no le importaba nadie. Pero había alguien; estaba Judith. No sabía cómo

se le podía haber olvidado que ahí estaba Judith. Ahora era como si hubiera recuperado algo valiosísimo, algo que lo cambiaba todo. La vida comenzó a fluir por las venas de Sarah.

Hasta ese momento, la casa había dominado sus vidas: oscura, melancólica, callada, con su madre encerrada en el salón con él, y la señora Parsons rondando por allí con sus plumeros. Pero ahora la casa parecía insignificante: no era más que un sitio por el que pasar, un escenario para dos jóvenes que subían y bajaban corriendo las escaleras y cruzaban volando por las habitaciones. Sarah se trasladó a una segunda cama que había en la habitación de Judith y se acabó la soledad. Al segundo día de la estancia de Judith en casa, Sarah parecía ya una persona diferente, con el pelo lavado y anudado con una cinta de Judith, como madame Vigée-Lebrun en su autorretrato.[38]

—¡Imagínate, tan guapa y pintar tan bien! ¿No es maravilloso? —exclamó Judith.

Las risas se escuchaban en las escaleras y en el jardín, y la gente, sorprendida, miraba entre los setos, preguntándose qué estaba pasando en la casa misteriosa y dónde estaba el coche que solía estar aparcado fuera.

Vera llamó desde Underwood para preguntar si estaban bien y Sarah le aseguró, entusiasmada, que estaban bien.

—¿Se las arregla bien Judith? —preguntó Vera.

—Es sencillamente fabulosa organizándolo todo. Sabe cocinar también. Y mucho mejor que tú, mamá —contestó Sarah con una ingenuidad brutal.

En ese caso, le dijo Vera, se quedaría un par de días más en Underwood. Vera estaba todavía conmocionada. No podía olvidar el

aspecto que tenía su hermana muerta. El impacto de una muerte tan terrible había sido demasiado para su alma escasamente preparada. Pensó que debía quedarse con Lucy; no estaba preparada para alejarse de ese consuelo todavía. Así que dijo que si las chicas estaban bien, se quedaría un poco más, y Sarah estuvo de acuerdo con una alegría no muy halagadora para su madre, colgó el teléfono y corrió a decirle a Judith que tendrían toda la casa para ellas otros cuantos días.

Era una aventura para las dos tener una casa para ellas solas; para Sarah, porque no tendría que soportar las visitas de Terry Crawford; y para Judith, porque no tendría que estar siempre pendiente de lo que hiciera su padre. Sarah le había dicho a la señora Parsons que se fuera a su casa a la hora de siempre.

—Ya no es necesario que se quede a dormir aquí, ahora que ha venido mi prima —le dijo.

Y la señora Parsons contestó que le venía muy bien.

—No hay cama como la mía —dijo, y Judith, mirando a aquella mujercilla mugrienta, dijo después que seguro que sí, y las dos se echaron a reír tímidamente.

Ocuparse de la casa era un juego. Todo era divertido; salir con la cesta a comprar lo que querían, cocinar todo tipo de cosas, algunas veces con éxito, otras no, irse a la cama a la hora que querían, hablar hasta muy tarde por la noche, dormir juntas, el suave y rubio cabello de Judith en una almohada, el pelo oscuro y rizado de Sarah en la otra.

Sarah le estuvo contando a Judith lo que le ocurría en el colegio, que lo odiaba. Y le contó que ya no tenía ningún interés en las clases

de danza porque madame Fouquet era demasiado vieja para dar clase y Élise, su hija, no bailaba una castaña, dijo Sarah con desdén.

—Necesitaría ir a otro sitio —continuó—, pero aquí no hay nada, así que supongo que tendré que dejarlo.

Le contó muchas cosas a Judith, pero nunca le habló de su madre ni de Terry Crawford. Parecía muy ingenua, pero nunca desveló los secretos más vergonzosos y el miedo que tenía. Con Judith allí, el miedo casi estaba enterrado. Casi lo había olvidado, pero no dejaba de sentirlo. Algunas veces, cuando se despertaba por la noche y escuchaba la sosegada respiración de Judith en la cama de al lado, deseaba que su madre no volviera nunca a casa, porque así él no volvería tampoco. Deseaba que la dejaran seguir estando con Judith, así, como estaban en ese momento.

Hacía calor aquellos días. En Burnham Road las hojas se depositaban rizadas, marrones y quebradizas bajo los árboles.

—Son como barquillos crujientes —dijo Judith, cogiendo una y desmenuzándola entre los dedos—. Vamos a ver cómo está la mansión Southfield —sugirió un día al salir de casa por la tarde. Tenían que salir a comprar el pan, pero la idea de ir a ver Southfield se le ocurrió de repente.

—Sí, vamos —dijo Sarah—. No he vuelto por allí desde que nos fuimos.

Así que fueron caminando por las aceras destartaladas, con sus sombreros y sus vestidos estivales, con la cesta para el pan —cuando lo compraran— y las llaves para entrar en casa, porque la señora Parsons ya se habría ido cuando regresaran.

—Uf, hace calor, ¿no? —preguntó Sarah.

Miraron al cielo, que se veía plomizo entre las hojas de los árboles.

—Creo que habrá tormenta luego —dijo Judith.

Llegaron a Lawn Cottage y miraron por las verjas. Judith recordó a la vieja señora con el pelo blanco cardado, cuando bajó por el camino aquel domingo por la mañana, aquel día que Sarah se metió en un buen lío. Siguieron caminando y se toparon con las grandes paredes, como murallas, del barrio elegante. Allí estaba la casa de los Watson, en lo alto de sus jardines en terrazas.

—¿Qué sería de aquel chico...? ¿No se llamaba John?

—Se fueron a vivir a Overton Park y no lo volví a ver nunca —dijo Sarah—. Creo que debía de estar enamorado de Margaret, porque solía pararme en la calle y preguntarme si iba a volver a pasar un tiempo en nuestra casa. Pero nunca volvió, ¿verdad?

—No, nunca volvió —respondió Judith—. Yo también tengo la impresión de que Margaret estaba enamorada de él. No lo supe en su momento, pero ahora que lo recuerdo... creo que ahí había algo.

Siguieron caminando sin darse cuenta de la ocasión de felicidad perdida que aquel episodio había brindado.

Y allí estaba la pared, y la puerta del jardín, con «Southfield» pintado en ella con letras blancas. Judith puso la mano en la madera, caliente por el sol.

—¿No resulta extraño que entráramos y saliéramos tantas veces por aquí, y ya no podamos hacerlo más? ¿No resulta extraño cómo las cosas siguen existiendo después de nosotros? —preguntó.

Sarah apoyó el pulgar en el pestillo y abrió la puerta. Las chicas miraron hacia arriba, a la fachada de la casa que se asomaba entre los árboles y los arbustos del empinado jardín.

—Otra gente no tiene derecho a vivir aquí —dijo Sarah, con resentimiento.

—Ojalá pudiéramos vernos como éramos entonces. Tú y yo, y Meriel, bajábamos estos escalones con el tío Brian de camino a casa de tu abuela aquel domingo por la mañana. Y Margaret estaba en la ventana, con John Watson, diciéndonos adiós con la mano. La tía Vera tenía un aspecto maravilloso y el salón estaba lleno de pálidas flores amarillas, y había champán amarillo, también muy pálido, en las copas. Todo eso pasó... —dijo al final.

Se sintió de repente abrumada por todos los cambios que se habían producido en sus vidas desde aquella mañana, y supo, de repente, quién era la responsable de todos aquellos cambios. Como si hubiera sido la clave de un arco, cuando ella cayó todo se vino abajo porque no fue capaz de mantener la casa. Todo había dependido de Vera. Judith sintió como si hubiera decidido dar ese paseo y llegar a la casa para hacer ese descubrimiento. Fue uno de esos destellos que iluminan fragmentos del pasado. Las chicas cerraron la puerta y se fueron.

De regreso, hacía más calor que nunca. El cielo tenía un color violeta en Burnham Road. De repente, unas ráfagas de viento ardiente empezaron a levantar serpientes de polvo sobre la acera; se retorcían brevemente y desaparecían.

—Ya viene la tormenta —dijo Judith—. Y, ay, Sarah, ¡no hemos comprado el pan!

—Dame la cesta —propuso Sarah, que estaba muy servicial aquellos días—. Voy corriendo. Tienes puesto tu mejor sombrero. Ve a casa y pon el hervidor para el té.

—¡De acuerdo! —exclamó Judith, corriendo—. ¡Pero ponte a cubierto si te pilla la tormenta!

—¡Sí, lo haré! —gritó Sarah, corriendo ligera calle abajo por la acera.

Cuando llegó a casa, Judith escuchó el primer bramido grave de los truenos. Estaba muy oscuro. A Judith le gustaba; resultaba muy dramático. Dejó la puerta abierta para que Sarah pudiera escapar de la lluvia, que ahora caía en grandes goterones dispersos. Fue directamente a la cocina y puso la tetera en el fuego. Cuando subió arriba para quitarse el sombrero, un relámpago iluminó las escaleras y el trueno hizo temblar la casa mientras la lluvia caía con fuerza, como un torrente desde los cielos turbulentos. Judith fue corriendo habitación por habitación para cerrar las ventanas. Las cortinas flotaban hacia el interior y la envolvían, las gotas de agua le salpicaban la cara y los brazos cuando buscaba las hojas de las ventanas. Estaba muy ocupada en la tarea de cerrar las ventanas. Desde el dormitorio de Vera, bajó corriendo las escaleras hasta el salón. Entró corriendo y se detuvo en seco.

—Está bien. Ya he cerrado estas... —dijo la voz de un hombre. Lo único que podía ver de la persona que había hablado era su silueta recortada en la espeluznante luz de las ventanas. Estaba muy asustada.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó, y volviéndose rápidamente encendió las luces. Entonces sonrió—. Ah, yo le conozco... —dijo—. Pero me ha dado un buen susto.

¿Quién podría ser aquella joven?, pensó Terry Crawford... Tan joven, rubia e inesperada por completo...

—Puede que tú me conozcas —dijo—. Pero yo no te conozco a ti. Por desgracia.

—Soy Judith —se presentó, y el rubor recorrió sus mejillas de una manera que odiaba—. Judith Leigh. Pero quizás no se acuerde...

—¡Eres Judith! —exclamó, acercándose a ella para darle la mano —. La pequeña Judith... adulta, o casi. Vaya, Judith... —No hacía más que pronunciar su nombre con asombro y fruición—. He pensado en ti muchas veces. Eras la niña más encantadora que jamás conocí. Y no has cambiado. Vaya, apaga las luces. Ya está clareando. ¿Dónde está Vera? ¿No está en casa todavía? Bueno, quiero decir... —titubeó, recordando lo que le había dicho la señora Parsons cuando fue por allí—. ¿No estaba tu madre enferma? ¿Cómo se encuentra?

—Murió —dijo Judith, levantando la mirada hacia él como una niña.

—Lo siento... —dijo Terry. Le cogió la mano y se quedó mirándola, maravillado ante aquella deslumbrante juventud—. Mira, sentémonos y hablemos... Entonces, ¿Vera no ha venido?

—No, vuelve mañana —explicó Judith, dejando que la llevara hasta el sofá, donde se sentaron uno al lado del otro.

—¿Cuánto te vas a quedar?

—Quizás quince días —contestó Judith.

—Ah, bueno —murmuró Terry—. Tal vez podamos jugar al tenis.

—Oh, tal vez... He traído mi raqueta. Me encantaría jugar.

—Perfecto. Te tomo la palabra. Tienes que venir a mi casa y jugaremos unos puntos. Mi mujer y su padre acaban de irse a Escocia, pero no te preocupes por eso, ¿de acuerdo? ¿Hay algo más que te gustaría hacer? ¿Te gustaría ir a nadar?

—Me encanta.

—Esto va a ser divertido —dijo Terry—. Iremos a la granja y nadaremos en el lago. Está un poco fría y tiene algas, pero es el mejor sitio para bañarse en este sitio perdido de la mano de Dios.

Judith se preguntó por qué hablaba como si odiara la ciudad.

El sol ya estaba brillando. La lluvia cesó de repente. El agua corría alegremente en riachuelos, los árboles goteaban, gotas de diamante centelleaban en los setos de aligustre, había un delicioso olor a tierra mojada. Sarah salió del refugio de la panadería y subió la calle dando saltos con tanta ligereza como le fue posible. Ahora iba a tomar el té con Judith. «Tuve que refugiarme por mi sombrero», iba canturreando. Habían estado hablando de un asunto muy interesante y quería continuar donde lo habían dejado.

Pero cuando dobló la esquina, vio el coche. Se quedó en la calle, mirándolo.

Se acercó despacio a la casa y dio un rodeó para entrar por la puerta de atrás, así no tendría que pasar por delante de las ventanas del salón. En la cocina el agua de la tetera había hervido y había salpicado todo el suelo. Apagó el gas, pero no secó el agua. «Que lo haga Judith, ha sido culpa suya», pensó enfurruñada, y se derrumbó en una silla a esperar. Esperar otra vez a que la misma persona se marchara.

El péndulo del reloj se balanceaba adelante y atrás, adelante y atrás. ¿De qué demonios estarían hablando? Judith se había olvidado de ella. Se había olvidado, y eso que lo estaban pasando tan bien. Pensaba que Judith se lo estaba pasando tan bien como ella, pero tal vez no fuera así si se había olvidado de que a Sarah la había pillado la tormenta y, desde luego, no sabía que había regresado ya.

De repente, entró Judith corriendo:

—¡La tetera, la tetera!

—Ya la he apagado yo —dijo Sarah simplemente, sin moverse de la silla.

Judith la miró sorprendida. ¿Qué le pasaba? Detrás de Judith, en los peldaños que daban a la cocina, apareció Terry Crawford.

—Hola, Sarah —saludó breve. Hacía mucho que se había dado por vencido y ya no intentaba reconciliarse con ella.

—¿Se me va a invitar a tomar el té? —preguntó, mirando a Judith.

—Oh, sí, quédese si quiere —respondió Judith educadamente—. Pero no tenemos nada rico para comer. Habíamos pensado merendar pan blanco, mantequilla y mermelada, ¿a que sí, Sarah? Pero supongo que a usted no le gustará eso —añadió, volviéndose hacia él nerviosa. Pensaba que Crawford quizás fuera demasiado mayor para el pan blanco; después de los treinta nadie comía ese pan nuevo, blanco y esponjoso.

—Me encanta ese pan —dijo—. Aunque aquí nunca lo tomo. En Sudáfrica solía tomarlo tostado en el horno.

—¿Ha estado usted en Sudáfrica? —preguntó Judith.

—¿Que si he estado en Sudáfrica? —contestó con una carcajada —. Nací allí. Soy sudafricano.

Últimamente le encantaba decirle a la gente que era sudafricano siempre que podía; antes casi nunca lo decía.

—Prepararé la bandeja. La tetera estará lista en unos minutos —dijo Judith.

—Deja que te ayude... —exigió, bajando los escalones de la cocina.

Sarah no se ofreció a ayudar. Ni siquiera los observaba: se quedó mirando por la ventana y solo se mordía las uñas.

—No te mojaste, ¿no, Sarah? —preguntó Judith—. Pudiste guarecerte, ¿no?

—Sí, no me mojé.

—¿Quiere que haga las rebanadas ya con la mantequilla...? —le preguntó Judith a Terry, un poco nerviosa. El pan era tan reciente y tan blando, y el cuchillo tan romo que se hundía al intentar cortarlo, y Judith resopló de alivio cuando Terry dijo que llevarían el pan entero y la mantequilla al salón.

—¡Qué divertido! —exclamó.

«Para ti, quizás», pensó Sarah con una mueca de desagrado. «Pero a mí me has arruinado el día».

—Permíteme que la lleve yo —y cogió la pesada bandeja plateada.

Judith subió tras él los escalones de la cocina y, con un rictus de amargura, Sarah la vio marcharse. Ella no iba a ir, ni pensarlo. Se quedó en la cocina vacía, sin té y sin merienda. Un instante después volvió a aparecer Judith, nerviosa por tener que servir el té.

—¡Sarah, vamos! —le susurró para que se diera prisa—. ¿Qué pasa? No estarás mala, ¿no?

—No, pero no voy a ir mientras él esté ahí —dijo Sarah.

—Pero ¿por qué? —preguntó Judith extrañada.

—No me cae bien.

—Pero ¿por qué no te cae bien? Antes sí...

—No me cae bien —repitió Sarah—. Y no voy a ir.

—Pero él sabe que he venido a buscarte —susurró Judith nerviosa—. Sería horrible volver sin ti.

—Está mucho más acostumbrado a mí que tú —continuó Sarah con seriedad—. Sabe que no voy a ir.

—Tengo que volver. No puedo dejarlo ahí solo más tiempo... —dijo Judith.

—Sí, ve —dijo Sarah, con una mirada extraña—. Ve. Vuelve.

Desconcertada, Judith se fue.

Para Judith era una experiencia totalmente nueva la responsabilidad de tomar el té con un hombre, y con un hombre que había permanecido en su memoria como un héroe romántico cuando la rescató de una situación paralizante, como Perseo a Andrómeda en la roca.[39] Ahora que volvía a verlo, no sufrió ninguna desilusión, lo cual era bastante sorprendente, considerando lo que suele ocurrir cuando no ves a una persona durante años. Era tan apuesto como lo recordaba, y también igual de amable. Resultaba curioso, también, que aunque ella se había hecho mayor, él parecía seguir siendo el mismo, de manera que estaban casi al mismo nivel. Era extraño y emocionante, y de repente todo le parecía muy intenso y turbador en el salón. Un resplandor dorado y difuso llenó la estancia, reflejado en los brocados amarillos de los sillones y las cortinas, como si el sol les lanzara sus rayos y ellos se los devolvieran. Las cortinas de organdí estaban bastante sucias, pero no importaba. Incluso aquel tenue color grisáceo quedaba bien: era como parte del ambiente que se crea antes de que empiece una obra de teatro. El piano estaba abierto y habría sido maravilloso si hubiera entrado la persona adecuada y hubiera tocado una música gloriosa en aquellas teclas. La intensa emoción de los jóvenes, que surge por ninguna razón aparente, latía en las venas de Judith, y sonrió a Terry. Mordió el pan blanco y suave con enorme placer y

pensó que ojalá Sarah no hubiera sido tan tonta, y que hubiera ido al salón y hubiera tomado el té también, en vez de quedarse enfurruñada en la cocina.

—¿Qué me dices de un partido de tenis mañana? —preguntó Terry.

—Lo siento. Mañana no puedo ir a jugar. No quiero dejar sola a Sarah.

Si no accedía a tomar el té, desde luego no iba a ir a jugar al tenis.

—¿Vas a estar encadenada a Sarah todo el tiempo que estés aquí? —preguntó Terry.

—Oh, no... —dijo Judith—. Cuando vuelva a casa la tía Vera, podré ir a jugar cuando quiera, espero.

Terry pareció molesto. Precisamente quería jugar con Judith al día siguiente porque Vera no estaba en la ciudad. No sabía cómo reaccionaría Vera.

Para Terry Crawford, las mujeres eran criaturas que se debían manipular, incluso engañar si era necesario. Tenía un código de actuación para con los hombres, y otro para con las mujeres. Rara vez mentía a los hombres, pero mentir a las mujeres no contaba. Ellas lo estaban deseando, eso pensaba. Las mujeres lo habían perseguido siempre y había tenido que ser muy astuto —eso creía él— para escapar a sus maquinaciones. Temía bastante los escándalos que las mujeres le pudieran organizar. Una mirada de presa acosada se reflejaba en sus ojos cuando una mujer le montaba una escena. Nunca intentaba defenderse, sino que aceptaba lo que le dijeran, porque le parecía el camino más rápido de acabar con aquello.

Pero con una chica joven la cosa era diferente, se dijo, observando detenidamente a Judith. No conocía todas las añagazas de una mujer adulta. Le pareció que la timidez y la inexperiencia de su juventud eran encantadoras y conmovedoras, y no quería que Vera montara un escándalo estúpido por salir con Judith. El día siguiente —Terry rara vez solía mirar más allá— habría sido una buena oportunidad para salir con ella sin que Vera los molestara. Así que ahora parecía desanimado. Odiaba que las cosas no salieran como él quería.

—¿A qué hora llega Vera mañana? —preguntó.

—A las cinco cincuenta y cinco —contestó Judith.

—Iré a buscarla en el coche —dijo Terry.

—Oh, muchísimas gracias... —respondió Judith, como si fuera un extraño ofreciéndose amablemente a una persona de su familia—. Es muy amable por su parte. En ese caso Sarah y yo no iremos.

Judith sabía que Sarah no iría si él iba a estar allí. Qué raro era todo, pensó. Y todo era cada vez más raro, porque él seguía allí y no se iba. La emoción y la novedad se fueron desvaneciendo y Judith empezó a estar inquieta y ausente, porque pensaba en Sarah, sin merienda, sin cena, en la cocina. Al final, Terry se levantó. No quería irse. No tenía nada particular que hacer y pensó con disgusto en su gran casa vacía y en el club, asfixiante en la noche estival. Habría preferido, desde luego, quedarse con aquella jovencita encantadora. Pero ella estaba preocupada por Sarah: ya no le iba a prestar atención, así que, molesto, se levantó. En la salida se volvió y le dedicó una sonrisa melancólica que ella no pudo interpretar en absoluto, y por fin se fue.

Judith corrió a la cocina.

—Oh, Sarah, tenías que haber venido —le dijo en tono de reproche—. No deberías habernos dejado a él y a mí solos tanto tiempo. No es que no sea increíblemente agradable. ¿Por qué no te gusta?

—No me gusta —contestó Sarah—. Y ni se te ocurra pensar que voy a entrar en el salón cuando él esté dentro, porque no voy a entrar.

Uno de esos momentos de mal humor, decidió Judith, y prefirió no seguir con el tema. Empezó a preparar la cena tan rápido como pudo para compensar a Sarah por haberse perdido el té, y Sarah, llegando a la conclusión de que haber estado tanto tiempo con él no era culpa de Judith, recuperó el buen ánimo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

I

Vera se estaba recuperando. De regreso a casa, aunque aún estaba agotada y deprimida, se sentía «mucho mejor», o eso pensaba ella. Cada día se alejaba un poco más de aquella experiencia aterradora, de las horas que había pasado al lado de su hermana muerta. La impresión era cada día más débil. No había desaparecido, pero Vera, recobrándose, estaba llegando a un acuerdo consigo misma. En el primer arrebato, había visto con toda claridad que debía renunciar a su amante. Pero ahora se preguntaba por qué no podía conservarlo como amigo. Sería innecesariamente desagradable para él y demasiado duro para ella no volver a verlo. Además, había llegado a la conclusión de que —de todos modos— no podía hacerlo. Era mucho mejor intentar lo posible, se dijo, que intentar lo imposible y fracasar. Había leído una vez en un libro de psicología que eso era malísimo porque te desanimaba a volver a intentarlo. Tal vez Terry la ayudaría, si se lo pedía. Con la cooperación de Terry, ¡qué felices podrían ser todos! Vera pensó incluso con cariñosa generosidad en Brenda. Le agradaba pensar que, al renunciar a Terry, lo devolvería a su matrimonio. Se hacía esas ilusiones al volver a casa. Ahora todo iba a ir bien. Todo iba a funcionar bien y la vida de todos iba a ser mucho mejor. La presencia de Judith en su casa, por ejemplo, lo

haría todo mucho más fácil. Aprovechando la presencia de Judith, podría hacer la transición del amor a la amistad, y con Judith allí, podría recuperar a Sarah casi sin notarlo.

El tren estaba entrando ya en Trenton y Vera levantó la mirada para comprobar que su neceser aún estaba en el portaequipajes. Solo había otro viajero en el vagón de primera clase, un joven, que captó la indirecta y se levantó para bajárselo. Pero sin la apasionadísima cordialidad de antaño, y Vera pudo notarlo. Ahora siempre se daba cuenta de esas cosas. «Oh, bueno», pensó, «todo aquello pasó y debo aceptarlo».

Se alegró mucho cuando vio la figura esbelta y siempre solitaria de Terry esperándola en el andén. Terry, por su parte, se sorprendió al verla caminar hacia él con las huellas del dolor y el insomnio en su rostro. «Por Dios, ¡cómo se le nota la edad que tiene!», pensó, y con ánimo tristón y enfurruñado le cogió el neceser. Casi se sintió avergonzado cuando lo cogió; no le gustaba llevar nada, sobre todo cosas de mujer, pero no supo cómo evitarlo, ya que había perdido a su hermana y era evidente que se encontraba muy afectada. Caminó a su lado hasta el coche con zancada larga y lenta, y deseó no haber ido a buscarla. Cuando se sentía avergonzado, se portaba de una manera vulgar y convencional, y cuando Vera, sentada a su lado en el coche de camino a casa, le dijo: «Oh, Terry, ha sido muy triste», él solo pudo contestar: «Mmm... una lástima».

—Terry, me alegra mucho que hayas venido a buscarme —dijo Vera, decidida a solucionarlo todo precipitadamente—. Hay algo que quiero decirte antes de que lleguemos a casa. He estado pensándolo mucho estos días. Tenía que hacerlo. La muerte de Charlotte me ha hecho pensar. Te quiero igual que siempre, y

siempre te querré, pero vamos a dejar esta relación clandestina, ¿de acuerdo? No quiero tener nada que esconder. Ahora debo pensar en Sarah, y también tengo a Judith a mi cargo. No soy libre para hacer lo que me plazca. Pensaba que sí lo era, pero no. Seamos siempre amigos: ven a casa siempre que quieras, porque no soportaría no verte. Pero nada más, Terry, cariño.

Estaba cansada y las lágrimas no tardaron en aparecer. Lo miró con los ojos húmedos, pero él siguió mirando a la carretera. Se sentía aliviado, pero no quería que ella lo viera. Quería decir lo adecuado, pero no sabía qué era. Casi estuvo a punto de decir la verdad. Casi dijo: «Eso me viene fenomenal». Pero se las arregló para no decirlo. Tras una pausa, murmuró:

—Como tú digas, Vera.

Pero le venía bien. Aquello tendría que acabar con el tiempo y le venía mejor que rompiera ella en vez de él. Se habría producido una lamentable escena si él le hubiera dicho lo que ella le acababa de decir a él. Los hombres se toman mucho mejor esas cosas que las mujeres. Él solo murmuró: «Como tú digas». Le pareció que había quedado muy bien.

También le vino muy bien que Vera decidiera romper en ese preciso momento, porque aunque no tenía ninguna sensación de estar haciendo algo malo —pocos hombres de ese tipo la tienen—, no le habría gustado que una jovencita —Judith, por ejemplo— supiera de aquella aventura. Se sentía un poco avergonzado por eso. Vera tenía razón cuando decía que en una casa donde había dos jovencitas no debería haber nada que ocultar. Así que, tras meditarlo un momento, apretó con fuerza la mano de Vera y, con agradecimiento y cariño, le dijo:

—Mil gracias, de corazón.

Llegaron a casa y cuando el coche paró, Vera le dijo:

—No entres, Terry, querido, ¿te importa?

Él la miró sorprendido. Esto era ir un poco demasiado lejos. ¿No podía entrar? No tenía ningún sitio al que ir. No tenía absolutamente nada que hacer. Además, quería concertar una cita para jugar al tenis con Judith.

—Quiero dedicar toda mi atención a las niñas —añadió Vera—. Tengo muchas cosas que explicarle a Judith. Y estoy muy cansada. No sería una buena compañía, así que no te pierdes nada entrando.

—Muy bien —dijo con gesto sombrío—. Supongo que podré venir mañana.

Vera sonrió. Era encantador por su parte sentirse decepcionado por no poder entrar.

—Sí, ven mañana. Estaré mejor después de haber dormido un poco, espero. Adiós, Terry, querido, y muchas gracias por ir a buscarme.

«Sí, y mira cómo me lo pagas», pensó, dolido, mientras se alejaba en el coche.

Fue Judith la que salió a dar la bienvenida a Vera. La palidez de su tía era como un reproche: le pareció que su tía Vera había cargado con el dolor que le correspondía a ella. La besó con remordimiento y subió la maleta arriba. Pero Vera tuvo que forzar un saludo de bienvenida de Sarah. Rozó la mejilla de su hija con la suya y le dijo:

—Dame un beso, cariño. Estoy cansada, y triste, y muy contenta de volver a casa contigo.

Obediente, Sarah le dio un beso en la mejilla a su madre, pero sin ningún entusiasmo. No tenía sentido empezar con todo aquello otra

vez; acabaría antes de empezar. Ella nunca empezaba nada. Sus esperanzas se habían visto frustradas con demasiada frecuencia.

Vera se sintió herida por aquella falta de cordialidad, pero se recordó que tardaría algún tiempo en recuperarla. Subió las escaleras con un sentimiento de asco. La vida iba a estar vacía, insípida, sin Terry. Aquella casa, a la que había ido solo para poder estar con él, ahora le parecía lo que en realidad era: repugnante, deprimente, desde luego no era el sitio en el que necesitaba estar, en absoluto. En cuanto tuviera la fuerza mental para salir de allí, lo haría.

—Judith —dijo en la cena—, me temo que vas a quedarte aquí más de los quince días que habíamos pensado. Espero que no te importe.

—No, por supuesto que no —respondió Judith educadamente—. Pero ¿por qué?

—Tu padre me ha pedido que te acoja hasta que decida qué va a hacer. Habla de ir a una misión en Canadá.

—¡Una misión! —exclamó Judith, que, en su ingenuidad, pensaba que solo había misiones religiosas... ¿y qué tenía que ver su padre con la predicación del Evangelio?

—Una misión comercial, una representación de su empresa, claro —explicó Vera—. En ese caso, venderá la casa y todo lo que hay en ella. Estaría fuera varios años.

—¿Tendría que ir con él? —preguntó Judith, con temor en su mirada.

—No me dio esa impresión —dijo Vera, intentando dulcificar el hecho de que Geoffrey realmente se proponía abandonar a Judith.

—No quiero ir. Seguro que se lleva a Margaret, pero espero que no me quiera llevar a mí. ¿Y qué puedo hacer si me deja aquí?

—Puedes quedarte con nosotras, ¿no, Sarah?

—Oh, Judith, ¡sí! —exclamó Sarah, volviendo a la vida—. ¡Oh, qué maravilla! —Se levantó y rodeó la mesa corriendo para abrazar a su prima, pero Judith levantó una mano para detenerla un momento.

—¿Y qué pasa con la tía Lucy? —preguntó—. ¿No puedo... no puedo ir a Underwood?

—Esa es la parte delicada... —continuó Vera—. Tu padre no está de acuerdo. Tu padre y Lucy nunca se han llevado bien. Yo no lo conozco tanto como ella, así que no ha llegado a odiarme de la misma manera que a ella. Me está utilizando a mí porque no hay nadie más, claro. No podemos mencionar que vas a ir a Underwood todavía, pero una vez que se quite de en medio, yo no pondré reparos a que vayas cuando quieras.

Judith entonces aceptó el abrazo de Sarah y la abrazó también a su vez. Pero aún tenía más preguntas.

—¿Y qué voy a hacer? Tendré que trabajar.

—He hablado con Lucy de eso. No tienes edad todavía para recibir tu beca, tienes que esperar otro año. He pensado que podrías ayudarme en la casa, pero Lucy quiere que vayas a clase aquí. Estoy segura de que encontraremos algo —dijo Vera, que se mostró un tanto imprecisa en este punto—. Sí, estoy segura de que he visto algunos anuncios... Pero ya lo pensaremos más adelante. Tu padre aún no ha decidido irse, pero me pareció que era mejor avisarte.

Judith permaneció en silencio, intentando asimilarlo. Era muy amable por parte de Vera, pero habría preferido estar en

Underwood. Le resultaba rarísimo no poder estar en su lugar natural. Underwood era realmente su hogar. Había ido allí desde que tenía seis años. Era espantoso que su padre llevara el rencor contra su tía hasta esos extremos. Nadie debería tener semejante poder y abusar de él como lo hacía su padre, pensó con rabia. «Me alegro de que se vaya, y espero no volver a verlo jamás», pensó. Se le encogió el corazón. No solo quería vivir con Lucy, sino que sabía que Lucy también lo quería. Vera, viendo su gesto apenado, dijo:

—Para nosotras será un placer tenerte aquí, pero intentaremos que tú también seas muy feliz, ¿verdad, Sarah?

—Claro —contestó Sarah con entusiasmo—. Oye, ¿quieres venir a buscarme todos los días al colegio? ¿Vas a venir al concierto del próximo trimestre?

La idea de tener a alguien de quien presumir en el colegio, una persona tan guapa y tan lista como su prima, permitía que Sarah estuviera radiante. Se sentó en el suelo con los huesudos codos apoyados con cariño en las rodillas de Judith, y levantó la mirada para ver a su prima, resplandeciente de felicidad.

—¿Querrás jugar al tenis conmigo alguna vez? —suplicó—. No soy muy buena, pero quizás podría mejorar contigo y podemos ir a las piscinas todas las semanas, incluso en invierno.

Judith le sonrió. Era conmovedor que Sarah estuviera tan contenta de que se quedara. Debía tragarse su decepción por lo de Underwood y hacer feliz a Sarah. Su prima lo había pasado mal; ahora todo sería diferente. Y era muy amable por parte de Vera ofrecerle su casa. En otro momento, la idea de vivir con ella le habría despertado muchas desconfianzas, pero había sido muy

amable y muy comprensiva en los últimos días. Judith pensó que tal vez la habría malinterpretado antes.

—Muchísimas gracias por acogerme —dijo tímidamente. Se levantó, y empezó a quitar la mesa. Debía ser útil, debía demostrar que era agradecida. Sarah se levantó con ella: haría cualquier cosa que hiciera también su prima.

Vera fue al salón. Tenía un aspecto melancólico, un tanto anticuado con los brocados amarillos sucios, con hollín en las grietas de la chimenea de mármol. Se sentó en un sofá colocado en la curva del piano de cola, pensando en Terry. ¿Qué iba a hacer él ahora? Probablemente nada, y, por tanto, sufriría las angustias del aburrimiento. Iba a ser duro, se dijo Vera. Sus pensamientos habían estado concentrados en él durante mucho tiempo, tenía que quitárselos de encima. No es que no fuera a estar otras muchas veces en esa sala, pero desde luego no iba a dejar a las chicas fuera. Iban a estar todos juntos. Era el momento de tomar otro rumbo. Tenía intención de perseverar en lo que había decidido y estaba convencida de que era el buen camino, y si lo hacía, tal vez conseguiría tener algo de la serena firmeza de Lucy. En todo caso, algo había que hacer, se dijo.

Las chicas entraron y se sentaron juntas en el sofá. Hablaron un rato entre ellas y con Vera, que estaba demasiado cansada para darles mucha conversación. Judith abrió el periódico, comentando que debía ponerse al día con el *Times*. La señorita Porteous le había dicho que tenía que leer el periódico todos los días y, si algún día no lo hacía, sentía que no había hecho algo bien. Así que se puso a leer mientras Sarah, colgada de su brazo, leía algunos artículos por su cuenta y hacía alguna pregunta de vez en cuando.

Vera las miró. Había sido una inspiración enviar a Judith a su casa. Todo iba a ir bien, pensó, y cerró los ojos. Poco a poco se fue quedando dormida. Las ventanas estaban abiertas y las cortinas se movían como si respiraran suavemente. De vez en cuando se escuchaban pasos en la calle. El atardecer estival se fue oscureciendo. Las niñas susurraban en el sofá.

II

Después de un sueño reparador, Vera se despertó a la mañana siguiente con el ruido de las risas y el agua corriente. ¿Quién habría pensado que meter a una joven en la casa supondría semejante diferencia? El agua dejó de correr, pero las risas continuaron hasta convertirse en chillidos. Vera saltó de la cama y fue a ver qué era semejante alboroto. En el baño, con la ventana totalmente abierta, con el sol de la mañana centelleando en el agua y sus cuerpos desnudos, las dos muchachas se animaban a darse un baño de agua fría.

—¡Tú eres la mayor! ¡Tú primera! —gritaba Sarah, con el pelo anudado en una coleta en lo alto de la cabeza.

—¡Yo no! ¡Tú eres la pequeña! ¡Tu deber es calentarla para mí!

Judith intentó meter en la bañera a Sarah, pero luego, de repente, la apartó y saltó dentro, se agitó con vigoroso entusiasmo y salió enseguida, jadeando y chillando.

—Te toca: ¡adentro! —exclamó—. ¡Vamos, cobarde!

Sarah metió un pie con cuidado y se quedó sin respiración.

—¡Es horroroso! —exclamó—. No me atrevo.

—Ya sabía que no te ibas a atrever —insistió entre burlas Judith, empapando todo el suelo.

—Ah, ¿que no me atrevo? —dijo Sarah, y se lanzó con tal violencia que una gran ola de agua fría se elevó por los costados de la bañera y empapó las zapatillas de Vera. Se mojó aún más cuando su hija salió del baño sacudiéndose como un perro.

—Bah, mírame —dijo Judith, dirigiéndose a la bañera—. Me voy a meter sin gritar y sin contener la respiración. —Con una calma sobrenatural, se metió en la bañera, se tumbó, se levantó otra vez y salió... mirando a Sarah y provocando su admiración.

—Eh, si tú puedes hacerlo, yo también —dijo Sarah, y lo hizo.

—¡Fabuloso! —dijo Judith—. ¿Cuesta un poco, verdad? Aquí tienes tu toalla. Ya estoy asada como una tostada. De hecho, tengo demasiado calor. Creo que me voy a volver a meter... No, creo que no lo haré.

—No, yo no lo haría —advirtió Vera—. Ya hay tanta agua en el suelo como en la bañera. Yo diría que estáis haciendo goteras y le está cayendo agua a la señora Parsons en la cocina.

—Si es así, será la única vez que habrá sentido el frescor del agua de una bañera —respondió Judith, y Sarah no pudo contener la risa. Con una absoluta falta de vergüenza, siguieron secándose sus escuálidos cuerpos, y Vera volvió a su dormitorio.

Indirectamente, Vera se sintió revitalizada por el radiante frescor de las niñas cuando bajaron a desayunar. Sintió que necesitaba hacer algo enérgico. Así que aprovechó la energía de las chicas para poner patas arriba el salón con una gran limpieza, la mejor que se

hubiera hecho jamás. Sarah protestó al principio, pero cuando Judith dijo que acabarían pronto y luego saldrían, se puso manos a la obra con gran determinación. Fue muy divertido sacarlo todo al pasillo.

—¿Qué hacemos con las cortinas? —preguntó Judith, sujetando la triple tela de organdí entre el índice y el pulgar.

—Hay que descolgarlas —dijo Vera, así que Judith se subió a lo alto de una escalera y descolgó las grises veladuras de las ventanas.

—¿No crees que el salón quedaría mejor sin ellas? —preguntó como sugerencia.

—Muchísimo mejor —afirmó Sarah con rotundidad.

—Bueno, no hay necesidad de volverlas a colgar, la verdad —dijo Vera. Ya no las necesitamos.

La caída de las cortinas de organdí fue el final de una época: fue un acto simbólico. Era impedir que las ventanas tuvieran sombras; era conseguir que, como en su vida, no hubiera nada que ocultar, y permitir que cualquiera mirara dentro.

En medio de aquella frenética actividad, sonó el teléfono. Las chicas se quedaron quietas, con los plumeros en la mano, y mirando el aparato con cara de interrogación. Vera descolgó:

—¿Sí, dígame? —y le dio la espalda a las chicas para que no vieran el rubor que había subido a su cara. Era Terry. ¿Pero qué quería? Quería jugar con Judith al tenis por la tarde. ¿Al tenis? ¿Con Judith? ¿Cómo se le había ocurrido eso?, se preguntó Vera. Parecía como si lo hubieran acordado antes. Pero... ¿cómo? Se dio cuenta de repente de que no estaba escuchando lo que estaba diciendo Terry y le pidió que lo repitiera. Hacía demasiado calor para jugar antes de las seis, dijo, pero pasaría a buscarla y luego la volvería a llevar a las

ocho, si le parecía bien. Vera sintió un irracional impulso de decir que Judith no podía ir, pero se obligó a callarse.

—Se lo preguntaré a Judith —dijo—. Está aquí, en el salón. Judith: Terry quiere que vayas a jugar con él al tenis a las seis. ¿Te apetece?

—¡No vayas! —le rogó Sarah con vehemencia. Judith la miró con cara de sorpresa.

—Pero, Sarah... yo quiero ir —respondió—. Me encanta el tenis.

—Estará lista a las seis, Terry. Muchas gracias. Es muy amable por tu parte ayudarnos a que lo pase bien —dijo Vera en un tono perfectamente convencional—. Sí, hoy estoy mucho mejor, gracias. Adiós.

Volvió a colgar el auricular y dejó escapar una sonrisa forzada. Su corazón latía de una forma muy rara.

Sarah se había ido del salón y enseguida Judith había dejado el plumero y había ido a buscarla. La encontró sentada en su cama.

—Muy bien, escúchame, señorita Sargent —dijo Judith, sentándose a su lado—. Si voy a vivir aquí mucho tiempo, una cosa debe quedar clara. Tengo que ser libre para hacer lo que quiera de vez en cuando. Yo no me quejaré cuando tú salgas con tus amigos.

—Yo no tengo amigos —replicó Sarah.

—Pero... Sarah, tal vez sea por eso —dijo Judith, cogiéndole la mano—. A las personas no les gusta estar atadas y no poder ver a otra gente.

Sarah dejó escapar una especie de risa, como si Judith no supiera de qué estaba hablando, y se levantó de la cama.

—Vamos —dijo, como si no tuviera ningún sentido continuar con la conversación—. Volvamos y acabemos con ese salón.

Pero el interés en la limpieza del salón, por alguna razón, se había desvanecido. Había sido divertido mover las cosas y sacarlas, pero fue tedioso volver a meterlas. Sarah las ponía en los sitios equivocados, pero Vera no la corregía. Madre e hija se movían de un lado a otro con movimientos muy parecidos, con el mismo aire de estar preocupadas por alguna angustia que intentaban ocultar o disimular. Su comportamiento fue cambiante durante todo el día, y eso desconcertó a Judith. Se sentía un poco harta también. Los malos humos de otras personas le afectaban y ya había tenido suficientes malos humos en su vida. Había confiado en que allí sería diferente, pero ese día daba la impresión de que no iba a ser así. No sentía nostalgia por volver a su casa, porque nunca había tenido un hogar por el que sentirla, pero sintió añoranza de Lucy. «Ojalá hubiera podido ir a Underwood en lugar de venir aquí», pensó con tristeza.

III

Hacia las seis, mientras Judith se estaba cambiando para ir a jugar al tenis, Vera estaba sentada en el salón junto a la ventana abierta. Lo peor de todo era que cuanto menos veía a Terry, más quería verlo. Ese deseo de verlo se había ido intensificando durante todo el día y ahora la invadía por completo. Iba a venir, cierto, pero no por ella. Sus oídos estaban atentos, como tantas otras veces, para no dejar pasar el ruido de su coche. Al final, pudo oírlo. Se fue acercando

bastante y aparcó junto a la cancela. Subió los escalones de la entrada. Ya estaba en el vestíbulo, preguntando no por ella, sino por Judith. Luego entró en el salón.

—Hola, Terry —dijo, sonriéndole.

—Ah, tienes mejor aspecto hoy —dijo, inclinándose para cogerle las dos manos: las apretó ligeramente y las soltó—. Me asustaste un poco cuando te vi ayer. De verdad... —insistió, levantando las cejas —. ¡Vaya, hay algo diferente en este salón...! Algo, pero no sé qué es...

—Las cortinas —dijo Vera—. Las he quitado.

—Ah, sí: está mucho mejor, ¿verdad? Me extraña que no lo pensaras antes. Oye, ¿te importa si te cojo un cigarrillo? —y se acercó a la caja que había junto al teléfono—. Se me han acabado.

—Llena tu pitillera, claro —sugirió Vera, observándolo. Ningún otro hombre le había parecido tan atractivo. Desde luego era el más agraciado de los varones que había conocido. Le sonreía y lo miraba, cuando de repente entró Judith en la sala. Ambos se volvieron para mirarse y de momento ninguno de los dos dijo nada. Judith, con pantalones cortos y camiseta, parecía la más joven de las diosas. Llevaba el pelo sujeto en la parte de arriba de la cabeza con una cinta azul, lo cual añadía un toque de inocente candor a su apariencia. Vera sintió una penetrante e inesperada punzada de envidia, admiración y lamento por la juventud perdida. Podría haber tenido ese mismo aspecto antaño, pero no lo tuvo, porque ninguna chica vestía con tan poca ropa en su época. Otra emoción, aún más fea, la invadió y tuvo que contener el impulso de decirle a Judith que subiera otra vez a su habitación y se pusiera otra ropa...

Judith entró en el salón mirando con curiosidad a uno y a otro. ¿No estaba bien? ¿Pasaba algo?, preguntaban sus ojos. Llevaba una chaqueta blanca en el brazo y se la puso mientras sujetaba la raqueta entre las rodillas.

Terry se adelantó:

—Permíteme... —le dijo, y Vera percibió el cambio en su voz. Él estaba tan impresionado por la encantadora juventud de Judith como ella misma. Por primera vez en su vida, Vera se sintió eclipsada.

—La traes a las ocho, ¿no, Terry? La cena estará lista —le dijo, tragándose su amargura.

—A las ocho en punto —respondió Terry con entusiasmo y energía, dispuesto a prometer cualquier cosa mientras consiguiera lo que quería—. Y tú, Vera, descansa hasta que volvamos. Tienes mejor aspecto, pero todavía pareces cansada. ¿Lista, Judith?

—Adiós, tía Vera —dijo Judith, sonriendo radiante mientras se iba. Estaba deseando jugar al tenis.

Desde la ventana, Vera los vio salir juntos por la cancela del edificio. Se metieron en el coche, las puertas se cerraron con estrépito y arrancaron: el ruido del motor se fue alejando por Burnham Road.

Una extraordinaria sensación de desolación invadió a Vera.

Permaneció inmóvil junto a la ventana abierta. Estuvo allí sentada durante lo que le pareció un siglo. Luego se volvió y miró el salón y escuchó con atención. La casa estaba en completo silencio. Nada se movía. Vera tuvo el repentino temor, punzante, de que se había quedado sola.

—¿Sarah? —exclamó. Y luego, más apremiante—: ¡Sarah!

No hubo una respuesta inmediata. Luego una voz reticente se escuchó en lo alto de la escalera:

—¿Sí?

—Ven y quédate conmigo, cariño. Ven y hazme compañía.

Vera le estaba implorando compañía en el mismo lugar en que Sarah se la había implorado a ella una vez.

Tras un silencio, Sarah hizo algo en su dormitorio y luego bajó lentamente, con los dedos marcando el punto de lectura en un libro.

—¿Qué estabas haciendo, cariño? —preguntó Vera, con una alegría ficticia.

—Leyendo —dijo Sarah, dejándose caer en un sillón.

Vera cogió el periódico, pero lo que estaba pasando en el mundo aumentó su angustia y lo volvió a dejar. Madre e hija allí sentadas, con el pensamiento ausente pero en el mismo lugar. Ambas estaban pensando en los dos que estaban jugando al tenis en Holly Lodge.

—¿Te gustaría que tocara para ti? —preguntó Vera, levantándose.

—Si quieres... —farfulló Sarah, pero cuando Vera empezó a tocar, se puso los dedos en los oídos para no escuchar la música.

Vera estuvo tocando de mala gana un rato, y luego se levantó y cerró el piano. No podía concentrarse en nada. Una mortal inquietud la atenazaba.

—Venga, vamos a hacer la cena. Judith volverá pronto y tendrá hambre.

Sarah cerró el libro malhumorada. «Si al menos me dejara en paz, podría interesarme el libro», pensó. Siguió a su madre hasta la cocina e hizo lo que se le pidió para poner la mesa. Vera se sintió mejor ahora que estaba haciendo algo, y aconsejó a Sarah al mismo tiempo que se aconsejaba a sí misma.

—No debemos deprimirnos cada vez que Judith se vaya, cariño —le dijo, mientras picaba perejil para la tortilla—. Debemos dejar que se divierta, o no querrá quedarse con nosotras. Tú y yo tenemos que entretenernos por nuestra cuenta. Iremos al cine alguna vez, ¿quieres? Y las tardes que haga bueno deberíamos salir a dar un paseo. ¡Podríamos ir al otro lado del parque y visitar a la señora Clarey!

—¡Qué divertido! —contestó Sarah con sarcasmo.

—Si se te ocurre algo mejor, lo haremos —dijo Vera con paciencia y resignación. Pero pensó: «¡Ah, los jóvenes, los jóvenes! No son buena compañía para nosotros, ni nosotros lo somos para ellos».

CAPÍTULO VEINTICUATRO

I

Se convirtió en una rutina que Terry organizara cualquier cosa para Judith y para él: partidos de tenis, sobre todo; y si no era ir a jugar al tenis, era ir a nadar; y si no era ir a nadar, era cualquier otra cosa que de todos modos los alejaba dos o tres horas de la casa de Burnham Road. Vera no sabía cómo protestar. Era culpa suya, se dijo. Él solo le había tomado la palabra. Había sido ella la que lo había dejado. Era lo que ella había querido. Pero no había pensado que sería así. Había imaginado una noble renuncia por ambas partes, pero la renuncia había sido solo la de ella. Y había sido muy abrupta, muy poco satisfactoria. Simplemente habían tenido aquella breve conversación en el coche, volviendo de la estación, y él había aceptado la situación sin más. Desde ese momento no había intentado en ningún momento estar a solas con ella; de hecho, pensaba que Terry había procurado no estar a solas con ella. Era un hombre alegre, considerado —muy considerado: siempre le decía que se quedara en casa descansando— y amable, pero escurridizo como una anguila. No podía retenerlo más de cinco minutos para una conversación seria.

Fue duro para Vera tener que pasar tan pronto por una prueba tan cruel. Sus nuevas intenciones, muy frágiles, apenas se habían

asentado antes de ser barridas por el fuego abrasador de los celos. Sus buenas intenciones no tenían ninguna posibilidad de sobrevivir frente a ese incendio. Se marchitaron. Pero se dijo que si al menos pudiera hacer frente a esa relación y disolverla... En esos momentos estaba obsesionada y no podía pensar en otra cosa más que en separar a Judith y a Terry. No era que sospechara que fueran a enamorarse —¿cómo se iba a enamorar de una cría?—; era solo que no podía soportar verlos juntos. No podía soportar que Judith estuviera con él y ella no.

Cuando Geoffrey le reveló que estaba pensando en irse a Canadá, Vera le rogó que le permitiese quedarse con Judith. Sería muy feliz si pudiera quedarse con Judith muchos años, le dijo a su padre. Pero para cuando apareció una carta suya en la mesa de desayuno —ahora Vera se levantaba para desayunar: estaba demasiado inquieta para quedarse en la cama—, la situación había cambiado mucho. Ahora Vera quería que Judith se fuera; y Judith, por su parte, ahora quería quedarse. Vera abrió la carta y Judith vio cómo la leía con una mirada nerviosa. Sarah observaba a Judith.

No se podía sacar nada en claro de la cara que puso Vera al leer la carta y, cuando terminó de leerla, la sujetó entre las puntas de los dos dedos con una dolorosa ausencia de comentarios y se la ofreció a Judith. Judith se sonrojó, murmuró un «gracias», cogió la carta y empezó a leerla. Su padre se iba a Canadá. Decía que él y Margaret estarían allí al menos tres años. Vera había sido designada como tutora y, en ausencia de Vera, lo sería Lucy. Se había ingresado una cantidad de dinero en la cuenta de Judith destinada a su manutención. La casa ya se había vendido y el mobiliario se estaba sacando y vendiendo también. Su intención era embarcar dentro de

diez días. Estaba todo resuelto. En un momento de amargura, Judith pensó que se habían deshecho de ella. Entonces se dio cuenta del silencio que había en la mesa. Ahora todo era muy distinto a cuando su tía le había dicho que podía quedarse en su casa cuanto quisiera. Incluso Sarah no parecía disfrutar ahora. Judith volvió a sonrojarse. ¡Qué horrible sería que no la quisieran de verdad! Se afanó en doblar la carta con cuidado y, cuando la metió en el sobre, se la devolvió a su tía, al otro lado de la mesa.

—No la quiero —dijo Vera con frialdad.

Judith dejó la carta y empezó a poner mantequilla en su tostada.

—Ahora que está decidido que te quedas, Judith —dijo Vera un poco después—, tendrás que informarte sobre las clases de la universidad. No puedes andar por la casa indefinidamente, ¿sabes? Sin hacer nada.

Judith enrojeció aún más.

—No... —dijo en voz baja.

Inclinada sobre su plato, se debatía con una dolorosa vergüenza. Intentó quedarse en su sitio, pero no sirvió de nada: no pudo. Murmurando una excusa, se levantó y salió corriendo de la estancia.

Subió sin hacer ruido las escaleras y se encerró en su dormitorio. Se sentó en la cama sin hacer, delante de la ventana abierta con vistas a las antiguas tumbas del cementerio. El sol matutino de septiembre calentaba la tranquila y melancólica escena, con las piedras torcidas, los sauces llorones, los montones de hojas secas y una solitaria anciana yendo de acá para allá por los senderos, buscando a alguien enterrado allí hacía mucho tiempo. Judith se abismó en la contemplación de aquella escena. Su rubor se enfrió y su pena disminuyó. Se quedó allí, rodeada de las cosas que solían

estar en la habitación de invitados del último piso en Southfield. A Margaret y a ella le habían encantado en aquel entonces, pero en esta nueva casa estaban demasiado amontonadas para que pudieran apreciarse. Incluso la lámpara con estrellas estaba ahí, entre su cama y la de Sarah, pero la pantalla estaba descolorida y las estrellas apenas se veían cuando estaba encendida la luz.

Mientras se recuperaba de la dolorosa insinuación de su tía de que ya no la querían en la casa, Judith fue consciente de una intensa alegría con la que nadie contaba. Se iba a quedar, se iba a quedar, empezaron a cantar sus latidos. Tal vez ellas no la quisieran, pero él sí. Él se alegraría. Seguiría estando con él, porque al menos una parte de todos los días estaría con él. Se lo había prometido. Cualesquiera que fueran los disgustos que tuviera que sufrir en casa, siempre tendría a Terry.

Era tan guapo, tan maravilloso, se decía a sí misma entrelazando las manos. ¡Y tan amable! ¿Quién, si no, dedicaría tanto tiempo a que ella aprendiera el golpe de revés? Bueno, había mejorado tanto que si ahora volviera a jugar en el colegio con las Niñas, seguro que ganarían a las Señoritas. En su inexperto corazón se mezclaban, de forma inextricable y confusa, la pasión escolar, la admiración al héroe y una fuerte atracción física por Terry Crawford.

La noche anterior, después de jugar al tenis, él la había llevado a su casa para tomar algo —limonada para ella, ginebra, lima y soda para él—. Ella lo vivía todo con apasionado interés. Descubrir cosas de él era como estar leyendo un libro fascinante y llegar, página tras página, a algún descubrimiento terrible y emocionante. No sabía cuál iba a ser ese descubrimiento crítico, pero estaba sin aliento y hacía que su corazón latiera enloquecido ante la inminente solución.

La noche anterior, limonada en mano, ella había deambulado por la casa, seguida por Terry. Los últimos rayos del sol vespertino cruzaban las salas silenciosas, todas muy ricamente decoradas y, para el gusto de Judith, demasiado abarrotadas y aburridas. Por todas partes había pruebas de que allí vivía alguien que adoraba a los perros; en todas las salas había un pocillo para el agua y una cama de perro con una manta vieja. La mayoría de los cuadros eran de perros. Había fotografías enmarcadas de Brenda con sus perros, desde la infancia en adelante. Judith, mirándolas, pensó que la dueña ausente de la casa era asombrosamente vulgar.

—Nunca me acuerdo de que estás casado —dijo con ingenuidad.

Terry no pudo evitar reírse.

—En realidad —dijo—, yo casi nunca me acuerdo. Esta es la habitación de Brenda —y abrió una puerta.

Judith miró aquella cama estrecha y solitaria, tan baja que casi estaba en el suelo. Brenda había dormido allí cuando era niña y había vuelto a ella. Judith observó todos aquellos objetos para perros, los cuadros de Mabel Lucie Attwell en las paredes,[40] la colección infantil de libros en una estantería pintada de blanco y, estupefacta, salió de allí. Qué esposa tan rara para Terry, pensó. Ahora lo sentía por él, y eso lo hizo aún más atractivo que antes. Era triste que una persona tan valiosa como Terry no tuviera una mujer más interesante, una mujer a la que pudiera amar, y que disfrutara acampando con él en Sudáfrica, pensó apenada. Él siempre estaba hablando de acampar en Sudáfrica y daba la impresión de que eso sería fabuloso. Judith pensó que si no fuera una niña, sería maravilloso ir de acampada con él. O, si fuera mayor y él no

estuviera casado, eso por supuesto, también habría sido fabuloso. Pero era mejor no pensar en cosas así.

En aquella casa, cuando se encontraba con alguna de las viejas criadas, la miraban con acritud, y sus cofias, con la forma de nenúfares unidos con cintas, temblaban de indignación. Ella no se enteraba de sus conversaciones.

—¿Es ella? —le preguntó Byland a Masters, la doncella particular de Brenda.

—No, qué va, por supuesto que no —respondió Masters—. Ella es más vieja que esta. Esta debe de ser su hija.

—Bueno, si es así, debería darle vergüenza —dijo Byland—. Traerla aquí. No debería traer a ninguna mujer a esta casa, ni joven ni vieja, mientras la señorita Brenda está fuera.

Siguieron mirando a Judith con profunda desaprobación, pero Judith, acostumbrada a Burton y a Janet, nunca esperaba amabilidad por parte de las criadas y no la esperó ahora.

Sentada en su cama, recordándolo todo, recordaba las cosas que había dicho. Sí, él pensaba que era guapa. Fue la primea persona que se lo dijo así y fue embriagador escucharlo. Fue más lejos: dijo que era «adorable», pero ella no se atrevió a pensar que eso fuera verdad. La tía Vera sí que había sido adorable, le había comentado a Terry, y nunca podría estar a su altura. Le repitió las historias que Lucy le había contado sobre la deslumbrante belleza de Vera cuando era joven.

Escuchó a Vera subir las escaleras y se puso de pie. Su tía había dicho que no la quería ver dando vueltas por la casa sin hacer nada, y había estado sin hacer nada durante bastante tiempo. Con un sentimiento de culpabilidad, se puso a hacer la cama.

II

Vera siempre estaba «a punto» de hablar con Terry. «Hablaré con él hoy. Le diré algo», se prometía. Pero, por alguna razón, parecía que necesitaba más valor del que podía reunir. Era increíble, se decía: ella, que jamás en su vida había dudado en decir lo que pensaba, ahora no conseguía hacer acopio del coraje suficiente para hablar. ¿Por qué debería dudar y temblar delante de aquel hombre que no era más que un tipo agraciado, que era en realidad una persona de tercera, sin nada que ella pudiera admirar, mezquino y egoísta...?, y continuaba diciéndose cosas así, esforzándose por encontrar motivos para dejar de amarlo. A veces pensaba que aquel hombre solo se había cruzado en su camino para humillarla y hacerla pasar por aquellas desgarradoras emociones que no había conocido en toda su vida hasta ese momento. Había sido inmune a esas penas antes de conocerlo, y ahora estaba celosa y temerosa de sufrirlas y dejarlas traslucir. No se atrevía a hablar con él por si se delataba, aunque —pensaba con amargura— él ni siquiera era tan perspicaz como para darse cuenta. Vera no tenía muy buena opinión de la inteligencia de Terry, eso pensaba. El amor era una enfermedad, un veneno. La pasión de Titania por Bottom,[41] con su cabeza de burro, era tan razonable como la suya por Terry Crawford, se decía a sí misma.

Al final, de repente, cuando ambos cruzaban el salón para salir, ella se adelantó con habilidad y cerró la puerta apoyando la espalda contra ella como si tuviera intención de retenerlo donde estaba hasta que hubiera terminado de decir lo que tenía que decir.

—Terry —le dijo, temblando ridículamente—. Me temo que tengo que pedirte que no salgas más con Judith. Está a mi cargo y no puedo permitir que la vean contigo por ahí a todas horas.

Terry mostró una expresión de asombro, aunque no lo sentía en absoluto. Había esperado ese momento desde hacía algún tiempo; por eso había procurado no quedarse a solas con ella.

—¿Que no la vean conmigo? ¿Y por qué no?

—Estás casado. Tu mujer está fuera.

Terry dejó escapar una risotada.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tú no sabes la cantidad de chismorreos que ha habido sobre nosotros... sobre ti y sobre mí, ¿no? —dijo Vera.

—No me importan los chismorreos que haya podido haber. ¿Por qué iban a importarme? —preguntó Terry—. A los hombres no nos importan los chismorreos, ya lo sabes.

—No, pero hasta ahora me han visto a mí contigo —continuó Vera, consciente de que Terry estaba empezando a tambalearse—. Y ahora andas siempre con una niña tan joven que podría ser tu hija. No es apropiado. Es... bueno, es demasiado joven para ti, Terry. Hay algo nauseabundo en todo esto.

Él se volvió a reír.

—Para ti, quizás. Pero para nadie más. Precisamente: Judith es tan joven que nadie pensará nada. Y me sorprende que tú, más que nadie, tú, sospeches que soy un asaltacunas —y levantó las cejas al

mirarla—. Por el amor de Dios, no le digas a Judith lo que acabas de decirme. No le metas esas ideas en la cabeza. Lo estropearías todo.

Vera lo miró fijamente.

—Pero si eres más feliz ajustándote a los convencionalismos —prosiguió Terry con condescendencia—, nos relajaremos un poco... Vendré a buscarla mañana porque ya hemos quedado y se preguntaría qué pasa si no me presento. Pero espaciaré un poco las cosas después. Diré que estoy muy ocupado en la mina o algo así. Lo haré poco a poco. Y, por supuesto, Brenda volverá a casa pronto y eso será el fin de los partidos de tenis. Así ya no tendrás nada de qué preocuparte al final —dijo, cogiéndola del brazo y apartándola amablemente de la puerta para poder salir—. Y no interpretes a la tía pelmaza, Vera, querida. No te pega nada. No eres tan vieja como para desempeñar ese papel todavía, santo Dios.

Al día siguiente por la tarde —anochecía ya demasiado pronto para poder jugar al tenis a última hora—, cuando iban en coche a Holly Lodge, le dijo a Judith:

—Tendremos que tener cuidado. Vera está empezando a quejarse de que salga contigo.

—Ay, madre... —exclamó Judith aterrada—. ¿De verdad? Aunque me parece que, por una razón o por otra, siempre está quejándose todo el tiempo, la verdad. Oh, espero que no me prohíba verte.

—No debes permitírselo —dijo Terry con firmeza—. Tanto Vera como Sarah son celosas y posesivas como demonios. Tu vida sería una desgracia absoluta si les permites que te digan lo que tienes que hacer.

—Pero ¿qué puedo hacer? —dijo Judith angustiada—. Tengo que hacer lo que diga la tía Vera. Estoy en su casa.

—Puedes salir de casa algunas veces, ¿no? —preguntó Terry—. No tienes que pedir permiso cada vez que sales, ¿no?

—Claro.

—Eso está bien, entonces —continuó Terry con naturalidad—. Nos veremos como siempre, pero no tienes que decir nada al respecto.

—Oh, ¡no creo que deba hacer eso! —titubeó Judith, conteniendo el aliento.

—Mi querida inocente... —dijo con paternalismo, quitando una mano del volante y cogiéndole las manos a Judith sobre su regazo —. ¿Por qué no? Ya no estás en el colegio. ¿Por qué deberías correr a decirle a alguien dónde has estado cada vez que vuelves a casa? Vera es el tipo de persona a la que simplemente no le puedes contar las cosas. Se aprovechará de ti si lo haces. Si vamos a mantener nuestra amistad intacta, tenemos que mantenerla en secreto. Al fin y al cabo, vale la pena, ¿no?

Judith permaneció en silencio.

—¿No vale la pena, cariño? —dijo Terry con ternura. Se volvió a mirarla. Con gran dificultad, Judith levantó la mirada hacia él.

—Sí —respondió en voz baja—. Vale la pena.

Una extraña y dolorosa emoción le aceleró el pulso. No le gustaba lo que iba a tener que hacer: encontrarse a escondidas, ocultándolo todo, decir mentiras o, al menos, fingir. No le gustaba, estaba asustada y, sin embargo, sabía que lo haría. Tenía que verlo.

—A mí me gusta ocultar las cosas tan poco como a ti —añadió Terry un poco después—. Pero, en este país, nos vemos obligados a

actuar así. Las personas están tan encima unas de otras que tienes que ocultar algunas cosas si quieres tener una vida propia. Dios, cuando voy conduciendo por la calle algunas veces, con las casas apiñadas como latas de sardinas a uno y otro lado, con todas esas ventanas, siempre hay alguien mirando tras las cortinas de cada una, te apuesto lo que quieras; en esos momentos podría jurar como un carretero o volverme loco. Tengo unas ganas terribles de volver a la sabana, Judith, donde no se ve ni un alma. ¿Podríamos encontrarnos allí, ¿verdad, cielo? Sería maravilloso. ¿No, Judith?

—Mmm... —murmuró Judith.

III

Judith pensaba ahora que vivir en la casa de Burnham Road era como estar en una pesadilla. Parecía que todas querían evitarse y, sin embargo, se vigilaban unas a otras. Vera reunía a las niñas en el salón y allí se quedaban, sentadas, en silencio, con sus libros, desviando a menudo la mirada de la página para observarse con disimulo por debajo de las pestañas. Daba la impresión de que el reloj marcaba el tictac haciendo mucho ruido; las pisadas sonaban amenazadoras en la calle, como si alguien fuera a llegar para dar malas noticias. Judith pensaba que su tía y su prima oían los latidos de su corazón porque hacían muchísimo ruido. Era plenamente consciente de que estaba siendo observada todo el tiempo por su tía y su prima. Y pensó con amargura que tenían toda la razón en vigilarla, porque las estaba engañando. Seguía viendo a Terry a

escondidas. Sus días y sus noches alternaban entre picos de felicidad y emoción, y abismos de desgraciada desdicha. No era feliz en ese mundo de intrigas; le hacía sentirse enferma, perdía el apetito, le quitaba el sueño.

Y daba la impresión de que Sarah no estaba mucho mejor, pensó con tristeza. Había vuelto a caer en su antiguo silencio malhumorado. En el dormitorio apenas hablaba, y si lo hacía, era para decir algo desagradable. Siempre fingía estar dormida cuando Judith iba a la cama. No le importaba nada, tiraba la ropa por cualquier lado, descuidaba su pelo. Judith ni siquiera había intentado hacerla entrar en razón. No quería sacar a relucir el tema de Terry. No era recomendable en esos momentos.

Por las noches, sentada en el salón, Judith lo hacía todo sin levantar la mirada. Había que mantener la mirada baja y, de esta manera, las otras no sabían lo que estabas pensando. Así que sus ojos —no podía concentrarse en un libro: ella, que antaño solía abstraerse profundamente en la lectura—, deambulaban con disimulo por la alfombra gris y las patas de las sillas amarillas, las piernas delgaduchas de Sarah y los pies esbeltos e inquietos de su tía Vera, balanceándose, balanceándose, nunca quietos.

Una noche, en aquella estancia de silencio y de miradas esquivas, sonó el teléfono con repentina sorpresa, sobresaltándolas y obligándolas a levantar la mirada por fin. Vera cogió el auricular.

—¿Sí? —dijo.

Era Lucy. Judith, aunque no podía escucharla, se levantó y empezó a sonreír casi sin querer. Sus labios se entreabrieron, su mirada se ilusionó, y esperó. La simple imaginación de la voz de Lucy despejó el ambiente.

—Supongo que quieres hablar con Judith —dijo Vera, cuya expresión no había cambiado mucho mientras escuchaba a su hermana—. Judith —la llamó con frialdad, y dejó el sillón que había junto al teléfono.

—Judith, ¿a que no te lo imaginas? He recibido una carta de Stephen —dijo la voz cálida y alegre de Lucy.

—¡De Stephen! —exclamó Judith—. ¡Oh, tía Lucy! ¿Se encuentra a salvo? ¿Está bien? ¿Está en Inglaterra?

—No, cariño. Está en Australia, en una finca de cultivo de frutas. Está bien. Parece que le va bien. Está ahorrando para volver a casa y vernos. Me pide noticias de todos. Pero te enviaré la carta para que la leas. Acaba de llegar esta tarde. ¿No es fabuloso, Judith? ¡Qué alivio! Me ha tranquilizado mucho. ¿No es maravilloso tener noticias de él después de todos estos años? ¡Qué alivio! —repitió.

—Oh, yo también me quedo mucho más tranquila —dijo Judith con entusiasmo—. Ay, Stephen... es maravilloso, desde luego.

—Ha enviado algunas fotos —continuó Lucy—. Tiene un aspecto fabuloso. Todo un hombre. Está muy alto y fuerte. Te vas a sorprender, querida. Claro que ya tiene casi veintiún años, ¿verdad? Dice que ha esperado a escribir hasta que no importara que nadie supiera dónde estaba. Ahora es dueño de su propia vida, dice, y desde luego lo parece. Pero te enviaré la carta y las fotografías, y así podrás escribirle, ¿verdad? Yo voy a escribirle esta noche, antes de enviarte la carta. ¿Y tú estás bien, cielo? ¿Eres feliz?

—Oh, bueno... —titubeó Judith, un poco desconcertada—. Estoy bien, sí. Estoy bien, gracias, tía Lucy. ¿Y tú? ¿Y el tío William? Sarah está bien, aquí está. ¿Quieres volver a hablar con la tía Vera?

Judith se levantó del asiento y dejó el teléfono, y Vera siguió hablando de nada en particular con su hermana durante un par de minutos antes de colgar.

Lucy colgó el teléfono en el vestíbulo de la casa de Underwood. Algo iba mal. Algo iba mal, seguro. No le había pasado desapercibido el tono de la voz de Vera cuando le dijo a Judith que se pusiera al teléfono, ni se le habían escapado las evasivas de Judith cuando le preguntó si era feliz. El fino oído de Lucy no la engañaba. Aquello sonaba como si no estuvieran bien juntas. Conocía bien ese tonillo de Vera. ¿Qué había sido de los buenos propósitos de Vera? Volvió despacio al salón. La antigua preocupación había vuelto a despertar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Sarah se había ido a la cama. Siempre se acostaba la primera, así podía fingir que estaba dormida cuando llegara Judith. En el salón, a la luz de la lámpara con la tulipa blanca estriada, Vera estaba leyendo un libro. Al otro lado de la chimenea vacía, Judith pasaba las páginas del *Times* sin darse cuenta de que llevaba pasándolas una y otra vez durante la última hora, más o menos. La verdad es que no podía leer, porque la luz de la lámpara no alcanzaba hasta donde ella estaba sentada. Vera lo sabía; pero la dejó fingir y a Judith no le apetecía pedir permiso para encender la otra lámpara.

Era una noche calurosa y las ventanas estaban abiertas de par en par, pero las cortinas de brocado que las cubrían no dejaban pasar ni el más mínimo soplo de aire. Con aquel silencio, se oía cada vez más el tictac del reloj que había en la repisa de la chimenea. En el exterior, las farolas de la calle arrojaban un resplandor amarillento y verdoso entre los árboles, donde colgaban aún las últimas hojas.

Judith se sentía vacía, se sentía como una ostra sin nada dentro, solo una cáscara, con un corazón latiendo con violencia. Lanzó una mirada al reloj. Terry le había encomendado una tarea angustiosa para esa noche. Le dijo que pasaría por la calle hacia las diez. Haría

sonar el claxon una sola vez; lo hacía tanta gente que nadie lo notaría, dijo. Cuando lo oyera, tenía que salir a hurtadillas de la casa y correr hasta la esquina para darle las buenas noches. En vano Judith protestó diciendo que no podía, que no se atrevía. Él rogó y rogó, hasta que la convenció, y al final se acordó que la esperaría, y ella, por lo tanto, había pasado toda la noche en una tensión horrorosa, pendiente del sonido de la bocina que temía y deseaba oír.

A Judith no se le ocurrió pensar que él no debería someterla a semejantes pruebas. Si lo hacía él, debía estar bien. Era mucho mayor que ella, así que debía saber cómo eran estas cosas, y era tan amable que nunca haría nada deliberadamente desagradable. Era ella la que no tenía el valor que él esperaba que tuviera. A él le parecía muy poca cosa salir de casa unos minutos para decir buenas noches a un amigo, y era muy poca cosa, la verdad, pero a Judith le daba la impresión de que aquello arrastraba muchísimas otras consecuencias oscuras y perturbadoras. No le parecía bien. Pero ¿por qué? No estaban haciéndole daño a nadie, como él decía. Él podía despejar todas sus dudas y disipar todos sus escrúpulos. Todo era perfecto cuando él estaba presente. Pero ella tenía que salir... y tenía que volver.

Judith miró el reloj. Faltaban cinco minutos para las diez. Casi sin querer, hizo una profunda inspiración. Vera se dio cuenta. Si esa cría tan tonta supiera cómo se delataba..., pensó.

En la calle se oía el leve y lejano ruido del motor de un coche. Judith siguió atenta, con la boca abierta, con la mirada buscando subrepticia y temerosamente la ventana. El coche se aproximó, pasó por delante de la casa, se alejó y entonces, justo cuando Judith

estaba empezando a respirar otra vez, se produjo la señal convenida. Una expresión de desesperación se dibujó en la cara de Judith. Tenía que ir. Si no iba, Terry podría estar esperando allí toda la noche, como ella habría esperado por él. Pero no sabía cómo salir, no sabía cómo, se decía, pasando las páginas del *Times* una y otra vez para ocultar su pánico. Vera decidió ayudarla a salir.

—Has estado haciendo ruido con ese periódico una hora, Judith —dijo con severidad—. Creo que ya va siendo hora de que pares.

—Oh, te ruego que me perdones... —respondió apresurada Judith —. No me he dado cuenta... Lo dejaré aquí...

Dobló el periódico y se levantó. Se quedó de pie unos instantes, jugueteando con su cinturón.

—Bueno... —dijo Vera, levantando la cabeza y mirándola de arriba abajo—. ¿Te vas a la cama?

—Eeeh... —Judith tragó saliva ostensiblemente. Era una mentirosa muy mala y odiaba tener que mentir—. Sí, podría...

Pero siguió allí, dubitativa, tensa.

—Pues vete, entonces —se impacientó Vera.

—Sí —dijo Judith—. Buenas noches.

—Buenas noches —repitió Vera.

Judith salió de la sala y cerró la puerta. Como un relámpago, bajó las escaleras, abrió la puerta de la calle sin hacer ruido y salió por la cancela a la calle.

Vera, dejando la lámpara encendida y las puertas abiertas, la siguió. Vio el ligero vestido de Judith aparecer y desaparecer bajo las farolas, vio cómo daba la vuelta a la esquina cincuenta metros más allá. Sin hacer ruido, junto a la pared, Vera fue tras ella. Estaba tan

cerca que vio cómo Terry recibía a la chica bajo la densa sombra de un árbol, y escuchó a Judith diciendo sin aliento:

—Tengo que volver enseguida, y no puedo volver a hacer esto. No puedo hacer este tipo de cosas, Terry. No puedo, no puedo. Es horrible... —Vera no pudo oír qué decía Terry, pero la voz de Judith era más aguda y, un momento después, volvió a escucharla—: Oh, no me beses, por favor. Sí, te quiero. De verdad, pero no debo. Y no he besado a nadie. Debo irme...

Vera se dio media vuelta y regresó corriendo a casa. Dando traspiés, sin aliento, volvió a entrar en el salón y se quedó allí, de pie, con las manos apretadas contra sus caderas, procurando calmar los frenéticos latidos de su corazón. Respiraba con jadeos entrecortados. Quería escuchar, pero era incapaz de oír nada que no fuera ella misma: los latidos de su sangre la ensordecían. Pero poco a poco fue acallándose, y esperó. Unos instantes después escuchó unos pasos sigilosos en la escalera.

—Judith —la llamó.

Tras un silencio, Judith, pálida y con las pupilas dilatadas, se presentó en la puerta del salón.

—Ven aquí —ordenó Vera, obligándola a adelantarse.

En el piso de arriba se abrió una puerta, pero ellas no pudieron oírla.

—Tú tienes... ¿cuántos años? ¿Diecisiete? —preguntó Vera en un tono desabrido—. Acabas de salir del colegio. Tu madre acaba de morir. Te traje a esta casa porque pensé, tonta de mí, que podrías ser un ejemplo para Sarah. Llevas aquí cinco semanas, o seis, como mucho, y sales de casa a escondidas para reunirte junto a una

pared, como una criada, con mi amigo más querido. Mi amigo, te lo recuerdo.

Judith bajó la cabeza. Era verdad. Se merecía esa reprimenda.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que cualquiera que ande por ahí podría pensar que era yo? Es mi reputación la que se ve perjudicada por tu comportamiento —añadió Vera, dispuesta a echarle en cara cualquier reproche a la joven, salvo el verdadero—. Si ven a alguien saliendo de esta casa y encontrándose con Terry en la esquina, ¿quién pensarán que es, sino yo? Yo siempre he estado con Terry... yo... yo he...

Judith miró a su tía asombrada.

—Oh, no... —dijo—. Nadie podría pensar eso. Nadie podría pensar que tú podrías hacer eso, tía Vera. Tú no.

—Oh, no me pongas esa cara de niña sorprendida —dijo Vera con violencia—. Eres más lista de lo que pareces. Terry se ha dejado engañar por ti igual que yo. Eres una embustera y una depravada. Si hubiera sabido cómo eres, me habría negado a hacerme cargo de ti. ¿Hasta dónde ha llegado esta aventura? ¿Te ha besado? —preguntó con agresividad, hundiendo el cuchillo en su propia herida.

Judith hundió aún más la cabeza, y el pelo cayó hacia delante, cubriendo su cara.

—Esta noche. Antes no.

Se hizo un silencio, durante el cual permaneció humillada y avergonzada, vulnerable.

—Supongo que crees que está enamorado de ti —dijo Vera con desprecio.

—Él dice que sí —contestó Judith con un susurro.

—¡Vete! ¡Quítate de mi vista! —gritó Vera, con la voz entrecortada, apoyando la frente en la mano con la que se sujetaba en la repisa de la chimenea.

Pero Judith se quedó allí, llorando

—Tía Vera, perdóname —suplicó.

—¡Jamás! —dijo Vera—. ¡Desvergonzada, ninfómana! ¡Eso es lo que eres! Supongo que has salido a tu padre. ¡Vete! ¿No me has oído?

Judith se dio la vuelta y salió aturdida de la habitación. Subió las escaleras. Giró el picaporte de la puerta muy calladamente. Encontró a oscuras su cama y se derrumbó en el suelo, derramando sus lágrimas en el edredón. Sarah no tenía que saber nada. Desvergonzada. Ninfómana... oh, ¿sería verdad? ¿Era eso porque había permitido que la besara con tanta facilidad? ¿Era porque quería que lo hiciera? Hundió aún más la cara en el edredón. No debía despertar a Sarah. No debía llorar.

Sonó un clic y la lámpara con estrellitas se encendió; Judith levantó la cara mojada y vio a Sarah sentada en la cama. Las dos niñas se miraron: Judith, compungida; Sarah, seria, y su mirada escrutaba la cara de su prima.

—¿Has salido con él? —preguntó.

Judith apartó la cara. Miraba a los rincones de la habitación.

—¿Ha estado intentando seducirte? —insistió Sarah.

Judith levantó los ojos y suplicó a su prima que la perdonara.

—Así que tú también —añadió Sarah, y le dio la espalda a Judith, se tumbó en la cama y se quedó inmóvil.

El rostro de Judith cambió. Aquel comentario tan extraño le llamó la atención. Se puso en pie y se acercó a la cama de Sarah.

—¿Yo *también*? —dijo—. ¿Qué quieres decir?

—Tú también, como ella. También está con ella.

—¿Con quién? ¿A quién te refieres?

—A mamá, ¡por supuesto! —dijo Sarah.

Se hizo un silencio. Entonces Judith se inclinó hacia donde podía tener Sarah la cara medio escondida con la almohada.

—Sarah, ¿eso es verdad?

—Pues claro que es verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Los he visto. Los he visto besándose en el salón. Viene a casa por la noche cuando creen que yo estoy durmiendo. Y los oigo hablar por la noche. Yo he... Yo he oído... —De repente Sarah se puso la sábana por encima de la cabeza y estalló en lágrimas—. Y ahora vas tú y haces lo mismo. Tú dejaste que te enamorara. Toda la gente que yo quiero, primero mamá, y luego tú... No tengo a nadie más. A nadie bueno, a nadie en quien confiar...

—Sarah, escucha... —Judith retiró la sábana y rodeó a Sarah con sus brazos—. Escucha, Sarah, por favor, por favor, escucha. No he hecho nada realmente malo. Hoy lo he besado. No, no creo siquiera que lo haya besado, sino que él me besó a mí, y fue bastante horrible. Lo sé. Oh, Sarah, estoy avergonzada. Pero ¿por qué no me dijiste lo de tu madre? Eso nos habría ahorrado todo esto... y yo nunca pretendí ni en sueños nada parecido. Tu madre me ha dicho cosas horribles esta noche, y esa es la razón. Lo entiendo. No era solo lo que yo hubiera hecho...

Abrazando a Sarah, Judith afrontó la situación. Se sentía mareada. Pero ¿qué habría sido aquello para Sarah?

—Sarah —le dijo, retirándole el pelo para ver bien su cara—. Tú me crees, ¿verdad? Puedes confiar en mí, lo sabes.

Sarah la miró, una larga mirada.

—Sí, te creo. —Rodeó el cuello de su prima con los brazos—. Oh, Judith, me alegro de que todo esté bien —dijo, volviendo a llorar—. Ha sido tan horrible... Pero nada puede ir mal si tú estás bien.

Judith la acunó en sus brazos.

—Oh, Judith, ¿por qué todo es tan horrible? ¿Por qué la gente hace cosas tan horribles y espantosas, y dice mentiras sobre sus vidas y anda por ahí fingiendo que no hacen nada malo? ¿Por qué todo es tan feo?

—No es así —respondió Judith—. Hay muchísima bondad y belleza en el mundo, o de lo contrario no habría tantos libros que hablan de eso. Y hay buenas personas. Mira la tía Lucy y el tío William. El amor entre ellos no es feo; sea como sea, es como ellos, y está bien.

Sarah apretó su cara surcada por las lágrimas contra el hombro de Judith, y pensó en eso.

—Lo sabes: nosotras estamos en el mismo barco —prosiguió Judith—. Tú has visto demasiadas cosas para tu edad, y yo también, aunque de distinta clase. Yo podría haber sido tan desgraciada como tú si no hubiera sido por la tía Lucy. Pero siempre la tuve presente, diciéndome que el mundo tenía otra cara, que había bondad y belleza. Y eso es lo que yo debería haber hecho por ti, pero vine aquí y lo empeoré todo... Oh, Sarah, lo siento... lo siento tanto... —Sus lágrimas se derramaron sobre el rostro de su prima.

Sarah se secó las lágrimas con la sábana y luego, con cariño, secó también las de Judith.

—Ya está todo bien... —dijo, consolándola también—. Todo va a ir bien.

Pero Judith no estaba llorando solo por Sarah, sino también por sí misma. ¿Cómo pudo Terry hacerle aquello?, se preguntaba. No quería hablar de él con Sarah; no quería cargar a Sarah con la amargura de su desilusión. Debía enterrarlo muy profundamente y no volver a hablar de aquello. Sin embargo, en su corazón, ella lo creía cuando Terry le decía que la amaba. Él la amaba de verdad, y si se quedaba en esa casa, a pesar de lo que sabía sobre Vera y él, no podría evitar amarlo más. Podría defraudar a Sarah, después de todo. Sentía que no era capaz de confiar en sí misma.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Sarah—. ¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando en algo muy importante —dijo Judith—. Pero... ¡escucha...! ¿Qué es eso?

—Es mamá: está subiendo —susurró Sarah, y apagó la luz.

Esperaron en silencio. Vera subió las escaleras, fue a su dormitorio y cerró la puerta. Sarah volvió a encender la luz

—Sarah, no me voy a quedar.

Sarah se incorporó, se puso de rodillas y abrazó a su prima.

—Yo me voy contigo, si tú te vas. No quiero estar aquí sin ti —susurró con vehemencia.

—Ya, no creo que puedas quedarte —dijo Judith—. Creo que ambas debemos irnos.

—¿Adónde?

—A casa de la tía Lucy.

Sarah la miró sorprendida, intentando asimilarlo.

—No puedo con todo esto —prosiguió Judith—. No puedo soportarlo. Después de lo que la tía Vera me ha dicho esta noche, supongo que me echará de casa. Sin ti, claro. Lo más probable es que me envíe a casa de la tía Lucy, pero debo sacarte de aquí. Tenemos que irnos. La tía Lucy sabrá qué hacer.

—¿Y cuándo nos iremos?

—Enseguida. Mañana. La tía Vera tiene una cita para un masaje mañana por la mañana, ¿no? Entonces nos iremos mañana. Solo podemos coger lo que podamos llevar con nosotras. Gracias a Dios, tengo algún dinero.

—Judith, no dejarás que nos separen, ¿verdad? No dejarás que la tía Lucy se quede contigo y a mí me devuelva aquí...

—Ella no haría nunca eso. Pero yo no me separaré de ti, te lo prometo.

Sarah se abalanzó sobre ella y la besó.

—La tía Lucy nos dirá qué tenemos que hacer —repitió Judith para animar a su prima—. Lo más importante es llegar allí. Sarah, es casi medianoche. Tienes que dormir. Túmbate y déjame arroparte. Yo me desnudaré enseguida y luego apagaremos la luz. Túmbate, cariño.

—Creo que no me voy a dormir —dijo Sarah, acostándose de todos modos.

—Debes intentarlo. Ni una palabra más. Buenas noches, cariño.

—Judith... —susurró Sarah.

—Chst.

Cuando se apagó la lámpara, Judith se quedó inmóvil, procurando no moverse ni molestar a Sarah. Cerró los ojos, pero la oscuridad lanzaba destellos de luz como una lluvia amarilla contra sus

párpados. Su corazón latía tan fuerte que no podía apoyar la oreja en la almohada. Todos sus nervios estaban en tensión por los sucesos de la noche: la larga espera de la señal, el breve y sofocante encuentro cuando estuvo en sus brazos sin saber cómo había llegado hasta allí. Él nunca le había hablado de amor antes, nunca la había besado. Y luego la horrible escena con su tía en el salón cuando la descubrió, y después la última revelación de Sarah, sacando a la luz toda la asquerosa situación y la necesidad de ponerle fin para siempre. Tenía que irse y, por su propia voluntad, no volver a verlo jamás, no volver a sentir la desbocada alegría que había sentido cuando la besó. Parecía muy fácil: solo había que irse y refugiarse con la tía Lucy, pero era la cosa más difícil que había hecho en su vida. La única manera de hacerlo era afrontarlo con decisión y seguir adelante. La tía Lucy decía que, en realidad, una siempre sabe lo que está bien y lo que está mal, y Judith sabía que estaba bien marcharse y llevarse a Sarah con ella. Pero... oh, Terry, pensaba, ¿por qué había tenido que ser todo así? Si hubiera sido diferente...

En su dormitorio, tumbada pero vestida, boca abajo sobre la cama, Vera estaba diciéndose exactamente lo mismo. Y en una gran casa vacía, al otro lado del parque, incluso Terry estaba pensando lo mismo también.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

I

Lucy estaba en el huerto, dando de comer a las gallinas. Se reunían a su alrededor y picoteaban el grano de la palma de su mano. A Lucy le gustaban las gallinas. Ahora ninguna escena doméstica quedaba completa, se decía, sin ellas. Ninguna de sus gallinas había acabado en la mesa. Tenía algunas que eran muy viejas. Cuando alguna era tan anciana que ya no podía disfrutar de la vida, William se la llevaba a escondidas a un granjero. Lucy criaba gallinas y patos y les encontraba buenas familias por los alrededores como si fueran gatos. El pueblo salía beneficiado, aunque los aldeanos se sonrieran taimadamente de aquella extravagancia.

Fue a sacar a una clueca del nidal. La pobre criatura era tan fiel a dos huevos de porcelana que no quería ni comer ni beber hasta que nacieran. Incluso se quitó plumas del pecho para calentar aquellos inermes huevos de cerámica.[42]

—Pobrecita —decía Lucy, sacándola con cariño—. Es todo tan patético y absurdo...

Pero, ¿acaso las mujeres eran más listas?, pensó mientras dejaba a la clueca delante de un plato de comida. ¿Lo había sido Charlotte? ¿Y Vera? Los hombres que eligieron y a los que se entregaron con

devoción, por los que lo perdieron todo, eran unas pobres criaturas también, en opinión de Lucy. Decididamente, incubaron huevos falsos.

Estaba en el huerto. El sol ya se había puesto, pero el cielo estaba teñido de amarillos tras los grandes olmos que había a su derecha. A la izquierda, la luna era un pálido globo de porcelana esperando a que alguien encendiera la bombilla que debía tener dentro. Qué mundo tan encantador, pensó, y, ay, tan aterrador. William decía que el año siguiente por esas fechas estarían en guerra. Ella siempre había sentido que la aldea, aquellos campos, aquella casita la protegían; pero ahora tenía el convencimiento de que ella debía proteger todo aquello. Se arrodilló y puso la mano en la hierba. Estaba fresca, viva. Por encima, las manzanas colgaban a escondidas entre las hojas. La persistencia inmutable de la hierba y de las manzanas le alegraron el espíritu. Sus pensamientos abandonaron la amenaza de la guerra. La fuerza de la vida y su diversidad en el pequeño espacio de un huerto la maravillaba. Se arrodilló en la hierba, arrebatada por la tranquilidad del atardecer. En aquel lugar del campo, la presencia de Dios resultaba algo natural, algo que se podía dar por sentado, como lo daban por sentado los Padres del Desierto, por ejemplo. El manantial de la felicidad, del que nunca podía rastrear el lugar exacto dónde nacía, brotaba en su interior, y surgía dentro, manando y fluyendo, manando y fluyendo.

Cuando se levantó de la hierba, vio a lo lejos, por encima del seto, a dos figuras, dos chicas que cruzaban el prado con maletas. La gente no cruzaba por allí a no ser que fueran a la iglesia o a su casa, y como nadie lleva una maleta a la iglesia, debían de estar dirigiéndose a su casa. Pero ¿quiénes podrían ser? Estaba ya

demasiado oscuro para que las distinguiera. Se acercó a la cancela del viejo murete y salió al camino. Entonces vio que eran Judith y Sarah.

—¡Niñas! —exclamó.

El alivio iluminó la cara de Judith.

—Oh, tía Lucy —exclamó, corriendo hacia ella.

Lucy supo de inmediato que algo había ido mal: parecían muy cansadas y serias.

—Sarah, cariño... —le dijo, dándole un beso—. Dame tu maleta. ¿Tu madre está bien? —preguntó enseguida.

Sarah miró a Judith.

—Sí —dijo.

—¿Sabe que estáis aquí? —preguntó Lucy, dándose cuenta de que seguramente se habían escapado.

—No —dijo Judith. —Su mirada se clavó angustiada en Lucy, pero la cara de su tía enseguida la tranquilizó.

—Entrad, cielos. Hablaremos luego. ¿Ha sido un viaje muy largo?

—Todo el día —dijo Judith, sonriendo a su tía, aunque débilmente—. Fuimos a la estación y cogimos el primer tren, pero resultó evidente que era el tren equivocado.

—Y habéis tenido que esperar un autobús para poder llegar hasta aquí —dijo Lucy—. Pero aunque hubierais llamado por teléfono, no teníamos coche para ir a buscaros. El tío William está fuera esta noche. ¿Habéis comido algo?

Al parecer, dos bollos y dos tazas de té.

—Tenéis que estar muertas de hambre —dijo Lucy, con un tono de indignación.

Cuando entraban al vestíbulo, Janet apareció asombrada desde la cocina.

—Pon un poco de sopa para estas dos crías lo antes posible, Janet, por favor. No han comido más que dos bollos en todo el día.

—No hay pescado suficiente para dos —protestó Janet, pero su señora le lanzó una mirada de advertencia desde las escaleras.

—Van a tomar sopa primero. Y luego ya veremos —dijo con firmeza, subiendo con las chicas las escaleras.

No estaba de humor para aguantar las tonterías de Janet. Había que atender a las niñas; había que atenderlas bien y sería mejor que nadie se atreviera a insinuar lo contrario, pensó Lucy enfadada.

Judith se quitó el sombrero con un suspiro mientras entraban en su habitación. Era como llegar a casa.

—Me siento muy sucia —dijo Sarah, quitándose el sombrero también.

Cuánto había crecido, pensó Lucy, pero también estaba demasiado delgada y pálida. Daba la impresión de que ninguna de ellas había dormido nada, y ambas estaban lamentablemente nerviosas e inseguras.

—Ve a lavarte tú primero, Sarah —sugirió Judith.

—Sí, ven conmigo, que te doy toallas... —Lucy fue con Sarah al baño y luego volvió con Judith, que estaba en medio de la habitación preparándose para pasar por la dura prueba de tener que explicarse.

—Cariño, veo que ha pasado algo horrible —dijo Lucy—. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno... es... —titubeó Judith, con los labios blancos y secos. No sabía qué pensaría Lucy de ella. Puede que pensara que era una

pervertida y una embustera, como había dicho Vera. O una ninfómana. Con los ojos llenos de lágrimas, se lanzó a contar la historia. Cuando estaba hacia la mitad, Lucy, horrorizada, hizo ademán de querer cerrar la puerta, pero Judith la detuvo—. No te preocupes por Sarah, no la ignores, tía Lucy. Ella lo sabe todo. Ella me lo contó. No debemos dejar al margen a Sarah nunca más... ¡Sarah! —la llamó desde la puerta—. ¡Sarah!

Sarah llegó caminando despacio, secándose las manos con una toalla sin ninguna necesidad. Judith le puso un brazo por encima de los hombros y siguió hablando.

—No podemos volver —concluyó, mirando a Lucy—. La tía Vera no me quiere, pero Sarah no puede volver. ¿Qué podemos hacer? ¡No sabemos qué hacer!

—Podéis quedaros aquí, por supuesto. Podéis quedaros aquí para siempre, si es necesario. —Lucy besó primero a una y luego a la otra—. No os preocupéis. Lo primero es cenar. Podemos hablar mientras cenáis. Y luego, tenéis que descansar y dormir bien, las dos. Pero no os preocupéis más. Yo llamaré por teléfono e iré a Trenton mañana, si es necesario.

Sin embargo, antes de que acabaran de cenar, Vera llamó por teléfono.

—Supongo que están contigo, ¿no, Lucy? —dijo su voz al otro lado.

—Sí, están aquí —respondió Lucy.

—Bueno, estarán mejor ahí de momento —dijo Vera, muy distante.

—Vera, ven tú también aquí —le pidió Lucy con gravedad—. Ven, por favor. Deja esa casa de momento y ven aquí.

—No, gracias —contestó Vera—. Y, por favor, déjame vivir, Lucy. Puede que no te guste mi vida, pero es que no lo puedes entender.

—Cariño, yo solo te quiero y quiero que seas feliz —continuó la pobre Lucy.

—Sí, pero no admites que sea feliz a mi manera.

—Yo creo que no eres feliz. Creo que eres muy infeliz ahora —dijo Lucy.

—Pues estás equivocada —replicó Vera con voz burlona—. De hecho, este incidente, aunque haya sido muy desagradable, ha dejado las cosas muy claritas. Judith se ha portado de una manera escandalosa. Escandalosa, Lucy. No quiero volver a verla en mi vida. Terry me lo ha explicado todo.

A Lucy se le cayó el alma a los pies. Esos hombres pueden explicarlo todo, cualquier cosa. Y, ¡vaya!, ¡las mujeres creen lo que dicen, o quizás no lo creen, pero se convencen a sí mismas de que lo hacen porque quieren! «No te hagas ilusiones», esa había sido la máxima implacable de Vera para no engañarse a sí misma, pero ya no lo era.

—Mientras todo vaya bien entre Terry y yo, no me importa nada más —dijo Vera al teléfono. A Lucy aquello le sonaba a fantasías absurdas, incluso ridículas. Que Vera, antaño fría y lúcida, hablara de aquella manera la entristecía y la desconcertaba—. Déjame en paz, Lucy —continuó Vera—. Eso es lo único que te pido. Ahora que ya tienes a Sarah, supongo que admitirás que soy libre para hacer lo que quiera.

—El daño ya está hecho, desde luego —dijo Lucy con pesadumbre.

—Bueno, no sirve de nada seguir con esta conversación —concluyó Vera—. Así que voy a colgar. Adiós, Lucy... —su voz se quebró de repente—. No me juzgues muy duramente, cariño.

—¡Vera! —la llamó Lucy desesperada—. ¡Vera...!

Pero la llamada se cortó con un clic. Vera ya no estaba.

Lucy permaneció en el pasillo. No quería que las niñas vieran que estaba angustiada por la conversación. Desde donde estaba podía verlas en la mesa, cenando a la luz de las lámparas, sin comer, mirando hacia la puerta, esperando que volviera. Sintió un profundo deseo de desterrar la ansiedad de aquellas caras juveniles. «Ojalá pueda», pensó. «Espero poder hacerlo».

Volvió con ellas.

—Todo está bien —dijo, con voz tranquilizadora—. Os quedáis aquí. Al menos de momento. Así que poneos cómodas, cielos, y no os preocupéis por nada. Ahora tengo que subir a haceros las camas. Judith, servíos la crema de albaricoque, ¿quieres?

Llamó a Janet para que subiera y Janet acudió con los labios apretados.

—¿Se van a quedar aquí para siempre? —preguntó enfurruñada, al llevar las sábanas.

—No lo sé todavía —contestó Lucy.

—Porque si ellas se quedan, yo me voy —dijo Janet.

—Muy bien. Pero escúchame bien, Janet: no puedo ocuparme de ti de momento. Piensa en tu situación, toma tu decisión y luego me lo cuentas. Pero no pagues tu enojo conmigo o con las niñas. Ya tienen suficientes problemas. Pásame las fundas de las almohadas, por favor.

Janet apretó aún más los labios, y señora y criada acabaron de hacer las camas en silencio.

—Aquí las sábanas siempre huelen a lavanda —dijo Judith, con un suspiro de satisfacción cuando se metió en la cama un poco después.

—Ay, estoy muerta de sueño —dijo Sarah, metiéndose entre las suyas.

—Bien, duerme entonces. Esta noche sí puedes hacerlo.

—Qué suerte tener a la tía Lucy, Judith. ¿Dónde habríamos ido si no la tuviéramos a ella?

—Dios sabe —dijo Judith.

II

La noche siguiente, cuando Lucy oyó que el coche se acercaba a la casa, salió para advertir a William de lo que ocurría. Temía mucho que pudiera hacer o decir algo que hiciera pensar a las niñas que no las quería allí. Pero William se tomó la noticia, sorprendentemente, con mucha naturalidad. Escuchó la historia mientras Lucy se la contaba en el garaje y luego solo dijo:

—Lo mejor que puede hacer Vera ahora es desaparecer y dejarte las niñas a ti.

Lucy se quedó tan aliviada como sorprendida. Se quedó aliviada porque aceptaba a las niñas, pero se asustó cuando pensó que Vera podía hacer lo que había dicho. Una vez que se le metió esa idea en

la cabeza ya no pudo sacarla, y después de cenar llamó a la casa de Burnham Road, temerosa de no recibir contestación. Pero la voz gélida de Vera se oyó al otro lado.

—¿Qué pasa, Lucy?

—Oh, Vera... ¿estás bien? —le preguntó—. Tenía que llamarte para saberlo.

—Por supuesto, estoy perfectamente —respondió Vera—. ¿Cómo creías que iba a estar? ¿Pensabas que me iba a tirar al río o algo así porque las niñas se han ido contigo?

Estaba dando a entender que la preocupación de Lucy era una bobada y de momento lo consiguió.

—¿Has tomado una decisión ya? —preguntó Lucy.

—¿Una decisión? —dijo Vera. Hubo un silencio—. Ah, ¿sobre las chicas? Bueno, estarán bien contigo, ¿no? En cualquier caso, siempre quisiste tener contigo a Judith. Casi deberías estar agradecida a tus hermanas por proporcionarte las hijas que la naturaleza o lo que sea te negó.

—Me has dicho muchas cosas horribles en tu vida —dijo Lucy, furiosa—. Pero eso ha sido lo peor.

Conocía a Vera. Vera te hacía enfadar a propósito, así te ibas y la dejabas en paz; y casi siempre lo conseguía.

—Tan solo estoy constatando un hecho —dijo Vera con más tranquilidad—. Es duro saber que la única de la familia capaz de criar hijos haya sido la que no los ha tenido. Pero ahora estoy muy ocupada, Lucy. Tengo que irme. Buenas noches, querida, y no te preocupes por mí. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Te escribiré en un par de días.

Así que les tocaba esperar. A Judith le parecía que, hasta ese momento, había pasado toda su vida en salas de espera. A veces se le permitía avanzar un poco, pero enseguida tenía que volver y esperar de nuevo, hasta que alguien decidía qué iba a pasarle a continuación. Sufría en silencio. No podía olvidar a Terry. Parecía tan infeliz a veces, cuando creía que nadie la veía, que a Lucy se le partía el alma. Pero no le decía nada. No tiene ningún sentido decirle a los jóvenes que el tiempo lo cura todo; se indignan ante la sola idea de que alguien piense que pueden olvidar. Mejor sufrir que olvidar, eso es lo que piensan. Y creen que la desaparición del sufrimiento significaría que el motivo de su sufrimiento no era nada importante, pero ellos saben que sí lo era.

Judith sufría y lo ocultaba. Lo ocultaba por Sarah. Quería que Sarah fuera feliz, y la espera era peor para Sarah, pensaba, que para cualquiera. Judith estaba segura de que se le permitiría quedarse para siempre en Underwood, pero Sarah no podía saber qué iba a ser de ella hasta que su madre hubiera tomado una decisión. Sarah, por su parte, también intentaba ocultar sus sentimientos. Estaba nerviosa y no se encontraba tan a gusto en Underwood como Judith, pero le estaba agradecida a su prima por haberla sacado de Burnham Road y tan contenta de estar con ella que decidió divertirla y entretenerla como si ella fuera la mayor.

—Son mejores que sus madres en un sentido, al menos —dijo William—. Es evidente que piensan en los demás en vez de pensar siempre en sí mismas.

Lucy se sintió conmovida.

—¿Crees que las podrás apreciar, entonces? ¿Te importaría que se quedaran a vivir con nosotros para siempre?

—Oh, no... —respondió William complacido, y fue recompensado con uno de esos abrazos que, después de veinte años de matrimonio, ella le propinaba con frecuencia y por sorpresa.

Lucy estaba tranquila respecto a William, pero no respecto a Janet. A pesar de las preguntas conciliatorias de Lucy sobre su familia, se negaba a dar su brazo a torcer. Taciturna y sombría, limpiaba como una furia. La casa estaba perfectamente limpia ya, le decía Lucy, pero Janet no se daba por enterada. Se quitaron las colchas y se lavaron, se sacaron las alfombras y se sacudieron, la plata nunca había estado tan pulida: se limpió y se volvió a guardar. Suspirando ruidosamente, Janet se iba a la cama muy tarde, y se levantaba al amanecer para empezar de nuevo. Suspirando también, Lucy no podía hacer más que esperar a que la furia amainase.

Pero una mañana, más temprano que nunca, Janet bajó con el sombrero y el abrigo puesto llevando una maleta. Miró el reloj de la cocina. Tenía tiempo de sobra. Prepararía el desayuno. La noche anterior había limpiado las rejillas de las chimeneas y las había encendido. Cuando terminó de preparar la mesa, vio que aún tenía tiempo para limpiar el salón, así que se quitó el sombrero y el abrigo y quitó el polvo. No tenía sentido estar plantada en la parada del autobús para que la viera todo el mundo, dando que hablar a la gente. No había ningún sitio como el pueblo para los cotilleos; ese día habría bastante chismorreo cuando se corriera la voz de que se había ido para siempre y definitivamente de la casa de William y Lucy Moore.

Bueno, ya es hora de irse. Lo había dejado todo arreglado. Nada de lo que avergonzarse, todo perfecto. El zapatero arreglado y todo. Desde que llegaron las chicas había estado preparándose para irse.

Cogió un trozo de papel del cajón donde siempre había papel y lápiz a mano para tomar notas de lo que decía la señora que había que comprar. Se inclinó sobre la mesa de la cocina con su notable sombrero y pensó qué escribir. No le salían las palabras con facilidad. No sabía qué poner. Chupeteó el extremo del lápiz para animarse y luego escribió con dificultad y poco a poco. Dejó el lápiz encima del papel con cuatro o cinco palabras, echó un último vistazo a la cocina, cogió su maleta y salió por la puerta de atrás. No se arriesgó a pasar por la caseta de Cora por si, al ver a la vieja perrita, se desinflaba su decisión. Cargando con su pesada maleta, rodeó un lateral de la casa.

Lucy, que llevaba mucho tiempo despierta, escuchó unos pasos furtivos en el camino y saltó de la cama. Miró entre las cortinas y vio la robusta figura de Janet bajando por la calle. ¡Así que eso era...! Esa era la explicación de su limpieza furibunda. Metiendo los pies en las zapatillas y cogiendo la bata, Lucy corrió escaleras abajo y abrió la puerta principal, corrió por el césped, pero Janet había desaparecido. Volvió a la casa y entró con aire melancólico en la cocina. Allí, en la mesa, estaba el papel. «Me voy con mis primos», decía. Dejó escapar una risa un poco triste. Pensaba que aquello jamás llegaría a pasar. Habían quitado un pilar de la casa y Lucy sospechó que podría derrumbarse. «¿Qué voy a hacer sin ella?», se preguntó disgustada. Se quedó dando vueltas por la cocina, que parecía vacía sin la hacendosa figura de Janet con su vestido estampado azul. Luego, suspirando, volvió arriba. Tenía que vestirse a toda prisa y ver qué había para desayunar.

Pero cuando iba a descorrer las cortinas, soltó una carcajada, rápidamente sofocada para no despertar a William. Janet volvía por

la calle. Lucy dejó las cortinas como estaban y se volvió a meter en la cama para no dar la impresión de que se había levantado.

Janet, de camino al autobús, había visto al lechero viniendo por el campo. El día anterior le había dejado un litro de menos, y ahora, con tanta gente en casa, se quedarían sin leche todo el día. Seguro que hacía lo mismo si no se le avisaba. Tendría que volver. Además, Cora estaba ladrando. Acabaría despertando a la señora, y con tantas preocupaciones como tenía, necesitaba dormir.

Entró en la cocina, arrugó el papel de la mesa y lo tiró a la rejilla de la chimenea. Un instante después, le aplicó el fuego de una cerilla y encendió la chimenea para el día, reduciendo el mensaje a cenizas. Se quitó el sombrero y el abrigo y los escondió en el lavadero. Cuando llegó el lechero a la puerta de atrás, ella ya se estaba atando el delantal y preparándose para decirle lo que pensaba de él.

III

Aquella mañana, a la hora del desayuno, llegó carta de Vera, y cuando Lucy la abrió, murmuró una excusa y se levantó de la mesa. Salió al jardín y dio la vuelta a la esquina, donde nadie pudiera verla. ¡Las cartas que llegan a la hora del desayuno! ¡El café se enfría en la taza, la grasa del beicon se cuaja por su culpa! La carta de Vera venía de Londres, pero había recortado la dirección del hotel: no quería correr el riesgo de que Lucy se dirigiera a ella.

Se iba a Sudáfrica, al final, con Terry Crawford; eso decía. Se iban a vivir una vida sencilla lejos del mundo. Ambos odiaban la vida que habían tenido que vivir en Trenton. Terry quería volver a su país, siempre lo había querido, y si él era feliz allí, decía Vera, ella también lo sería. Había tomado todas las medidas oportunas para que la herencia que la abuela le había dejado a Sarah quedara al cuidado de Lucy y la tutela de Judith. Había vendido todo el mobiliario, y la casa también. Las cosas de las chicas se habían enviado y estaban de camino.

«Las niñas estarán mejor contigo», decía en la carta. «No estoy capacitada para hacerme cargo de ellas».

Lucy apenas podía leer por las lágrimas y cuando William salió a buscarla, solo pudo enseñarle la carta.

—Jamás he visto semejante ejemplo de autoengaño —dijo William—. ¿Cómo demonios se imagina Vera que puede vivir una vida sencilla? ¿Y en la selva, además?

—Pero si él no la quiere —contestó Lucy, estupefacta—. ¿Por qué se la lleva?

—¿No dijiste que no tenía ningún dinero? Sus setecientas libras anuales pueden resultar muy útiles...

—Oh, William —exclamó Lucy angustiada—. Y, sin embargo, ella lo ama, ya ves —dijo un instante después—. Y me temo que Judith también, a pesar de todo.

—Bueno, dicen que el amor es ciego. Al parecer, debe de ser cierto. Pero Judith lo superará.

—Al menos, el epitafio de Vera debería ser «No fue culpa de nadie: solo de ella misma» —dijo William.

—Eso solo lo hace todo mucho más triste —murmuró Lucy.

William la cogió del brazo.

—Vamos, entra y díselo a las niñas. Terminemos con esto y empecemos de nuevo desde el principio —dijo—. Resulta raro que después de casi treinta años tengas la misma tarea entre manos, ¿no?

—Confío en hacerlo mejor esta vez —respondió Lucy—. Pero quizás lo consiga. Soy más vieja y te tengo a ti para ayudarme. Tú aportarás bastante sal y un poco de sensatez, lo sé. —Le apretó el brazo y le sonrió.

Sus hermanas habían sido dos hermosos barcos sin nadie al timón; uno se había hundido y otro navegaba a la deriva encaminándose al desastre. Lucy, apenada por no haber sido capaz de ayudarlas o salvarlas, nunca pensó —no tenía ni idea— que ella había sido el faro que había llevado a sus hijas a un puerto seguro.

[1] El libro *Travels of Mungo Park* es en realidad una compilación de las obras del explorador británico Mungo Park (1771-1806) publicada en 1907. La gran obra de Mungo Park se titula *Travels in the Interior Districts of Africa (Viajes a las regiones interiores de África)* y se publicó en 1799. *(N. del T., como todas las demás).*

[2] El corte de pelo *bob* se puso de moda en los años veinte, asociado a la libertad y la independencia femenina, y lo popularizaron grandes figuras de la moda y el espectáculo, como Coco Chanel, Josephine Baker o Louise Brooks, y en general las rebeldes *flappers*.

[3] El salón de baile Tower Ballroom, de la turística ciudad de Blackpool, en la costa norteña de Lancashire, era y es famoso desde el siglo XIX: un icono del divertimento inglés por sus decoraciones lujosas y sus palcos decimonónicos.

[4] Todas las localidades y lugares, salvo las muy populares y conocidas, como Blackpool o Londres, son ficticias.

[5] El travesaño metálico que tenían las farolas antiguas, por debajo de la linterna, servía para que los empleados municipales pudieran apoyar las escaleras. También se utilizaban como soportes para banderolas publicitarias.

[6] Las *tennis-parties* eran reuniones sociales muy populares en la alta

sociedad británica a finales del siglo XIX y principios del XX, símbolos de elegancia y sofisticación. Se llamaban así porque se celebraban partidos de tenis o se jugaba al tenis (en hierba) mientras se desarrollaban otro tipo de actividades lúdicas, como banquetes, bailes y juegos. Eran fiestas muy elegantes generalmente restringidas a las clases altas.

[7] Las tradicionales y apreciadísimas tejas de Colley Weston, también conocidas como *Collyweston stone slates*, son un material de techado típico de la Inglaterra central (Midlands). Aunque se llaman *slates* (pizarras), en realidad son láminas de piedra caliza similares a las pizarras. Se extraen en el pueblo de Collyweston (Northamptonshire), cerca de Leicester.

[8] «Yahveh preguntó a Caín: "¿Dónde está tu hermano Abel?" Respondió: "No sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?». Génesis 4, 9.

[9] El dicho afirma que los hijos de las solteronas y de las jóvenes que no se han casado siempre están muy bien educados. *«Old maids' children and bachelors' wives are always well-managed».*

[10] Eran tres personajes comunes en los chistes y caricaturas de la época victoriana y eduardiana: con frecuencia eran la decoración de tabernas y bares de baja estofa, y aparecían en revistas y postales. El golfista iracundo representaba al típico jugador de golf que se enfadaba en el juego. El coronel congestionado o con la cara morada era un estereotipo del militar retirado; la cara enrojecida o morada se debía a su temperamento furibundo o a su afición por la bebida. El cura cómico solía mostrar una faceta más humana de lo que cabía esperar.

[11] Phil May (1864-1903) fue un famoso dibujante y caricaturista británico al que se le atribuye la renovación artística que superó el clásico dibujo humorístico victoriano. Era muy característico su flequillo recto, que también reflejó en sus autorretratos caricaturescos.

[12] Es un pintoresco pueblo ficticio.

[13] La técnica de reproducción oleográfica ya estaba obsoleta a principios de siglo. Consistía en una impresión entelada para simular una pintura al óleo.

[14] *«Cast out fear; and you will conquer Caesar»*, de *César y Cleopatra* (acto I) (1899/1901), de George Bernard Shaw.

[15] *La mosca* (*The Fly*, 1922), de Katherine Mansfield (1888-1923).

[16] Samuel Butler (1835–1902) fue un escritor, compositor y filólogo inglés; autor de *Erewhon* y *El destino de la carne* (*The Way of All Flesh*, 1903).

[17] Se refiere a un retrato de la novelista lady Caroline Lamb (1785-1828), que fuera amante de Lord Byron, a la que pintó Thomas Phillips sujetando una fuente de frutas.

[18] «The Cow», en la colección *A Child's Garden of Verses* (1885). Trata de una vaca feliz que deambula por el prado comiendo flores. El poeta la quiere

con todo su corazón porque le proporciona crema para la tarta de manzana... (Judith se equivoca al recitarlo en la escena siguiente).

[19] En la obra semiautobiográfica *El camino de la carne*, Samuel Butler habla de su padre, el reverendo Thomas Butler, como una persona autoritaria, violenta y tiránica, que lo sometía a frecuentes castigos físicos. El señor Barrett al que se refiere Lucy es Edward Moulton-Barrett, un personaje de *Las vírgenes de Wimpole Street* (*The Barretts of Wimpole Street*, 1930), obra dramática escrita por Rudolph Besier (1878-1942). La obra está basada en hechos reales y cuenta la historia de las hijas del tiránico y beato Edward Moulton-Barrett que mantiene a sus hijas recluidas en casa y les prohíbe casarse: a pesar de todo, Elizabeth Barrett se enamorará del poeta Robert Browning y su idilio será uno de los grandes romances literarios del siglo XIX.

[20] La familia fue a ver una «pantomima» *(pantomime),* un tipo de espectáculo teatral muy popular en la Inglaterra de principios de siglo XX, especialmente en Navidad. La pantomima combinaba elementos de comedia, música, danza y actuación, y con frecuencia añadía cuentos de hadas o leyendas populares.

[21] Probablemente alguna edición moderna de las colecciones epistolares (no del todo fiables) de los legendarios amantes medievales Eloísa y Abelardo en el siglo XII.

[22] Woolworth o Woolworth's fue una cadena estadounidense de grandes almacenes minoristas fundada en 1878; siempre tuvo fama de ofrecer productos de escasa calidad a precios bajos.

[23] Se refiere al libro *The Dog Crusoe and His Master: A Story of Adventure in the Western Prairies* de Robert M. Ballantyne (1825-1894). El autor escribió más de cien novelas infantiles y juveniles que ilustraba él mismo. El libro citado se tradujo al español en 1860 con el título *El perro Robinsón y su amo*.

[24] *Tanglewood Tales for Boys and Girls* (1853) es una reelaboración de las narraciones de los mitos griegos escrita por Nathaniel Hawthorne (1804-1864). En realidad era una secuela de un libro anterior con la misma temática: *A Wonder-Book for Girls and Boys* (1851).

[25] «Max» Beerbohm (1872-1956) fue un célebre caricaturista de la época, mordaz en su crítica a los pedantes y contra las conductas que consideraba excesivas de sus contemporáneos, incluido el novelista John Galsworthy (1867-1933), en cuyas novelas se aboga por la defensa de la igualdad y su lucha contra la injusticia social.

[26] *What Katy Did* (1872) es el primero de una serie de libros infantiles escritos por Susan Coolidge (Sarah Chauncey Woolsey, 1835-1905).

[27] Se trata de la compilación de las conversaciones que tuvo Goethe con su discípulo Johann Peter Eckermann, que las recogió en varios volúmenes titulados *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida* (*Gespräche*

mit Goethe in den letzten Jahren seines Lebens, 1836-1848). El propio Goethe revisó algunas partes de los libros.

[28] *Just So Stories for Little Children* son una serie de cuentos cortos de Rudyard Kipling (1865-1936) publicados en 1902. En España se han traducido tradicionalmente con el título de *Los cuentos de así fue.*

[29] «Érase una vez, en el mar, queridísimos míos, una ballena que vivía en el mar y comía peces...». Es el comienzo del cuento «Así fue como se formó la garganta de la ballena», donde se explica por qué, con una boca tan grande, las ballenas comen peces tan pequeños.

[30] *Las sílfides (Les Sylphides)* es un ballet coreografiado por Michel Fokine (1880-1942) con música de Frédéric Chopin (1810-1849). Se estrenó en 1908, en el Teatro Mariinski de San Petersburgo.

[31] Son danzas tradicionales escocesas, de origen popular.

[32] *La Vie Parisienne* fue una revista francesa (1863-1970) muy popular a principios del siglo XX, cuando pasó de ser cultural a ser una publicación atrevida y erótica. Con *Home* quizás se refiera a *Woman & Home* o a *Woman's Home Companion,* muy populares en la época.

[33] En el proceso de conservación de aves, antiguamente el pollo no podía estar mucho tiempo colgado porque la carne se ablandaba demasiado e incluso se pudría. Los faisanes, por el contrario, no podían estar poco tiempo porque la carne quedaría dura.

[34] Las montañas de Adirondack forman un macizo boscoso en el noreste del estado de Nueva York, en Estados Unidos. La región es famosa por sus lagos, como el Lago George, el Lago Placid y el Lago Tear of the Clouds. Para cuando los personajes de la novela fueron a Estados Unidos, las Adirondack ya eran un Parque Nacional (1892).

[35] La nigela, arañuela o ajenuz se llama en inglés *love-in-a-mist* (amor en la niebla). Curiosa y significativamente, esa misma flor se conoce también como *devil-in-the-bush* (demonio en el arbusto), porque tiene espinas escondidas en el tallo.

[36] Hasta 1969 la mayoría de edad estaba fijada en los veintiún años, lo cual no quería decir que las mujeres tuvieran los mismos derechos políticos, ciudadanos y económicos que los hombres cuando alcanzaban esa edad. Aunque durante el siglo XIX, y buena parte del siglo XX, hombres y mujeres alcanzaban la mayoría de edad a los veintiún años, la mujer seguía teniendo tantas restricciones de todo tipo que la idea de «mayoría de edad» era prácticamente una cuestión nominal.

[37] 1 Tesalonicenses 4, 13: «No queremos, hermanos, que ignoréis la suerte de los que ya murieron, para que no estéis tristes como los demás, que no tienen esperanza».

[38] Élisabeth Louise Vigée Le Brun (1755-1842), una de las pintoras más

apreciadas de su siglo, llegó a ser la retratista oficial de María Antonieta. Particularmente famoso es su autorretrato de 1790.

[39] Según la tradición más común, los reyes Cefeo y Casiopea ofendieron a las Nereidas, ninfas del mar, y en venganza, Poseidón envió un monstruo marino, Cetus, para devastar el reino. Para apaciguar al monstruo, Cefeo y Casiopea encadenaron a la princesa Andrómeda a una roca junto al mar como sacrificio. Cuando el monstruo estaba a punto de devorarla, el héroe Perseo, que acababa de matar a la Medusa, vio a Andrómeda y se enamoró de ella. Perseo utilizó la cabeza de Medusa para convertir al monstruo en piedra y rescató a su amada Andrómeda.

[40] Mabel Lucie Attwell (1879-1964) fue una popular ilustradora de principios del siglo XX, famosa por sus tiernos dibujos infantiles.

[41] En Shakespeare, *El sueño de una noche de verano.* El amor irracional de Titania se debe a una flor mágica que la fuerza a enamorarse de la primera persona que ve al despertar, el tejedor Bottom con cabeza de burro.

[42] Es una práctica común y su objetivo, entre otros, es acostumbrarlas a incubar huevos fértiles.



Bajo tierra

Webb, Mary

9789992076866

336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

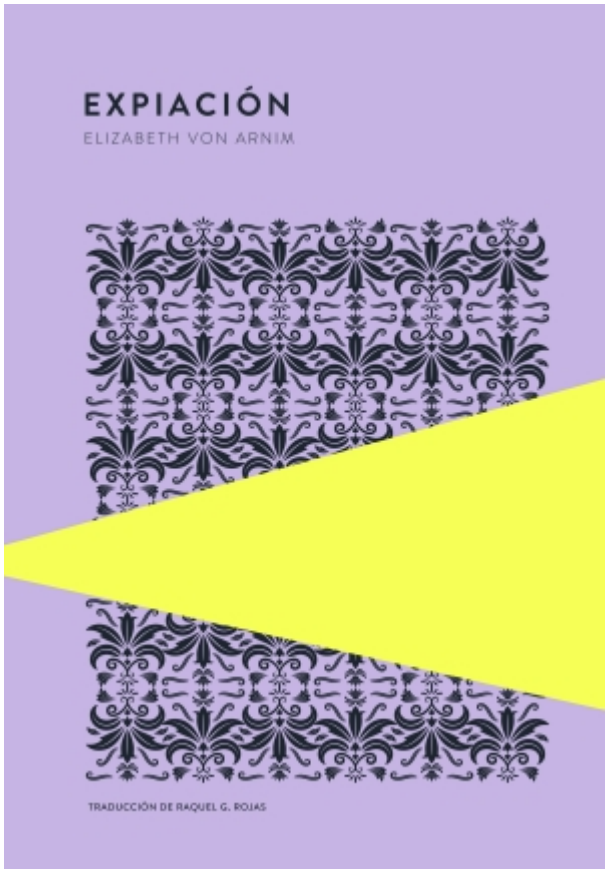
De la autora de *Precioso veneno*.

Hija de una gitana galesa y un apicultor loco, la hermosa Hazel Woodus vive feliz en su pequeña y aislada cabaña en los bosques de las colinas de Shropshire, en armonía con los vientos, las estaciones, la naturaleza, los animales salvajes y la compañía de su zorrita Foxy. Sin embargo, las pasiones humanas mancillan esa atmósfera mágica de leyendas y supersticiones. Dos hombres muy distintos —el amable reverendo Edward Marston y el atrevido cazador Jack Reddin— se ven irresistiblemente atraídos por la belleza y la inocencia de Hazel, y ambos lucharán por conseguir su amor.

Publicada en 1917, *Bajo tierra* narra la historia de una hija de la naturaleza que se ve arrastrada al torbellino de las pasiones mortales con la fuerza implacable de una tragedia griega y un lirismo cautivador. Comparada con Thomas Hardy, Mary Webb hace latir en la historia de Hazel el miedo, el deseo, el amor, la pureza de la naturaleza, la crueldad humana y la cara más salvaje de la civilización.

«Mary Webb es un genio». Rebecca West

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Expiación

von Arnim, Elizabeth

9789992076507
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

De la autora de *Vera*.

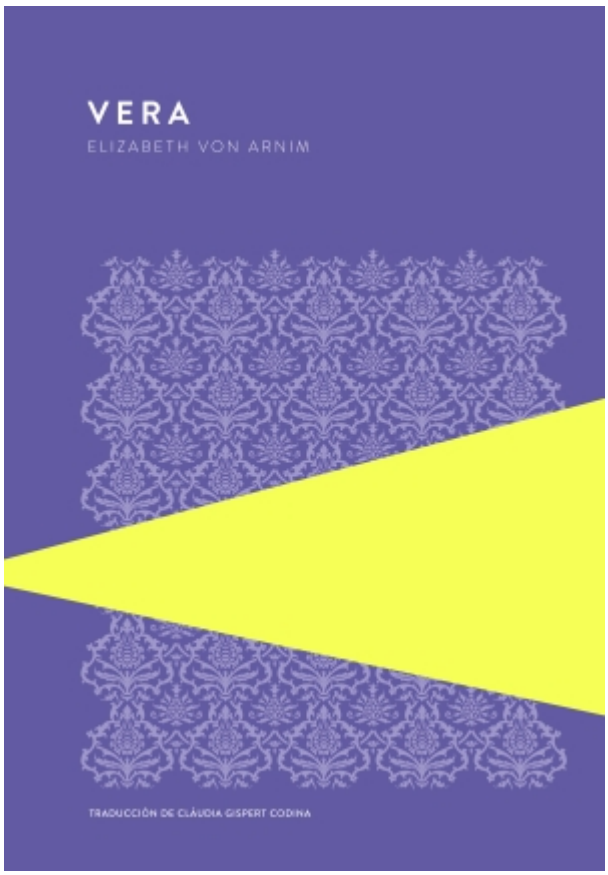
«¿Eran cálidos todos los comienzos? ¿Eran todos los finales sombríos y tristes?».

Todo el mundo adora a Milly, la mujer de Ernest Bott. Y es que es la esposa ideal: encantadora, amable, dulce y complaciente, nunca ha dado ningún problema a su marido ni ha provocado ninguna habladuría. Para la admiración de sus cuñados y envidia de sus cuñadas, Milly es una pieza perfecta en la orgullosa familia Bott, que valora por encima de todo su buen nombre y su intachable respetabilidad. Sin embargo, cuando Ernest muere en un accidente de coche y se abre su testamento, llega la sorpresa seguida de las especulaciones y el temor al escándalo. Ernest desheredó a Milly. «Mi esposa sabrá por qué», dejó dicho.

Publicado en 1929, Elizabeth von Arnim despliega en *Expiación* una sátira —hilarante en algunos momentos, desgarradora en otros, y siempre irónica — sobre la hipocresía de la clase media londinense, el arrepentimiento, así como el desamparo y la soledad de las mujeres en esa época.

«Una novela muy ingeniosa, escrita en el encantador estilo de Elizabeth, llena de su delicada ironía y repleta de momentos magistrales». The New York Times

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Vera

von Arnim, Elizabeth

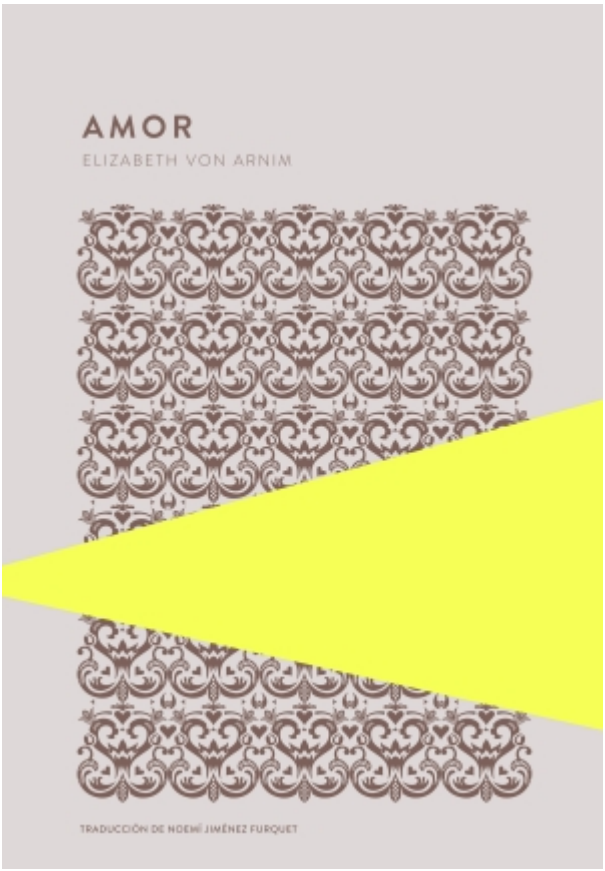
9789992076095

335

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La joven e inocente Lucy Entwhistle acaba de perder a su padre —hasta el momento, su única compañía— cuando conoce por casualidad al viudo Everard Wemyss. Maduro, atento y caballeroso, Wemyss la protege y la guía como solía hacerlo su padre. Cuando pasados unos días le pide matrimonio, Lucy, confundida y desamparada, acepta. Sin embargo, una sombra creciente empaña su felicidad: el fantasma de Vera, la primera esposa de Wemyss, que falleció en extrañas circunstancias.
Inspirado en la propia experiencia de la autora y publicado anónimamente en 1921, este clásico del suspense psicológico, indiscutible precedente de Rebecca, de Daphne du Maurier, explora el lado más inquietante y tenebroso del matrimonio.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor

von Arnim, Elizabeth

9789992076729

408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

De la autora de *Vera*, *Expiación* y *Todos los perros de mi vida*.

«El amor no es decente. El amor es glorioso y desvergonzado».

Una viuda y un joven se conocen en el Londres de principios del siglo XX al coincidir varias veces en la misma obra de teatro. De función en función empiezan a intercambiar alguna mirada furtiva, alguna sonrisa distraída, algún tímido saludo… hasta que se hace evidente que Christopher se ha enamorado de Catherine con el ardor apasionado de la juventud. Ella, más de veinte años mayor que él, siente por primera vez en su vida la intensa sacudida del amor, pero teme la condena de la sociedad, los desaprobatorios ceños fruncidos y las acusaciones de indecencia a los que sabe que se tendrán que enfrentar.

Publicada en 1925, Elizabeth von Arnim se inspiró en su propia experiencia para escribir *Amor*, una de sus novelas más admiradas. Cien años después, esta historia que, con la característica sutileza e ironía de su autora, retrata la hipocresía de la sociedad y el obstáculo de la diferencia de edad en una relación sentimental, es de una vigencia asombrosa.

«Tiene un increíble sentido de la comedia y la visión, aunque continuamente frustrada, de una felicidad potencial». Penelope Mortimer

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós, señor Chips

Hilton, James

9789992076071

120

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El viejo señor Chipping ha sido el profesor de griego y latín en la escuela de secundaria Brookfield desde

tiempos inmemoriales. Nadie recuerda cuándo llegó, ni cómo era de joven, ni si alguna vez se casó, pero su sentido del humor, su talante convencional, su característica forma de hablar y las anécdotas que ha protagonizado lo han convertido en un emblema de la institución y en una figura muy querida por alumnos, exalumnos y profesores. Esta es la historia de su vida.

Desde su publicación en 1934, Adiós, señor Chips ha emocionado a generaciones de lectores y se ha convertido en un clásico literario sobre la vida académica y el amor por la enseñanza. Con una sensibilidad y una sutileza excepcionales, Hilton creó en esta pequeña gran historia un personaje entrañable, cautivador y absolutamente inolvidable.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)